

INCÍTAME

El secundario más deseado de la *Trilogía Solo por ti*.



De la autora *Best seller*

ANGY SKAY

Lel
EDITORIAL
Romantic

Incítame

Angy Skay

Autora *Best Seller* de la *Trilogía Solo por ti*

Copyright

© Angy Skay 2015

©Editorial LxL 2015

www.lxleditorial.es

lxgestion@gmail.com

ISBN: 978-84-944362-7-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447 . Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Diseño cubierta – [Alexia](#) Jorques

En esta ocasión no haré agradecimientos como otras veces,
las personas que realmente aman
como yo mis novelas, saben quién son.

Este libro se lo dedico a mi protagonista,
Gracias por aparecer en mi vida... Max Collins...

Capítulo 1

Londres, Restaurante Caleta, 23.00 p.m

—¿Te gusta el postre? —pregunto acercándome demasiado a ella.

—Sí...Ejem... —Disimula para separarse un poco de mí.

El gesto me molesta, pero decido no darle importancia, hoy es mi noche.

Es la gran noche.

Agarro su silla y la arrastro hacia mí. El estridente ruido hace eco en el salón. La gente nos mira pero no me preocupa en absoluto.

—Max...Nos está mirando todo el mundo.

—¿Y qué más da?

Pongo mi mano encima de su muslo, lo que hace que ella se sonroje de momento.

—¡Vamos Marian! ¿Ahora te da vergüenza?

Aparta mi mano y me mira de malas formas por mi elevado tono de voz.

—Max, no es el momento ni el lugar. ¡Por Dios compórtate!

Vuelvo a poner la mano encima de su muslo e igualmente se aparta disimuladamente. Es toda una actriz, y piensa que no me dado cuenta. Lo vuelvo a intentar.

—¡Para! —Me regaña.

—Eres una seca —digo amargamente.

Coge su copa de champán y posa sus finos labios en ella. Bebe un pequeño

sorbo sin apartar los ojos de mí. Me está provocando, para nada...

—Lo que se hace de rogar es lo mejor Max...

—Y las cosas improvisadas algunas veces también.

Cojo un poco de nata del postre y le doy un toquecito en la nariz manchándola. Se alarma, demasiado para mi gusto.

—¿¡Pero qué haces!? —Grita histérica dando un pequeño bote en la silla.

Baja el tono y se sienta de nuevo al ver que todo el mundo la mira.

—Tranquilízate Marian, que solo es nata...—Intento calmarla.

—¡Me has estropeado el maquillaje! ¡De verdad que no entiendo por qué haces estas estupideces!

Hace una mueca de disgusto con los labios y seguidamente fija sus ojos castaños en mí intensa-mente.

—¿Me compraste esa pulsera que vimos ayer? —pregunta coqueta.

Suspiro y recuesto mi musculoso cuerpo en el respaldo de la silla. ¡La chaqueta me aprieta bastante! Tengo que dejar de hacer tanto ejercicio. ¡Mujeres! Siempre quieren regalos y de los caros. Saco la caja de terciopelo azul del bolsillo de mi chaqueta, en ella hay una fina pulsera de diamantes con forma ovalada, la pongo encima de la mesa, Marian la coge inmediata-mente y muestra su cara de satisfacción.

—Me ha costado una fortuna.

—¡Oh vamos Max! Tienes dinero de sobra —dice sin importancia y sin mirarme, está completamente perdida en la pulsera. Se la pone encima de la mano y asiente alegre —, he visto unos pendientes a juego, mañana pasaremos para que me los compres.

—Claro cariño —suspiro agotado.

Llamo al camarero y le pido la cuenta. Cuando llega como siempre, Marian la coge y le echa un vistazo sin preocupación. Me pasa la factura a mí y sonrío.

—Toma —dice extendiendo la factura —, vas a gastarte un poquito más de tu fortuna.

—No me molesta gastarme dinero en ti, creo que eso ya te lo he demostrado en varias ocasiones.

—Hombre, que mínimo. Yo también tengo que aguantar lo mío con tus cosas

—dice con desprecio.

Niego con la cabeza, no tiene remedio. Pago y salimos del restaurante. Antes de cruzar la calle hacia el coche, me reajusto mi chaqueta y cojo sus manos.

—Marian...

Se gira en sus tacones de diez centímetros y me echa como de costumbre el humo de su cigarrillo en la cara. Me molesta, pero no le doy importancia.

Como siempre.

Nunca le doy importancia.

Me quedo embelesado con su bonita figura, está demasiado delgada pero aun así, me tiene completamente hechizado.

—¿Qué pasa? ¿Vamos a ir al local de Eduard?

—Sabes que no es santo de mi devoción, pero si quieres ir, iremos.

El local está lleno de gente podrida de dinero, son todos unos estirados. No me gusta nada estar en ese ambiente, se me hace pesado y aburrido a la misma vez. Solo se acercan a ti por interés.

—Aunque si lo piensas, podemos ir a cualquier otro sitio de copas. Por ejemplo donde vamos Bryan y yo.

Pone cara de asco de inmediato.

—¡Por favor! Eso sí que es cutre. Me gustan los gin tonics que ponen en el local de Eduard.

Asiento de mala gana. En fin, no se puede luchar contra un imposible.

—De acuerdo, iremos entonces.

Se gira para ir de nuevo al coche y le cojo de la mano. Me mira sin entender nada. No sé porque me cuesta tanto hablar, estoy un poco incómodo, nervioso, no sé, todo a la misma vez.

—¿Qué pasa?

—Pues...

—¡Max! Arranca de una vez, ¿nos vamos o qué? —dice exasperada.

Remango un poco mi pantalón y pongo mi rodilla en el suelo. Ella me mira con cara de horror. No se mueve, solo me mira.

—¿Qué haces? —pregunta arrogante.

—Marian, creo que ya es hora de que demos el paso. Me tienes completamente enamorado y...

—¡Por favor Max! —Dramatiza —¿No se te ocurrirá pedirme matrimonio aquí? ¿En medio de la calle? ¡No seas tan miserable!

—Pero...

No me deja terminar de hablar, me interrumpe.

—Ni peros ni nada. Me lo tendrás que pedir ante mi familia, mis amigos y más gente ¡ya sé! Organizaremos una fiesta por todo lo alto este fin de semana...

Sé da la vuelta en dirección al coche hablando como un loro de la fiesta.

—Llamaremos a un catering ¡el más caro de todo Londres! Haremos una fiesta por todo lo alto y entonces, solo entonces, podrás pedirme matrimonio. Ahora sí, espero que adquieras una buena joya para mi precioso dedo porque si no... ¡te dejaré plantado delante de todos! —Parece que lo dice de broma, pero sé de sobra que sería capaz si no le llevo un anillo que la encandile.

Por un momento pienso en que estoy haciendo el gilipollas en medio de la calle. La gente me mira, creo que con cara de pena, no es para menos. Se para en la puerta del coche y me mira, aun viéndome que sigo con una rodilla en el suelo.

—¿Se puede saber qué haces? ¡Vamos abre Max! No tengo todo el día—chilla desde lejos.

Pulso el botón para que el coche se abra y me levanto.

—Ahora te has manchado el traje, vas a poner el coche perdido ¡si es que no haces nada bien!

No digo ni una palabra más.

Me subo en el coche y me mira.

—¿Te pasa algo?

—¿Me debería pasar algo? —pregunto con sorna.

—Pues no, creo que no te he hecho nada así que, ya puedes ir cambiando la cara ¡pareces enfadado!

Suspiro fuertemente.

—Siempre con los suspiritos, arranca ya ¡quiero mi copa! Por cierto... ¿Te ha quedado claro como lo haremos?

Hago lo que me dice y me dirijo hacia el club.

—Si me ha quedado muy claro Marian. Fiesta a lo grande, catering, champán y pedida delante de trescientas personas. Me ha quedado clarísi-mo—ironizo.

—¡Así me gusta! Que hagas las cosas bien de una vez por todas.

Seis meses después...

Llegó el gran día...

Ato la corbata, pongo los zapatos negros de charol hechos a medida en mis pies, porque claro hoy en día no hay muchos números del cuarenta y ocho tan exquisitos como a mí me gustan. Cojo la chaqueta negra de pingüino y me la paso por los brazos hasta que la ajusto a la perfección en mi moldeado cuerpo.

Sí, pensaréis que soy un creído pero es la realidad. Mi cuerpo desarma a las nenas. Aunque la única que me importa es a la que voy a esperar en el altar, Marian. Llevamos tres años juntos y creo que ya ha llegado el momento de dar un importante paso en nuestras vidas y que mejor manera de hacerlo que candándonos.

Toc, toc.

—¿Se puede?

Aquí está, otro monumento andante como yo. Mi fiel y único amigo, Bryan. Y cuando digo único es porque verdaderamente, lo es. No he conocido a un tío en todos estos años como él y dudo que a estas alturas vaya a hacerlo. Siempre está cuando se le necesita y aunque tiene sus cosas, es un hermano para mí.

—Claro, pasa.

Me mira de los pies a la cabeza.

—Esto... ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

Arqueo una ceja y niego con la cabeza mientras me termino de atar el último botón de la chaqueta.

—¿Eres tu él que me lo pregunta? Porque te recuerdo que tú, te casaste hace

poco con Doña porcelana.

Bryan suelta una estridente carcajada. Sí, la llamo Doña porcelana porque me da la gana. La mujer de mi mejor amigo, Abigail, es repelente, maleducada y consentida. Es pronunciar su nombre y la expresión de mi cara es de asco, inevitable.

—No sé cómo has podido casarte con esa mujer...

—La tuya no se queda atrás...—Contraataca.

Lo observo durante un segundo.

—Lo siento. No quería recordarte cosas indebidas el día de tu boda. Pero eso te pasa por tirarme de la lengua.

Niego con la cabeza.

—No lo sientas, puede que el idiota aquí sea yo. Pero me consuela saber que tú estarás conmigo.

Me río y él hace una mueca graciosa.

—Abigail está embarazada.

Ahora sí que mi cara es un poema.

—¿Cómo?

—Pues eso, que está embarazada.

Inspecciono a mi amigo e intento descifrar la cara que tiene.

—¿Cuál es el problema? ¿Ambos lo buscábais no?

Se limita a asentir.

—¿Entonces?

—No sé, Creo que ella no es feliz.

—Quieres decir que ella no quiere niños.

Estoy seguro. No querrá estropear su figura de *Barbie*.

—Sabes lo que me ha costado convencerla. Al principio estaba muy reacia pero luego pareció aceptarlo sin más. No sé...

—Mira que me extraña que esa mujer quiera a alguien más que a sí misma.

Bryan entrecierra los ojos un poco.

—¿Quieres ir con un ojo morado el día de tu boda?

Ahora el que suelta una estridente carcajada soy yo.

—No me pegarías por ella, lo sé —afirmo chulesca-mente.

—Llevas razón, no lo haría. Pero echa el freno un rato, la estas avasallando siempre.

Niego con la cabeza. No sabe a quién tiene por mujer todavía.

—¿Quieres que te maquille un poco? —pregunta con sorna.

—No gracias, yo no uso esas mierdas.

Le devuelvo una sonrisa irónica.

—Vamos deja de mirarte Max. ¡Vas a llegar más tarde tú que la novia!

—Bueno estaría bien que por una vez en la vida el novio llegue más tarde, ¿no crees?

—Mi madre moriría de un infarto y te mataría antes. Así que, mejor llega el primero.

Giselle. Es la madre de Bryan y la mía en cierto modo. La madre que nunca tuve.

—Tu familia es la única que tengo en la boda.

—Mi familia es tú familia desde hace mucho tiempo, no lo olvides.

Asientos y mis ojos se entristecen un poco. No sé por que motivo, llevo toda la vida luchando solo, excepto cuando Anthony, el padre de Bryan, me encontró. Pero aun así, el día de tu boda parece que necesitas a la familia más que nunca. Doy gracias por tenerlos a ellos.

—¡Max vámonos! —Ya no me los está insinuando, me lo está exigiendo.

—Está bien, nos vamos.

Cierro la puerta de la entrada de mi casa y llegamos al garaje.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa ahora? — pregunta Bryan poniendo los ojos en blanco.

—¡Me he dejado los anillos arriba!

—¡Joder! Pues sin anillos.

—¿Cómo coño me voy a casar sin anillos? ¿Eres tonto?

Bryan niega y se ríe.

—Te daré un trozo de alambra, por ejemplo. Seguro que con eso se conforma.

Se ríe de mí de tal manera que termina doblándose el solo debido al dolor de barriga que le tiene que estar dando.

—¡Que te jodan Bryan!

Subo y entro en el interior de la casa de nuevo, non recuerdo donde he puesto los anillos. Después de media hora buscando, Bryan sube para ayudarme hasta que por fin damos con ellos.

—Esto quiere decir que no te cases—dice Bryan como si nada.

—¡Oh vamos! No seas gafe.

Bajamos al garaje y por fin nos ponemos en marcha hacia la iglesia.

Cuando llegamos, la puerta está abarrotada de gente, quedan cinco minutos para que llegue la novia. Giselle me ve y corre hacia mí, junto a Anthony.

—¿Dónde demonios estabas? ¡El novio no puede llegar tarde, nunca! —Me regaña.

Pongo los ojos en blanco. Anthony se acerca para abrazarme.

—Hijo, ¿pasamos dentro?

—Claro.

Por el camino me voy encontrando a los familiares de Marian, todos me saludan con mucho afecto. Normal, se van a pegar la fiesta de su vida a costa mía. Que cínicos. Yo sonrío con educación y sigo mi camino.

—Si no la quisiera los hubiera mandado a todos a la mierda —le murmuro a Bryan para que nadie me oiga.

—La verdad es que sí, son todos una manada de chupópteros.

Llego al altar y escucho unos tacones retumbando en el suelo. Ahí viene la famosa Abigail.

—¡Vaya! Estás guapo pero no tanto como yo. ¿A que voy espectacular?

Arqueo una ceja, que mujer más insoportable.

—Abigail...—Le reprimenda Bryan.

—Oh no, déjala. Claro que estas guapa...

—Cómo siempre —contesta ella antes de tiempo.

—Sí, como siempre. Sobre todo por ese nido de abejas que llevas por moño y ese tocado que parece una tela de araña.

Bryan me mira a mí, luego a ella. Abigail abre la boca desmesuradamente.

—¡Esto es moda!

—Sí, sí, lo que tú quieras. El tocado es más grande que tu cabeza. Creo que te has pasado... Un poquito —le hago un gesto con mis dedos.

Se toca el tocado disgusta y mira a Bryan.

—A Bryan le gusta, ¿a que sí cari?

—A mí no me metáis—dice poniendo las manos en el aire.

Suelto una carcajada.

—Me parece que te has quedado sin apoyo...

Con las mismas se da la vuelta y se marcha. Pasa un rato y no viene nadie, bueno, no viene Marian, ¿dónde estará?

—Joder con la novia —dice Bryan—, y me quejaba de ti.

—Eso digo yo...

—Las mujeres necesitamos más tiempo para arreglarnos y estas perfectas. No lo entendéis —nos reprimenda Giselle.

Bryan y yo negamos con la cabeza, hasta que veo entrar a Mónica la hermana de Marian, corriendo por el pasillo de la iglesia.

—¿Ya viene? —pregunto con una sonrisa en mi cara.

Pero la sonrisa se me borra cuando veo la cara que trae.

—¿A pasado algo?

Llega hasta mi altura y se retuerce las manos.

—¿Qué pasa Mónica? —pregunta Bryan.

—Pues...

—¿Pues? —Insistimos los dos a la vez.

—Es que... bueno...

Me exaspera, doy un paso hacia ella que le impone por lo que se ve, ya que da un paso atrás.

—Qué-pa-sa —digo recalcando cada letra pausada-mente.

—Que no va a venir Máximo...

—¿Cómo que no va a venir? —pregunto sin entender.

—Pues...que no va a venir...

—No va a venir...—Susurro mirando hacia la nada— No va a venir... —Repito de nuevo.

Mónica se da la vuelta y sale disparada de la iglesia.

—¿Max? —Me llama Bryan.

Levanto mi mano derecha para detenerlo cuando se dirige hacia mí. Necesito estar solo. Me reajusto el traje y salgo de la iglesia bajo la atenta mirada de todos, de la manera más digna que puedo. Intento parecer sereno, mantener la compostura, para que nadie vea que me acaban de destrozar el corazón...

Capítulo 2

Aeropuerto de Jerez de la Frontera, Cádiz

Cuatro años después.

Bajo del avión que me acaba de trasladar desde Londres, menos mal que he venido con ropa cómoda. Últimamente no aguanto estar todo el día con un traje chaqueta auestas. Me dirijo hacia la ventilla del alquiler de coches. Bryan no ha podido venir a buscarme, así que, le dejó las llaves de uno de sus coches al chico que tengo en el mostrador de enfrente.

—Buenos días, ¿Juan? —pregunto al muchacho.

—Buenos días, sí, soy yo, ¿en qué puedo ayudarle?

—Me dejaron un coche para recogerlo. A nombre de Máximo Collins.

El muchacho investiga en su ordenador hasta que da con él.

—Sí, un Audi A5, está en la plaza número cuarenta y tres del aparcamiento.

Cojo las llaves que deposita en el mostrador y firmo el papel de la entrega. Cuando encuentro el maldito coche, pongo rumbo a Cádiz.

Siempre llego tarde. No sé cómo me las arreglo para hacerlo, pero no falla. Salga antes o después, nunca estoy puntual y el hecho de no conocer la zona, no hace nada más que empeorarlo. Tengo que pararme a comprar las velas, ¡es que no sé para qué me mandan a mí! ¡Si no conozco la ciudad! Hoy es el cumpleaños de Giselle, la madre de Bryan. Desde que se mudó aquí con Any y sus hijas nos vemos menos.

—Perdone, ¿me puede cobrar estas velas? —pregunto acelerado.

Las dejo encima del mostrador del supermercado a toda prisa. La dependienta parece tener la tranquilidad más grande que exista en este mundo.

—¡*Quillo!* Tranquilo, que no se te va el tren.

Arqueo una ceja. No entiendo nada.

—¿Perdone?

La mujer de pelo canoso me mira por encima de sus gafas y niega con la cabeza.

—*Que te va da un infarto hijo...*

Sé que los andaluces tienen un lenguaje extraño para alguien como yo, lo sé por la mujer de mi amigo, pero esta señora se está comiendo demasiadas palabras.

—Querrá decir, que me va a dar un infarto...—Aclaro.

—*¡Ea! Po eso he dicho quillo.*

Dios mío de mi vida...

—Ya. —Me limito a decir.

—Oye una cosa, tú tienes acento de *mu guiri* ¿eing?

—Esto... Sí, ¿me cobra las velas?

Está acabando con mi paciencia. La mujer asiente y mira de nuevo por encima de sus gafas. Se pega el paquete de velas a la cara y después teclea la vieja caja registradora que tiene, ¿para qué quiere las gafas?

—Son dos euros, *bonico*.

Saco los dos euros del bolsillo desesperado y doy gracias a Dios por haberme acordado de cambiar el dinero a primera hora de la mañana.

—Gracias.

—*De na.*

Me quedo pasmado mirando a la dependienta hasta que reacciono. Si voy a vivir aquí tendré que acostumbrarme a este idioma, porque es un idioma, por lo menos para mí. Salgo de la tienda echando humo y me meto en el coche, cuando el maldito teléfono me suena.

—¿Sí?

—¿Dónde estás? —Dice aburrido mi amigo Bryan.

—¡Ya voy! No te puedes ni imaginar lo que he tardado en comprar unas putas velas...

—Ya me imagino, no te entretengas, ¡date prisa!

—¡Que sí! Ya voy. Si te hubieras dignado a venir a buscarme...—Respondo un poco molesto.

—¡Vamos Max! Sabes que no podía, ya te lo dije.

—Lo sé, lo sé...

—¿Entonces? Venga, deja de renegar y mueve tu culo hacia casa.

Arranco el coche y salgo derrapando por la carretera hacia la casa de mis amigos. Mi móvil vuelve a sonar. Es un *WhatsApp*, cuando leo de quién es, la mala leche ruge con fuerza en mí.

Marian.

—¿Qué coño querrá está mujer ahora...?—Musito.

Me incorporo a la carretera mirando el móvil aún, y cuando levanto mi vista hacia ella, tengo que pegar un frenazo. Una chica apoya sus manos en el capó y da un fuerte golpe maldiciendo. ¡Dios mío casi la atropello! Bajo del vehículo inmediatamente mientras oigo como me chilla:

—¿¡Pero tú eres gilipollas o qué te pasa!? ¡Casi me atropellas!

La repaso de pies a cabeza, embelesado. Creo que no había visto semejante belleza en mi vida. Lo que me encuentro delante de mí, me deja trastocado. Alta, morena, ojos negros como la noche, pelo negro largo hasta la cintura y delgada. Quizás demasiado para mi gusto. Lleva ropa de deporte, observo lo agitada que está, cuando su pecho sube y baja. Hace gestos con su mano, mientras yo sigo observándola.

—¿Qué pasa es que no me oyes? —pregunta meneando su mano frente a mí.

—Lo siento, yo...—Intento disculparme.

Me corta de inmediato.

—¡Bueno, bien! ¡Encima un guiri! —dice poniendo sus manos en el aire.

Inclino la cabeza hacia delante. ¿Todo el mundo va a estar llamándome guiri constantemente?

—Perdona...

Vuelve a interrumpirme.

—¡Ni perdona ni ostias! A ver si miras más por donde vas, y te dejas el teléfono metido en los pantalones —vocifera furiosa— ¡casi me atropellas!

—Estoy intentando disculparme...

—Mejor que no te diga yo por donde me paso tus disculpas —hace un gesto con sus ojos para darle más énfasis.

Achico un poco los ojos y vuelvo a repasarla de arriba abajo.

—Si por lo menos me dejaras pedirte perdón, esta conversación tan absurda habría terminado hace cinco minutos —reniego.

—Y si tú —me señala con el dedo —, dejaras de repasarla con tus ojos de arriba abajo, también habríamos terminado ya —responde ofendida.

Me niego a seguir su juego. Doy un paso hacia ella y me mira aterrada. Le toco el hombro y pega un respingo, el simple roce me quema. Los dos nos miramos al instante.

—¿Se puede saber quién te ha dado esa confianza? —pregunta molesta.

—Solo iba a preguntarte si estabas bien.

—Sí, lo estoy —dice un poco incomoda.

Asiento varias veces. Me mira a través de sus pestañas y por muy extraño que parezca, no soy capaz de apartar mis ojos de ella. Noto como el ambiente empieza a tensarse. Al darse cuenta, se incorpora a la carretera para irse. Doy una zancada y alcanzo su codo, gira su rostro hacia mí radicalmente.

—¿Cómo te llamas? —Me intereso.

Mira mi agarre y después a mi cara. Al ver que no la suelto, vuelve a mirar mi mano en su codo.

—Devuélveme mi brazo —ordena con fuerza.

Hago lo que me pide sin rechistar. Se sacude un poco, como si quisiera borrar mi tacto de su piel. Aparta la mirada de mí y la noto algo... ¿atemorizada?

—¿Me vas a decir cómo te llamas?

Alza su cabeza y ese rastro de timidez parece esfumarse de golpe.

—¿Y se puede saber por qué tengo que decirte mi nombre? —pregunta borde.

Hago un signo con mis hombros de indiferencia. ¿De dónde ha salido ese

envalentonamiento?

—¿Se puede saber por qué no me lo puedes decir?

—Me estás dando la vuelta a la pregunta —afirma.

—Lo sé... —Contesto sensual.

Una pizca de brillo nace en mis ojos. Lo noto, cuando veo que me mira como si quisiera traspasar mi alma. Sin esperarlo, veo como me sonrío y ¡oh dios mío que sonrisa! Me comería esos labios sin pensármelo dos veces. Mis ojos se intercalan entre los suyos y su boca. Se gira completamente y se encamina hacia su destino, dejándome plantado en mitad de la calle contem-plándola con ojos hambrientos de... algo. Llamémoslo así...

Capítulo 3

Por fin llego a la casa de Bryan y Any. Me ha costado lo mío encontrarla, pero gracias al *GPS* he llegado a Fuentebravía sin ningún problema.

Bryan sale a recibirme al instante.

—¡Hombre! —exclama con el pequeño Anthony en brazos— Mira quién ha venido, saluda al tío Max —coge una de sus minúsculas manitas y hace el gesto.

—¡Hola! —Saludo alegremente y nos fundimos en un abrazo con el pequeño también.

Llevo casi dos meses sin verles. La última vez que estuve con ellos, Anthony acababa de nacer. Noto el cambio sobre todo en el pequeño, les he echado tanto de menos...

—¿Cómo ha crecido tanto? —pregunto cogiéndolo en mis brazos y haciéndole carantoñas.

—Llevas mucho tiempo sin verle, ¿Qué pretendes? ¿Qué no crezca? —Bromea.

—Se me hace raro verle tan grande —suspiro y le doy un beso en la frente—. Bueno, cuéntame, ¿Cómo lo lleváis?

Suspira fuerte.

—Digamos que lo llevamos —contesta secamente.

Arqueo una ceja y sonrío. Entonces se explica mejor.

—Como tú comprenderás, tener un nombre que no es el tuyo es difícil, e intentar que no te reconozca nadie más todavía. Pero como puedes observar me he esmerado en ello.

Es cierto. Se ha dejado el pelo un poco más largo y se lo ha tintado más oscuro. Ya no tiene esos reflejos claros que antes le hacían tan peculiar.

—Te has puesto más... fuerte. ¿Te estás machacando más en el gimnasio?

—Sí. Además, tengo que tener contenta a mi mujer —se ríe.

—No creo que tu mujer esté descontenta contigo ni de lejos —me contagia la risa.

—No, yo creo que no.

—¿Y ella? ¿Está mejor? —Me preocupo.

—Sí. A veces tiene sus bajones. Ha pasado un año, pero sigue temiendo que alguien pueda buscarme. Intento tranquilizarla, aunque hay veces que no sé si lo consigo sinceramente.

Hago una mueca con los labios. Le entiendo perfectamente.

—Todo esto —digo señalando la casa —, ha sido un cambio muy brusco. Tienes que pensar que las circunstancias no fueron...agradables.

Cierra los ojos un momento y suspira. Agacha la cabeza.

—Max...Todos los días me acuerdo de lo afortunado que soy por tenerte a mi lado, si no me hubieras llamado...

Toco su hombro y le doy un par de palmadas.

—Bryan, es pasado. No volverá a repetirse —intento calmar su dolor.

—Lo sé. Pero casi me muero cuando vi lo que iba a hacer...

Nunca me quedó la duda de por qué Any tuvo ese comportamiento tan repentino. Le amaba y quería estar a su lado, costase lo que costase.

—Bryan, yo no entiendo de amores, eso ya lo sabes. Pero lo que Any y tú tenéis es completamente diferente. Os profesáis un amor descomunal y no podéis vivir el uno sin el otro. No le des más vueltas, déjalo como un mal recuerdo.

—Lo intento, créeme que lo hago. No sé qué habría hecho sin ella... —Musita.

Después de nuestra pequeña conversación, entramos en la casa. Bryan pasa primero y yo me entretengo en saludar a Ulises.

—¿Qué tal estás desaparecido? —pregunta Ulises juntando fuertemente su mano con la mía.

—Bien, espero no estar desaparecido más tiempo. Me estoy perdiendo demasiados momentos con mis sobrinos —digo mirando a Anthony con cariño.

Paso y a lo lejos veo a mis dos torbellinos jugando al escondite, me dirijo hacía

ellas y las cojo despreve-nidas. Primero cojo a Lucy en volandas y le doy un beso, después hago lo mismo con Natacha, son los dos amores de mi vida, nunca mejor dicho. Entro en la cocina haciéndole gestos al pequeño y este me contesta riéndose a carcajada limpia.

—Tenéis que dejar de hacer niños tan guapos —digo haciéndole carantoñas a Anthony.

Me quedo mirándolo completamente pasmado. Sin saber porque motivo la chica desconocida que casi atropello aparece en mi mente.

—¿A qué viene esa cara de tonto que traes? —pregunta Any acercándose a darme dos besos.

Suspiro fuertemente.

—¡Ay! —exclamo.

Bryan y ella se contemplan sin entender nada, los dos me interrogan con la mirada.

—Creo que he encontrado a la mujer de mi vida —comento como si nada.

Los dos abren los ojos desmesuradamente y se pegan a la isla que está en medio de la cocina. Me instan con la mirada para que hable, yo niego con la cabeza.

—¡Vamos, habla! ¿Quién es la afortunada? —pregunta impaciente.

—No lo sé... —Contesto.

Any alza sus cejas.

—¿No lo sabes? ¿Entonces? —pregunta sin entender.

—Casi la atropello con el coche —Reniego un poco.

Me siguen mirando pasmados.

—¿Casi la atropellas y es la mujer de tu vida? O sea, que no sabes quién es —afirma por mí.

Niego con la cabeza. Oigo como Lucy tose a mis espaldas. Está apoyada en la puerta con sus bracitos cruzados en el pecho y el entrecejo fruncido. Tiene los mismos gestos que su padre.

—Tío... Tú dijiste que yo era la mujer de tu vida —me dice con retintín.

—¡No! Dijo que era yo. —Oigo como dice Natacha al lado suya poniendo la

misma postura.

Miro a Bryan y a su mujer que se están riendo de mí, pidiéndoles un poco de ayuda.

—A ver cómo te las apañas, yo tengo que hacer un pastel, que es el cumpleaños de la abuela —comenta Any, haciéndose la loca.

—Yo voy a meter las cervezas en el frigorífico —dice Bryan—, que te sea leve. —Me da unas palmaditas en el brazo—. Eso te pasa por querer a dos —susurra en mi oído antes de salir de la cocina.

Se va negando y riéndose a la misma vez.

—Gracias... Tener amigos para esto... —digo entre dientes.

Me siento en el taburete y las miro desde mi posición embelesado.

—A ver, mis preciosas y pequeñas princesas... —Comienzo a decir, intentando calmar la cosa.

Pero me interrumpen con su vocecilla.

—¡No! —Chilla Lucy—. ¡Yo ya soy mayor! —Asegura.

—¡Y yo también! —dice su hermana en el mismo tono.

Levanto mis manos a modo de rendición. Si es que son gemelas...

—¡Bien! Mis grandes princesas. Ya sabéis que el tío Max tiene mucho amor para repartir, pero —levanto mi cuerpo del taburete y me agacho para estar a la altura de las dos. Pongo a Anthony apoyado en mi pierna derecha y lo sujeto con mi mano—, vosotras dos siempre seréis las mujeres de mi vida y eso nadie lo podrá cambiar —aseguro.

Lucy tuerce el gesto y se pega más a mí, comenzando a tocar mi brazo suavemente.

—Entonces... Nosotras seremos las que quieres con amor verdadero, como las princesas, ¿no? —pregunta Natacha.

—Exactamente, como las princesas —afirmo arrugando un poco el entrecejo.

Princesas... menos mal que son pequeñas. En este mundo, rara vez te encuentras con princesas y si lo haces, terminan siendo unas aprovechadas engreídas que solo están contigo por tu dinero.

—Entonces vale, no nos enfadaremos, ¿verdad que no, Lucy? —pregunta

Natacha a su hermana.

Lucy niega con la cabeza y se abrazan a mí como una lapa. Si es que las tengo que querer. Any suelta una carcajada y la fulmino con la mirada para que deje de hacerlo. Estoy viviendo un momento maravilloso. Veo como Bryan se dirige a su mujer y la abraza por la espalda, mientras comienza a repartir pequeños besos por su cuello.

—¡Oye! ¿Es que no tenéis un dormitorio?—Reniego.

Bryan asiente y se da la vuelta con la fuente y la cuchara. Me mira con ojos brillantes y se mofa de mí.

—¿Puedes quedarte haciendo la tarta? Volveremos en veinte minutos...

Me río, son unos descarados. Ulises entra en la cocina y como si en un partido de tenis fuera, no para de mirarme a mí y, a la parejita de tortolitos que tenemos detrás. Todos juntos con los niños resoplamos al verles tonteando. Salgo de la cocina y me voy en busca de Giselle.

—Hola...—La saludo llegando a su altura.

Se reincorpora de la tumbona y se quita los cascos de los oídos. Me abraza con cariño, frotándome la espalda en repetidas ocasiones.

—Hola mi niño, ¿cómo estás? Te he añorado mucho—dice apenada.

—Y yo también—contesto con afecto.

—¿Cuándo vuelves a Londres?

—Dentro de cuatro días —hago una mueca de disgusto.

—Bueno, espero que no tardes mucho en venir otra vez.

—Yo lo espero también. Allí estoy más solo que la una.

Niega con la cabeza y da una palmada con su mano para que me siente a su lado.

—No digas eso, conoces a demasiada gente como para estar solo.

—Sí, gente que solo se interesa por mi dinero Giselle...—Respondo agriamente.

Bryan se dirige hacia nosotros. Cuando llega a nuestra altura me mira.

—¿Quieres venirte conmigo? Tengo que comprar un par de cosas para terminar de pintar el dormitorio de Anthony, así te enseño un poco la ciudad. Cuando le cantemos el cumpleaños feliz a la abuela, claro está.

—Más te vale—le advierte Giselle.

Asiento y sonrío. Levanto mi cuerpo y deposito un suave beso en la mejilla de Giselle.

—Max...

Any me llama. Me giro y la veo apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados en el pecho, siempre tan sexy... Me observa y se acerca a mí lentamente. Me vuelvo y sigo mirando el horizonte con las manos en los bolsillos.

—Los años no pasan para ti—sonrío. Es cierto, cada día estás más guapa.

—Ni para ti tampoco—susurra.

Se pega a mí por el lateral izquierdo y me rodea la cintura con los brazos. Paso un brazo por sus hombros y la acerco más a mi cuerpo. Se acurruca en mi pecho y deposito un pequeño beso en su pelo.

—Te echo mucho de menos...—Musita a penada.

—Yo también —aseguro, —espero no tardar demasiado en venir la próxima vez.

—Max—nuestros ojos se cruzan y se miran fijamente—. ¿Por qué no vienes una temporada a casa? A si te piensas que quieres hacer, lo mismo...

—¿Y estar contigo veinticuatro horas? —pregunto divertido—. ¡Ni loco! —Sonrío.

—¡Oye! —Da un pequeño golpe en mi hombro y se ríe.

Un silencio extraño se hace entre nosotros. Aunque intentamos evitarlo, la mayoría de las veces es inevitable que los recuerdos asalten mi mente y supongo que la suya también. No sé si algún día podré borrar del todo a Any de mis pensamientos. Y si tuviera que estar con ella todo el día, esto no acabaría bien. Estoy seguro.

—Max...

—No—digo tajante—, no intentes convencerme, no lo conseguirás—le lanzo una sonrisa de medio lado para quitarle hierro al asunto. Sé que sabe en qué pienso.

—No me cambies de tema, sé que...

Agacho mi cabeza un poco y me encuentro con sus ojos. Mi simple mirada hace que asienta y no continúe con lo que iba a decirme.

—Está bien. —Claudica.

—No es que no quiera hablar contigo de ese tema Any, pero mientras menos lo toquemos mejor.

Noto como se tensa. La miro y veo como una lágrima cae por su mejilla, se la recojo con mi pulgar. Arrugo el entrecejo y eleva su mirada hacia mí.

—Max, me costaría cambiar mi relación contigo, pero, si tú lo quieres así yo estoy dispuesta a...

Pongo un dedo en su boca para que no siga diciendo incoherencias. La sitúo delante de mí y agarro su cara con ambas manos.

—Any, no quiero que cambies tu manera de ser conmigo por nada del mundo. Simplemente quiero que entiendas que no podría estar una temporada aquí con vosotros o me volvería loco—suspiro—. Os quiero demasiado a ambos y jamás me perdonaría que volviese a pasar nada parecido a lo que ocurrió cuando te conocí.

Asiente y se abalanza sobre mí. Me da un fuerte abrazo y yo la imito sin pensarlo.

—Te quiero Max.

—Yo también te quiero Any.

Apoyo mi barbilla en su pelo y exhalo su aroma. Desvío mi mirada hacia la entrada de la casa y veo a Bryan apoyado en el marco de la puerta observán-donos.

Me tenso.

No dice nada, da media vuelta y entra en la casa. No hemos tenido más percances, ni quiero tenerlos y mucho menos con él.

—Tengo envidia de la relación que tenéis, en serio.

Alza su mirada y nuestros rostros se quedan a escasos centímetros.

—¿Tú no te habías enamorado? —pregunta píca-ra.

Sonrío un poco y ella pone los ojos en blanco.

—¿Pensabas con la bragueta verdad? —Contesta por mí.

Suelto una carcajada. Ella por su parte me mira mal.

—No tienes remedio Máximo Collins.

Pasamos dentro y me encuentro a Bryan con las llaves del coche en la mano. Me mira serio. Any pasa por su lado, dándole un casto beso antes de irse.

—¿Nos vamos?

—Claro—contesto cogiendo mi chaqueta.

Nos pasamos todo el camino hablando de la dichosa empresa. Compramos la pintura y nos dirigimos hacia el centro de Cádiz.

—Londres no es Cádiz, Max—comenta Bryan al ver mi cara de asombro.

—Ya lo veo, ya—respondo mirando a mi alrededor.

Para el coche y le miro.

—¿Pasa algo?

Apoya sus manos en el volante y lentamente deja caer su cabeza en él.

—Esto de la empresa me tiene estresado. No sé si quiero seguir adelante.

Exhalo un fuerte suspiro.

—Sí te soy sincero, sabía que este momento llegaría.

Me mira sin entender de qué estoy hablando.

—Bryan, tienes la vida estructurada de tal manera, que no necesitas trabajar más. Además te recuerdo que no puedes aparecer públicamente en ningún evento de la empresa, si alguien te reconociera...

—Lo sé. Pero si dejo todo... ¿Qué pasa contigo?

Suelto una estrepitosa carcajada.

—Yo no entro dentro de los planes de tu vida. No tienes que preocuparte por mí Bryan, sé cuidarme solo. Además si me lo propusiera sabes que no tendría que trabajar en siete vidas.

—¡No digas eso! Claro que entras dentro de los planes de mi vida.

—Bryan, tú tienes una familia, yo...

—Es tú familia también, tú eres mi familia desde que tenías ocho años—reniega.

Suspiro fuertemente y giro mi cabeza hacia la ventana.

—A veces me siento más solo...—Me atrevo a decir—, no tengo con quién compartir mis problemas, con quién ir a tomarme una cerveza...

—Pues no eres un antisocial que se diga—dice extrañado.

—Puede que últimamente sí... Estoy hasta los cojones de que la gente se pegue a mí por el dinero.

Asiente. Me entiende perfectamente.

—Max, vente a vivir con nosotros—susurra Bryan.

Me quedo en estado de shock, nunca mejor dicho. Prefiero no mirarle directamente o notará que mi cara ha cambiado por completo.

—¿Aquí? ¡Vamos Bryan, no me jodas! Estoy acostumbrado a una ciudad enorme y me vas a meter en esta mini ciudad, ¡ni loco!

—No está tan mal—se defiende ofendido.

—No, no está mal para ti que tienes que pasar desapercibido. Gracias por la oferta pero la declino.

—Gracias eh...—me recrimina.

Pongo los ojos en blanco y me disculpo.

—Lo siento, estoy agobiado.

Asiente y entre nosotros se hace un pequeño silencio, hasta que habla él.

—Es por Any, ¿verdad? —pregunta mirando al frente.

No contesto.

—Max...—Me llama calmadamente.

Me revuelvo un poco en mi asiento.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

Su mirada se clava en mí.

—Solo estábamos hablando—me defiende.

—¿Acaso yo te he dicho algo al respecto?

—No, pero por si piensas algo que no es, te lo dejo aclarado—sigo sin mirarle.

Una presión se hace latente en mi pecho. Cuando pasó todo lo de Any, nos peleamos más de la cuenta, pero es cierto que hablamos del tema. Yo no me volvería a meter entre ellos nunca y la cosa iría bien. Aunque me cueste asimilar que me enamoré de Any, sé que es cierto y que todavía no he conseguido sacarla de mi cabeza. Alguna que otra vez me he preguntado cómo hubiese sido mi vida con ella a mi lado.

—Max, en ningún momento te he dicho que cambies la relación que tienes con Any, me parece a mí.

—Pues ella no lo piensa así—refunfuño.

—No lo piensa así por tu culpa—me regaña—, parece que quieres apartarte de ella lo máximo posible, ¿no te das cuenta que así solo le haces daño? Te he estado observando en el cumpleaños, te has sentado a la otra punta.

—Bryan no vayas por ahí...—Le advierto mirándole.

—Pues explícame, ¿qué coño te pasa? Estás... Distante.

Sí. Lo estoy.

Vuelvo mi rostro de nuevo a la ventanilla para no contestar a su pregunta y a lo lejos veo a una mujer. ¡Es ella! Ay un hombre agarrándola del brazo. Observo como intenta apartarse de él, pero no lo consigue, me bajo del coche sin decir media palabra.

—¿A dónde coño vas?

—Ahora vuelvo.

Capítulo 4

—Suéltame Fernando—le gruño.

—¡No me da la gana!

—Fernando, por favor, ya está bien—intento suavizar mi tono.

—¿Por qué no? ¿Por qué? ¡Explícamelo! —dice exasperado.

Suspiro agotada. No sé cómo afrontar esto y ya está llegando un punto en el que resulta realmente incomodo seguir así. Cierro los ojos lentamente mientras sigue soltando pestes por su boca y miro hacia la izquierda.

Veo que un hombre se dirige hacia nosotros. Cuando logro ver de quién se trata me quedo a cuadros. ¡El que casi me atropella! Se para justamente frente a nosotros y me mira a mí, luego a Fernando.

—¿Algún problema? —dice cruzando sus musculosos brazos en el pecho.

Fernando le fulmina con la mirada.

—¿Perdona? ¿Quién te ha dado vela en este entierro?

Abro los ojos desmesuradamente. ¿Pero este tío que hace? ¡No le conozco de nada!

—Fernando...—Intento decir, pero me corta.

—Creo que te ha dicho unas cuantas veces que la sueltes, ya va siendo hora... ¿No? —pregunta arqueando una ceja y mostrando una cara de pocos amigos.

—¿Me vas a tener que decir tú, lo que tengo que hacer? —Inquieta Fernando de manera despectiva.

Veo que el tipo desconocido, da un paso adelante. Me atrevo a observarle detenidamente: ojos marrones, mandíbula cuadrada, finos labios, pelo castaño oscuro corto, buena altura y...Atractivo sería quedarse corta, ¡tiene un cuerpo de escándalo! No me fijé bien ayer, pero ahora que puedo permitirme escrutarlo con la mirada, se me hace la boca agua. Absorta en mis pensamientos, oigo como Fernando me llama

repetidas veces:

—¿Me estás escuchando? ¿Quién coño es este? ¿Le conoces?

El hombre que está como un queso da un paso al frente. Se queda a escasos centímetros de Fernando y oigo como le dice pausadamente;

—Su-él-ta-la.

Intento ponerme en medio. Fernando enarca más sus cejas oscuras y se pone las manos en las caderas, lo que hace que la barriga cervecera que tiene se le note más. Me dan arcadas con solo mirarle.

—Fernando...—Intento disipar la tensión del momento.

Me suelta del codo por fin y me lo masajeo un poco con la otra mano. A cada paso que el chico daba, más me apretaba.

—¿Estás bien? —pregunta sensual, o eso es lo que me parece a mí.

Me quedo embobada mirando su boca. Cuando me doy cuenta que eleva una de las comisuras de sus labios hacia arriba, concluyo que me ha pillado empanada. ¡Mierda!

—Sí...Sí—balbuceo sin apartar mis ojos de los suyos.

—¿Pasa algo?

Oigo una voz detrás del desconocido. Asomo mi cabeza y ¡madre de dios lo que me encuentro! Otro hombre de su misma altura, tiene unos rasgos fuertes y es atractivo a rabiar también. ¿Tendré un día de suerte? Los tres se miran.

—No, ya ha quedado todo claro—contesta el hombre que casi me atropelló.

—Está bien, entonces te esperaré en el coche—dice el que acaba de llegar y se va, no sin antes fulminar a Fernando con la mirada.

Suspiro. Y giro mi rostro hacia la persona que me habla.

—Cómo sigas así, al final te voy a...

—¡No! —Sueno suplicante— Si...si...si quieres, puedo venir antes esta noche y...—digo retorciéndome las manos.

—¡Por supuesto! ¡Faltaría más!

Se da la vuelta y entra en la cafetería. Suspiro y por pocas no me echo a llorar, pero caigo en la cuenta que no estoy sola. Le miro a través de mis pestañas y veo que

me está clavando sus ojos.

—Tu novio es un poco...—Comienza a decir.

—¡No es mi novio! —Escupo molesta.

¿En serio? ¿Quién estaría con Fernando? Bajito, calvo y con barriga cervecera. ¡Qué asco! Además, ¡me dobla la edad!

—Pues menos mal, porque ya te he iba a decir que tienes un gusto un tanto... peculiar.

—¿Sé puede saber, a ti que te importa el gusto que tenga?

Sonríe y yo me derrito, literalmente.

—¿Cómo te llamas?

—¿Por qué lo quieres saber?

—¿Por qué no me lo puedes decir?

Ya estamos dando la vuelta a las preguntas, sonrío pícaramente.

—Llámame Lola.

—¿Lola? —pregunta arqueando sus cejas y dando un paso hacia mí.

Se pega completamente a mi cuerpo y retrocedo un paso hacia atrás. Me mira y eleva las comisuras de sus labios, formando una mini sonrisa de lo más erótica.

—Tranquila, no voy a comerte...si no quieres claro...

Mi corazón da un vuelco, lo que me acaba de decir mezclado con ese olor tan particular a macho, me está volviendo loca. Deposita dos sonoros besos en cada una de mis mejillas, no me muevo, pero sí que me ruborizo.

—Sé que no te llamas Lola—murmura pegado a mi oído.

Se me erizan todos los vellos. ¿Cómo puede tener esa voz tan...sexy?

—¿Quién era? —pregunta de repente.

—¿El qué? —digo saliendo de mi ensueño.

—Sé que causo un impacto descomunal en las mujeres—arqueo una ceja—, pero... ¿Podrías contestar-me?

—¿Te lo tienes muy creído, no?

Parece ofendido.

—¿No te parezco atractivo? —pregunta a escasos centímetros de mi boca.

No sé qué contestar. Mi lengua me ha abandonado, me aclaro un poco la garganta.

—El que seas atractivo, no quiere decir que tengas que ser presuntuoso.

Hace un gesto de indiferencia. Sin duda es el hombre...perfecto.

—No he sido presuntuoso en ningún momento, pero...—Saca de su bolsillo una tarjeta y extiende su mano para entregármela. Se aproxima de nuevo a mí y susurra en mi oído—, si quieres que te haga gritar como nunca nadie lo ha hecho...llámame...

Abro los ojos desmesuradamente de nuevo y la mandíbula se me cae al suelo directamente, mientras un intenso calambrazo hace eco en todo mi ser. No puede ser que me haya dicho lo que creo que acabo de escuchar.

—¿Cómo te atreves...?

Pero me quedo completamente descolocada cuando no me deja terminar y añade:

—Te aseguro que después de esto...lo demás te sabrá a poco...

Mis ojos se clavan en los suyos con firmeza. Niego un par de veces sin poder creerme lo que estoy oyendo. Muda. Así es como me he quedado, jamás me había pasado algo similar.

Se da la vuelta, dedicándome una sonrisa de las que te arrebatan el alma y a lo lejos vocea:

—Adiós...Lola...—dice sexymente.

Vale, no ha colado que me llamo Lola. Me quedo mirando la tarjeta y solo veo que pone: teléfono, correo y...*Sr. Collins*. Muy bien, yo tampoco sé cómo se llama.

Llego a la casa de Pepi apresuradamente. Entro a trabajar de nuevo en dos horas.

—¡Hola! ¿Y los niños? —pregunto en cuanto entro por la puerta.

—Hola niña, Pablo y José, están en el dormitorio durmiendo.

—¿Y Carlos? —pregunto extrañada.

Suspira resignada.

—Se ha ido...

Cierro los ojos lentamente. No sé cómo decirle las cosas a este chico... Me agobia el simple hecho de no saber con quién pueda estar o que pueda estar haciendo.

—Bueno...me llevo a los pequeñajos, gracias por hacerme este gran favor—le agradezco cariñosa.

—No hay de qué, sabes que puedes confiar en mí. ¿Quieres llevarte comida?

—No, no te preocupes, luego cenarán allí.

—¿Y tú?

Sonrío tímidamente.

—No te preocupes por mí.

—Sí me tengo que preocupar por ti, te estás quedando demasiado delgada. ¿Estás bien? —Me mira preocupada.

—Sí, tranquila. Estoy segura que todo esto pasará dentro de poco, o por lo menos eso estoy intentado.

Capítulo 5

Llegamos a casa de Bryan, durante el regreso, no hemos hablado nada de nada. El tema de Any sigue siendo incómodo de tratar. Estoy seguro que se ha ido inmerso en sus pensamientos, porque ni se le ha pasado por la cabeza preguntarme por la chica que nos encontramos. Paso el resto de la tarde jugando con Lucy y Natacha, las echo tanto de menos...

—¿Vas a quedarte mucho tiempo tío Max? —pregunta Lucy abalanzándose sobre mí.

—Esta vez no preciosa, me quedaré hasta el martes.

—El martes es dentro de...—Natacha se pone a contar con sus deditos y me mira arrugando el entrecejo.

—De tres días, cielo—le aclaro la duda.

—¡Eso es muy poco! —Reniega Lucy encima de mí.

—Pero tengo que volver a mi casa cariño, Jasón está solo...

—¡Pues habértelo traído! —Refunfuña ahora Natacha.

—Os prometo que la próxima vez que venga me quedaré más tiempo.

—A ver si es verdad, porque luego te marchas siempre corriendo—Natacha cruza sus bracitos en el pecho y me mira arrugando la nariz.

Estiro mi mano y la echo encima de mí junto con Lucy. Les doy un beso a las dos y empiezo a hacerles cosquillas para cambiar de tema, es una táctica de distracción que no me falla nunca.

El tema de que Bryan lleve esquivándome prácticamente desde que hemos llegado empieza a preocuparme. Dejo a las niñas con Giselle y me dirijo al interior de la casa, comienzo a buscarlo, y me encuentro a Any en mitad del pasillo.

—¿Has visto a Bryan?

—Sí, está en el despacho.

Voy a empezar a caminar cuando me agarra del brazo y me mira fijamente.

—¿Ha pasado algo, Max?

Miro su agarre y después la miro a ella.

—No—contesto simplemente.

Asiente sin convencimiento alguno, mirándome fijamente a los ojos, como si estuviera intentando descifrar porque estoy mintiendo. Entro en el despacho y Bryan está mirando a un punto fijo de su mesa, dándole vueltas a un bolígrafo que tiene en las manos.

—¿Podemos hablar? —pregunto sin moverme del sitio.

—Claro. Cierra la puerta...con llave...

Elevo mi mirada hacia él, no me gusta ni un pelo esto último.

—¿Crees que será necesario echar la llave? —digo levantando mi cabeza.

Me mira fijamente.

—No lo sé...Eso lo determinará la conversación que quieras tener conmigo, ¿no crees? —dice fríamente.

Asiento. Mal asunto.

Un silencio incómodo se apodera de la estancia, no sé ni siquiera qué quiero decirle.

—En vista de que no piensas empezar esta conversación, lo haré yo—dice levantándose de su silla.

Comienza a dar vueltas por la habitación, meto las manos en mis bolsillos y le observo detenidamente. Se para en la ventana y mira el exterior.

—En Londres no tienes a nadie. Y no quieres venirte aquí con nosotros, vale... —Suspira—. Me dices que no siga por ese camino cuando te hablo de Any, mi pregunta es; ¿me vas a explicar por qué? O mejor dicho; ¿vas a seguir negándome, que pese a que ha pasado el tiempo, sigues enamorado de ella? —pregunta con cierto sarcasmo.

Asiento varias veces y respiro hondo antes de contárselo.

—Jamás me imagine que esto podría pasarnos a nosotros...

—Ni yo tampoco...—Me corta y cierra los ojos lentamente, como si no quisiera

escuchar mi respuesta.

—No puedo decirte si es aprecio, o es amor lo que siento por ella—me mira fijamente—, pero sé que no puedo estar cerca de Any demasiado tiempo. Eso es todo.

—Eso es todo...—Repite mis mismas palabras asintiendo despacio—. Pero le has dicho que la quieres, te he escuchado.

—Sí, la quiero.

Se pasa una mano por la cara crispado y su rostro se contrae por segundos, se está cabreando.

—Y aun así, he estado cuando me has necesitado. Prometí no sobrepasar la línea y lo he cumplido a raja tabla—le recuerdo.

—Pero no puedes estar cerca de ella...—Repite con ironía mi misma frase otra vez.

Saco las manos de mis bolsillos y las cruzo en mi pecho.

—Solo escuchas lo que quieres. ¿Piensas repetir todo lo que te diga? —pregunto despectivo.

Y entonces, explota como un volcán.

—¿Y tú, me puedes decir qué coño te pasa? ¿Es que no hay mujeres en el mundo? ¿Nos tenemos que pelear por la misma? —Vocifera histérico—. ¡Me puede esta situación y lo peor de todo es que no sé cómo actuar!

Le da una patada a la silla que tiene delante y cae al suelo.

—Sé qué piensas que la mereces más que yo, pero te estás equivocando ¡y mucho! —Me señala con el dedo.

—¿Cuándo cojones te he dicho eso Bryan? ¿¡Cuándo!?! —Le chillo y comienzo a irritarme igual que él.

Niega con la cabeza y veo como aprieta su mandíbula fuertemente. Se lleva una mano a la cabeza y se presiona igualmente.

—¿Tan difícil de entender es que necesito mi espacio? —Le grito—. ¿Acaso he intentado hacer algo para que se olvide de ti? ¡Cuando desapareciste dos putas semanas, YO, fui el que estuve a su lado! ¡YO! Y no paso ¡nada!—Rujo.

—¡No me saltes con esas! —Grita dejándose la voz—. Sabes de sobra que esas dos putas semanas fueron un infierno y ¡fue necesario! Te recuerdo que ¡yo! —Se señala—, fui el que tuvo que desaparecer y perderme en Suecia, sin poder estar con

mi familia por protegerlas. Así que, ¿no me vengas con gilipolleces Max!

—¡No me vengas con gilipolleces tú, Bryan! Fui su paño de lágrimas, cuide de tus hijas, me encargué de todo el traslado a Cádiz y estuve veinticuatro horas pendiente de todo. Si hubiese querido...—Intento pensar antes de hablar, pero las palabras brotan de mi boca solas—. Te hubiese apartado de ella para siempre...

Se acerca a pasos agigantados hasta que llega a mi altura. Me coge de la camiseta y me empotra contra la puerta. Está desquiciado.

Levanta su puño y lo aprieta con fuerza, dejándolo en el aire, me mira con los ojos inyectados en sangre y noto que tiembla de rabia. Sé que mis palabras no han sido las adecuadas, pero las suyas tampoco.

—Jamás...—Sisea—. Jamás se te ocurra hacer tal cosa, o no respondo...—Me ladra.

—No es necesario que me amenaces...

Me suelto bruscamente de su agarre, dándole un leve manotazo a la mano con la que tiene agarrada la camiseta y abro la puerta del despacho sin quitarle los ojos de encima.

Otra vez esa mirada. Otra vez, rivalidad.

Cuando desvío mi vista me encuentro a Any clavándome los ojos. Coge aire para hablar y al ver sus intenciones, la corto.

—¡No! —Hago un gesto en el aire y desaparezco.

Se queda de pie mirando cómo me marchó de lejos, oigo como Bryan maldice en voz alta. Me paro al final del pasillo y lo miro, sigue con los brazos cruzados en su pecho, observándome. Niego un par de veces con la cabeza y salgo de la casa. Necesito estar solo un buen rato.

Llego al sitio donde esta misma mañana me encontré con la chica que me dijo que se llamaba Lola...Qué mal saben mentir las mujeres algunas veces. Entro en el primer local que veo, además he venido aquí porque es el único camino que conozco.

Está abarrotado de gente, me dirijo hacia la barra y llamo a una camarera. Saco mi móvil del bolsillo y veo un *WhatsApp* de Marian de nuevo.

«Necesito hablar contigo, ¿cuándo vuelves?»

Le contesto rápidamente para quitármela de encima cuanto antes:

«El martes, te llamaré»

No me llega respuesta, así que, respiro aliviado. La bronca con Bryan me ha dejado exhausto. No sé si alguna vez dejaremos de pelearnos por la misma mujer. Quizás sea el cariño tan especial que le tengo, el motivo por el cual no pueda estar cerca de ella demasiado tiempo. O quizás...me esté obsesionando. Me suena el teléfono, es Any. Rechazo la llamada.

—¿Qué le pongo? —Me preguntan.

Levanto mi cabeza y me quedo pasmado mirando a la tal...Lola.

—¡Vaya casualidad!

Tuerce el gesto. No le agrada mi presencia.

—¿Te molesto?

—Has sido un grosero—Cruza los brazos a la altura de su pecho.

Sonrío.

—Entonces mejor que no te diga los pensamientos que tengo en este mismo instante.

—¿Pero cómo te atreves...?—pregunta alucinada.

Levanto mi cuerpo del taburete y me inclino hacia delante, hasta que tengo su cara justamente frente a la mía. Su respiración entrecortada me da en el rostro. El pantalón me empieza a apretar.

—Cuando quieras te demuestro porque me atrevo...—Contesto sensual.

Alza su barbilla. Y sonrío sarcásticamente.

—¿Te lo tienes demasiado creído, no? Seguro que no es para tanto...—Asegura con malicia.

Retiro mi cuerpo de la barra cuando observo que la gente del local empieza a mirarme extrañamente. Apoyo una mano en mi barbilla.

—Cuando te veas capacitada te lo demuestro y así lo corroboras—la miro fijamente—, quiero un whisky doble con hielo...por favor—digo esto último con una amplia sonrisa.

Se gira lentamente sin quitarme los ojos de encima. Dirige su cuerpo a la estantería que tiene detrás y me sirve lo que le he pedido. Me permito observar su cuerpo con detenimiento. Estrechas caderas, trasero respingón, piernas largas, me atrevería a decir que mide sobre un metro setenta, manos finas y cuidadas y como dije anteriormente, más delgada de la cuenta, aunque igualmente apetecible.

Vuelve hacia mí y se da cuenta que la estoy mirando con ojos de deseo. Ajusto mi pantalón e intento apartar un poco los pensamientos obscenos que tengo en este instante o no podré levantarme del taburete en un buen rato.

—Aquí tienes...—Me mira un segundo y habla—. Y...estoy bastante capacitada, para todo—recalca esto último.

Asiento con entusiasmo. Doy un sorbo a mi vaso, mientras nuestras miradas siguen inmersas.

—¿Cómo dices que te llamas? —pregunto pilluelo.

Se ríe. Apoya sus brazos en el congelador que tiene entre la barra y ella. Inclina su cuerpo un poco y veo sus exuberantes pechos, llamando mi atención.

—Me llamo...Olga...—Sonríe—. Y por favor, mi cara está aquí—dice señalándose el rostro.

Levanto la vista hasta sus ojos.

—Puede ser que haya cosas que me interesen más que tu cara...Olga—le muestro una gran sonrisa.

Me mira por última vez y se marcha para seguir atendiendo al resto de clientes.

A las cinco de la mañana me encuentro en la puerta del mismo local, esperando a que salga, cuando veo que está limpiando para cerrar.

—¡Hasta luego Olga! —dice saliendo por la puerta trasera. Se asusta al verme apoyado en la pared —. ¿Qué haces aquí?

—Esperarte... ¿Te llamas Olga, o tu compañera?

Me mira intensidad.

—¿Te he pedido yo que me esperes? —No responde a mi pregunta.

Me acerco peligrosamente a ella y cuando estoy a tan solo escasos centímetros, recojo un mechón de su pelo que escapa de su coleta alta.

—Me gustaría ver lo capacitada que estás...—Susurro en su oído.

Sé que se estremece. Empiezo a notar la famosa respiración agitada que surge cuando está nerviosa. Me mira a través de sus pestañas, y la respuesta que no esperaba, me sorprende:

—Estoy libre.

Llego a un hotel cercano desde donde nos encontramos. El camino ha sido corto e indicado por ella.

—¿De dónde eres? —Me pregunta.

Giro mi cara hacia ella y sonrío.

—¿Tendría que decírtelo? Tú no me quieres decir tu nombre—le recuerdo.

—He visto en tu tarjeta que pone una dirección de Londres, así que, supongo que serás de allí.

Asiento. Chica lista.

—Has acertado.

—Yo tampoco sé tú nombre.

—¿Y tú eras...? —Lo digo como si se me hubiera olvidado.

—María—contesta con una sonrisa burlona.

Asiento y una pequeña carcajada sale de mi garganta. Bajamos del coche y entramos en la recepción del hotel, mientras cojo la tarjeta de la habitación ella se queda de pie unos pasos más atrás, contemplando la estancia.

Me giro cuando lo tengo todo y extendiendo mi mano, la acepta sin rechistar. Abro la puerta y la insto para que pase, me coloco justamente detrás de ella.

—¿Lista? —Murmuro en su oído.

—Claro...—Contesta sensual.

Me deshago de mi chaqueta y la tiro al suelo, sin importarme las arrugas que puedan quedar luego. Pongo las manos en su cintura y puedo apreciar como el vello se le pone punta.

—¿Tienes frío? —pregunto posando mis labios en su cuello.

Lo gira un poco hacia la izquierda cuando comienzo a pasar mi lengua provocativamente por él. Me planto delante de ella y veo que tiene los ojos cerrados.

—Ya puedes abrir los ojos—susurro lentamente.

Los abre y me mira. Están destellantes. Alargo mi mano y de un tirón seco, la pego a mi cuerpo. Alza sus ojos y pasa un dedo por mi mejilla, respiro entrecortadamente y sin esperar ni un segundo más, devoro su boca con ferocidad.

Con una mano aprieto su trasero y de un solo impulso la elevo. Enrosca las piernas en mi cintura, doy un paso y la empotro contra en el armario. Le quito la camiseta con urgencia y mis manos pasean por su figura, hasta llegar a sus pechos. Desabrocho el sostén en un abrir y cerrar de ojos y lo lanzo al suelo junto con mi chaqueta.

Restriego mi cuerpo contra ella para que note mi dura erección. Agarra el bajo de mi camiseta y nos vemos obligados a interrumpir la batalla que juegan nuestras lenguas.

—¡Por Dios! —Exclama cuando termina de sacar la camiseta y ve mis adorables músculos.

En estos precisos momentos, doy gracias a Dios porque existan los gimnasios. No tiene precio ver la cara de las mujeres cuando te quitas la ropa.

—No te distraigas tan rápido.

La cojo de la nuca y tiro de su pelo para volver a introducir mi lengua en su boca. Doy la vuelta con ella en mis brazos y la lanzo a la cama. Un deseo irrefrenable me ruge con fuerza.

Me abalanzo sobre su pecho y succiono uno de sus excitados pezones para devorarlo y tirar fuertemente de él, haciendo que un pequeño grito salga de su garganta. Repito el mismo proceso con el otro, mientras que arrastro sus pantalones junto a su tanga, para dejarla completamente desnuda. Estiro mi mano hasta el bolsillo trasero de mi pantalón y saco un preservativo de la cartera sin dejar de lamerle el cuello. Agarra mi pelo y pega suaves tirones. Aparto una de sus manos de mi cabello y me separo de ella para girarla con un movimiento radical y dejarla boca abajo en la cama. Gime.

Deslizo mis pantalones junto con el bóxer por mis piernas. Toco mi miembro repetidas veces y en un abrir y cerrar de ojos coloco el preservativo. Agarro sus piernas y la pongo de manera que mi introducción en ella sea lo más rápida posible.

—¿Tienes prisa? —pregunta jadeante.

—¿Ahora mismo? Sí—afirmo.

De una estocada me introduzco en ella y grita. La agarro de las caderas y comienzo mi ataque brutal sin parar, no hay delicadeza alguna. Ni besos de amor. Solo

es sexo salvaje en una noche de lujuria irrefrenable.

La oigo respirar agitadamente y puedo comprobar como agarra la colcha, observando un color blanquecino en sus nudillos mientras tiro de su pelo.

—Oh Dios...—dice jadeante.

—Luego me dices si me lo creo o es cierto—digo dando dos fuertes embestidas en seco.

Sigo mi ritmo hasta que como si tuviéramos una sincronización extraña, los dos llegamos al clímax. Caigo desplomado encima, intentando estabilizar mi respiración. Veo que hunde la cabeza en el colchón y como su cuerpo sigue temblando todavía.

En ese momento mi móvil vuelve a sonar. Me reincorporo, alargo la mano y saco el teléfono del bolsillo de mi pantalón. Tengo cuatro *WhatsApp* de Any, ni uno de Bryan.

«¿Dónde estás?»

«Max, contéstame, por favor»

«No conoces la ciudad, te vas a perder»

«¡Max! Coge el puto teléfono»

Vale, este último me avisa que está bastante cabreada. Elimino las siete llamadas perdidas que tengo de ella también.

Suspiro fuertemente. Ahora no quiero pensar en eso.

—¿Qué hora es? —pregunta entrecortadamente.

Miro de nuevo el móvil. No me había ni fijado.

—Van a dar las siete de la mañana.

Caigo a plomo encima de la cama y miro al techo poniendo un brazo en lo alto de mi cabeza. Noto como se levanta de la cama como un resorte y empieza a vestirse a toda prisa.

—¿Qué haces? —pregunto extrañado.

—¡Tengo que irme!

—¿A dónde? —Arqueo una ceja—. Son las siete de la mañana.

—Tengo...tengo...yo...—Balbucea.

La miro sin entender nada, mientras se pone la ropa en dos segundos. No había visto a nadie vestirse tan rápido en mi vida. Me levanto de la cama, llego a su altura y agarro suavemente su brazo.

—¿Tengo que volver a quitarte la ropa? —Murmuro pegado a su boca.

—No—contesta tajante.

Me mira y se deshace de mi agarre. No entiendo su comportamiento.

—¿He sido demasiado brusco?

No contesta. Está sumida en sus pensamientos y eso es algo que me preocupa bastante. Se dirige hacia la puerta y la sigo.

—¿Te he hecho daño? —pregunto asustado.

Se gira para mirarme a la cara y ya de paso repasa mi cuerpo de arriba abajo. Sonríe pícaramente.

—No, no me has hecho daño. Simplemente, tengo que irme. Me están esperando —abre la puerta y antes de irse, clava sus ojos en mí—. Ah...y...ha estado bien—me guiña un ojo y desaparece de mi vista.

Cierra la puerta y nuestras miradas se pierden.

—¿Ha estado bien? —Repito sin creerme lo que acaba de decir.

¿Solo bien? No, no, no, estoy seguro de que no estoy perdiendo facultades. Eso me lo tendrá que aclarar, en otro momento tal vez.

Capítulo 6

Me paro en la entrada principal de la casa de Any y Bryan. Observo detenidamente los jardines de la misma, cuidados, no les falta ni un mínimo detalle. La piscina ovalada en el centro de ellos está decorada con una piedra en color blanco, lo que hace que resalte con el resto del entorno. Suspiro varias veces antes de entrar, toco al timbre y Any sale a recibirme. Cruza sus brazos en el pecho y me mira sin decir ni una palabra.

—¿Qué ha pasado?

—No sé a qué te refieres—me hago el loco.

Asiente queriéndome decir: «¿Tú te piensas que soy tonta?»

—¿Y por eso Bryan está que se lo llevan los demonios no? —Arquea una ceja.

—Sinceramente, no sé cómo está Bryan—respondo con indiferencia.

—Te lo acabo de decir. ¿Dónde has estado Max? No conoces nada de aquí.

—Necesitaba tomar el aire.

Se da la vuelta y entro detrás de ella. Cuando voy a dirigirme a mi dormitorio para poder dormir un largo rato, me para.

—Ni se te ocurra subir por esas escaleras—increpa en tono amenazador.

Señala la puerta de la cocina.

—Pasa.

Exhalo un fuerte suspiro y agacho mi cabeza negando varias veces. Entro y me encuentro a Bryan apoyado en una de las encimeras, me clava la vista. Sus ojos no me dicen nada bueno, no me meneo del sitio, cruzo los brazos en mi pecho y espero a que Any pase.

—Sentaos—ordena con firmeza. Al ver que Bryan no lo hace le ruge—, los dos.

Hace lo propio. Arrastra el taburete de mi lado y se lo lleva a la otra punta. Any

se queda de pie observándonos.

—¿Me podéis explicar qué demonios os pasa?

Ninguno de los dos habla. Durante un rato nos quedamos completamente en silencio, sin mirarnos.

—Os he hecho una pregunta, si lo tengo que volver a repetir, será de otra manera—asegura enfadada.

—Pregúntaselo a él. Creo que no tiene las cosas claras todavía...—dice Bryan con malicia.

—Mejor pregúntale a él, los celos se lo carcomen sin ningún motivo—contraataca.

Any alza una ceja. Bryan se levanta de golpe y pega un puñetazo en la isla que nos separa.

—¡Maldita sea! Yo no estoy celoso de ti—vocifera.

—Pues lo parece...—Contesto intentando mantener la compostura.

La cara de Any empieza a cambiar por segundos.

—¿Por qué cojones no hablas claro Max? —Grita de nuevo.

—¿Quieres que hable claro? Muy bien—me levanto como un resorte del taburete, Any se despega un poco de la isla, creo que teme lo que puede pasar—. En ningún momento he intentado arrebatarte a tu mujer y tú lo único que haces es sacar conclusiones precipitadas—digo en el mismo tono que el suyo.

—¡Vale! —Pone las manos en el aire—. ¿Entonces me invento las cosas? Si es así... ¿Por qué diablos no quieres venirte aquí? Vamos, dilo—me pica.

Me quedo callado. Observo a Any y ella me mira a mí. En sus ojos puedo ver un claro miedo a lo que vaya a decir, la conozco demasiado bien.

—No quiero venirme aquí por la sencilla razón de que tú—le señalo calmadamente—, lo malinterpretas todo, a la vista está. En ningún momento te he dicho que no quiera venirme a vivir aquí por ella. Simplemente no quiero hacerlo, por mí.

—¿Por ti? ¡Ja! —Ironiza—. ¡Cuéntale ese cuento a otro, que conmigo no cuela!

—¡Todo esto es por tu culpa! —Exploto.

Abre los ojos desmesuradamente y la ira nace en su rostro. Noto como mi cuerpo

empieza a temblar y sé que como sigamos por este camino nos liaremos a ostias.

—¿¡Por mi culpa!?! —Vocifera.

—¡SÍ! Si tu no hubieses propuesto el puto trío y no te hubieras portado como un auténtico gilipollas, ¡yo no me habría enamora de ella! —Ya lo he dicho.

Any abre los ojos de par en par. Sí, sé que todos pensaban que ya estaba superado, pero no es así, ha sido una mentira rotunda.

—Enamorado...—Musita Bryan mirando al suelo.

Se lleva las manos a la cabeza y tira de su pelo un poco. Respiro agitadamente.

—Enamorado...—Vuelve a repetir como si no se lo creyese.

—Sí, Bryan, ¡enamorado! ¡No me puedo quitar a tu mujer de la cabeza! ¿Qué coño hago? ¿QUÉ? Dame la solución. ¿Me arranco el corazón? —Pregunto histérico.

Niega energéticamente y me mira fulminándome con la mirada.

—Dijiste que no la amabas...—afirma entrecortadamente.

—¡Intentaba evitar esto! ¿Es que no te das cuenta? —Chillo.

—Te mato, te mato, te mato...

De dos zancadas se planta delante de mí. Cuando va a pegarme un buen puñetazo me tiro encima de él. Algún que otro golpe nos llevamos ambos.

—¡Parad de pelearos! —Grita Any.

Noto como su cuerpo se mete en medio de los dos. A mí me da la espalda, a Bryan lo empuja para que se aparte.

—¿No te estarás poniendo de su parte? —Chilla descontrolado al ver su gesto.

Intento dar un paso hacia él, cegado por la ira. Any me para.

—Ni se te ocurra Max—sentencia.

Mira a Bryan y respira antes de hablar.

—Esto lo tenemos que solucionar y como alguno de los dos, levante una mano de nuevo, no me hago responsable de mis actos—asegura.

Nos miramos como auténticos rivales, no aguanto más esta situación. Me giro, abro la puerta de la cocina, y pego un fuerte portazo al salir. Oigo como los dos discuten y me alejo lo antes posible para no escuchar el motivo, ya que sé que soy yo.

Me despierto dos horas después. Estaba muy cansado, después de llevar toda la noche despierto y la discusión en cuanto llegué me ha dejado exhausto. Obligo a mi cuerpo a levantarse y dirigirse al baño, necesito una buena ducha. No me molesto en ponerme ni los pantalones, con el bóxer solo voy bien, de todas formas me los voy a quitar en dos minutos. Cojo mi móvil que suena y me dirijo al baño leyendo un correo que me acaban de mandar.

Cierro la puerta y el vaho me da de repente en la cara. Levanto la vista y me encuentro a Any, ¡desnuda!

—Oh, lo siento—digo mirando hacia otro lado—, no sabía que estabas aquí.

—No pasa nada Max—dice sin importancia—, ya he terminado.

De reojo veo como se lía una toalla en su perfecto cuerpo. ¡Dios!

—Mejor espero fuera—digo abriendo la puerta—, lo que faltaba es que...—Me quedo sin palabras cuando me encuentro a Bryan delante de mí.

Me empuja hacia dentro mirándome fijamente. Ni siquiera se percata de que está su mujer.

—Dale gracias a que estaba Any delante, si no....

—¿Sí no, qué? —Le corta ella.

Cierra la boca de sopetón, me mira y lentamente guía sus ojos hacia ella. La repasa de los pies a la cabeza. Achica los ojos y se gira de nuevo hacia mí, estamos prácticamente pegados el uno con el otro.

—¿Qué coño haces en el baño? —Me pregunta directamente.

—No sabía que estaba aquí—me defiendo achicando los ojos también.

—Ya. —Se limita a decir.

Me ofende.

Le pego un empujón que lo deja pegado al lavabo.

—¿De verdad te piensas que voy a faltarte el respeto en tu propia casa? —
Vocifero.

—A estas alturas ya no sé ni que pensar—dice como un tempano de hielo.

No quepo en mi asombro. ¿Cuándo se ha vuelto así?

—¿Sé puede saber qué coño te pasa Bryan?

—¿¡Qué coño te pasa a ti!?

Nos miramos llenos de rabia y nos decimos mil y una cosas sin hablar.

—Parad de una puñetera vez—nos pide calmadamente Any.

La miramos a la vez. Se agarra la toalla fuertemente para evitar accidentes. Primero me mira a mí y después a su marido.

—Daos la vuelta, voy a vestirme.

Arqueo una ceja y veo que Bryan hace lo mismo. Hago caso de inmediato y me giro para mirar a la puerta, Bryan no se gira.

—Los dos.

—¿Estarás de broma? —Pregunta incrédulo.

—No, Bryan, no estoy de broma.

Oigo como suelta un fuerte resoplido y maldice por lo bajo.

—No me lo puedo creer—dice dándose la vuelta.

No puedo evitar que una pequeña risa asome en mis labios. Se da cuenta.

—Quita la sonrisa que tienes si no quieres que te la borre yo de un puñetazo—bufa.

Oigo a Any exhalar un fuerte suspiro.

—¿Tienes que venir con los bóxer solo? —pregunta arqueando una ceja.

—¿Tienes algún problema? —Contesto sin mirarle.

—Sí, tengo muchos.

—Pues búscate la vida para solucionarlos—digo sarcástico.

Any da un leve toque en mi hombro y me giro. Se ha vestido. Hace lo mismo con Bryan y se vuelve también. La mira enfadado y ella le ignora por completo.

—Vais a daros unos días, a pensar las cosas y después volveremos a tener una conversación los tres—Bryan va a abrir la boca y ella lo fulmina con la mirada. La cierra—. Ahora, salgamos fuera y dejemos a Max ducharse.

Coge a Bryan del brazo y lo saca del cuarto de baño. Oigo como reniega por el pasillo preguntándole por qué le ha dicho que se girase. Any no le hace caso. Esta mujer los tiene bien puestos.

Capítulo 7

Llamo a Carlos como unas cincuenta veces.

Nada. No me contesta.

Aburrida por su actitud, cojo a José y a Pablo y me dirijo hacia la cafetería. ¡Dios, hoy hace un frío que pela en la calle!

—Está bien, abrigaros—les ayudo a ponerse la bufanda y los guantes que están un poco desgastados. Pablo tiritita de frío, el viejo chaquetón está algo destrozado y no le abriga a penas nada, me quito mi chaqueta y se me hiela hasta la sangre—. Ten, ponte mi chaqueta.

—Pero me está grande...—dice con su vocecilla.

—Pablo, hazme caso y pónstela, da igual que te quede grande, te quitara el frío, si no, te vas a poner malo.

—Hazle caso Pablo—le dice José.

Le lanzo una sonrisa y le doy las gracias con la mirada. Para la edad que tiene es demasiado maduro.

—Tengo hambre...

—Pablo, ahora intentaré daros algo de la cafetería. Venga vámonos que llego tarde.

Entro al local y Fernando me clava la mirada. Tuerce el gesto y me espero lo peor.

—¿No pensarás dejar a los niños aquí? —pregunta alarmado.

—Es que...yo...

—No, no y no. Ni se te ocurra. Este no es un lugar para ellos, además tienes que trabajar.

—Pero...

—¡Ni peros ni nada! Y vamos, que se te está haciendo tarde. Así que si no quieres que te lo descuente del sueldo, ¡aligera!

Lo observo durante un instante, este hombre no tiene corazón. Cada día me lo demuestra más.

—Fernando—musito—, no tengo a nadie con quién dejarles, en la calle hace mucho frío, no molestarán, lo prometo—digo apresuradamente.

Se gira y clava sus ojos saltones en mí.

—¿Qué parte es la que no has entendido? —Señala la puerta de la calle—. Fuera.

Mis ojos se inundan de lágrimas. ¿Cómo los voy a dejar en la calle? Van a pillar una pulmonía...

—Espero—dice dando un paso hacia mí—, no tener que repetírtelo...o te echaré a la calle ahora mismo.

Me insta con la mirada para que le conteste. Estoy paralizada. Por una parte no puedo perder el trabajo por nada del mundo y por otra... ¿Qué hago con los niños? Trago con dificultad el nudo que tengo en la garganta.

—Está bien, les diré que esperen fuera hasta que salga—les miro apenada. En sus ojos solo hay tristeza—Fernando...—titubeo antes de continuar. Me mira con cara de asco, yo me retuerzo las manos unas cuantas veces—. Veras...no sé... sí... bueno... como cobramos mañana, no sé si... ¿podrías adelantarme aunque sea cincuenta euros hoy?

—Pues mira, va a ser que no, además no puedo pagarte hasta dentro de dos semanas y mucho menos voy a poder adelantar nada.

La tierra se abre paso bajo mis pies. No sé qué voy a hacer...

—Pero, Fernando, necesito el dinero—digo desesperada.

—Y yo te he dicho, por si estás sorda, que hasta dentro de dos semanas no podré pagarte. Ahora, ¡ponte a trabajar! Te voy a descontar los veinte minutos que acabas de perder.

Salgo a la calle con los niños. Limpio las lágrimas que caen por mi rostro sin que ellos se den cuenta y me agacho para estar a su altura.

—A ver hombrecillos...Os tenéis que quedar aquí. No os mováis de ese banco hasta que yo salga de trabajar por favor—señalo el banco que hay justo en frente—. Intentaré salir lo antes posible—aseguro tristemente.

—Pero en la calle hace mucho frío—dice Pablo.

—Tengo mucha hambre—comenta José.

—Lo sé, lo sé. Haré lo posible por sacaros algo de comer.

Antes de entrar, miro de nuevo a los dos. Se me parte el corazón dejándolos ahí, solos.

Comienzo a trabajar sin parar de servir mesas y de estar en la cocina. Digamos que sirvo para todo en esta cafetería. De vez en cuando me asomo por la ventana de la cocina y los observo. A las dos horas, cojo un trozo de pan y me dispongo a salir, pero Fernando me intercepta en el camino:

—¿A dónde vas con eso? —Arquea una ceja mientras me pregunta.

—Yo...

—¿No estarás robando? —Chilla más de la cuenta y la cafetería al completo nos mira.

—No, solo iba a... es que...

—¡Vuelve a tú trabajo! —Dice quitándome de malas formas el pan de la mano—. Y que no te vuelva a ver robar nada de la cocina—, me señala con un dedo.

Corro hacia la cocina y sin poder evitarlo, lloro de rabia y por la pena que me invade a cada segundo. Me asomo de nuevo por la ventana y los veo abrazados, tiritando de frío.

Un hombre aparece al lado de ellos y se queda mirándolos, cuando me doy cuenta que es el señor Collins, salgo como una bala al exterior.

—¿Y vuestros padres? —pregunta acercándose a ellos.

—No hablamos con extraños, señor—le contesta Pablo.

Ese es mi chico.

—¡Pablo, José! —Les llamo.

Los dos corren a abrazarme. Me pongo de cuclillas para poder intentar que entren en calor, están helados. El hombre con el que me acosté, me mira sin entender nada. Me sobresalto cuando oigo que me llaman a voces:

—¡Meg! ¡Meg! ¿Qué demonios haces aquí? Te dije que dejaras a tus bastardos en la calle y que te pusieras a trabajar. En cuanto termines este turno...

No le dejes terminar.

—No, no, no—le suplico—, lo siento, es que estaban tiritando y...

—Tengo hambre—comienza a llorar Pablo.

Le pego más a mi cuerpo e intento consolarlo. José me ayuda, pero nada calma su llanto.

—¡Entra dentro ya! —Me grita.

—Pero...

—¡Ni peros ni ostias! Estás despedida—afirma.

Me levanto y lo agarro del brazo antes de que se marche.

—Fernando no puedes despedirme, necesito este trabajo, por favor, te lo suplico. Haré lo que quieras, echaré más horas, aunque me pagues menos—me apresuro a decir.

Sé me había olvidado que unos ojos almendrados, me miraban con curiosidad. Ahora están completamente asombrados. Fernando dirige su mirada a él, al ver que me he quedado paralizada mirándolo.

—¿Este quién es? ¿Tu chulo?

Vaya... encima tengo que aguantar que me llame puta delante de los niños...

—¿Disculpa? —Se ofende.

Me giro y doy dos pasos hasta llegar a él, cuando veo que comienza a avanzar hacia mi jefe.

—Señor Collins, por favor, déjelo. Me las apañaré sola...

—Me llamo Max—me corta mirándome a los ojos, se le ve... ¿Enfadado? —¿Cómo permites que te humille de esta manera? —pregunta sin comprenderlo.

Abro los ojos desmesuradamente, suplicándole con la mirada que no diga nada más. Pero mi jefe parece tener ganas de guerra.

—Llévate a tu puta y sus niños fuera de aquí. No quiero volver a verlos más.

Max, se dirige a pasos agigantados hacia él y cuando llega le planta un puñetazo en toda la boca que hace que caiga de espaldas.

—¡No se te ocurra volver a insultarla! —Bufa.

Ahora sí que me he quedado sin trabajo. Joder... Fernando entra dentro de la cafetería sin decir nada más y yo me quedo mirando cómo se va. Cuando voy a dar un paso para ir detrás de él y pedirle perdón, incluso arrodillarme si hace falta para suplicarle que no me despida, Max me coge del brazo.

—Ni se te ocurra ir detrás de ese energúmeno—ordena.

Su tono no admite réplica. Miro a los niños, están asustados, abrazados y mirándome con cara de pena.

—Me he quedado sin trabajo—musito—me he quedado sin trabajo...

Pongo mis manos en la cara e intento hacer desaparecer las lágrimas que salen de mis ojos. Max me mira y gira mi cuerpo de manera que quedo frente a él.

—Me acabo de quedar sin trabajo por tu culpa... ¿Por qué te has metido? —Intento parecer enfada, realmente lo estoy, pero las fuerzas me fallan.

—¿Hoy no podremos comer nada? —Murmura Pablo a punto de echarse a llorar otra vez.

Me giro y me acuclillo de nuevo. Lo abrazo.

—No te preocupes, ya se me ocurrirá algo—le beso su cabecita.

—Meg...—Me llama Max.

Me vuelvo para mirarle. Está completamente pasmado, sus ojos van de los niños a mí, consecutivamente. Veo como da un paso hacia ellos, se agacha para estar a su misma altura y coge la mano de Pablo.

—¿Pablo, verdad?

El niño me mira a mí primero y yo asiento, dándole mi consentimiento para que hable con él.

—Sí—dice débilmente.

—¿Tienes hambre?

—Mucha...y frío...

Vuelve sus ojos y los fija en los míos. Agacho la cabeza avergonzada por la situación. Con su mano, agarra mi barbilla y la eleva para que vuelva a mirarle.

—Vamos dentro, coge tus cosas y nos marchamos.

Abro los ojos como platos. ¿Pero qué dice?

—Creo...—digo mirándome las manos—que no deberías meterte en esto...yo puedo...

—¿Apañártelas sola? —Termina por mí.

Asiento. Él niega con la cabeza, se levanta y entra. Lo observo detenidamente. Es perfecto, demasiado perfecto. Veo como le pide a Fernando mis cosas, este se las da sin rechistar y con la cabeza agachada. Sale de nuevo a la calle, y extiende su mano para que la coja.

—Vamos—ordena.

—¿A dónde? —pregunto descolocada.

—Levántate y vámonos—ordena de nuevo, pero esta vez, lentamente.

Su tono no admite réplica. Me reincorporo y nos dirigimos hacia su coche.

Capítulo 8

Llego a la entrada de la casa de Any y Bryan. Necesito un favor urgente. Lo que acabo de presenciar me ha dejado completamente fuera de lugar. Al mismo tiempo he sentido rabia, impotencia y una pena devastadora.

—Esperar aquí un minuto. Ahora mismo vuelvo.

Toco a la puerta de manera apresurada. Bryan abre y me mira con mala cara, todavía sigue enfadado. Entro como un huracán y me paro junto a él. Arquea una ceja. Veo como Any sale del salón y se queda mirándome también.

—¿Pasa algo? —pregunta Bryan.

—Necesito que me hagas un favor enorme. Y sé que no tengo derecho a pedírtelo después de todo lo que ha pasado antes.

Gira su cara dejándola de medio lado, instándome con la mirada a que continúe. Respiro hondo.

—A ver, ayer conocí a una chica. ¿Recuerdas cuando me baje del coche?

—Sí—dice cruzando sus brazos en el pecho.

—Bien, pues necesita ayuda.

Achica los ojos. Any se pone a mi lado y me mira esperando para escuchar lo que tengo que decir, se lo cuento todo de principio a fin. Ambos me miran como segundos antes miraba yo la escena, sin poder creérmelo.

—¡Dios mío! ¿Dónde están? —pregunta Any.

—En el coche.

—Diles que pasen—ordena Bryan—, Any, llama a mi madre y que prepare dos habitaciones. Voy a ver qué puedo hacer rápido para comer.

Sin decir ni una palabra más, Bryan se dirige a la cocina y Any a buscar a Giselle para preparar los dormitorios. Salgo al exterior, menos mal que no ha salido corriendo y todavía están en el coche.

—Bajar—digo abriéndole la puerta del coche.

—Max yo...

—No—sentencio.

Me mira sin saber cómo reaccionar y avergonzada a la misma vez. Cabizbaja obedece. Abro la puerta de la parte trasera y los niños se ponen a su lado. Llegamos a la entrada de la casa, veo que se queda unos pasos por detrás, me detengo y llego hasta ella.

—Tranquila, confía en mí.

Observa su alrededor completamente pasmada. En ese momento Any sale a la puerta.

—Hola—saluda alegre. Se agacha para llegar a la altura de los niños y les mira con adoración—, soy Any—dice presentándose. — ¿Cómo os llamáis? —Pregunta con una sonrisa.

Los niños hacen el mismo gesto que hicieron cuando me conocieron a mí. Miran a su madre, cuando ella asiente, contestan.

—Hola, yo soy Pablo—contesta el más pequeño.

—Y yo soy José—se presenta el más grande.

—¿Cuántos años tenéis?

—Yo tengo ocho años y mi hermano Pablo tiene cinco—responde con tristeza en su voz.

Veo como Any los mira de arriba abajo, fijándose en sus desgastadas ropas. Les muestra una sonrisa deslumbrante.

—¿Queréis comer algo? A mi marido se le da de muerte cocinar, os lo aseguro—dice con gracia.

Los niños asienten sin parar y Any les vuelve a sonreír. Mira a Meg y se dirige a ella:

—Hola, soy Any.

—Hola, yo...—se mira las manos—soy Meg...—murmura.

Any estira su mano, coge su barbilla y la eleva para que la mire.

—Tranquila—susurra con dulzura y en tono apenas audible para que los

pequeños no se enteren—. ¿Me puedo llevar a estos preciosos niños dentro? —pregunta más alto.

Meg asiente. Puedo ver como sus ojos se empañan de lágrimas, no me quiero ni imaginar por lo que estará pasando esta mujer.

—¡Bien! ¡Pues vámonos! —exclama alegre cogién-dolos a ambos de la mano—. Max, el dormitorio que pega al tuyo está listo. En el baño he dejado toallas limpias y ropa.

Le lanza una última sonrisa a Meg y se va con los niños hablando por el camino. Cuando desaparecen de mi campo de visión, me giro y veo a una mujer temblorosa.

—Max...yo...yo...—Balbucea.

—No—apoyo mi mano derecha en su hombro—, sube conmigo, date una buena ducha y después hablaremos.

—Pero...

—Olvídate de peros.

—No me conoces de nada solo hemos...

—Meg, ya basta—intento decir tranquilo.

Aunque interiormente los demonios me arrastran, después de lo que he visto en la cafetería y lo que estoy empezando a suponer propiamente. Llegamos a la parte de arriba, antes de subir veo como Any y Bryan están hablando con los niños. Me da tiempo a contemplar como devoran el plato de comida. Se me cae el alma a los pies. Abro la puerta del baño y estiro mi brazo hacia el interior, para que pase.

—Cuando salgas te esperaré en el cuarto de al lado. No te preocupes por los niños, Any se encargará.

—Max...

—Ahora hablamos—sentencio y cierro la puerta.

Bajo de nuevo y me dirijo hacia la cocina. Al verme Bryan viene detrás de mí, apoyo mis manos en la isla y me sujeto la cabeza.

—Max...

Me giro y lo veo con los brazos en jarras. Su cara ha cambiado, creo deducir que ya no está tan cabreado como esta mañana.

—Bryan, te juro que te recompensaré esto con creces, te...

Me corta alzando una mano.

—Estos niños están completamente desnutridos. ¿Has visto las ropas que llevan? Y lo peor no es eso, lo peor es que me da la sensación que llevan días sin comer.

Asiento. Si lo he visto, sí.

—¿Has hablado con ella?

—No, le he dicho que se duche para relajarse un poco. Si es lo que me imagino, no debe de estar siendo un trago agradable para ella. No quiero presionarla.

—Está bien, ya me dirás. ¿Mañana te vas a Londres?

—Sí—digo pensativo.

—Convéncela para que se quede aquí. Haz tus cosas allí y vuelves, ya veremos cómo resolvemos esto.

Se da la vuelta para marcharse y lo agarro del brazo.

—Bryan... gracias.

—No me las des. Todavía tengo grabada tu infancia...

Cierro los ojos un segundo y una imagen mía de cuando tenía ocho años me viene a la mente. El dolor aparece al instante y se clava en mi pecho. Asiento y lo suelto para que se marche.

Subo de nuevo al dormitorio con un poco de comida. Cuando abro la puerta, me la encuentro sentada en la cama, pega un bote de inmediato y se pone de pie.

—Tranquila, puedes quedarte sentada. Te he traído algo para comer.

—Gracias, pero...no tengo hambre—dice mirando al suelo.

Se sienta de nuevo, me acucillo para ponerme a su misma altura. Dejo la bandeja encima de la mesita y con mi mano alzo su barbilla.

—No agaches la cabeza, no tienes por qué.

Posa sus ojos en mí. No sé muy bien como descifrar su mirada, pero lo que sí veo es una tristeza inigualable.

—No sé por qué estás haciendo todo esto, ni lo que quieres a cambio...—Parece asustada.

Arrugo el entrecejo.

—No quiero nada a cambio.

—¿Entonces por qué lo haces? Nos conocemos de una noche...O mejor dicho, de un polvo...

Suspiro. Cambio de tema rápidamente.

—Explícamelo.

Suspira. Sabe perfectamente a que me refiero.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —Titubea.

—Por qué me da la sensación de que no tienes a donde ir con tus hijos y creo que verte suplicar de esa manera a tu jefe, no ha hecho más que corroborármelo.

—No, te equivocas...Necesito trabajar para mantener a mi familia.

—¿Y tu marido? —Me atrevo a preguntar.

—No tengo marido.

Menos mal...me deshincho un poco.

—¿Entonces qué pasa?

Suspira fuertemente y cierra los ojos como si le costara decírmelo. Pero finalmente lo hace.

No abro la boca, simplemente la observo y se me encoge el corazón con lo que me dice a continuación.

—Hace dos años mis padres nos abandonaron... A mí y mis tres hermanos, no son mis hijos...—Suspiro. Vuelve a mirar a todas partes menos a mí—. Comencé a buscar trabajo como una loca, para poder mantenernos. En la cafetería me pagaban una miseria y apenas nos llegaba para comer. Hace seis meses conseguí otro trabajo pero solo me llaman para hacer unas cuantas horas y no siempre, es el local donde estuviste la otra noche—ahora si me mira. Asiento—. Con eso podía pagar alguna que otra vez las facturas de la luz, o el agua—cierra los ojos. Recoge algunas de sus lágrimas con su mano—. Pero, como habrás podido observar, no me llega para comprarles ropa, incluso algunas veces, tengo que coger algo de comida de los sitios donde trabajo para poder alimentarles.

Cierro los ojos con fuerza. Intento digerir toda la información que me está dando, pero la verdad es que me cuesta un poco.

—¿No tienes a nadie que te ayude?

—No. Mi madre no tiene familia, y mi padre... Digamos que no teníamos muy buena relación, y por lo último que sé, se fue a Grecia, a su país.

—¿Y la custodia de los niños, quién la tiene?

—Ellos—susurra.

—¿Por qué no lo has denunciado?

—Porque si lo hago, les quitarán la custodia y a mí no me la darán con mi sueldo... No quiero que mis hermanos acaben en un centro de menores... De esta manera nadie ha sospechado que no están. Tampoco tenemos amigos, ni nadie que pudiera corroborar que nos abandonaron.

—Entonces... ¿Todo el mundo piensa que seguís viviendo con vuestros padres?

—Ajá...

—Entiendo. ¿Y tú otro hermano?

—Carlos. Tiene dieciocho años. Desde que se fueron no sé cómo manejarle. Llevo una semana intentando hablar con él, pero es imposible. Tampoco tengo más medios para buscarle, solo puedo intentarlo desde una cabina.

—¿No tienes teléfono? —pregunto asombrado.

—No. El único teléfono que tenemos, de tarjeta—me aclara—, lo tiene Carlos.

—¿Te llamas Meg? —Me intereso.

—No, me llamo Megara. Pero me llaman Meg.

—Un nombre poco común siendo andaluza.

—Lo eligió mi padre, como te comenté él es griego.

Asiento. Exhalo un fuerte suspiro. Una pregunta me viene a la cabeza de golpe.

—Meg...—Titubeo un poco. No sé si quiero saber la respuesta— ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós...

Palidezco por segundos y me cago en todos mis antepasados a la misma vez. Suspiro, me levanto y ella me contempla.

—¿Pasa algo? —pregunta preocupada.

—No, no. Come algo y descansa. Te vendrá bien. Mañana tengo que regresar a Londres. En dos días volveré.

—Pero...

—Hazme caso, no tendrás ningún problema, hablaré con Bryan, el marido de Any. Por favor, confía en mí, solo necesito dos días e intentaré ayudarte.

Salgo del dormitorio dejándola sentada en la cama observándome. Cierro la puerta, me voy directamente al cuarto de baño, para mojarme un poco la cara. Abro el grifo, sale helada. Mejor, necesito refrescarme las ideas. Termino y apoyo mis manos en el mármol y me contemplo en el espejo.

—Eres un cabrón...—Insulto a mi propio reflejo.

—¿Por qué dices eso?

Me giro y veo a Bryan con el cejo fruncido.

—¡Maldita sea! —Doy un golpe con mi puño al mármol.

—¿Me puedes explicar qué te pasa? —Me mira sin entenderme.

Suspiro y miro hacia ambos lados. Me paso las manos por la cara exasperado.
¿Cómo he podido ser tan gilipollas?

—Max...

Dirijo mi vista hacia él.

—Tiene veintidós años...—Murmuro.

—¿Y? ¿Dónde está el problema?

Alzo mi cabeza y la dejo caer. Me la cojo con las manos para después frotar mis ojos.

—El problema está en que me la tiré como un degenerado. Fui un auténtico bestia Bryan, y tiene...veintidós años—digo esto último recalcándolo.

—¿Te ha dicho algo?

—No.

—¿Entonces? —pregunta sin entenderme.

Niego con la cabeza energéticamente.

—No se trata de que no me haya dicho nada, es a nivel moral, ¡le saco catorce

años! Y no la he tratado con mucha delicadeza que se diga, ¡por Dios Bryan!

—Pues espera a que se entere el marido...

—No tiene marido.

—Entonces... ¿es madre soltera? —pregunta arqueando una ceja.

Niego. Le cuento lo que me ha dicho de principio a fin. Bryan no da crédito a lo que oye.

—Necesito ayudarla, no puede quedarse así.

—Te entiendo, y entiendo tu postura, pero...no la conoces...

—...de nada—termino por él.

—¿Y crees que debes seguir adelante?

—Bryan solo quiero ayudarla. No soporto ver a la gente en esa situación. Tiene tres hermanos. Está sola—mi pecho se oprime—, no puedo hacer como que no se nada. Mi conciencia me mataría.

—Sé perfectamente lo que pasa por tu cabeza Max. Y me tendrás para ayudarte decidas lo que decidas. Solo era una objeción.

—Necesito que se queden aquí mientras vuelvo.

—De acuerdo. No te preocupes, ya te lo dije antes.

—¿Crees que a Any le importará?

—No, no te preocupes por Any. Ella lo entenderá. Además, ya la has visto antes, no ha puesto ninguna pega, de verdad, no te preocupes.

Terminamos nuestra conversación y salgo del cuarto de baño para dirigirme a mi dormitorio. Se ha hecho tarde y mañana tengo que coger un vuelo. Paso por la habitación donde está Meg.

Me paro en la puerta y la abro despacio. Está sentada en la cama sobre sus piernas cruzadas, sus ojos se posan en mí en cuanto paso, me paro y me siento en el borde.

—He hablado con Bryan. Como te dije antes, mañana me marcho. Me gustaría que os quedárais aquí unos días mientras vuelvo...

—No puedo quedarme aquí, ni siquiera sé cómo he accedido a quedarme esta noche.

—Sí que puedes—reniego—, no intentes hacer las cosas más difíciles para ti.

—No entiendo por qué lo haces.

—Solo quiero ayudarte.

—¿A cambio de qué? —pregunta haciendo el gesto con las manos.

—De nada.

Niega con la cabeza. Descruza sus piernas y se reincorpora un poco.

—No puede ser que no quieras nada a cambio, entonces, ¿vas acogiendo a todo el que te encuentras en la calle? —pregunta con ironía.

—No.

—Pues explícamelo, porque no lo comprendo.

—Algún día te lo contaré—digo mirando hacia la puerta. Los recuerdos me matan.

Entre nosotros se hace un pequeño silencio. No me lo espero cuando la tengo justamente a mi lado. Tira de mi camiseta y me pega a ella con fuerza. Sin dudarlo junta sus labios con los míos y nos fundimos en un beso salvaje. Agarra mi cabeza y seguidamente se sienta a horcajadas encima de mí. Aprieto sus caderas y la estrecho contra mi cuerpo, mi erección pide ser liberada al instante.

Coge el bajo de mi camiseta, tira de ella hacia arriba y me la quita con urgencia. Nuestras respiraciones se vuelven entrecortadas y puedo escuchar leves gemidos en mi boca cuando se restriega contra mi miembro. Clavo mis dedos en ella y en un abrir y cerrar de ojos la tumbo en la cama para ponerme encima. Bajo la mano por su abdomen y cuando llego a su pubis, me doy cuenta de que solo lleva puestas unas bragas. Introduzco una mano en su interior, mis dedos se empapan de su excitación.

—Joder...—Susurro pegado a su boca.

Alza su cadera y arquea la espalda un poco, pidiéndome a gritos que la penetre. Masajeo su clítoris y comienzo a escuchar sus jadeos ahogados. Mordisqueo sus labios y seguidamente introduzco mi lengua en su boca, buscando la suya desesperadamente. Pero algo me frena.

Mi mente.

Es una cría...

Paro en seco. Jadeando me aparto de ella y la miro a los ojos. Respira

agitadamente, me observa y tira de mi cuello para pegarme de nuevo a ella.

—Max no pares ahora...—Suplica.

—Yo...—No sé qué decir.

Tira de nuevo hacia ella, pero me resisto. No aparto mi mirada de la suya. Me contempla extrañada, yo por el contrario, no sé ni que cara tengo. Mis pensamientos vuelan y me dicen mil cosas a la vez. La primera, que no vuelva a tocarla.

—Max...

Abro la boca para decir algo y la vuelvo a cerrar. La observo. No, no y no.

No puedo.

Aparto mi mano y me levanto rápidamente. Como si su simple tacto me quemara la piel.

—¿Qué pasa? ¿He hecho algo mal? —pregunta preocupada.

—No...yo...—Balbuceo como un idiota—. Tengo que irme.

Me apresuro a llegar a la puerta y salgo sin mirar hacia atrás. Dejo caer mi cabeza y me dirijo hacia mi dormitorio con un calentón considerable. Abro la cómoda, saco una toalla y me encamino hacia el cuarto de baño. Llego y pongo el agua lo más fría posible, me meto dentro de la ducha y dejo que el chorro empape mi cuerpo durante un largo rato.

Capítulo 9

Me sobresalto cuando oigo el despertador. Las siete. Me costó dormirme bastante dadas las circunstancias que surgieron la noche anterior. Cojo mi bolsa de viaje y me visto apresuradamente, espero no entretenerme y perder el vuelo.

Salgo del dormitorio sin hacer mucho ruido, su puerta está cerrada, bien, eso quiere decir que está dentro. Paso rápidamente sin pararme, bajo las escaleras y me encuentro con Bryan en la cocina.

—¿Listo? —pregunta nada más verme.

—Buenos días, ¿me vas a llevar tú?

—¿Dónde piensas dejar el coche si no? —Arquea una ceja.

Asiento. Me pasa una taza con café, la elevo para darle un sorbo pero se queda en mitad del camino. Oigo como la puerta se abre y entra su mujer, va descalza y lleva puesta una bata de seda negra por la mitad del muslo, lo que la hace más atractiva todavía. Los dos la miramos de arriba abajo.

Bosteza, y la vestimenta se le sube un poco más de la cuenta, nos mira a los dos. De reojo puedo ver como Bryan me mira igualmente, doy el sorbo que segundos antes iba a dar, se me ha secado la garganta. Bryan carraspea.

—Vosotros dos—nos señala—, no quiero percances de camino al aeropuerto, os conozco. Ayer fue un día acelerado y habéis cambiado vuestra postura por ese motivo. Cosa que admiro por vuestra parte—Bryan va a hablar y ella le corta—. ¡No he terminado Summers! —Vuelve a cerrar la boca—. Pero sé, como piensa vuestra cabeza, así que, con esto solo quiero deciros dos cosas—se cruza de brazos y parece una Diosa. Su pecho se queda ajustado con ese gesto, suelto un suspiro a la par que Bryan lo hace también. Nos miramos al instante—. Estoy aquí—gesticula.

La miramos y nos revolvemos incómodos.

—¿Quieres dejar de hacer posturitas? —dice sarcástico su marido.

Arquea una ceja y achica los ojos un poco fulminándolo con la mirada.

—Haré los gestitos que quiera—contraataca—, y ¡no! Me vuelvas a interrumpir

—le señala con un dedo acusador.

Bryan asiente con la cabeza y resopla como un toro.

—Como os iba diciendo, indistintamente de que no hayáis hablado nada, lo primero que quiero y espero, es que cuando vuelvas, habléis—nos mira a los dos alternativamente—, y lo segundo y me da igual ser repetitiva, no quiero enterarme de que habéis tenido ningún incidente en cuanto salgáis por esa puerta, ¿entendido?

Asiento y Bryan se burla de ella, haciendo que se enerve.

—Sí...mi coronel...

Da dos pasos sin descruzar sus brazos y se pega a su cara.

—De la bromita...te vas a acordar luego...—Sisea.

Viene hacia mí y da un beso en mi mejilla. Me quedo paralizado sin saber cómo reaccionar. Me mira a los ojos y me dice:

—Avisa cuando llegues a Londres.

Da media vuelta y sale de la cocina, echándole una última mirada fulminante a mi amigo. Le miro. Me mira. No decimos nada.

—Será mejor que nos vayamos...—Comenta mirando hacia la puerta por donde acaba de salir su mujer.

—Sí—me limito a decir.

El camino se hace eterno, no nos decimos ni una simple palabra. Nada. Para el coche en la entrada del aeropuerto de Jerez cuando llegamos.

—Bueno...—No sé muy bien que decir—.Gracias por traerme.

Asiento mirando al frente. Me bajo con mi bolsa en mano y cuando voy a cerrar la puerta escucho que me dice:

—Llámame cuando llegues.

Asiento y reincorporo mi cuerpo dando dos golpecitos en el techo del vehículo.

—Claro.

Voy a cerrar la puerta, pero la dejo a medias cuando me llama.

—Max...

—¿Qué?

—Ten cuidado con la arpía de tu ex.

Sonrío. Le conté que Marian quería verme con urgencia. Supongo que estará preocupado.

—Eso haré—afirmo.

Dirijo mis pasos hacia el interior del aeropuerto. Me giro y veo que está observándome. Levanto mi mano y le hago un gesto para despedirme, lo imita y pone rumbo a su casa.

Sobre las once de la mañana llego a Londres. Recojo mi coche del parking y me dirijo a mi casa. Lo primero que haré cuando llegue es llamar a Marian para zanjar el tema que quiera tratar cuanto antes. Abro la puerta de mi casa y Jasón viene a recibirme eufórico.

—Hola chico—saludo alegre.

Sube sus fuertes patas a mi pecho y me lame sin parar, acaricio su cabeza y su cuerpo varias veces para tranquilizarlo un poco. Sin duda es el *Gran Danés* más bonito de todo el mundo. Su pelaje blanco con algunas manchas negras lo hace exageradamente precioso, tuve mucha suerte cuando lo encontré abandonado en un callejón dentro de una caja de cartón. Además, es muy cariñoso y obediente.

—¡Vamos! Te daré un premio por haber estado cuatro días sin verme.

Cuando tengo que salir de viaje, Esteve, un hombre mayor que vive justo al lado, viene para alimentarle. Le avisé que hoy llegaría y ya me encargaría yo de Jasón. Siempre está dispuesto a quedárselo, nunca pone ninguna pega, es un buen hombre.

Entro en el salón para dirigirme a la cocina, cuando un olor a tabaco inunda mis fosas nasales. Levanto la vista y ahí está...

Sentada en el sillón de piel blanco con las piernas cruzadas, me encuentro a Marian...

Su pelo rubio platino está más largo. Observo que sigue teniendo el mismo cuerpo de *Barbie*, sin ningún empeoramiento. Sus ojos azules me penetran desde lejos, mientras con sus gruesos labios, da una calada a su cigarro. Lleva puesto un

vestido azul marino a juego con sus tacones. Rematadamente sexy, como siempre.

—Vaya... Qué sorpresa—digo mirándola fijamente.

—Sí, toda una sorpresa.

—A pasado mucho tiempo, Marian...

—Por eso mismo, he decidido hacerte una visita.

Asiento y sonrío irónicamente. La última vez que la vi, fue hace un año, para entregarle unos papeles. La visita no duró mucho.

—¿Qué quieres hablar? —pregunto directo al grano.

Veo como se levanta y de manera sensual se acerca a mí hasta ponerse justamente en frente, mirándome con ojos de deseo. Jasón, se acerca para olerla, y ella pega un respingo.

—Aparta chucho—espeto de malas maneras.

—No le hables así—refunfuño.

Lo saco fuera del salón para evitar altercados. Me giro y la tengo justamente detrás, alzo mis cejas.

—Max...—dice roncamente.

—Marian...

Pone su mano en mi cintura. No meneo ni un músculo, solo la observo. Recorre la cinturilla de mi pantalón hasta que llega a mi miembro y lo masajea por encima de la tela. Seguimos mirándonos fijamente.

—He pensado, que deberíamos vender la casa—oigo el “click” de mi cinturón.

—¿Por qué iba a querer hacer eso? —Sigo observándola.

En ningún momento se anímalas, sigue clavándome sus enormes ojos azules. Sonríe mostrándome su perfecta dentadura. Ahora oigo como baja la cremallera de mi pantalón y desabrocha el botón que lo sujeta. Suelto un fuerte respiro.

—Está claro que nunca vamos a venir a vivir aquí...—Mete la mano dentro y comienza a tocarme.

Tengo que mover la cabeza hacia atrás cuando noto como mi piel se desliza hacia abajo para volver a la misma posición después. Se pega a mi cuello y da un par de mordiscos en él. Pasa su lengua por el lóbulo de mi oreja y se para a escasos

centímetros de mis labios. Deposita un casto beso en ellos, no le imito el gesto, simplemente la sigo observando.

—¿Qué haces Marian? —pregunto al borde de la locura.

Se pega a mi oído y eróticamente susurra:

—Te he echado de menos... nene...

Recorre mi cuerpo con la otra mano y de un tirón me baja los pantalones junto con el bóxer como toda una experta. El deseo por poseerla no hace más que crecer. Baja lentamente hasta ponerse de rodillas.

Coge mi erección con decisión, seguidamente da unos cuantos lametones desde el principio hasta el final de mi envergadura, apoyo la cabeza en la pared cuando siento que se lo introduce entero en la boca. Agarro con fuerza su pelo y al mirar hacia abajo veo cómo sonrío.

Poco a poco observo como va incrementando el ritmo, volviéndome loco. La presiono más, lo que hace que sus movimientos sean aún más rápidos. De mi boca empiezan a salir jadeos inevitables, cuando estoy a punto de explotar y correrme en su boca, la aparto de mí. Cojo sus axilas y la elevo de un tirón. Agarro su cadera, cargándola en mis brazos y doy un giro hasta empotrarla en la pared. Meto la mano por debajo de su vestido y aparto su tanga a un lado. Introduzco mis dedos en su mojado sexo y con mi pulgar presiono su clítoris.

—¿Me echabas de menos? —pregunto ronca-mente.

Me mira y se abalanza a mi boca, para devorar mis labios frenéticamente. Guio mi erección hacia su apertura y la penetro con una embestida.

—¿O echabas de menos esto? —digo dando una fuerte embestida.

—¡Oh Dios! Fóllame Max, fóllame ya—ordena cogiendo mi cara con ambas manos.

Ni mil palabras más. Bombeo dentro de su cuerpo energéticamente, apoyando una mano en la pared y con la otra me agarro a su cintura. Sus tacones se clavan en mi trasero, obligándome a introducirme más rudamente en su interior. Nos miramos fijamente. Veo su cara de satisfacción lo que me hace perder la cabeza de manera acelerada.

—¡Más fuerte! —Grita.

Retuerce mi pelo y no ceso en mis acometidas. Suelto un pequeño gruñido debido al esfuerzo. Baja sus manos y clava sus uñas en mi espalda.

—Oh...no pares, no pares —se retuerce.

Un minuto más tarde explota en mil pedazos, apretando sus muslos contra mí y aprisionando mi cuerpo entre el de ella. No tardo mucho más en soltar un último gruñido y notar como un chorro sale directo hacia su interior. Exhausto, apoyo la cabeza en su pecho, notando lo agitada que está. Intento estabilizar mi respiración, cuando consigo poder hablar le pregunto:

—¿Podemos hablar ya?

Capítulo 10

Me despierto sobresaltada cuando escucho un jaleo poco habitual. Me siento en la cama y destapo mi cuerpo. En la silla del dormitorio, contemplo que hay ropa limpia, aparte de eso, mis ojos se posan en el escritorio que hay al lado.

Un móvil y un sobre resaltan.

Me acerco a mirar que contiene y veo que hay dinero, bastante dinero. No doy crédito... Como si me quemara lo dejo en el mismo sitio. Me visto y salgo de la habitación, siguiendo las voces hasta la planta de abajo. Me encuentro a Any en la puerta del salón, jugando al escondite con mis hermanos y tres niños más. Al notar mi presencia se gira y me sonrío.

—Buenos días, Meg.

—Bu...buenos días—me sonrojo.

—Seguid jugando, enseguida vendré.

De pasada veo a mis hermanos con ropa nueva y felices como hacía mucho tiempo que nos le veía.

—¿Son tus hijos?

—Sí—contesta orgullosa—. Las niñas se llaman Lucy y Natacha y el más pequeñín es, Anthony.

—Son muy guapos.

—Tus hermanos tampoco se quedan atrás. ¿Quieres un café?

Asiento un poco avergonzada. Toda esta situación me está agobiando bastante.

—Any...—Intento empezar—, no me conoces de nada y créeme que nunca podré llegar a agradecerte lo que habéis hecho por mí y mis hermanos tú y tu marido, pero...

—No te preocupes, no es nada—contesta restándole importancia.

Mientras intento encontrar las palabras adecuadas, la observo. Es una mujer realmente bella. No me extrañaría que su marido la tuviera en una burbuja de cristal, realmente es un pecado andante.

—Me iré ahora...—Suelto sin más en un susurro apenas audible.

Se gira confundida, depositando mi café en la isla central de la cocina.

—Pero...Max volverá mañana seguramente... ¿No vas a esperarle?

Niego con la cabeza, sin apartar mis ojos de los de ella, que por cierto, son dos prados verdes.

—No, ya hemos causado bastantes molestias, además, está noche tengo que trabajar y...

—Hablando de eso. Antes, trabajaba para una empresa en Marbella. Mis jefes abrieron más sucursales y una de ellas está en el centro de Cádiz, tengo un puesto para ti, como secretaria. ¿Qué te parece?

Mis ojos se abren como platos. Necesito un trabajo estable, es imposible que me parezca mal.

—Bueno....yo...yo...—Tartamudea—, de verdad que no sé cómo voy a agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

—No tienes por qué agradecerme nada, y respecto a lo otro, no han sido molestias ni mucho menos. Pero sabía y entiendo que quieras irte, no me conoces. Max también lo intuía...

—¿Cómo que Max, también lo intuía? —pregunto confusa.

Da media vuelta, me pide un minuto con la mano y desaparece por la puerta de la cocina. A los pocos segundos veo que entra.

—El teléfono y el dinero que tienes arriba me lo ha dado Max antes de irse. Irá a verte en cuanto vuelva, por favor, llévatelo. Lo necesitarás. Yo te dejaré en tu casa cuando desayunes.

—Pero Any...—No me salen las palabras.

Apoya una mano en mi hombro y da un leve apretón.

No me dice nada más. Solo me lanza una bonita sonrisa y se va de nuevo con los niños dejándome sola en la cocina, pensando en todos los acontecimientos inesperados que me están pasando en tan pocos días.

A media mañana, Any me deja en la puerta de mi casa.

—Tienes guardado mi teléfono, si necesitas cualquier cosa, llámame.

—De acuerdo y...Any, muchas gracias, te prometo que te lo recompensaré.

Hace un gesto con su mano de indiferencia y desaparece de mi vista. Miro a Pablo y a José. Subimos al piso y cuando entro me quedo pasmada revisando habitación por habitación. Hay de todo. Ropa para los niños, para mí, comida, luz, agua...todo. ¿Cuándo han comprado todo esto? Me siento bastante abrumada.

—¿Ya no vamos a pasar hambre? —pregunta Pablo.

—¿Ni frío en la calle? —Le sigue José.

—No, me temo que no, o al menos haré lo posible para evitarlo—mis ojos se encharcan de lágrimas.

Los niños se dirigen a su dormitorio y comienzan a jugar con montones de juguetes que estaban dentro, cierro la puerta de la habitación contemplando lo felices que parecen. Las lágrimas se agolpan en mis ojos hasta tal punto que una cae por mi mejilla sin que pueda remediarlo. No entiendo el porqué de todo esto, no sé qué querrá de mí, lo que si tengo claro es que no le conozco y quizás no debería fiarme tanto de un hombre al que he visto dos veces.

Deslizo mi cuerpo por la puerta de la nevera, hasta llegar al suelo. Me agarro la cabeza con las manos y limpio mis lágrimas como puedo. En ese momento se abre la puerta de entrada y veo a mi hermano, Carlos. Se tumba en el sofá sin decir media palabra, cuando se ubica, mira a su alrededor y arruga el entrecejo.

—¿Me he equivocado de casa? —pregunta borracho como una cuba.

—No—me limito a decir.

Curioso, mira de nuevo la estancia, desde donde se encuentra hasta donde estoy yo, me repasa de arriba abajo repetidas veces y entonces habla.

—¿Con quién te has acostado? —Alza una ceja.

Sorbo mi nariz y contesto molesta:

—¿De qué narices estás hablando?

—Vamos hermanita, no me digas que todo esto lo has conseguido con tu sueldo. Si hace dos días no teníamos ni para comer...

—Tampoco es que tú, te estés esforzando por encontrar un trabajo—le recrimino.

—Ya..., Oye, necesito dinero, esta noche he quedado con unos amigos y.... — Mira el móvil que Max me regaló y lo coge con admiración— guau, esto sí que es un móvil en condiciones— dice metiéndoselo en el bolsillo de su pantalón vaquero.

Doy dos zancadas y me planto delante de él.

—Dámelo—extiendo mi mano.

—No—se chulea.

—Carlos, he dicho que me des el teléfono.

Niega con la cabeza en el preciso momento en el que suena. Lo saca de su bolsillo y mira la pantalla.

—¿Max? ¿Quién es este tío? —Sonríe malicioso.

Intento quitarle el dichoso aparato pero lo único que consigo es caerme de bruces encima de la mesa baja del comedor. Mi hermano se aleja y descuelga, oigo como habla con Max.

—Sí, no, se ha equivocado. Aquí no hay ninguna Meg—se para a escuchar—, muy bien, te diré una cosa, el teléfono ya me lo quedo yo si eso y si quieres cuando vengas a follarte a tu puta le puedes regalar otro...—Se calla de nuevo, intento llegar a él, pero se mete en el cuarto de baño y echa el pestillo.

—¡Carlos! ¡Carlos! —digo aporreando la puerta.

No le oigo hablar, a los cinco minutos sale y por inercia le doy un golpe en el hombro con todas mis fuerzas, me mira mal y se pega a mí.

—¿Eres tonta o qué?

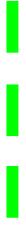
—Te he dicho que me dieras el teléfono, no tienes ningún derecho a...

—Me voy—me ignora—, por cierto, no veas el genio que tiene tu chulo.

—¡No es mi chulo! —Aseguro enfadada.

Mis palabras se pierden en el aire cuando sale del piso y cierra de un portazo, llevándose el teléfono y sin decir adiós.

Capítulo 11



Me quedo pensativo y dándole vueltas a la situación. ¿Quién demonios habrá cogido el teléfono de Meg? Doy un par de vueltas por mi dormitorio, dando pequeños golpes con el aparato en mis labios. Llamo un par de veces, pero no me contesta nadie, súbitamente tomo la decisión de cambiar mi vuelo y salir hacia Cádiz hoy mismo, necesito saber que está bien. Oigo como se abre la puerta, levanto mi vista y veo a Marian completamente desnuda. No entiendo muy bien a que está jugando pero está empezando a olerme mal.

—¿Qué quieres Marian? —pregunto metiendo mis manos en los bolsillos.

—¿Tú qué crees?

Alza una de sus depiladas cejas rubias, da dos pasos y se planta justo frente a mí. Toca mi bragueta de nuevo, haciendo varios círculos con su mano.

—¿Por qué te extraña tanto que quiera esto? —Aprieta mi miembro.

—Me da la sensación que no has tenido durante todo este tiempo lo que esperabas...

No le aparto la mirada.

—Tú y tu tono de chulo no me asustan, ni me ánimo a Máximo...

—Tampoco es lo que pretendo—hago una mueca de indiferencia.

Me penetra con sus ojos azules y sonrío como la peor de las brujas.

—Hubiéramos sido muy felices.

Eso me duele.

Me aparto de ella como si me quemara, giro mis talones y me paro frente al espejo de la cómoda, mirando a la nada, pensativo.

—¿Qué te pasa? —pregunta detrás de mí.

Elevo mis ojos, hasta que se juntan con los suyos.

—Yo no te dejé tirada en el altar, te recuerdo que fuiste tú—la señalo.

—¿Y eso ahora qué más da? —Se desespera—. Podríamos intentarlo de nuevo...

—No.

Suspira exasperada, pero no cedo ni muestro un afecto de cariño hacia ella.

—Me da igual a cuantas putas te hayas follado Máximo y me da igual si la perra con la que hablabas es tu nueva zorra, yo tengo claro que te...

—¡No hables así de Meg!

Me giro, mi tono es más elevado de lo que pretendía, pero no he podido evitarlo y no sé por qué motivo.

—Oh no me digas... ¿Te has enamorado?

—No me he enamorado, es una cría.

Maldita sea mi lengua, ¿y a ella qué demonios le importa?

—Vamos Máximo, no me jodas, ¿una cría?

—No quiero seguir con esta conversación.

Oigo como me llama para que me detenga pero no lo hago, me dirijo a la salida junto a Jasón. Lo meto el coche y me dirijo a mi empresa, a TheSun.

Aparco en la puerta, cincuenta minutos después, bajo a Jasón del coche y entramos en la recepción.

—Buenos días Señor Collins, tiene cuatro reuniones, una a las diez, otra a las once y cuarto y las otras dos a las doce—comenta Rhianne con la agenda en mano, persiguiéndome por el pasillo hasta que llego a la puerta del ascensor.

—¿Dos a las doce? —pregunto extrañado.

—Sí, dos a las doce—se avergüenza un poco.

—¿Y cómo es posible eso Rhianne?

Rianne, es una de las últimas empleadas que trabajan en TheSun. Cuando Bryan se marchó a Cádiz decidí contratarla, iba a necesitar ayuda y menos mal que lo hice.

Coquetea, se retuerce el pelo de forma sensual, pone morritos y me mira como una gata salvaje. Acercándose a mi oído susurra:

—La de las doce es “mi reunión” —recalca—, me temo que reclamo de sus atenciones, Señor Collins, lleva cuatro días fuera.

Me aclaro la garganta y la bragueta comienza a hacerme presión. Últimamente estoy demasiado solicitado. Asiento haciendo una mueca chulesca con los labios, bajo el escrudiño de Rhianne.

—¿Y la de las doce no se puede cambiar para dentro de diez minutos? —Sonrío lascivo.

Hace una mueca graciosa con la boca.

—Le espero en su despacho Señor Collins...—Susurra en mi oído.

Observo como se marcha contoneando sus caderas y contemplo su cuerpo en repetidas ocasiones. Sonrío al ver que lleva su pelo pelirrojo recogido con una coleta alta. Rhianne tiene treinta años, esta infelizmente casada y tiene dos niños pequeños. Y sí, me la tiré el primer día que entró por la puerta de mi despacho.

—Buenos días Elisabeth—saludo al llegar a mi planta.

—Buenos días Max, toma—me entrega unos papeles—, son cosas de...—Su cara denota tristeza y me preocupa.

—¿Pasa algo?

Se aclara la garganta.

—Max, son cosas que tenía pendientes Bryan, las encontré recogiendo el almacén la semana pasada.

Me quedo serio durante lo que parece una eternidad. Cada día me cuesta menos, pero he de reconocer que dar por muerto a tu mejor amigo no ha sido la cosa más fácil que he hecho en mi vida.

—Ya...—Me limito a decir.

Hago una mueca de disgusto y pena a la misma vez.

—No te preocupes Elisabeth, gracias.

Antes de irme, me llama de nuevo.

—¿Cómo esta Any y los niños?

Cierro los ojos por un instante. Esto es una pesadilla...

—Bien, están bien—sonrío sin entrar en detalles.

—¿Me puedo quedar a Jasón aquí conmigo? —pregunta con delicadeza.

—Sí, claro.

Abro la puerta del despacho y sonrío cuando escucho como Rhianne me dice:

—Cierra con llave...

Me giro y la encuentro desnuda en lo alto de mi escritorio, suspiro y me desato la corbata, para después deshacerme de mi chaqueta. Me dirijo al mueble y saco una botella de whisky. Vierto un poco del contenido en un vaso de cristal y me dirijo hacia ella. Lo apoyo en la mesa, remango mis mangas bajo la atenta mirada de Rhianne.

Me pongo delante de ella, la tumbo completamente en la mesa y agarro sus piernas, tirando de ellas hasta que queda encajada entre mi pelvis. Vierto de nuevo el contenido del vaso de cristal en uno de sus pezones. El amarillento líquido cae encima de la mesa y hace que pegue un respingo.

Me introduzco su pezón en la boca y lo succiono rudamente. Tiro de nuevo y noto como su piel se estira tanto que parece romperse, no se queja, pero por su cara puedo adivinar que le ha dolido y mucho. Paseo mi lengua por su vientre, recorriendo cada milímetro para saborear el exquisito whisky.

—Esto va a tener que ser más rápido de lo que hubiera querido, créeme—
musito.

—Podemos aplazar las reuniones...—Susurra jadeante.

—Sí, pero no mi vuelo.

Me observa extrañada, reincorporándose de nuevo.

—¿No te ibas mañana?

—Lo he cambiado antes, túmbate.

Obedece. Paseo por sus piernas una de mis manos y con ferocidad introduzco uno de mis dedos en su interior, mientras que con el pulgar, hago círculos en su clítoris haciendo así, que se vuelva loca.

—¡Oh Max...!—Jadea retorciéndose.

Arquea la espalda cuando está a punto de romperse en mil pedazos, antes de llegar a eso saco mis dedos y los paseo por su abdomen. Me mira con mala cara y yo sonrío como el ser más malvado del planeta. Tiro de ella hacia abajo y la obligo a darse la vuelta.

—¿Por qué nunca lo haces mirándome?

No contesto.

Se revuelve un poco para girarse, pero no se lo permito. Agarro su coleta, dando varias vueltas en mi mano, tiro de ella y susurro:

—No es momento de hablar.

Con la otra mano le doy una fuerte palmada en el trasero, ella chilla y enseguida veo como la zona comienza a ponerse rojiza. Desabrocho mi cinturón y bajo mis pantalones lo justo y necesario para poder tener buen acceso.

Saco un preservativo de mi cartera y como un experto lo deslizo por mi miembro. Coloco mi erección y sin esperar ni un minuto más la penetro de tal manera que no sé si jadea o aúlla de dolor.

Bombeo tan fuerte como puedo en su interior, observo como sus nudillos están blanquecinos debido a la presión que ejerce agarrándose a la mesa. Veo como su pecho sube y baja sin parar a una velocidad de infarto...

—Max...

Parece suplicante, pero en mi mente no soy consciente de lo que está ocurriendo.

—Max me haces daño...

No reacciono.

—Max...

Mi cabeza comienza a divagar por recuerdos que me asaltan sin querer. Muevo mi cara repetidas veces para olvidar ese recuerdo, la ansiedad empieza a apoderarse de mi cuerpo y cuando me doy cuenta de las zonas rojizas que aparecen en sus caderas a ambos lados debido a la presión, me detengo.

—¿Max? —Se gira para mirarme.

Miro a la nada sin saber qué demonios me pasa.

—¿Max, estás bien?

Niego un par de veces sin contestar, subo mi pantalón y lo abrocho a toda prisa.

—Lo...lo...siento—Balbuceo.

Salgo del despacho sin mirar atrás.

Llego a Cádiz sobre las diez de la noche, Bryan me espera en el aeropuerto, cuando salgo me lo encuentro de brazos cruzados esperando mi llegada.

—¿Por qué has cambiado tu vuelo?

Le explico lo que pasó cuando llame a Meg detalle a detalle. Asiente, sin entender.

—¿Qué pasa? —Alzo una ceja.

—¿Por qué te preocupas tanto por esa chica? La has ayudado en lo que has podido, ¿qué más quieres?

—No quiero nada a cambio. Solo quiero ayudarla.

—¿Y por qué pones tanto empeño? No la conoces...

—Sé que no la conozco—le corto—, pero eso no quita que pueda echarle una mano.

—O no quita que puedas echarle las dos manos... —hace un gesto lascivo.

—No seas capullo Summers, a ver si te piensas que todos vamos con el mismo pensamiento que tú.

Pone mala cara y se sube al coche.

—No entiendo.

Llegamos a la casa de Bryan después de un trayecto interminable y le pido que me deje el coche.

—¿Vendrás a dormir?

—Sí papá...—Contesto con desgana.

Se ríe y sale del vehículo para dejármelo. Pongo el GPS para no perderme y me dirijo a la casa de Meg, necesito saber que ha pasado.

Capítulo 12

Las doce menos cuarto y Carlos sigue sin aparecer, me preocupa el ritmo de vida que lleva y sobre todo, la gente con la que anda. No se da cuenta que solo lo meten en problemas, y él siempre es el perjudicado.

Me dirijo hacia el cuarto de baño, para darme una extensa y relajada ducha que llevaba mucho tiempo deseando.

—Si tocan a la puerta avisarme, no abráis a nadie, ¿entendido?

Los dos asienten tumbados en la cama, pero sé que si alguien viene será Carlos y espero que solo. Muchas veces me trae a Diego, un amigo suyo con unos años más que él, una persona que no me gusta en absoluto.

Quince minutos después, anudo una toalla en mi delgado cuerpo y abro la mampara para salir, pego un bote cuando veo a Max.

—Hola...—Susurro.

Esta apoyado en el marco de la puerta.

—Hola...—Contesta roncamente.

—¿Cómo has entrado? —pregunto extrañada.

Me enseña un manojito de llaves con la mano derecha y las suspende en el aire haciendo unos ruidos al juntarse.

—¿Cómo las tienes? —Me asombro.

—Hice una copia.

Se queda tan a gusto y yo abro los ojos en su máxima expansión sin entender nada.

—¿Quién contestó al teléfono? Me dijiste que no tenías marido—esto último parece que lo dice renegando.

—Y no lo tengo —sonrío —era mi hermano, es indomable, siento mucho lo que

te dijo...—Me avergüenzo por su comportamiento.

—¿Y dónde está ahora? Si tú estás bien, no le des importancia, otras veces me han llamado chulo, créeme, no moriré de eso.

—No lo sé, es una bala perdida y no tiene remedio, se llevó el teléfono.

No se mueve de la puerta, solo me contempla detenidamente. Agarro mi toalla más fuerte, evitando que se caiga al suelo. Tirito un poco debido al frío que entra por la ventana que hay justamente encima de la ducha. No puedo cerrarla porque está demasiado alta y para hacerlo, tendré que subirme de nuevo en una banqueta.

—Max, quería hablar contigo...

Me quedo callada durante un instante mientras observo que se aproxima a mí con paso decidido. Mi respiración se corta cuando llega a mi altura. Eleva un brazo hacia arriba y sin ningún esfuerzo cierra la ventana. Me mira directamente a los ojos.

—Me ha dado la sensación de que tenías frío—dice con una sonrisa.

—Un poco...—Sonrío tímida y mis ojos se van directos a sus labios.

Me imita el gesto. Su fragancia inunda mis fosas nasales y puedo notar como mi cuerpo empieza a temblar ante su presencia tan cercana. En sus ojos puedo ver una batalla infernal. Al girar mi cara, un mechón cae por mi rostro. Delicadamente lo recoge, escondiéndolo detrás de mi oreja. Su tacto me quema y me obligo a cerrar los ojos por un momento. De repente escucho como susurra en mi oído:

—No me lo pongas más difícil.

—¿Por qué se supone que te lo estoy poniendo difícil? —Murmuro.

Vuelve sus ojos hacia mí y veo un deseo creciente en ellos. Asiente levemente, mientras aparta su mano de donde la tenía segundos antes.

—Me estás mirando los labios... Y acabas de estremecerte cuando te he tocado.

Echa un último vistazo a mi rostro y se gira para desaparecer. No sé por qué mi mano agarra su muñeca. Se detiene y vuelve a mirarme.

—No te vayas...

—Créeme que es lo mejor—suspira.

—¿Por qué? —Susurro roncamente.

Dirige su mirada hacia el lado izquierdo, evitando mis ojos. Doy un paso hacia él, sin saber exactamente de donde sale esa valentía recién descubierta. Agarro su cara

con ambas manos y acerco mi boca a la suya. Sigo viendo ese debate interior reflejado en su mirada.

Uno mis labios a los suyos y nos fundimos en un beso que poco a poco empieza a convertirse en algo desesperado. Agarra mis caderas y como si de una pluma se tratase, me coge y deposita mi cuerpo encima del frío mármol del lavabo.

—Esto no está bien...—Susurra pegado a mi boca.

No le contesto, lo aprieto más a mí. La toalla se desanuda y cae alrededor de mi figura. Sus manos vuelan por mi cuerpo y se posan en mi sexo.

Pasa la mano por mi abertura y oigo como gruñe pegado a mi boca. Introduce dos dedos en mi interior y comienza a embestir con ellos suavemente. Mis jadeos salen inesperados y mis manos se agarran con más fuerza a sus hombros. Cuando aprieta mi clítoris y empieza a masajearlo en círculos, creo morir. Me agarro más fuerte y mi espalda se arquea mi cuerpo se pega más a sus ataques, buscando el final de una explosión repentina. Noto como empiezo a vibrar.

—Estás temblando—musita en mi cuello.

A punto de alcanzar uno de los mayores orgasmos de mi vida, veo como abandona mi boca y desciende por mi cuerpo, hasta ponerse de rodillas delante de mí. Pongo mis manos a ambos lados del mármol y lo agarro con fuerza cuando su boca se posa en mi sexo. Un leve chillido sale de mi garganta a la vez que me retuerzo. Su lengua experta entra y eso es lo único que me falta para estallar en mil pedazos.

Sigo convulsionándome por mi inminente orgasmo, mientras sube y se planta delante de mi boca. Me besa con fiereza, oigo su respiración agitada y al pegarse, puedo notar el gran bulto que tiene en el pantalón. Intento juntarle más, pero se aparta rápidamente.

—No. —Afirma con rotundidad.

Me confunde. ¿No? Y como un vendaval, recuerdo cuando me pregunto por mi edad, y recuerdo, como se fue dejando lo que habíamos empezado a medias.

—Max...

—No—repite y se dirige hacia la puerta para salir.

Me apresuro a bajar. Antes de que salga por el pasillo, lo intercepto y con un poco de dificultad lo empujo al dormitorio.

—Meg...—intenta parecer calmado.

Cierro la puerta del dormitorio, no quiero que los niños se despierten. Pego mi cuerpo completamente al de él. Pero no me toca, no se mueve. Solo me mira con esos

ojos tan intensos, que algunas veces, llegan a intimidar.

—Max, no entiendo porque reaccionas así, ¿es por mi edad?

No contesta.

—Max...—Le llamo aunque me sigue observando.

—Tengo que marcharme, solo quería saber si estabas bien—dice sin más.

Vuelve a girarse para irse, pero le detengo.

—No te vayas...por favor...

Se queda paralizado, mientras mi mano sigue sujeta con fuerza a la suya. Veo como su estrepitoso cuerpo se mueve, debido a la agitación que tiene.

—Está bien—dice al fin—, me quedaré esta noche, pero en otro dormitorio—sentencia.

Después de una hora dando vueltas en la cama, salgo al pasillo, me paro en la puerta de su habitación, no sé si estará dormido o no. La abro con delicadeza.

En la oscuridad, con la poca luz que entra por la ventada, gracias a las farolas de la avenida, veo su cuerpo tendido en lo alto de la cama. Está encima de las mantas, con una toalla anudada a la cintura. Tiene los brazos echados hacia atrás, sujetándose la cabeza. Lo que hace que sus músculos se marquen de manera deliciosa. No sé si tiene los ojos cerrados o no. Me dirijo hacia él y cuando llego al borde de la cama, le observo.

—¿Meg, qué haces aquí? —pregunta roncamente.

No le contesto. Me subo a horcadas encima, como jamás pensaría que sería capaz de hacerlo. Paseo mis manos por su duro pecho y las bajo por todo su torso. Me inclino hacia delante y busco su boca desesperadamente. Noto como descruza sus brazos y los pone en mis caderas. Nuestras respiraciones se vuelven descontroladas, pidiendo a gritos llegar a algún fin.

Tiro de su toalla para dejarlo completamente desnudo. Él por su parte, sin separarse de mi boca, abre mi bata y la lanza a la otra punta de la habitación. Posa sus manos en mis pechos y los masajea con frenesí.

Su erección comienza a llamar a mi puerta. Como si mi cuerpo reaccionara solo y no pensara en nada más, se eleva para caer suavemente encima e introducirlo por completo en mí ser. Me llena y me veo obligada a separar mis labios de los suyos.

—No has entendido nada de lo que te he dicho antes...—Murmura moviéndose despacio debajo de mí.

—Quizás, no quiera entenderlo...

Separa su cara de mi cuello y me mira directamente a los ojos. Cuando me quiero dar cuenta, estoy tumbada en la cama, debajo de él. Eleva una de mis piernas hasta su hombro y con la lengua recorre mi empeine, hasta mi muslo, dando suaves acometidas.

—Max...no reprimas lo que quieras o como quieras hacérmelo...

Niega con la cabeza y maldice algunas palabras inelegibles. Me siento en la cama y cojo su cara con ambas manos.

—¿Qué pasa Max? ¿Tanto te importa la edad para echar un polvo?

Me mira, pero es como si no me viera. Le toco varias veces la mejilla de manera cariñosa y se separa de mí sentándose en la cama. Le imito el gesto, no hablo, no digo nada, solo espero que él hable.

—Lo siento Meg, de veras que lo siento.

Se levanta, y se viste bajo mi atenta mirada. Antes de abrir la puerta para marcharse, se para.

—Espero que estés bien, y si necesitas algo solo tienes que llamarme, cuídate.

Capítulo 13

Toc toc toc.

Despego mis ojos cuando escucho que llaman a la puerta de mi dormitorio. Me incorporo un poco y quito la sábana que tengo liada en mi cuerpo, quedándome con el bóxer.

—¿Puedo pasar?

—Claro, es tu casa.

Pone los ojos en blanco como de costumbre, sonrío y se sienta a mi lado, estirando sus largas piernas.

—¿Estás bien Max? Te noto... distante última-mente, no sé...

Me mira con esas dos esmeraldas que me desarman por momentos.

—¿Qué quieres que te diga exactamente Any?

—¿Qué quieres decirme?

Me contempla con ojos brillantes, y no sé por qué extraña razón me desahogo con ella.

—El otro día me llamó mi hermana.

—¿Tienes una hermana? —Se sorprende.

Asiento con desgana.

—No lo sabía.

—No suelo hablar de ella nunca.

—¿Y eso por qué?

—Porque no tenemos una relación muy cordial que se diga.

—Mmm...

Hace una especie de sonido con el «mm...», lo que interpreto como: *si quieres hablar te escucharé*.

—Es mi hermanastra realmente, la he visto siete veces en treinta y seis años.

—¿Y por qué te llama ahora?

Suspiro.

—Dice que mi madre está enferma, que quiere verme antes de morir.

—Oh vaya... lo siento.

—Yo no—escupo con rabia.

Se calla y observa al frente sin llegar a mirar ningún punto en concreto.

—No te preocupes, simplemente no hemos tenido buena relación nunca y no la vamos a tener ahora—le cuento tocando su muslo.

Ella ni se inmuta, pero el contacto me quema y la intento apartar disimuladamente.

—¿Y tu padre?

—No le conozco.

Me mira sin entender nada, yo sonrío.

—Nos abandonó cuando yo tenía meses, o eso es lo que me contó mi madre.

—Joder...no sabía que tenías esa relación con tu familia.

Sonrío irónico.

—Mi familia sois vosotros, yo no tengo familia.

La puerta se abre y entra un Bryan con el ceño fruncido. Any no le da importancia y sigue a lo suyo: interrogarme, es algo que se le da de maravilla.

—Y la chica que estuvo aquí, ¿hablaste con ella?

—Sí...

—¿Y?

—¿Y qué? —pregunto confuso mirándola.

—No sé, no crees que... bueno, no sé Max, no sé...

Se lía ella sola y ya se a lo que se refiere.

—No estoy enamorado de ella Any, no se te ocurra ponerte a hacer de cupido a estas alturas.

Suelta una carcajada, Bryan se da la vuelta para irse pero antes de salir le llamo.

—Puedes quedarte, no pensaba tirarme encima de tu mujer.

Se gira amenazante y sonrío.

—Solo quería hablar contigo capullo, y como se te ocurra tirarte en lo alto de mi mujer, no sales vivo de aquí.

Ahora el que se carcajea soy yo.

—Bueno, os dejo que tengáis una “*charla de hombres saltones*”.

Se burla de nosotros, Bryan la mira por encima del hombro y ella le saca la lengua. Se aman, de eso no tengo la menor duda. Se sienta en el mismo sitio, donde minutos antes su mujer estaba.

—¿Qué quería la estúpida de Marian?

—Dar por culo.

—A parte de eso, después de un año me parece muy raro que quiera saber algo de ti.

—Quiere vender la casa.

—¡Vaya! Todo sea por el dinero—ironiza.

—Bryan...

Me mira con una cara extraña...

—Dime que no ha pasado nada más...

Asiento.

Se lleva las manos a la cara.

—¿Te la has tirado? —pregunta incrédulo.

—Sí, ella me buscó.

—¿Es que no sabes mantener la bragueta cerrada?

Suspiro. No, me temo que no. Cambia de tema, intentado no darle demasiada importancia.

—Cuéntame que pasa con tu hermana, te he escuchado decírselo a Any.

—Después de eso necesitaré una copa. No se lo he contado todo.

—Lo sé, y sí, esta noche tendrás las copas que quieras.

—Bien...

Me preparo, cojo aire y descargo todo lo que llevo aguatándome estos días.

A las doce de la noche, nos paramos frente a la puerta de un local de moda en el centro de la ciudad, Bryan está que se lo llevan los demonios.

—No sé por qué no te has puesto un pantalón, ¡no!, ella tenía que llevar vestido.

—¡Oh cállate ya! —Le regaña Any.

—No, no me callo.

Me rio viendo cómo se pelean por nada. Entramos en el local y me siento en una de las mesas libres.

—¿Qué queréis?

—Yo...

Me quedo mudo cuando veo a una stripper en lo alto de una tarima, moviendo su cuerpo de manera sensual con un diminuto tanga y un sujetador de lentejuelas. Contemplo su cuerpo y... es ella, ¿pero qué hace?

—Max...—Me llama Bryan exasperado.

—No me lo puedo creer...—digo con la vista fija en la barra.

—¿Qué pasa?

Any mira en la dirección que contemplo expectante y la oigo como dice alegremente:

—¡Anda!, ¿esa no es Meg?

Sin saber por qué motivo, me levanto como un resorte y llego a ella en seis zancadas, me paro frente a la tarima y la fulmino con la mirada. Me ve y sonrío.

—Bájate ahora mismo de ahí—ordenó.

Niega con la cabeza. Sube una pierna en la barra plateada y la otra la entrelaza, de manera que se desliza hacia abajo sin ningún problema. Sus pechos quedan demasiado expuestos a la gente, mi ira crece por segundos. Escucho como un hombre que está a mi lado le chilla:

—Vamos nena, enséñame todo lo que tienes, eso es, eso es, baila para mí, tienes unas te...

No le da tiempo a decir nada más. Agarro su cabeza y la estampo contra la tarima que tenemos delante. El hombre se levanta con la nariz llena de sangre y me mira asustado. Meg deja de bailar y la música deja de sonar.

—Como no te bajes de ahí ahora mismo, te saco a rastras del local...—La amenazo.

Me mira asustada.

—Max, ¿qué haces? —pregunta Bryan por lo bajo.

No le quito la vista de encima, ella me mira sorprendida, no sé si con cierto temor y a la misma vez avergonzada.

Se baja de la tarima y pasa por mi lado con la cabeza agachada.

—Iros, ya buscaré la manera de volver mañana—le digo a Bryan y Any que me miran sorprendidos.

Meg sale del local a toda prisa, poniéndose la chaqueta que lleva en las manos por mitad de la calle, corro hasta que llego a su lado.

—¿Se puede saber qué demonios hacías ahí subida?

—¡¿Y a ti qué te importa!?! —Me chilla.

Me enfurece más aún. La veo pararse en la puerta de un portal y no percato hasta que estoy allí de que estamos en su casa.

—Me jodes mi primer trabajo, ahora el segundo, ¿qué quieres de mí? —Me vuelve a gritar.

Suspiro varias veces antes de cometer una locura. No me espera, sube los escalones de cuatro en cuatro hasta que llega a la puerta de su casa.

—¿Tanto te sacas bailando desnuda en una barra? —pregunto con rabia.

—Lo suficiente como para poder...—Se calla—, ¡no estaba desnuda!

Abre la puerta y pasa, cuando va a cerrar pongo una mano y la empujo, hasta que entro yo también.

—Vete de mi casa, no sé qué demonios quieres pero no puedo ofrecerte nada, ¿es que no lo ves? ¿Qué narices quieres de mí? —Se desespera.

—Solo he querido ayudarte, no te he dicho en ningún momento que quiera nada a cambio.

Me pego a escasos milímetros de su cara y le contesto con rabia. Mi respiración se vuelve descompasada y mi deseo por poseerla no hace más que crecer.

No me contesta, solo me mira. Se lanza a mi boca y la devora con intensidad. Agarro su chaqueta y se la quito con brusquedad mientras ella hace lo mismo con mi camisa.

—¿Dónde están los niños? —Me preocupo.

—No están—se apresura a decir.

Me empuja hacia el sofá, desabrocha mi pantalón con urgencia y yo hago lo mismo con el resto de su ropa. Se sienta a horcajas encima de mí y sin esperar ni un segundo más, noto como su sexo baja por mi miembro, deslizándose lentamente.

Se mueve como una diosa, me vuelve loco y comienzo a perder la cabeza. Aprieto demasiado sus caderas, noto como mis dedos se clavan en su piel, siento algo que jamás había sentido con otra mujer y pierdo la cabeza a cada segundo que se mueve.

—Meg...—Jadeo.

—No se te ocurra marcharte...—Musita en mi boca.

Nuestras lenguas juegan una batalla infernal, hasta que ella se separa de mí para echar su cabeza hacia atrás y disfrutar del gratificante orgasmo que está teniendo en este preciso instante. Aprieto su cuerpo más todavía para culminar en el mismo instante que ella.

Sin respiración apenas se recuesta encima de mi hombro, mi corazón está a punto de salirse por mi boca y no tengo palabras para describir que ha sido lo que acaba de pasar.

Se reincorpora un poco y me mira con los labios entreabiertos a los ojos, mi expresión cambia, no puedo verme pero lo noto.

—¿He sido demasiado brusca? —pregunta con una sonrisa en la cara, imitando lo que le dije la primera vez que me vio.

La miro sin pestañear y niego levemente. Ella tuerce el gesto.

—¿No te ha gustado? —Arruga el entrecejo.

—Ha estado bien...—Imito sus palabras.

Pone morritos y sonrío de nuevo. Me levanto del sofá con ella en brazos y sin decirnos ni una sola palabra llegamos a su dormitorio.

Capítulo 14

Abro los ojos, miro a la izquierda y veo que Meg duerme plácidamente, ¿quién demonios me llama a las seis de la mañana? Levanto mi estrepitoso cuerpo de la cama y rebusco en el suelo mis pantalones a tientas para no encender la luz y despertarla.

—¿Diga? —pregunto con los ojos pegados.

—¿Máximo?

Cierro los ojos con rabia y los vuelvo a abrir con ganas de colgar el maldito teléfono.

—¿Qué quieres, Odet?

Odet.

Mi hermana, o hermanastra mejor dicho, el perrito faldero de mi madre y su correo por lo que veo.

—Estamos en Londres.

Un nudo se hace en mi garganta.

—Yo no. —Contesto tajante.

—Bien, pues deberías venir mañana, tenemos que volver en dos días para unas pruebas que tiene mamá...

—Querrás decir tu madre—la corto.

—Máximo no seas así, ella te quiere y...

Los recuerdos me matan.

—¡Basta! ¿Dónde quieres que nos veamos? —pregunto con impotencia.

—Te esperamos en Hoyls mañana a las cinco, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

Cuelgo sin darle tiempo a decir nada más. Me apunto el nombre de la cafetería que me ha dicho Odet, aunque dudo mucho que lo olvide, resoplo un par de veces y maldigo en voz baja.

—¿Estás bien?

Me giro y veo una diosa morena, sentada en la cama con las rodillas en la barbilla, observándome.

—Sí...

Me siento a su lado, no me quita los ojos de encima.

—¿Has sido militar?

Sonrío.

—No.

Arruga el entrecejo.

—¿Entonces porque llevas esta placa? —pregunta tocando la placa de metal plateada que llevo colgada en el cuello.

—Era de mi hermano.

Me mira paralizada, la gira y lee lo que pone.

—Jefry Collins. ¿Era?

—Murió con veinticinco años en una misión a Bosnia.

—Oh, vaya, yo...—Se arrepiente—, lo siento, lo siento, no pretendía....

La agarro de la nuca y aprieto su cuerpo con el mío.

—Tranquila, no pasa nada, está superado, fue hace muchos años, pero si es cierto que es el único al que consideré mi familia de verdad.

—¿No tienes a nadie más?

—De sangre, sí.

—¿Y qué pasa con ellos? —pregunta pegada a mi cuello.

—Te lo contaré otro día, ahora me apetece hacer otras cosas que no son hablar de mi familia.

Alza sus ojos y me contempla con una pícaro sonrisa.

—Me da la sensación que no estoy con la misma mujer.

—¿Por qué dices eso?

—Algunas veces parece que me temes y otras parece que eres la persona más segura de este mundo.

—¿Y eso es malo? —Alza una ceja.

—No, pero no quiero que me tengas miedo.

—No te tengo miedo—parece enfadada, y está preciosa con ese gesto—, es solo que a veces... me impones demasiado...

—Tienes veintidós años...

Resopla y mira hacia el techo, se levanta de la cama como un resorte y se irrita.

—¡Qué manía tienes con la puñetera edad! ¿Eso qué tiene que ver?

—Mucho.

—¿Pero cuántos años tienes alma de cántaro?

Me levanto y me pongo frente a ella. Agarro su trasero y tiro de él hasta pegarlo completamente a mí. Beso el lóbulo de su oreja y paseo mi lengua delicadamente por el contorno de su barbilla, para después llegar a sus labios.

—Max... ¿De qué tienes miedo?

Me separo de ella, observo su figura dando un par de vueltas en círculo. No dice nada, simplemente me deja a mi aire, observándome con detenimiento.

—Tengo treinta y seis años.

Mueve un poco la cabeza hacia la izquierda y hacia la derecha con suaves toques, la miro alzando una ceja.

—¿Qué, demasiado viejo para ti?

Sonríe.

—Eres un pureta—contesta con gracia.

—¿Perdona? ¿Tan viejo te parezco?

Vuelvo a pegarme a su cuerpo.

—Mmm...—Se pone un dedo en la barbilla pensativa—, no sé, nosé...

Se agarra a mi cuello, y yo muerdo el dedo que tiene dando pequeños toques en su mandíbula. Se ríe, entonces me quedo de piedra cuando me da un azote en el culo que me hace arrugar el entre cejo.

—¿Qué pasa madurito no te gustan los azotes?

Provocativa se dirige hacia la cama, se sienta y cruza sus piernas, echando su cuerpo hacia atrás, de una forma completamente erótica. Mi respiración se vuelve entrecortada y mi pulso comienza a acelerarse.

—Sí...me gustan los azotes.

—¿Eres un sádico? —pregunta tranquila, cosa que no entiendo muy bien.

Suelto una carcajada estridente.

—No, para nada, solo tengo un problema—le señalo un dedo.

Asiente.

—Muy bien, y... ¿Cuál es Señor Collins?

En ese momento caigo en la cuenta de algo... sus caderas. Tiene unos profundos cardenales, marcados por mis jodidas manos.

La levanto de la cama, poniéndola de pie frente a mí. Toco la zona afecta mirándola fijamente y a la misma vez que cierro los ojos un momento, arrepintiéndome de lo que estoy haciendo. Es una cría aunque ella se empeñe en decir que no. Y me estoy pasando demasiado...

Baja la vista hacia mis manos y lo ve.

—Max... No te preocupes, eso no es nada, de verdad...

Parece acelerada y la corto.

Me separo de ella como si fuese fuego, recojo mis cosas y me visto a toda prisa.

—Max, espera, espera—me pide en repetidas ocasiones.

Niego con la cabeza.

—Esto es una locura.

—¿Por qué es una locura? O mejor dicho, ¿qué es una locura?

La miro durante un instante con la camisa en la mano, ¿qué es una locura? Buena

pregunta sin duda, chica lista.

—Tengo que irme, lo siento Meg, lo siento de verdad.

—¡Max!

Se pone un vestido a toda prisa e intenta agarrarme del brazo pero lo evito. Salgo mientras me llama una y mil veces, diciéndome que me espere, que tenemos que hablar, que no es nada...

De repente me encuentro unos ojos negros como los de ella, un chico alto con mala cara y pinta de yonqui me mira desde la puerta de entrada.

—Carlos. —Dice repentinamente Meg.

El chaval asiente.

—Sí, el mismo—tira sus llaves al sofá—, ¿qué pasa, no me esperabas?

—Nunca te espero—responde con desgana—, este es...

La corta.

—Tu chulo, con el prepotente que hablé por teléfono.

Lo que me faltaba ahora, enfrentarme a un niño de dieciocho años con las hormonas revueltas.

—¡Carlos! No le hables así.

Meg se adelanta para darle un golpe por lo que veo, pero yo la paro antes de que llegue. Tiro de su brazo hacia atrás, dejo mi camisa encima de la mesita baja del sofá y le miro.

—No me vas a asustar—asegura.

Doy dos pasos más y llego a su misma altura. Le miro desde arriba, ya que el pobre no es tan alto como su hermana y tiene que elevar su cabeza para mirarme.

—Lo primero, no soy el chulo de tu hermana porque tu hermana no es ninguna puta—me mira sin pestañear y puedo notar como tiembla de miedo—, lo segundo, sí, soy un prepotente de mierda y más cuando me chulean como lo hiciste tú, y ten por seguro—me pego más a él, ya imagino que se habrá cagado encima directamente—, que si llego a estar aquí, te hubieras llevado dos ostias. Y por último, lo que tendrías que hacer es cuidar y ayudar a tu hermana, en vez de tener esa cabeza loca, ¿entendido?

El chico asiente acojonado, nunca mejor dicho. Se mueve pegado a la pared,

hasta que sale del espacio reducido entre él y yo, para poder respirar.

Meg lo mira con los brazos cruzados y cuando pasa por su lado, se ríe de él.

—Huele a caca—se toca la nariz.

Carlos se avergüenza, me mira sin decir nada más con cara de terror y se mete en su habitación cerrando la puerta con pestillo.

Meg se acerca a mí, coge mi mano y la toca haciendo círculos en ella.

—Gracias, le hacía falta un rapapolvo de estos, estoy segura de que serías buen padre.

De nuevo vuelvo a ver que no puedo quitarle su juventud, sus sueños por ser egoísta.

—De nada...

La miro pasmado, no sé si indeciso por irme o grabando a fuego su preciosa cara con esos rasgos tan marcados, sus ojos negros como la noche y esos labios que me llevan al delirio.

—Quédate por favor, vamos a hablar.

La miro durante unos segundos más, indeciso.

—No puedo, tengo que volver a Londres—me excuso—, no sé cuándo volveré Meg, es mejor que se quede aquí y de esta forma, créeme.

Agacha la cabeza y asiente un par de veces. Cojo su mentón y hago que me mire.

—No quería precisamente que pusieras esa cara.

—Ya...

Su cara ilumina una sonrisa torcida, pero triste.

—Es lo mejor—aseguro—, además, ha estado bien.

Ahora se ríe.

—Sí, supongo que ha estado bien.

Salgo al rellano, ella se apoya en el filo de la puerta y me mira.

—Cuídate Max, gracias por todo, no sé de qué manera voy a poder pagarte algún día todo lo que has hecho por nosotros.

Me giro un momento, cierro los ojos y en dos zancadas llego a ella. Toco sus labios por encima y dejo mi dedo pulgar un rato. Pego mi boca y la beso, sin prisa y suavemente, como nunca antes lo había hecho.

—No me debes nada, cuídate.

Bajo su atenta mirada y desconcierto, doy media vuelta y salgo en dirección a la casa de Bryan.

Capítulo 15

—¿Cómo has llegado?

—He cogido un taxi.

—¿Y por qué no me llamaste?

—Da igual Bryan, cuanto menos salgas mejor.

Pone mala cara.

—Nadie se enteraría de donde estoy por mucho que quisiera—asegura.

—No lo tengas tan claro.

Empiezo a recoger mis cosas con prisa, se me hace tarde y si lo sigo demorando perderé el vuelo. Bryan arruga el entrecejo.

—¿A dónde vas?

—A enfrentarme a un infierno.

Le cuento a Bryan lo que ha pasado, la llamada de Odet y el resto con pelos y señales.

—No tienes por qué ir.

—Tengo que quitármelo de encima Bryan, no puedo seguir así, si no paso página nunca...

Se hace el silencio cuando Giselle entra en la habitación.

—Max, tu madre no se portó bien, pero no tienes por qué paralizar el mundo porque haya sido una mala madre...

—No se trata de eso Giselle.

Mi cara se contrae y los recuerdos vuelven a asaltarme con malicia.

—¿Entonces?

—Mamá, déjalo...—Le pide Bryan.

Arruga el entrecejo y nos mira a ambos.

—Max, durante mucho tiempo te he cuidado, te he mimado y hecho todo lo que he podido por ti y porque estuvieras bien, no te estoy echando nada en cara, pero quiero que sepas que si me necesitas, aquí estoy.

Asiento y me derrumbo. Me siento en la cama, llevando mis manos a la cabeza.

—No sé si voy a ser capaz de mirarla a la cara, no...

Giselle se sienta mi lado, mira a su hijo y con un gesto le pide que se vaya. Bryan me mira y yo asiento, ha llegado la hora de que alguien sepa algo más sobre mi vida. Entre rabia y lágrimas le cuento todo. Todo por lo que he pasado, todo lo que nadie sabía excepto Bryan...

Giselle me mira con cara de asombro y de pena a la misma vez. Toca mi hombro y deposita un casto beso en mi mejilla, un beso tierno y de cariño.

—Max, me voy contigo a Londres. No admito réplica.

Asiento. Sale de la habitación dejándome solo y pensativo durante un buen rato.

El tiempo de espera pasa demasiado rápido. Llegamos a la cafetería donde quedé con Odet, me paro en la puerta y mis nervios comienzan a azotarme sin miramiento alguno.

Miro los amplios ventanales de la cafetería y la veo...

Veo a mi madre sentada en una de las mesas de la cafetería junto a Odet. Unas náuseas se apoderan de mí de manera incontrolable. Giselle aprieta mi mano para tranquilizarme.

Su pelo rubio está un poco más largo que la última vez que lo vi, sus ojos rasgados están un poco más envejecidos por la edad, su cuerpo sigue siendo el mismo que antaño, delgado y bien cuidado.

—Tranquilo Max, estoy aquí y no pienso permitir que esa mujer te ponga una mano encima.

Asiento temblando. Entramos, cuando nos ve, se gira con una deslumbrante sonrisa, que se le borra del rostro cuando ve quien es mi acompañante.

Me paro frente a la mesa, no me molesto ni en sentarme.

—¿Qué quieres? —Escupo con ira.

—No le hables así a tu madre—me reprocha Odet.

—No estaba hablando contigo.

Mi madre nos mira a ambos, hasta que se levanta. Observo que una de sus manos se dirige a mi mejilla y por inercia me aparto antes de que ese acto llegue a efectuarse. Ella me mira con decepción en sus ojos.

—No voy a hacerte nada hijo...—Susurra con los ojos anegados en lágrimas.

—Ya me hiciste bastante, ¿qué quieres?

—El pasado, pasado está, no le demos importancia.

Me enervo como jamás hubiese pensado que lo haría.

—Te tendría que dar vergüenza—bufa Giselle.

Mi madre la ignora y sigue sin quitarme los ojos de encima.

—Te pareces tanto a tu padre...Podríamos, podríamos...—Sonríe como si nunca hubiera pasado nada—, podríamos volver a ser como antes, eres mi hijo y...

—¿Después de veinte años? —Ironizo.

—Sé que no he sido la mejor madre del mundo, pero te he echado tanto de menos y...—Suspira como si le doliera—, te pareces demasiado a él...

—¿Eso es lo que solo te importa, no? Que me parezco demasiado a él...

—Si tu no hubieras nacido estaría a mi lado, no se habría marchado, y si él no está—me mira por encima del hombro—, que mínimo que vuelvas conmigo para recompensarme todos estos años que he estado sufriendo por tu culpa—asegura con frialdad.

Mi cuerpo tiembla de impotencia, rabia, pena y de una mezcla de emociones que me matan a cada segundo que estoy aquí. Sin poder hablar, noto como Giselle me aprieta la mano de forma cariñosa, ella lo ve.

—Rachel...—Comienza a decir Giselle—, Max, nunca...

—No se llama Max, se llama Máximo—la corrige—, como su padre...—Sonríe

con pena en sus ojos.

Su tono me produce náuseas.

—¡No me interrumpas más! —Añade de malas maneras—. Si ha venido aquí ha sido para saber qué querías, porque yo se lo he pedido—se auto señala Giselle— quédate bien con esta imagen, porque no volverás a verle jamás—recalca esto último—, ya no es un niño asustado, no te equivoques, ahora se ha convertido en un hombre respetable y en una persona que nunca tendrá pesadillas por tu culpa, por la culpa de una madre loca y sádica como tú—escupe con rabia.

—Pero...—Mi madre intenta hablar pero Giselle no la deja.

—Nunca le he pedido que me llame mamá, pero ten una cosa clara Rachel, desde que tenía ocho malditos años he cuidado de él como si fuera mi hijo, le he limpiado las lágrimas y ten por seguro que si hubiera sabido todo lo que supe ayer, te hubiera denunciado incluso matado con mis propias manos, eres una sinvergüenza, despreciable y enferma, sí, estás enferma. Olvídate de que tienes un hijo y no volváis a llamarle, ¡nunca!

Me quedo mirando la cara estupefacta de mi madre y mi hermanastra. Giselle tira de mi mano.

—Vámonos cariño, aquí ya no hacemos nada—suelta con rabia.

A pasos agigantados salgo de la cafetería con los ojos llenos de lágrimas. Oigo como grita.

—¿Por qué te dejas guiar por alguien que no es tu madre? ¡Yo te di la vida! —Se ofende.

Me giro, Giselle me impide que dé un paso hacia ellas, la miro y asiento para que se tranquilice.

—Y lo mismo que me la diste, me la quitaste.

Por última vez, observo su cara y la de Odet, jamás, y cuando digo jamás, volveré a saber nada más de ellas, no quiero ni pienso remediarlo.

A los veinte minutos llego a TheSun, Giselle me pregunta por el camino, si realmente me encuentro bien.

—No te preocupes por mí. ¿Estás segura que quieres entrar?

—Sí, quiero entrar. Quiero ir al despacho de mi marido y estar unos minutos allí...—dice apenada.

—Le echas de menos...

—No sabes cuánto Max, no sabes cuánto.

Al entrar en el edificio, todo el mundo se aproxima a Giselle, la besan, la abrazan y le dicen mil y una cosas. Finalmente la pobre termina en un llanto imparable. Entre su marido y la supuesta muerte de su hijo, todos la colman de cariño.

—Estaré un rato aquí, cuando termines pasa a buscarme.

Asiento.

Llego a mi despacho y Lion Wood, el hombre que me ayuda como lo hacía Bryan antes, me está esperando sentado en la mesa.

—Lion—saludo.

—Max—saluda elevando una carpeta.

—¿Qué es eso?

—Otro acuerdo—sonríe triunfal.

—¿Los has deslumbrado con tu arrogancia?

—Ja ja ja, no, la he, querrás decir.

—¿Una mujer? —pregunto asombrado.

Miro los papeles y me sorprende más aún cuando veo que es una empresa de automóviles de alta gama.

—Siempre pensé que estas cosas las llevaban más bien los hombres, llámame machista, pero nunca imaginé que a una mujer le gustaran tanto los coches como para llevar un negocio así—comenta Lion.

—Sí, suena muy machista, pero tienen el mismo derecho.

—Lo sé, creo que podríamos hacer un buen negocio.

—Bien—comento cerrando la carpeta—, encárgate de todo con ella.

—Será un placer...—Sonríe lascivamente y no puedo evitar reírme por su gesto.

Lion tiene treinta cuatros años, es igual de alto que yo y un mujeriego de los pies a la cabeza.

—¿Cuándo te vas a cortar el pelo? —Me burlo de él, como me he acostumbrado a hacerlo.

—Nunca, me encanta mi coleta, me da un toque muy...sexy—me guiña un ojo.

—Eres un chulo de mierda.

Se reajusta el traje en su atlético y moldeado cuerpo, me mira sonriente y sale por la puerta.

—No tardes en venir Max, tenemos que salir de fiesta...

Levanto la mano a modo despedida y se marcha. Me dirijo al despacho de Anthony, no se ha cambiado nada, todo está como la última vez que vino, al igual que el de Bryan.

Me encuentro a Giselle agarrando su cara con una mano y con la otra, toca una fotografía que había encima de la mesa. Cuando me ve, sorbe su nariz y se limpia las lágrimas.

—¿Nos vamos?

Va a levantarse de la mesa, pero se lo impido con mi mano. Se sienta de nuevo y me pongo al lado de ella. Toco su pelo y después su mejilla se roza con mi mano y sonrío tristemente.

—Es tan difícil estar lejos de la persona a la que amas Max... Por eso yo siempre os digo que si os enamoráis, disfrutéis de ese amor hasta lo que dure...

Asiento.

—Ojalá pudiera estar cerca de Anthony, ojalá pudiera tocarle de nuevo o abrazarle una sola vez más...—Rompe a llorar de nuevo.

La acuno en mis brazos y beso su pelo repetidas veces. Perder a la persona que más quieres nunca es fácil. Necesito sacarla de aquí, odio verla de esta forma, aunque sé que es inevitable.

Capítulo 16

De nuevo nos encontramos en Cádiz. Estar dividido entre dos ciudades no es nada fácil, aunque después de este viaje, creo que no volveré en un tiempo, me ocuparé de los negocios y mantendré la distancia para centrarme en seguir viviendo mi vida.

Después de tener una conversación con Bryan y contarle paso por paso como fue la quedada con mi madre, llega Any a la cocina.

—¿Estás bien? —pregunta cuando ve mi rostro.

—Sí...

Me aparto de ella, antes de salir de la cocina, me mira sin entender nada.

—No tengo fuerzas para contarlo de nuevo—comento abatido—, mejor que te lo explique Bryan...

Salgo de la cocina, pensando y dándole vueltas al mismo asunto, ¿por qué ahora? ¿Por qué después de veinte años? No entiendo nada, y quizás, no quiera entenderlo.

Me siento en el borde de la piscina, balanceo mis pies como un niño pequeño y miro el agua clara y transparente mientras sigo dándole vueltas a mi cabeza.

—¿Max?

La voz de Meg me saca de mi asombro, me giro y la miro estupefacto.

—¿Qué haces aquí?

—Eh...bueno...yo...—Se retuerce las manos.

Alzo una ceja.

—¿Nerviosa?

Sonríe.

—No esperaba encontrarte aquí, la verdad...

Agacha la cabeza, me levanto y voy hacia ella. Alzo su barbilla para que me mire directamente a los ojos.

—¿Dónde está la valentía ahora?

—Ha salido corriendo...

Sonrío y ella me imita el gesto.

—¿Estás bien? Tienes cara de cansancio.

—Sí...—Contesto sin quitarle los ojos de encima.

—Vale...—Asiente—. Voy a buscar a Any...

Le hago un leve movimiento de cabeza y desaparece de mi vista. Me quedo completamente hechizado viendo su figura y sin saber por qué, mi corazón late demasiado fuerte.

Entro en la casa y me las encuentro hablando sobre un puesto de trabajo, me siento en el taburete de la isla y las observo, las dos me miran pero siguen a lo suyo sin darle mayor importancia.

—Bien, entonces mañana te recojo a las diez.

—Si quieres puedo llevarte yo, no vuelvo a Londres hasta pasado mañana—me ofrezco.

—Ah, que te vas otra vez...—Me mira sorprendida— y... ¿Cuándo vuelves?

—No lo sé, quizás en unos meses.

—Ah...

Parece no gustarle mi respuesta, no entiendo el por qué ya que se quedó todo claro la última vez.

—Bueno, yo ya me voy, mañana nos vemos entonces, — dice mirando a Any.

Me quedo paralizado.

—¿No quieres que te lleve yo?

—No te preocupes, no quiero causarte más molestias. Any nos vemos mañana.

Sonríe y sale por la puerta de la cocina. Any me mira y cruza sus brazos a la altura del pecho, parece enfadada.

—¿Qué?

—¿Cómo que, qué?

Abro los ojos un poco, instándole a que me diga qué le pasa.

—¿Es que no lo ves?

—¿Qué tengo que ver?

—¡Qué está enamorada de ti ,cazurro!

Parece molesta, entrecierro los ojos un poco.

—¿Qué estás diciendo?

—Oh, que simples que sois los hombres, os lo tienen que dar todo en bandeja para que os enteréis de las cosas.

Miro hacia la puerta por donde segundos antes Meg salía.

Any se pega a mí, coge mi cara con ambas manos y da un beso en mis labios. Su actitud me sorprende y a la misma vez me asusta.

—¿Qué haces? —pregunto sin entender a qué ha venido eso.

—¿Qué sientes Max?

Me mira directamente a los ojos, yo en cambio no doy crédito a lo que acaba de hacer.

—¿Dónde está Bryan?

—En la playa con los niños, y ahora contéstame.

Pienso durante unos instantes, proceso la información y sonrío.

—¿Te ofenderás cuando te lo diga?

—Creo que podré vivir con ello.

Asiento riéndome de nuevo.

—No siento nada.

Ahora la que sonrío es ella.

—Debes buscar tu propia felicidad Max, y no fijarte en la de los demás, porque tú, amigo, tienes una joya muy valiosa entre manos y la estás dejando escapar...

Me abraza durante un segundo y me mira.

—Ve, arregla las cosas y no seas tan cabezón, no te cierres en banda. He visto como la mirabas, como la observabas mientras andaba y como te has desvivido por ayudarla sin conocerla, eso, se llama amor a primera vista.

—Yo no estoy enamorado—aseguro.

—Ya—se ríe—, ya me lo dirás...

Hace un gesto con la cabeza para que salga de la cocina y por extraño que parezca le hago caso. Salgo y la encuentro en la reja de la entrada.

—¡Meg!

Se gira y al verme sigue abriendo la puerta para salir. Llego a su altura y la agarro del brazo dándole la vuelta para que me mire.

—¡Espera!

—¿Qué quieres? —Mira hacia al suelo.

—Que me mires lo primero.

Alza la cabeza pero no me mira a mí, sino al árbol que tengo en la derecha. Me parece ver que ha llorado, pero no lo tengo claro.

—¿Por qué no me miras?

—¿Qué quieres Max? Tengo que ir a por mis hermanos, están con la vecina y tengo que prepararles la comida...

—Voy contigo.

—No.

—¿No? —Me extraño.

—Sí, eso he dicho.

Se gira de nuevo, salgo con ella y la cojo del brazo, otra vez.

—Max, deja que me vaya—me pide exasperada.

Tiro de ella y vuelvo a entrar en la casa, bajo al garaje y busco en el panel las llaves del coche que Bryan me dejó. Any ha desaparecido como por arte de magia.

—¿Qué haces? Sé llegar a mi casa sola.

La fulmino con la mirada, no sé cuál de todos es el motivo por el que estoy tan enfadado, si porque Any lleva razón, o porque no puedo alejarme de esta mujer.

Me dirijo hacia el coche con ella agarrada de la mano, se suelta de malas maneras.

—¡Te he dicho que me voy sola! ¡SOLA!

—¿Por qué eres tan cabezona?

—Porque quiero—me grita.

—¿Por qué me gritas? —Me pego a su cuerpo.

—¡No lo sé!

Nuestras respiraciones se vuelven entrecortadas, veo como su pecho sube y baja sin parar, su mirada va de mis ojos a mis labios. Entreabre los suyos un poco y el deseo se hace patente en mí.

La beso con fuerza, ella me imita el gesto y noto como de mis labios sale un hilo de sangre. No ceso en mis besos, cojo su cuerpo entre mis fuertes brazos y la deposito en lo alto de un mostrador lleno de herramientas. Separo las cosas como puedo, levanto su vestido y meto mi mano para poder tocar su sexo.

—Sí...te quieres ir...por eso estás así...

Saco mis dedos de su sexo y los paseo por sus labios, ella se los introduce y los chupa con esmero, me vuelve loco esa simple imagen.

Veo como abre las piernas, invitándome a entrar en ellas. Tira de mi cinturón, lo desabrocha y baja la cremallera. Sin quitarme los ojos de encima, masajea mi miembro repetidas veces, se aproxima al filo del mármol y vuelve a besar mis labios salvajemente.

—No esperes más...—Susurra en mi boca—, vamos...—Insiste.

Toco su cuerpo por encima de la tela, mientras mi mente empieza de nuevo a jugarme esa maldita batalla, se da cuenta.

—No me importa los cardenales que me hagas, ni las heridas, ni que me doubles la edad, no lo pienses más—suplica.

—Meg...

—No me importa Max, no sé qué te habrá pasado para que estés así, si algún día me lo quieres contar te escucharé, si no, yo seré tu salvavidas...

—Escucha...—Intento que me haga caso pero es imposible.

—Me da igual que solo sea sexo...

Clava sus uñas en mis hombros, me revuelvo por el leve pinchazo que me crea. Ella me observa extasiada, restregándose contra mí, pidiéndome a gritos que la penetre. Mi cabeza empieza a dejar de reaccionar...

—¡Max, fóllame como un bestia si es lo que quieres!

Agarro su cintura y la pego junto a mi piel, elevo su cuerpo y de una estocada me introduzco en ella. Echa su cabeza hacia atrás y no sé por qué demonios temo tanto haberla lastimado. Me mira como una gata salvaje y presiona su cuerpo contra el mío para ganar más profundidad.

—Deja de tener miedo, ¿lo haces con todas las chicas que te acuestas?

—Con ninguna—aseguro rudamente.

—Pues entonces no te reprimas más.

La miro sin menear ni un musculo, bajo mi atenta mirada sube hacia arriba y se deja caer de nuevo, deslizándose por mi miembro. Una gran sacudida me aplasta y un deseo irrefrenable por poseerla como un bestia se apodera de mí. Al ver que no reacciono me pega un bofetón con su mano derecha, mi mejilla arde, la miro con mala cara y ella me contempla de manera pícaro y provocativa.

—O reaccionas, o te hago reaccionar—me amenaza.

Agarro su pelo con una mano mientras que con la otra aprieto su cadera contra mí. Bombeo con una fuerza descomunal en su interior, de tal manera que creo que me desmayaré si sigo así.

—Joder...—Jadea.

—¿Quieres más? —pregunto al límite.

—¡Sí! —Chilla al recibir otra sacudida.

Sigo el ritmo y cuando creo que voy a desfallecer un calambre me atraviesa el cuerpo, me doy cuenta que no puedo aguantar más y entonces me descargo como nunca antes lo había hecho, cuando la oigo susurrar mi nombre en mi oído consecutivamente.

Capítulo 17

—¿A dónde te gustaría ir a cenar?

Le miro sorprendida.

—¿Elijo yo?

—Claro, yo no conozco nada de aquí—sonríe.

Cada vez que me muestra su perfecta dentadura blanca, más me enamoro de él, sí, estoy enamorada de Max Collins, como jamás pensé que podría enamorarme de nadie. Nunca he sentido esa presión en el pecho con un hombre, nunca he llegado a querer a nadie de esta forma, tanto que duele. Sé que le conozco de apenas dos semanas, pero me he enamorado como una idiota y lo peor de todo, es que él se marchará, y yo me quedaré destrozada con su ausencia.

—Si te digo donde quiero ir, ¿te reirás de mí? —pregunto preocupada.

—Otra vez esa inseguridad que tienes.

Se planta frente a mí, me quedo mirando como se acerca minuciosamente hacia mis labios, la respiración se me corta de tal manera, que mis pulmones dejan de suministrar aire.

—¿Por qué eres tan insegura conmigo Meg?

Me paralizó.

—Un penique por tus pensamientos—comenta de repente.

Niego con la cabeza. ¿Sería lo adecuado decirle lo que siento? Quizás tenga razón, quizás sea demasiado joven para él. Lo mismo ni siquiera busca una relación estable, y yo no sé ni lo que quiero, solo sé, que quiero que se quede conmigo el resto de mi vida.

—Me apetece comerme una hamburguesa—sonríe.

—Está bien, pero has evitado mi pregunta.

Pongo morritos e intento restarle importancia. Me agarra de los hombros, mientras sonrío y me pega a su escultural y magnífico cuerpo.

—He hablado con Carlos...

Se para durante un segundo y me mira.

—¿Y bien?

Suspiro fuertemente.

—¿Pasa algo? —Se preocupa.

Asiento.

—Los chicos con los que se va...

Arruga el entrecejo sin entender nada, le cuento todo lo que sé.

—Ayer le encontré llorando en su habitación. Tenía varios cortes en el pecho— abre los ojos en su máxima expansión—, sí, lo que oyes. Su comportamiento de chulito viene por eso... Se aprovechan de él. Le piden dinero, cosas para poder vender y si no, le pegan, le humillan delante de las chicas...

—¿Por qué no te lo ha contado antes?

—Max, tiene dieciocho años, es un crío inmaduro. Le daba vergüenza.

Veo como asiente.

Asiento y le doy las gracias, depositando un casto beso en sus labios.

—Déjame que hable con él. No te preocupes, lo resolveremos.

Caminamos hasta el Burger más cercano, hablamos de nuestros trabajos, yo le cuento los dos que tenía antes de que él entrara en mi vida y me los jodiera por así decirlo.

—Ya tienes algo mejor que un bar.

—Me las arreglaba bien de camarera.

—Y de stripper—reniega un poco.

—Sí—rio—, y de stripper, hasta que llegaste tú también y casi me sacas a rastras.

Nos sentamos en una de las mesas, con nuestras bandejas y respectivas comidas.

—¿Cómo están tus hermanos pequeños?

Me limpio la boca y pego un sorbo de mi refresco de limón.

—Muy bien, José y Pablo, están...—Me rio y miro hacia abajo de nuevo, cuando una congoja se apodera de mí.

—Eh, eh...

Pega su silla a mi lado, coge mi cara con ambas manos y la eleva para que le mire. Mis ojos están llenos de lágrimas.

—¿Qué pasa? ¿No están bien?

Parece preocupado. Me rio y lloro a la misma vez, sin saber que decirle. Me observa desconcentrado, arruga el entrecejo y espera paciente mi respuesta.

—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por nosotros, de verdad, no sé cómo Max...

Suspira aliviado.

—Mientras estéis bien, ya te lo dije, no tienes por qué agradecermelo.

—Se les ve tan... felices...—Suspiro.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —Me mira directamente a los ojos.

—¿Tú eres feliz?

Pienso en mi respuesta durante unos segundos. Le diga lo que le diga, él se irá a Londres y todo esto se quedará en el olvido.

—Ahora mismo sí.

Agacho la cabeza de nuevo.

—Como te vea bajar la cabeza otra vez, verás...

Su amenaza suena tan tentadora que me es imposible no hacerlo, a la espera del ansiado castigo que por lo que se ve, promete. Hago el gesto, me mira con mala cara.

—¿Mi acento guiri no se entiende bien? —pregunta amenazador.

—Oh Señor Collins...—Me hago la buena—, sí, claro que se entiende, a la perfección—contesto esto último como la peor de las brujas.

Le lanzo una sonrisa, muerdo su oreja y susurro:

—Ha estado más claro que el agua...

El estridente sonido de la silla chirreando el suelo cuando me echo hacia atrás, hace eco en el Burger. Todo el mundo gira sus ojos hacia mí.

—¿Nos vamos? —pregunto cuando ya estoy de pie.

Mira a la nada con cara de: *¿me está vacilando?* Se gira, levanta su enorme cuerpo bajo la mirada de todas las chicas que están en el local babeando por el hombre que tengo a mi lado. Yo, triunfal voy a salir a la calle, pero él me agarra por la muñeca y se pega a mi oído.

—¿A dónde crees que vas?

Le miro sin entender nada y cuando veo que me hace un gesto para que entre en el cuarto de baño, niego con la cabeza. Sin ningún pudor me suelta:

—O dentro...o aquí fuera...—Señala la mesa que tenemos justo al lado.

—¿Estás loco? —Musito.

—No. —Responde en tono normal.

Contemplo mi alrededor, nos está mirando medio Burger. Miro a Max para hacerle un gesto y parece no darle importancia.

—Mi paciencia no es infinita...—Asegura.

Abro la boca sin crearme que sea capaz de hacer lo que se está proponiendo, sabiendo que todo el local, sabe de que está hablando, ¡porque lo han escuchado!

—No pienso entrar...

—Oh sí, sí que vas a entrar.

Sin esperármelo me carga en su hombro y abre la puerta roja del servicio, mientras yo chillo, me rio, y le pego patadas.

—¡Bájame!

Abre la puerta de uno de los aseos minúsculos. Me baja antes de entrar, me mira furioso y a la misma vez con un deseo brillante en sus ojos, lo que hace que me tiemblen hasta las pestañas.

Veo como se desabrocha el pantalón, saca su erecto miembro y me mira.

—Hay gente... ¿Estás loco?

La puerta del baño vuelve a abrirse y entra alguien más. Hay como siete apartamentos en el mismo sitio, desde luego se le ha ido la cabeza. Se sienta en la tapa del wc, eleva mi vestido y de un tirón arranca mi tanga. Lo observo estupefacta.

—¡Max! —Susurro para que nadie me oiga.

Me gira para que me quede mirando a la puerta y echa mi cuerpo hacia atrás. Coloca su miembro en mi abertura y sin ningún miramiento me penetra como un bruto. No me duele porque ya estaba lo suficientemente preparada, pero siento unas punzadas debido a su longitud y la profundidad que ha tomado en esta posición. Apoyo mis manos en la puerta y jadeo.

—Por Dios Max...

—Ahora me vas a chulear de nuevo...—Murmura roncamente en mi oído.

Entra y sale de manera brutal, intento mantenerme firme, mis piernas tiemblan y mi cuerpo ya no puede aguantar más las rudas acometidas. Mis jadeos cada vez son más altos, mi respiración más descompasada y en cierto momento creo desfallecer del gran placer que me está otorgando. Todo esto es demasiado morboso, la gente nos oye seguro, escucho algunos cuchicheos que me es imposible entender, ya que el inminente orgasmo se acerca a pasos agigantados.

—¡Max! —Grito sin darme cuenta.

No me contesta, sigue inmerso en su trabajo por volverme loca dentro de este aseo público. Empiezo a temblar demasiado, mi orgasmo está al borde y cuando creo que me rompo en mil pedazos, de un tirón seco y fuerte me deja clavada encima de él, sin menear ni un solo musculo.

Me giro sin entender que pasa, busco mi propio placer intentando moverme, pero me mantiene firme e inmóvil. Le miro con mala cara y bajo su atenta mirada, bajo mi mano hacia mi hinchado clítoris, que pide a gritos ser atendido. Intercepta mi mano en el camino y niega con la cabeza. Me levanta y el frío invade mi cuerpo.

Ojiplática contemplo como se sube los pantalones, los abrocha y seguidamente baja mi vestido. Se esmera un rato en dejarlo en condiciones. Abre la puerta del habitáculo y me observa.

—¿Vamos?

Me mira con una sonrisa en los labios, una sonrisa malvada.

Bufo como un toro y paso por su lado echando humo. No me servirá de nada intentar convencerlo, está claro que este es mi castigo y a fin de cuentas, no me ha gustado tanto como esperaba, si lo llego a saber... ¡me callo!

—Eres un capullo.

Paso por su lado observando de reojo la risa de medio lado que me muestran sus labios, la gente me mira con los ojos abiertos en su máxima expansión, veo como Max se reajusta el pantalón. Sí, era mi castigo, pero sin duda, también ha sido el suyo.

Paseamos por las calles de Cádiz, intenta ir a mi paso, pero cuando observo que se aproxima, corro un poco más para que nunca este a mi altura. Llegamos a la plaza de la Catedral, que está abarrotada de gente, por lo que se ve, hay un concierto de música y la gente por nada del mundo parece querer perderselo.

Max coge mi mano y tira de mí para entrar dentro de la multitud. Al no darme cuenta antes, no me queda más remedio que ir con él. Pongo mala cara y me cruzo de brazos cuando estamos parados mirando el concierto.

—No sabía que conocieras a este grupo...—Ironizo.

—Y no lo conozco—habla en mi oído.

El ruido es atronador, la gente no para de chillar, cantar, aplaudir y todo tipo de vítores y piropos se escuchan en la plaza. Noto como Max, se pega detrás de mí. Da un par de besos a mi cuello, me estremezco más de la cuenta y sobre todo si contamos el gran calentón que llevo en lo alto.

—¿Cómo de enfadada estás? —Susurra.

—Mucho—aseguro.

—¿Muchísimo?

Otra vez se ríe de mí indirectamente. Le miro de reojo y retuerzo los ojos.

—¿Puedo hacer algo para quitarte ese enfado?

—Creo que no.

—¿Crees? —Se asombra.

—Sí, creo. Después de ver lo que has sido capaz de hacer en el Burger... No volveré a ir allí en la vida—aseguro de nuevo.

—¿Y eso por qué? —Se interesa.

Ahora sí que le miro directamente a los ojos, pero él me gira de nuevo y me pone mirando al concierto.

—¿Tú has visto cómo nos miraba la gente?

—¿Y?

—¿Cómo qué y? —No entiendo a este hombre.

Se pega a mi oído y susurra:

—La gente te miraba de esa forma porque son unos cobardes y porque en su interior, ellos hubieran dado la vida misma por gritar como tú lo estabas haciendo...

Sopeso la idea durante un segundo, si yo fuera toda esa gente, seguro que pensaría que es un escándalo, pero en mi interior, también desearía que alguien me hiciera lo mismo. Somos así de morbosos...

—Te das cuenta, llevo razón.

—Eso no quita que seas un capullo.

Suelta una enorme carcajada. Nadie parece oírle excepto yo que lo tengo al lado.

—El capullo va remediar ahora mismo ese mote.

Giro mi rostro radicalmente, no se le puedo ocurrir nada más, espero que no se lo ocurra y haga...

Mientras estoy sumida en mis pensamientos, noto como sus expertas manos, se cuelan entre mis piernas. Lo miro con los ojos abiertos y él sonríe. Miro a mi alrededor y nadie parece darse cuenta.

—Si miras el concierto, estoy seguro de que pasarás más desapercibida...—
Murmura de forma erótica.

Hago lo que me dice, trago saliva y agarro mis dos manos a su fuerte brazo que me agarra la cintura. Al no tener que agacharse, parece que está de pie tan normal, mirando el concierto, cuando lo que realmente está haciendo es concentrarse en una tarea que me está volviendo loca a cada segundo que pasa.

Sus dedos ágiles, entran y salen de mi sexo una y otra vez sin descanso, mientras que con otro, aprieta mi clítoris de vez en cuando.

—¿Cuántas veces te vas a correr hoy para mí? —Musita.

Me estremezco al sentir su leve aliento en mi oído. Me agarro más fuerte a su musculoso brazo.

—¿Cuántas Meg? —Susurra roncamente.

—To...todas las que...quieras—consigo decir.

Agacho mi cabeza, cuando un calambre me atraviesa, respiro agitadamente, gimo por lo bajo todavía temiendo que alguien me escuche.

—Esto sería demasiado, pero créeme que me encantaría tirarte al suelo y hacerte mil pedazos delante de toda esta gente.

Noto su enorme erección pegada a mi espalda. Las cosas que me dice, hace que mi orgasmo llegue antes, junto mis muslos apretándolos contra él y sin poder evitarlo, tiene que sacar la mano de entre mis piernas, ya que me giro y me pego completamente a su cuerpo. Lo miro al borde de la locura y le suplico que continúe con mis ojos, me abraza y hace lo que le pido.

Muerdo su hombro de tal forma cuando exploto que creo que mañana seguramente tendrá una gran marca. Aprieto mis manos en su espalda y le clavo las uñas como una auténtica gata. Aún temblado, me separa un poco de él, sujetándome para que no caiga desplomada en el suelo. Me mira sonriente, chupa los dos dedos que hace escasos minutos tuvo en mi sexo y me devora los labios.

—¿Me has perdonado ya? —pregunta como un niño bueno.

Niego con la cabeza.

—Me temo que necesito mucho más para poder perdonarte Max Collins.

Capítulo 18

Oigo como la puerta de mi habitación se abre, tengo miedo... Me tapo la cara con la sábana he intento que no se vea ninguna parte de mi diminuta figura.

Tiemblo como una hoja y un horrible escalofrío se apodera de mi cuerpo, mi respiración se vuelve entrecortada y me empieza a costar respirar...

—Máximo...

Su voz cantarina me asusta, las lágrimas salen de mis ojos como ríos, mi mandíbula tiembla a causa de lo aterrado que estoy.

No por favor, no por favor...

Cuando me quiero dar cuenta la sábana desaparece de mis manos y el frío ocupa su lugar. Su pelo recogido en un moño hace que tiemble más si es posible, sus manos se acercan cuidadosamente a mi rostro y tocan mi mejilla repetidas veces, va bajando por mi cuerpo y desabrocha cada botón de mi pijama, hasta que termina por dejarme completamente desnudo.

Lloro más aún...

Su mano se para en mis partes de nuevo, ¿por qué lo hace? Me aprieta con fuerza y duele, duele mucho...

—Fíjate... Te ha crecido un poco más Máximo...

Trago saliva y la miro aterrado.

—Por favor...—Suplico con un llanto devastador.

—Oh mi niño, no llores, esto no es malo, al revés. Ya verás cómo lo disfrutas.

De nuevo unos escalofríos recorren mi cuerpo. Observo como se quita la bata y se queda desnuda, cierro los ojos y los aprieto con fuerza, como si esa imagen pudiera desaparecer de mi cabeza. Pero no lo consigo.

Noto como el colchón se hunde y ella se sube encima de mí. Comienza a hacer movimientos extraños, que no logro comprender. Me da un bofetón que me obliga a

mirarla.

—¡No cierres los ojos! —Grita con fuerza.

La contemplo muerto de miedo...

Veo como su mano baja y de nuevo me toca.

—Me haces daño...—Lloro sin control.

Intento coger con una mano la suya y me lo impide, da un manotazo y seguidamente, ata mis dos muñecas en el cabecero.

Después, un dolor horrible se apodera de mi cuerpo... y de mi alma...

Capítulo 19

Un grito devastador me despierta. Intento mover mis piernas doloridas, después de toda la noche sin parar de tener sexo con Max, estaría saciada para un año si me lo propusiera. Miro el despertador y veo que son las cuatro de la madrugada, enciendo la luz, me giro y observo estupefacta como llora.

—Max...—Le toco.

No se despierta.

—No, no, no, no, no...

Le sigo moviendo, pero nada, no consigo que reaccione. Solo se lamenta y llora como un niño.

—¡MAX! —Le chillo asustada.

Reacciona, pega un bote y cae al suelo. Me mira y yo lo miro sin dar crédito. Sus ojos están vacíos, se arrastra por el suelo hasta llegar al armario, se apoya en él, junta sus manos y aprieta los puños sin mirar a ningún punto fijo. Está como...ido.

—Max...—Le llamo preocupada.

Me levanto de la cama y voy a toda prisa hacia él. Parece no verme, me acucillo para estar a su altura, me mira... aterrado. No entiendo nada.

—¿Qué te pasa? Me estás asustando...—Murmu-ro.

Sus ojos me miran, pero no ven, está muerto de miedo.

—Max, soy yo, Meg, mírame...

Alzo una de mis manos para tocarle la mejilla, pero antes de que se efectúe ese contacto me da un palmetazo haciéndome daño. Lo contemplo sin dar crédito, sigue mirando a la nada, como si no viese lo que tiene delante.

Me empuja y caigo al suelo de culo, le contemplo con los ojos fuera de mis orbitas. Sale del dormitorio a toda prisa y cierra la puerta del cuarto de baño. Oigo como seguidamente cae el agua de la ducha y temo porque se haga daño o le pase

algo.

Me levanto veloz y voy en su búsqueda. Abro la puerta despacio y me lo encuentro con las manos apoyadas en la ducha, sin cerrar la mampara y la cabeza metida justamente debajo del chorro de agua.

Desnuda me aproximo a él con temor a su reacción. Llego a la ducha y el agua helada cae en mis manos. Me asusto cuando su mano derecha coge la mía y pega un fuerte tirón, me mete dentro, coloca mis manos de manera que quedo mirando a la pared y tira de mis caderas hacia atrás.

No me habla, no dice ni una sola palabra. Siento su miembro entrar en mí bruscamente, quizás más de lo habitual que ya es decir.

A simple vista jamás hubiese pensado que es tan bestia en la cama, por el simple hecho de lo buena persona que es. Pero conociéndole mejor, no he tenido oportunidad de disfrutar un encuentro romántico, o simplemente suave y cariñoso.

Bombea con fuerza mi cuerpo, pero mi cabeza no consigue pensar en otra cosa que no sea en cómo le he visto minutos antes. Fuera de sí, sería quedarse corta.

Las sacudidas empiezan a molestarme demasiado, su fuerza es brutal y me está haciendo daño, daño de verdad...

—Max...—le llamo calmada.

Parece no oírme, parece estar solo. Aprieta mis caderas, noto sus dedos traspasar mi piel y siento como se clavan en mis huesos. El dolor es profundo y atroz, no lo aguanto más y unas lágrimas caen de mis ojos. Sin darle tiempo a más, grito con la voz rota del dolor.

—¿Qué demonios te pasa? Me estás haciendo daño, Max.

Parece seguir sin oírme, intento moverme pero es en vano, me tiene bien sujeta.

—¡Duele! —Digo al borde del llanto incontrolable.

Para en seco.

Me giro y veo como me mira pasmado. Mis lágrimas caen como ríos por mis ojos y es imparable.

—Meg...—Susurra.

Bajo el llanto, salgo de la ducha como una bala, lio una toalla en mi cuerpo y pego un fuerte portazo al salir.

Me siento en la cama empapada, cojo mis rodillas con ambas manos y me muevo

acunándome a mí misma. ¿Qué demonios ha pasado? Estábamos tan bien y de repente... todo ha cambiado.

Puedo aguantar su agresividad, puedo tolerar muchas cosas, pero esto... Se ha pasado tres pueblos y medio...

Entra en el dormitorio y se sienta en el filo de la cama sin mirarme. Sigo viéndolo perdido, sorbo mi nariz, pero no me muevo del sitio.

—Tuve una infancia muy difícil...—Comienza a hablar con la voz rota—, mi madre...—dice con rabia—. Siempre me decía que mi padre se separó de ella por mi culpa. Cuando tenía meses según ella nos abandonó a mí y a mi hermano, Jefry.

Suspira como si le doliera y continúa.

—A los seis años me enteré que mi hermano había muerto en Bosnia, era militar como ya te conté, pero nunca pudimos enterrarle, porque no encontraron su cuerpo... Mi mundo se vino abajo, era la única persona en la que me apoyaba, y entonces, conocí a Bryan, que por aquel entonces era mi vecino.

No le interrumpo en ningún momento, solo escucho lo que me quiere decir.

—Mi madre siempre me tuvo muy dejado. Me preparaba la comida, me la dejaba en la mesa y yo solo tuve que aprender a hacer muchas cosas, cuando Jefry se marchó. Ella nunca se hacía cargo de mí. Daba igual las horas que me pasara en la calle jugando con los demás niños, siempre era el último en volver a casa. Cuando cumplí los ocho años, se le fue la cabeza, ya que el mismo día le llegaron noticias de mi padre. Se había casado con otra mujer...

La ira empieza a bullir en mí a grandes escalas.

—Una noche, mientras dormía, entro en mi habitación—ahora su tono es de rabia—, me robó mi infancia y con ella, se llevó todo lo que quedaba de aquel pequeño niño inocente y valiente. Me convertí en un cobarde asustado. Cada vez que entraba en mi dormitorio, temblaba, lloraba desconsoladamente, pero eso a ella no le importaba...

Las lágrimas corren como ríos por mis ojos.

—No entendía por qué lo hacía, no entendía nada, hasta que fui creciendo. Estaba obsesionada con mi padre, y mi gran parecido a él, no hizo nada más que empeorar la situación. A los quince años hui de mi casa, le dije que si me buscaba la denunciaría por todo lo que años atrás estuvo haciéndome. La madre de Bryan me acogió y ella desapareció del mapa. —suspira—. Cuando mis amigos me preguntaban o hablaban sobre temas de sexo, yo evadía el tema de cualquier manera. ¿Cómo iba a decirles que mi virginidad había sido robada de aquella manera? Nunca se lo conté a nadie, con el paso del tiempo me abrí a Bryan y le expliqué todo lo que pasó con mi

madre. Fue un duro golpe, que perjudicó de muchas formas entre ellas, poder acostarme con una mujer...

Se pasa las manos por la cara desesperado, yo, sigo sin dar crédito a lo que estoy oyendo.

—Algunas veces, me pasan cosas como lo que ha pasado ahora mismo en la ducha. No soy yo. Pierdo la noción del tiempo y ni siquiera sé lo que hago... En la única relación que estuve estable, no fui capaz de amar como debería de haberlo hecho, como cualquier persona. Solo sabía ser una bestia salvaje en la cama, no podía hacerlo de otra manera.

Suspira de nuevo. Mi corazón se paraliza sobrecogido, me acerco a él por la espalda y lo abrazo fuertemente, para que sepa que estoy a su lado.

—No merezco tu perdón, ni siquiera el cariño que me estás dando Meg, yo nunca sabré amarte como deseas.

—¿Esa es la razón por la que has huido tanto de mí? ¿Porque temes hacerme daño?

—Sí, temo herirte de tal manera que no te recuperes nunca...Es la única forma que tengo de exteriorizar ese trauma...

Levanto mi cuerpo de la cama y con paso seguro me pongo desnuda ante él. Elevo su mentón como él hace siempre que miro hacia el suelo y observo esos bonitos ojos almendrados que me quitan la respiración.

—Si no sabes amar, yo te enseñaré a hacerlo...—Murmuro.

Me siento a horcajadas encima, cojo su cara con ambas manos y devoro sus labios con pasión y sin prisa. Paseo mis manos por sus brazos arriba y abajo en repetidas ocasiones, con uno de mis dedos voy dibujando líneas invisibles en un hombro. Meto mis manos en su pelo y lo masajeo, mientras mis caderas van tomando ritmo y se mueven sensuales encima de su cuerpo.

Noto como su miembro ejerce una gran presión en mi entrada, sin dejar de besarle, elevo mi cuerpo hacia arriba, colocando mi mano derecha en una de sus rodillas, de manera que quedo un poco inclinada hacia atrás.

Agarro su erección bajo su atenta mirada y lentamente me voy deslizándome por su larga longitud. Echo mi cabeza hacia atrás cuando me llena por completo, arqueando la espalda debido al gran placer que siento.

De nuevo coloco mis manos en su pelo y comienzo mi baile sensual y lento, sobre todo lento...

Me contempla extasiado, sin entender que estoy haciendo, pero gozando como nunca antes lo ha hecho, de eso, estoy segura.

Muevo mis caderas arriba y abajo de manera erótica, hago círculos con mi pelvis y de tanto en tanto elevo mi cuerpo para dejarme caer en seco. Empiezo a sentir esa particular sensación que últimamente estoy experimentando todos los días, a muchas horas. Le beso con deseo, mis movimientos se vuelven más rápidos, buscando mi placer y el suyo.

—Max...—Musito.

—Meg...—Me imita y asiento.

Dejo que mi orgasmo recorra mi piel, y se lleve con él los malos recuerdos del hombre que tengo ante mí, el Dios griego, del que estoy enamorada.

Capítulo 20

Los días pasan y al final me sigo encontrando en Cádiz una semana más tarde, y hoy casualmente, es el cumpleaños de Bryan. La relación con Meg, es un no parar. Estamos todo el día pegados, colmándonos de caricias de todo tipo, pero todavía no sé cómo hacerle el amor.

Mi cabeza es un completo caos, mañana vuelvo a Londres, y lo peor de todo es que no sé qué hacer con ella. Sé que jamás podré darle lo que busca en una relación, jamás podré darle nada más, a parte de mí.

—Que pasa tío.

Bryan da una palmada en mi hombro y se sienta en la tumbona de al lado. Me quedo mirando a la piscina, sin contestar.

—¿Estás bien?

Asiento sin convencimiento. De reojo veo como hace una mueca con los labios en señal de: *«vale, no me lo quieres contar»*.

—¿Por qué empezó a cambiar nuestra relación Max? ¿Ahora tus problemas no son los míos?

En su tono puedo apreciar que está molesto. Y tiene razón, nunca nos hemos ocultado nada hasta el día que apareció su mujer en nuestras vidas.

—Nuestra relación no ha cambiado Bryan... Eres tú, el que no eres el mismo, ni siquiera te fías de mí.

Resopla.

—Sí me fío de ti. Tuve un mal día ¿vale? ¡Lo siento! —Se desespera—. Aun así, estás enamorado de ella...—Musita—, y eso, no sé cómo lo vamos a arreglar.

—No estoy enamorado de Any.

Se gira y mira sin entender.

—¿Entonces a que vino...?

—Llevo tanto tiempo fijándome y ayudando a los demás, que nunca me he parado a pensar en mí. La relación que tú tienes con ella es tan... extraordinaria que la envidia. —Le miro—. Yo nunca podré darle lo que tú tienes a nadie.

—Muchas cosas son secundarias Max.

—Te equivocas...

Nos quedamos en silencio cuando la morena que me quita el sueño aparece a mi lado y nos deja las bebidas. Me sonrío con cierta timidez porque está Bryan.

—¿Por qué me tiene tanto respeto?

—Porque impones Bryan—sonrío—, supongo que ya se le pasará.

—¿Cómo sabes que no estás enamorado de Any? —Se interesa.

Ahora tengo que reírme.

—¿Me pegarás si te lo digo?

Me fulmina con la mirada y suelto una enorme carcajada que al no le hace gracia.

—Me beso.

Abre los ojos en su máxima expansión y después me da un leve puñetazo.

—¿Sabes esas mariconadas de las que hablan las mujeres? —Alza una ceja—. Sí, eso de las mariposas en el estómago y toda esa mierda.

Asiente.

—Pues yo no las he sentido con nadie.

Va a hablar pero le corto.

—Excepto con una mujer—levanto un dedo.

Contemplo como se pasea por la piscina, con el pequeño Anthony en brazos. Las gemelas van detrás de ella, salpicándola de agua, Meg pega unos cuantos respingos pero se ríe, se la ve tan feliz...

Suspiro fuertemente.

—Meg. —Asegura Bryan.

—Meg. —Repito.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, creo que le diré que se venga mañana a Londres conmigo, necesito aclararme, necesito... estar con ella más tiempo.

—¿Y sus hermanos?

—Se quedarán conmigo si decide irse—asegura Giselle, apareciendo de la nada.

Me giro y la veo. Me acaricia el pelo y lo revuelve como cuando era un niño, sí, como una verdadera madre.

—No te preocupes, ve, habla con ella, y no pierdas la oportunidad de ser feliz a su lado. Aprovecha ese viaje para desahogarte con ella, para explicarle todo lo que tengas que decirle sobre ti y sobre tus miedos. Ve, mi niño—dice esto último con cariño.

Miro a Bryan que asiente.

—Es lo mejor que puedes hacer, si crees que ella es la definitiva, adelante hermano. Pero no se me olvida que has besado a mi mujer—puntualiza cuando Giselle desaparece.

Me giro y le miro.

—Ya lo sabías...—Aseguro.

Se ríe y eleva su vaso en señal de brindis hacia mí. Niego con la cabeza y bordeo la piscina hasta que llego a ella.

—Meg.

La llamo y se gira con el pequeño Anthony en brazos. Lucy y Natacha se van correteando, mientras su padre les chilla que no corran por el borde la piscina.

—Dime—sonríe.

Y por muy extraño que parezca, me quedo como un imbécil sin palabras.

—¿Max? —Alza una ceja.

—Yo quería...—Muevo mi mano en señal de: *no sé qué decir...*

Me insta con la mirada para que continúe, ¿no es tan difícil no? Solo tengo que decirle que se venga conmigo.

¿Y si no quiere? ¿Y si porque se lo diga se siente obligada a hacerlo? Me mira sin entender qué me pasa y seguro que sabe de sobra que estoy teniendo una batalla

interior.

—Max, deja de darle tantas vueltas a las cosas.

Ahora la que parece preocupada es ella. Trago saliva y el pánico se apodera de mí, cuando escucho como dice:

—¿Es por qué te vas mañana a Londres? No quieres...—Pone morritos con esa forma tan característica en ella—, no quieres que nos volvamos a ver supongo—se mira las manos.

Achico los ojos, preso del miedo.

—¿De qué estás hablando?

—No sé—mira hacia abajo—, como no me dices qué te pasa, supongo que será eso. He sido como una aventura de verano, o algo así...no sé...

La ira bulle en mí, ¿una aventura de verano? Cojo al pequeño Anthony de sus brazos, bordeo la piscina y se lo dejo a su padre.

—Necesito tener una charla privada, ¿te quedas con tu hijo?

—¡Claro! —Sonríe—. Intentar no destrozarme la cama...

Se ríe de mí, pero no tengo tiempo para eso, estoy muy cabreado. Llego a la altura de Meg, me mira con temor e inseguridad de nuevo.

—Quita esa cara ahora mismo.

—Pero...

—Ni peros, ni nada, quítala—ordeno.

La cojo de la mano y entro en la casa, paso por el hall y subo las escaleras de cinco en cinco. Llego al dormitorio que hace una semana que ni uso y me planto frente a ella.

Me mira sin entender nada.

—¿Qué pasa?

—¿De verdad te piensas que eres como una aventura de verano? ¿Pero cuántos años te crees que tengo? —pregunto estupefacto.

Parece avergonzada.

—Treinta y seis, lo tengo claro.

Se retuerce las manos, se las agarro y la junto con las mías. Cojo su cara con ambas manos y la beso con fuerza.

—El día que casi te atropello fue el mejor de mi vida...—Susurro en su boca.

Me mira con los ojos abiertos de par en par.

—Meg, quería proponerte que te vinieras conmigo a Londres una semana, no quiero decirte adiós bajo ningún concepto.

Se abalanza sobre mí y me sorprende de tal manera que no puedo dejar de reírme, me besa con locura cada centímetro de mi cara y en ese momento, me siento el hombre más feliz del universo.

Durante unas cuantas horas, nos colmamos de caricias y nos complacemos mutuamente, sin llegar a decirnos todo lo que sentimos con palabras, pero si con actos.

Capítulo 21

Llegamos a Londres hace dos días, mis hermanos finalmente se quedaron con Giselle, incluido Carlos, quien tuvo una larga y extendida conversación con Max.

Desde que llegamos no me ha dejado ni un segundo sola, no ha parado de enseñarme las cosas más importantes de Londres y es todo tan...bonito, que no sabría que es mejor de todo lo que he visto.

Su casa es enorme y está un poco retirada de la ciudad, pero aun así es fantástica, una casa de ensueño con muebles negros de cristal, las paredes son blancas y algunas plateadas. Las únicas fotografías que encontré cuando llegué en ciertas estanterías eran de las niños de Any y Bryan, pero de él, ninguna.

He de decir que no solo la construcción en sí me impactó, no, lo que más llamó mi atención días atrás fue el gran cuadro que tenía colgado en el salón justamente encima de la chimenea. Pintado en blanco y negro, se apreciaba a un hombre, que sin duda era Max, mirando el horizonte hacia un mar lleno de olas. Es extraño, como si buscase algo entre esas olas, pero no alcanzara a verlo. Todo su cuerpo se definía perfectamente en el retrato, la persona que lo hizo, realmente es un artista. Supo plasmar cada rincón de su cuerpo en el lienzo.

Corro por la casa escondiéndome de Jasón, este perro parece humano, me entiende a la perfección, pero es verme y se tira encima de mí. Llego a la cocina de puntillas me pongo detrás de la barra de cristal, pero es el más listo de todos los perros, me ve y se lanza a por mí, caigo al suelo inevitablemente.

—¡Jasón! ¡Para! —Me río como una niña a carcajada limpia.

No me hace caso, me lame la cara entera, posa sus patas en lo alto de mis hombros y un poco más y no me puedo ni menear.

—¡Jasón! —Me río sin parar.

Un enorme silbido hace que Jasón se esté quieto. Su amo ha llegado.

Max se acerca a mí, con los brazos en jarras, lleno de sudor. Hace una hora que salió a correr por la amplia urbanización, la ropa deportiva que lleva le queda como un guante, además de hacer que todos los músculos de su cuerpo se marquen.

—¿Jasón también tiene ganas de comerte? —Arquea una ceja.

Muevo los hombros a modo; «*yo no sé nada*» y pongo cara de niña buena, sonrío, me quedo desde el suelo mirando su imponente altura, cuando creo que me va a extender la mano para ayudarme a levantar, se pone de rodillas delante de mí.

Sus ojos empiezan a chispear, tira de mis piernas, lo que hace que mi camisón se levante más de la cuenta, arrugándose en mi cintura. Eleva mi trasero y coloca mis piernas en sus hombros, dejando mi sexo expuesto a él.

Noto como sin esperármelo todavía pasa su lengua por mi abertura, agarra mi trasero con fuerza y muerde mis labios vaginales repetidas veces, empiezo a sentir esos calambres tan familiares.

Su boca se pasea dejando un reguero de besos a su paso por la cara interna de mis muslos, para después repetir el mismo proceso en el otro lado.

—Cruza las piernas en mi cuello—me pide.

Hago lo que me dice sin rechistar, las cruzo como me ha pedido, intentando no hacerle daño. Sus hábiles dedos entran en mí seguidamente. Mis jadeos empiezan a aflorar de mi boca sin poder evitarlos, aunque realmente tampoco quiero reprimirlos.

Sé de sobra que no aguantaré mucho tiempo. Me vuelve loca, su lengua no para de pasearse alternativamente entre mi sexo y mis muslos, sus dedos no cesan en su ataque y yo...pierdo la cabeza por momentos.

—Max...—Gimo.

Estoy a punto de terminar, cuando me suelta desesperadamente las piernas de su cuello, se quita el pantalón como un experto y se vuelve a poner de rodillas. Agarra mis manos y me sienta encima de él. Su miembro me traspasa hasta las entrañas, un placer incalculable se hace paso en mi interior, cojo su cara y le miro a los ojos fijamente, quiero que lo vea, quiero que vea como hace que me sienta. Me mira entendiendo lo que he querido decir, no me besa, no me toca, solo agarra mi cintura con una mano y con la otra, intenta ganar más profundidad si es que puede.

Asiento con los labios entreabiertos, dándole a entender que estoy a punto de caer en picado. Me observa y jadea repetidas veces. De esta manera, puedo comprobar como sus facciones se endurecen, se pone serio y a la misma vez se desespera aunque no se le note.

Tiro de su pelo fuertemente con mis ojos clavados en los suyos, mientras grito su nombre una y mil veces, jadeando y teniendo un orgasmo difícil de olvidar.

Terminamos y caigo a plomo en el suelo, apenas puedo respirar, mi cuerpo

tiembla, estoy sudando por todos los rincones de mi cuerpo y esa conexión tan extraña que antes cuando nos mirábamos teníamos...

Sí, lo amo y tengo que decírselo.

—¡A la ducha!

Me da un palmetazo en el trasero, levanta mi cuerpo como si fuera una pluma y nos dirigimos al cuarto de baño.

—Te voy a llevar a pasear.

—¡Max! ¡Bájame, que se andar! —Me río.

—Si no puedes ni respirar...—Se cachondea.

—Muy gracioso.

Doy un fuerte palmetazo en su trasero y él me lo devuelve doble y más fuerte.

—¡Auh!

—La próxima vez, verás como te lo piensas.

Llegamos a la ducha y después de un largo rato, en el que finalmente terminamos revolcándonos de nuevo, nos dirigimos a su dormitorio.

—¿Dónde vamos?

—Voy a llevarte a dar un paseo por Hyde Park. Después podemos cenar por allí si te apetece.

—Como quieras—le sonrío.

Viene hacia mí, me da pasional beso y se marcha.

—Te espero abajo.

Guiña uno de sus ojos almendrados, desapareciendo de mi vista.

Después de llevar dos horas andando por el Hyde Park, mis piernas no pueden más, entre el sexo y la guía turística estoy *molía* como se dice en mi tierra. Contemplo las amplias zonas verdes, y lo enorme que es el parque.

—¿Eso qué es?

Pregunto señalando a un grupo de gente que está en círculo observando a un hombre hablar.

—Eso es el Speakrs' Corner.

—¿El qué? —pregunto con los ojos de par en par.

Sonríe y asiente.

—Lo siento, no me acostumbro. La gente se reúne para debatir diversos temas, para manifestaciones, debates...

—Libertad de expresión, a fin de cuentas.

—Sí, es algo que por lo general está prohibido, por eso hay algunas zonas en las que sí está permitido, esta por ejemplo.

Paramos en un banco, cerca del lago Serpentine, me siento y una pregunta que llevaba rondándome la cabeza sale de mí.

—¿Qué sientes por Any?

Gira su rostro y me mira sin entender nada, arruga su entrecejo.

—¿A qué viene eso ahora? —Alza una ceja.

—No lo sé—miro a todos lados nerviosa—, simple curiosidad.

Hace un gesto de indiferencia con sus labios, junta sus manos como si estuviera dando una palmada y me mira.

—¿Qué quieres saber Meg?

Se recuesta en el banco y cruza sus imponentes brazos a la altura del pecho, sin quitarme ojo de encima. Junto mis piernas las echo hacia atrás, uno mis manos también y las retuerzo de vez en cuando.

—No sé, las mujeres tenemos un sexto sentido, no sé si me entiendes y cuando te conocí y vi como la mirabas...—Miro hacia el suelo.

—Meg...—Empieza a perder los nervios.

—Lo sé, lo sé—alzo mi mano en señal de rendición—, no miro al suelo, ya, ya.

Suspiro.

—Da igual, es una tontería, no me hagas caso, ¿nos vamos?

Me levanto intentando evitar mirarle, por lo idiota que ha sonado todo. Al final va a tener razón con esto de la edad, no digo últimamente nada más que tonterías.

Agarra mi mano y me gira, me asusto cuando me choco con su cuerpo y le miro.

—¿Voy a tener que atarte al árbol para que me lo digas?

Niego con la cabeza asustada, sé que es capaz.

—¿Y bien? —Me insta con la mirada.

—Vosotros...bueno...—Miro a los lados en vez de al suelo—, no sé, habéis...

—Sí, nos hemos acostado una vez.

¡Vaya!

—Ah...

¿Qué demonios digo? ¿Qué ya no me cae bien?

—Y fue el peor error que cometí en mi vida.

Alzo mis ojos y le miro.

—¿Y eso por qué? —Pienso—, oh, Bryan se enteró—abro los ojos en mi máxima expansión.

Se ríe.

—Bryan me lo propuso.

—¿Los dos? —No me lo puedo creer.

Ahora suelta una abruptada carcajada que me deja más confusa todavía.

—Sí, los dos. Te sorprenderías si te contara lo que Bryan y yo hacíamos...

—Creo que está dejando de interesarme esta conversación.

—¿No te gustan los tríos? —pregunta arrugando el entrecejo.

¿Está loco?

—Mira Collins, no te voy a mentir, no lo he hecho nunca, pero tampoco es algo que me llame la atención.

—Menos mal.

¿Qué? Alzo una ceja en señal de no entender nada.

—No te compartiría con nadie.

—Ah...—Otra vez ese tono de idiota. — ¿Y qué pasó?

Suspira como si le costara la vida misma contármelo.

—Me enamoré de ella y la cagué.

Madre mía... ¿Cómo se supone que tengo que evitar que me caiga mal? Es imposible... No le digo nada, pongo esa mueca tan particular que tengo en mis labios, haciendo una especie de “o”.

—Nunca me había peleado con Bryan por una mujer, y te aseguro que no fue la única, pero con Any era distinto. Todo lo que tiene esa mujer me encanta...

—¿Te encanta? —Alzo de nuevo una ceja.

—¿Celosa?

—¿Debo estarlo?

Niega y me abraza más fuerte.

—Hace una semana me di cuenta que estaba demasiado confundido con mis sentimientos.

—¿Y eso?

—Eres muy preguntona—se ríe, al ver que no cambio el gesto, continúa—, me besó.

Abro la boca de manera desmesurada.

—Y no sentí nada.

Un poco de alivio recorre mis sentidos, ¡solo me faltaba que me dijera lo contrario!

—Porque me he dado cuenta, que esas tonterías de las que habla la gente...—me mira directamente a los ojos—, solamente las he sentido contigo.

El corazón me da un vuelco, dejo de respirar y me deshincho como un globo. Él solo da por finalizada la conversación, se gira y tira de mi brazo, pero yo se lo impido y me quedo mirándolo pasmada.

—¿Vamos?

—Max, yo...

Pienso en cómo decírselo, en las mil maneras que puede haber, pero mi lengua se atasca y no atina.

—No le des más importancia, no la tiene, te lo aseguro.

—No es eso.

Me suelto de su brazo. Mira mi gesto y arruga el entrecejo sin entender que me pasa.

—¿Entonces?

—Pues que...

Niega con la cabeza, se gira y comienza a andar.

—Venga, que no llegamos a cenar—canturrea.

Lo veo como se aleja, lo suficiente como para que mis pulmones se llenen de aire y consigan soltar la bomba que tengo en la punta de la lengua.

—Te quiero.

Capítulo 22

Me quedo paralizado sin dar ni un solo paso más. Giro mi cuerpo despacio y miro a la morena que tengo ante mí. Doy dos zancadas y me planto frente a ella de nuevo.

—¿Qué has dicho?

Parece avergonzarse, ya que se pone nerviosa y mira de nuevo hacia el maldito suelo.

—Que...

—¡Meg! —La agarro de los hombros despacio.

—Que te quiero...—Musita.

Abro los ojos inmensamente. Que me quiere...

Repito la misma frase como un mantra en mi cabeza repetidas veces, sin llegar a créeme lo que ha dicho. Al ver mi mirada de asombro me contempla con temor, la veo dudar e incluso ponerse más nerviosa de lo que está.

—Quizás...no tenía que haberte dicho nada...yo...—Niega un par de veces.

Cojo su cara con ambas manos y beso sus labios con ternura y fuerza a la misma vez. Me quiere...

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Susurro en su boca.

La gente que pasea nos mira, y ese pensamiento me alegra parte del día, sí, se piensan que somos una pareja de enamorados, y en realidad, ¿qué importa? ¿Acaso no es cierto?

—Sí, te lo estoy diciendo completamente en serio—me contempla como si no entendiera nada.

—Entonces si es verdad, no me abandones nunca.

Sus ojos brillan de tal manera que no sé si siente alegría o ganas de echarse a

llorar, por lo que acaba de hacer.

—No tengo pensado hacerlo de momento—sonríe.

—¿Sabías que cuando un pingüino encuentra pareja, permanecen toda la vida juntos?

Me mira como si estuviera loco, pero sonrío.

—No, no lo sabía.

—¿Quieres ser mi pingüino? —Le pregunto mientras caminamos por el Hyde Park, hacia la salida.

Suelta una carcajada y se limpia las lágrimas que caen por sus ojos debido a la risa.

—Sí, quiero ser tu pingüino.

Llegamos a Oxford Circus Station, la calle está abarrotada de gente, agarro la mano a Meg, que mira hacia todas las direcciones estupefacta.

—¿Estresante verdad? Pues imagínate venir todos los días a trabajar aquí.

Abre los ojos como platos.

—No he visto tanta gente junta ni cuando son carnavales en Cádiz.

Me río, ella y sus comparaciones. Entramos en el restaurante de Alyn, un empresario que conozco desde hace unos años. El sitio es todo un lujo, noto como Meg me mira de forma extraña pero no le doy importancia.

—Te va a gustar, te lo aseguro.

—Pero...

—Nada de peros, además, quiero presentarte a alguien.

Paso entre las mesas y al fondo encuentro a Lion, mi mano derecha en la empresa, recostado en la silla con una copa de vino en la mano. Como siempre, dando de qué hablar. No es mal chico, pero es...demasiado chulo e impulsivo.

—Wood—saludo cuando llego a su altura.

—Collins—saluda igualmente sin menear un musculo.

Sigue la conversación en inglés hasta que carraspeo un poco, ni siquiera se ha percatado de que no vengo solo. Se gira y se queda extasiado mirándola, sigue de la misma forma, tumbado en la silla en vez de estar en condiciones.

—¿No puedes sentarte cómo una persona normal? — Hablo en español para que Meg me entienda, Lion asiente y continúa en el mismo idioma.

—No—contesta sin más.

Mira a Meg, coge su mano y deposita un pequeño beso en ella.

—Encantado señorita...

—Meg, me llamo Meg.

—Meg—repite—. Curioso nombre, me gusta—sonríe.

Nos sentamos, mientras que Lion repasa una y mil veces a mi acompañante. Está empezando a ponerme nervioso.

—Lion, ya vale.

—¿Qué he hecho? —Pone cara de niño bueno.

En el fondo no lo es. Es el hombre más mujeriego y desconfiado de la faz de la Tierra, por no hablar, de que en su vida no le ha sido fiel a ninguna mujer, según él, no puede.

—Me tenías que contar...

—Ah, sí, toma, estos son todos los informes del planteamiento para Cádiz. No es que sea muy bueno, pero sí estás seguro...

Meg me mira de reajo, yo reviso los papeles y no, no me gusta. Además sigo teniendo el pensamiento que trasladar la empresa a Cádiz será una absoluta tontería.

—No lo veo—dejo la carpeta caer a plomo encima de la mesa.

—Yo tampoco.

Exhalo un fuerte suspiro.

—¿Por qué quieres hacerlo? —pregunta interesado.

—Por motivos personales.

Asiente repetidas veces.

—¿Es por la mujer de Bryan?

Cierro los ojos un instante, mientras sigo mirando de reojo como Meg escucha todo lo que decimos.

—¿Vino?

El camarero llega a nuestro lado, asiento para que nos llene las copas y lo hace de inmediato.

—¿Saben ya que desean para comer?

—Lo de siempre Clark.

Asiente y se marcha a pasos agigantados. Vengo demasiado a este sitio como para que no me conozcan y siempre, me atiende este chico, es simpático, majo y educado, no se puede pedir más.

—Max...

Alzo mi vista de nuevo hacia Lion. Le insto para que me diga que quiere y entonces caigo en la pregunta que no contesté hace escasos minutos.

—No—sueno más tajante de lo que pretendía.

—Max, ya sé que la muerte de Bryan os afecto mucho pero...

—Para...—Le pido calmadamente.

—Ya sé que nadie se explica por qué explotó ese coche, es algo que todavía mucha gente no encaja y...

—¡Lion déjalo!

Miro a mi derecha y veo como Meg empieza a palidecer por segundos.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Lion.

—S...sí...

Gira su rostro y me observa con cara de horror.

—¿Dónde está el servicio?

—Te acompaño—digo levantándome de la mesa.

Sin decir ni media palabra, voy tras ella hasta que llegamos a la puerta de los servicios de mujeres.

—Meg escucha...

—No entiendo nada...—Musita estupefacta.

—Lo sé, y te lo explicaré, pero jamás digas que has visto a Bryan, jamás...

Asiente pero no me convence.

—Bien, ahora vuelvo.

Me dirijo a la mesa fulminando a Lion con la mirada.

—¿Quieres hacer el puto favor de tener más cuidado con lo que hablas?

—¿Qué pasa? —Le da un sorbo de nuevo a su copa.

—Que algunas veces es mejor que tengas la lengua metida ¡en el culo!

Arruga su entrecejo sin quitarme los ojos de encima.

—¡Oh no me digas! ¿Le conocía?

Ay Dios, unas veces tan listo y otras tan tonto. Decido no darle más vueltas a este tema. El ocultar a Bryan me está costando la vida misma, no por él, sino porque en cualquier momento, durante cualquier conversación la puedo cagar.

—Sí, lo conocía...

Veo como se queda mirando a un punto fijo del salón y alza las dos cejas. Viene una camarera diferente y nos pone la comida. Meg está tardando demasiado.

—Gracias guapa, podrías apuntarme tu teléfono en la cuenta, quizás te llame después—le guiña un ojo.

—¿Eres incapaz de dejar de buscar polvos?

—No puedo vivir sin el sexo.

—Ya veo.

—Por cierto, tu conquista ha salido del restaurante hace dos minutos a toda mecha.

¿Qué? Miro hacia atrás, no veo a nadie.

—¿Meg?

—La misma.

Le lanzo una servilleta a la cara y me levanto a toda prisa.

—¿Por qué demonios no me has avisado?

Elevo un poco mi tono de voz y el restaurante al completo me mira. Me hace un gesto de indiferencia y pasotismo.

—Estaba ocupado ligando, tienes que vigilar más a tus nenas Collins...

Niego un par de veces, me doy la vuelta echando humo. Si me quedo dos minutos más con él, le arrancaré la cabeza.

¿Dónde se habrá metido esta mujer?

Como un loco miro en todas las direcciones, no la veo por ningún sitio y me desespero. Mi respiración se acelera, ¿¿en qué demonios está pensando!?. La busco sin descanso, me abro paso entre la gente, dando empujones y apartando a todo el que se interpone en mi camino.

Llego al cruce y no está, ¡joder! Retrocedo mis pasos hasta llegar de nuevo a la puerta del restaurante, saco mi teléfono y marco su número. Nada. No lo coge. Maldigo mil veces en voz alta, hasta que mis ojos se fijan en una chica morena, alta y delgada, que anda de un lado a otro en la acera de enfrente.

Suelto un gran suspiro y me dan ganas de matarla en este mismo instante... Cruzo la calle sin mirar y tengo que parar en seco cuando un coche casi me atropella. Me insulta y saca su cabeza por la ventanilla, lo fulmino con la mirada y el hombre parece no tener nada más que replicar, continúa su camino sin decir ni media palabra más.

Observo como se muerde las uñas y mira a un punto fijo en la pared que tiene delante. No se percata de mi presencia hasta que hablo elevando la voz un poco.

—¿¿Se puede saber en qué cojones estabas pensando?! ¿Te crees que Londres es Cádiz? —Ironizo.

Pega un bote del susto y se gira.

—Max... Me has asustado.

Me rio sarcásticamente.

—¿Qué yo te he asustado? ¿Yo?

Alza una ceja.

—No me pongas esa cara—gruño.

Suspira, sumida en sus pensamientos.

—Que no te ponga esa cara...—Repite, mientras la observo como se enfada—, a ver, que no lo he entendido o quizás ahora esté viendo fantasmas que casualmente—ironiza—, todos veis.

—Meg...

—¡Déjame terminar! —Me callo—. Bryan...murió en una explosión de coche... —Comenta pensativa—, entonces, ¿qué coño hace en Cádiz?

—Shhh...—La cojo del codo y la separo de la gente.

—¿Por qué me tengo que callar?

—Escúchame...

—¡No te escucho! ¿Quién demonios eres Max? —Me mira aterrada.

—Soy quien tú ya sabes.

—No me mientas.

—No lo estoy haciendo.

—¿Entonces a qué se refería Lion?

Miro a ambos lados, algo muy habitual últimamente.

—Cuando llegemos a casa te lo explicaré todo. Aquí no. —Sentencio.

Asiente sin convencimiento.

—Ahora, entremos a comer.

Cojo su mano y tiro de ella, ya que está rehacía a venir conmigo. Entramos en el restaurante y nos sentamos bajo la atenta mirada de Lion.

—Vamos, se me va a quedar esto helado—señala su plato.

—Ya estamos aquí, ¿estás ciego?

—Eh...Paga tus genios con tu acompañante, a mí no me metas Collins.

—Entonces come y calla.

La comida transcurre a toda prisa, Meg apenas ha comido nada y ha estado muda desde que nos sentamos, Lion me mira un par de veces de reojo yo le pido que no comente nada más con una simple mirada. Asiente sin entenderlo.

—Bueno—suspira cuando acaba—, es muy grato estar con vuestra compañía silenciosa, la verdad es que me ha dado tiempo a pensar mucho—ironiza—. Espero no tener una comida como esta nunca más. Es un poco...aburrida—hace una mueca con los labios.

—Ajá...—Contesto con desgana.

—En fin, me voy a la oficina, ¿te veo ahora?

Asiento sin contestar.

Veo como ella cruza sus brazos en el pecho, sin mirarme. Suspiro un par de veces antes de hablar.

—¿Quieres hablar?

—No lo sé...

—Bien.

—Bien. —Repite en el mismo tono.

Media hora después llegamos a la oficina sin hablarnos. Ella mira hacia la derecha y yo al lado contrario. Allí todo empeora de manera considerable. Trabajadores de la empresa, me paran para preguntarme cómo están los niños, como está Any, como lleva su muerte...

Trago saliva un par de veces e intento evitarlo, pero me es imposible, lo bueno de todo esto es que Meg apenas entiende el idioma, pero no es tonta... Al llegar a mi planta, me encuentro a Rihanne en la puerta del despacho. Repasa a Meg de los pies a la cabeza varias veces.

—Buenas tardes Señor Collins—saluda seria.

—Hola Rihanne.

Entro y ella intenta cerrar la puerta, pero Meg con cara de pocos amigos la para con su mano. Se miran durante unos segundos desafiantes.

—¿La dejo pasar?

Pregunta bajo la atenta mirada de Meg, quien no entiende ni una palabra de lo que me está diciendo.

Suspiro agotado.

—¿Acaso no has visto que viene conmigo?

Quita su agarre del pomo y de malas maneras abre. Me mira y se recompone de momento.

—Tengo que tratar un par de cosas contigo, si...

—¿Qué? —La corto.

Alza una ceja y pone su particular cara de pilluela.

—¿Quieres que te lo diga delante de tu mujer?

—No es mi mujer Rhianne...

—Menos mal—suspira aliviada—, pues necesito sus atenciones Señor Collins.

—Pues hoy no va a poder ser.

—¿Y mañana?

—Tampoco.

Meg nos observa con cara de póker. Rhianne sigue insinuándose y Meg me mira.

—¿Qué le pasa a esta? Parece una perra en celo. Que no entienda el idioma al completo, no significa que sea gilipollas.

Tengo que soltar una enorme carcajada.

—¿De qué te ríes? —pregunta Rhianne.

Meg me observa con una ceja alzada.

—Chica lista—aseguro—. Rhianne, sal de mi despacho.

Se queda de piedra cuando se lo digo, no menea ni un músculo, cosa que hace que me enerve.

—¿No me has oído?

Asiente y sale pegando un fuerte portazo.

—Pareces alguien importante en ese sillón—refunfuña—. ¿No serás un imbécil estirado?

—¿Tú me calificas así?

Junto mis manos y la miro, se revuelve nerviosa y me aparta la vista.

—No.

—Bien, ven aquí.

Doy un par de toques a mi mesa, me mira sin entender a qué me refiero. Toco mi mesa de nuevo. Se resiste al principio pero luego obedece.

Aparto mi silla un poco y señalo de nuevo el filo de la mesa.

—Siéntate.

Apoya su cuerpo en ella y se cruza de brazos. Me levanto, agarro su cintura y la siento, bajo su mirada estupefacta.

—¿Qué vas a hacer?

No contesto.

Doblo su vestido un poco, hasta dejarlo como veo conveniente, toco la tela de su tanga por encima con uno de mis dedos.

—Me sorprendes.

Me mira sin entender a qué me refiero.

—Algunas veces tan tímida... otras tan valiente... otras tan indecisa... otras tan atrevida...

—¿Otra vez?

Sonrío sin dejar de hacer círculos por encima de su tela. Mantiene las manos apoyadas en la parte trasera de la mesa y no me quita sus oscuros ojos de encima.

—No tiene nada de malo mientras decidas quedarte conmigo...ya te lo dije...

—Y no he dicho que vaya a irme...

—Eso espero...

Aparto un poco la tela y toco su sexo con mi dedo sin desviar mi mirada, ya que estoy concentrado en mi tarea.

—Porque si decides irte, tendré que buscarte.

Meto dos dedos en su interior, mientras observo como su piel los absorbe deliciosamente. Presiono un poco su clítoris, ella echa la cabeza hacia atrás y sonrío.

—¿Has tenido muchos novios?

—¿A qué viene eso? —Jadea.

—Contesta.

Doy una fuerte sacudida con mi mano en su interior.

—No.

—¿Cuántos?

No contesta así que, decido portarme peor. Acercó mi boca y pego un pequeño tirón de su clítoris.

—Como tenga que decirte que contestes otra vez, te vas arrepentir...—Murmuro sensual.

—Uno.

—¿Cuánto duró?

Sigo con mi trabajo, la vuelvo loca y eso es algo que me encanta.

—Un a...año...—Gime.

Cambia la posición y se agarra a mis hombros.

—Max, ¿podemos dejar la conversación para otro momento?

Sonrío al verla a punto de estallar. Me pego a su cara y la beso con fuerza.

—Córrete en mi mano...—Murmuro.

Dicho y hecho. Veo su expresión, su cara de placer y como se estremece. Mis dedos se empapan de su excitación y es el momento en el que mi miembro pide ser liberado a gritos.

Decido continuar con mi ataque hacia su sexo cuando el teléfono de mi despacho suena.

—Dime Elisabeth.

Pulso el altavoz para que se oiga.

—Señor Collins, ha venido a verle un hombre, dice que es urgente.

—¿Tenía cita?

—No.

—Dile que la pida y vuelva otro día.

Cuelgo y a los dos segundos vuelve a sonar.

—¿Qué pasa Elisabeth? —pregunto con desgana.

—El señor insiste en verle ahora...

—¿Quién es?

Pongo los ojos en blanco. Meg se ríe al ver que no voy a poder terminar con mis obligaciones.

—Dice que se llama, ¿disculpe?

Le pregunta de nuevo al individuo.

—Señor Collins, dice que es un viejo amigo, Jim Hans.

Capítulo 23

Por unos segundos me quedo en estado de shock.

—¿Cómo dices?

—Jim Hans.

—Espera un momento Elisabeth, que no pase hasta que no te llame.

—De acuerdo.

Cuelga el teléfono, me levanto a toda prisa, cojo a Meg y la levanto de la mesa a la velocidad del rayo.

No me puedo creer que esté aquí, es imposible, tiene que ser un error.

—¿Qué pasa Max? —Me pregunta alarmada.

Abro la puerta que hay al lado de uno de los armarios negros, es una puerta que pasa totalmente desapercibida, ya que parece una pared.

—Metete aquí dentro y escúchame bien—la señalo con un dedo—, no salgas de esta habitación pase lo que pase, ¿me oyes?

Asiente muerta de miedo.

—Bien, ahora no es momento de hacerse la valiente, no se te ocurra salir de aquí hasta que yo no te lo diga.

Asiente de nuevo, abro la puerta y entra.

Cojo el telefonillo y llamo a Elisabeth.

—Que pase.

Desde que pasó todo lo de Bryan, siempre tengo cubiertas las espaldas de alguna manera y en mi oficina, más todavía. Meto la mano debajo de la mesa cuando el pomo comienza a girarse, descuelgo la pistola que tengo desde hace un tiempo aquí escondida y la dejo en mi mano, preparada por si fuese necesario.

Y aparece.

El maldito hijo de puta aparece.

—Buenas tardes Máximo.

Cierra la puerta con delicadeza y me mira a mí, para después pasar a mi mano derecha.

—Eso no va a ser necesario, te lo puedo asegurar.

Se reajusta su traje y da dos pasos con decisión hacia mi mesa. Arrastra una de las sillas y se sienta de forma elegante, sin quitar su particular cara de prepotencia.

No me muevo del sitio, no me digno a sentarme y mucho menos a guardar mi arma.

—¿Cómo tienes los santos cojones de presentarte aquí? —Escupo con ira.

—¿Cómo está Any?

Alzo una ceja, y no contesto a su pregunta.

—Te he hecho una pregunta, aunque dudo mucho que te quede algo de educación o vergüenza, a la vista está—comento con desprecio.

—Max, Max, Max...—Canturrea.

Le miro desafiante.

—¿Cómo te va la vida?

—No creo que eso te importe.

Sonríe con malicia. Apoya sus dos manos en la mesa y me mira fijamente.

—Me ha costado unos meses, pero al final lo he conseguido.

—¿Qué coño has conseguido?

La situación me está poniendo de los nervios, no sé si seré capaz de seguir aguantando sin matarle.

—He conseguido poder volver a mi ciudad—señala su alrededor.

—No te lo voy a preguntar más veces, dime qué cojones quieres y lárgate de mi empresa.

Asiente.

—Bien, te haré la pregunta de otra manera.

Se levanta, vuelve a reajustarse su traje y me mira. Sin decir nada, ni terminar su frase, da media vuelta y se para de nuevo justamente agarrando el pomo de la puerta.

—¿Cómo está Bryan?

Mi corazón se disloca, pero en ningún momento pierdo los papeles y aguanto la compostura.

—Ya sabes dónde está Bryan...—Contesto con rabia.

Se ríe con malicia e ironía. Y antes de salir apostilla:

—Pronto Max, dile de mi parte que pronto nos veremos las caras.

De la misma forma que vino se va sin decir ni una sola palabra más. Sale del despacho y cierra de nuevo con sumo cuidado. Me siento en mi silla y me llevo las manos a la cabeza, dejando la pistola encima de la mesa.

Meg sale de su escondite.

—¿Max, va todo bien?

Niego un par de veces. De reojo la veo mirar el arma, se asusta.

—Tenemos que volver a Cádiz hoy mismo, sea la hora que sea.

—Está bien, como quieras. Max...—Titubea.

—Te explicaré todo, incluido por qué tengo un arma encima de la mesa Meg...

Se pone a mi lado, asiente y frota mi espalda. ¿Cómo se supone que le digo esto a Bryan? Lo sabe, sabe que está vivo...

El jodido telefonillo vuelve a sonar.

—¿Qué pasa ahora Elisabeth?

—Hay una mujer que pregunta por usted.

—Déjame adivinar —digo con sarcasmo—, tampoco tiene cita.

—No Señor, dice que es su madre.

Un nudo se me hace en la garganta de tal manera que me cuesta hasta respirar. Miro a Meg y veo que está más blanca que el papel. Me mira y pone mala cara.

—No pienso entrar dentro de ese cuarto otra vez, y menos ahora.

Asiento, no me vendrá mal un apoyo, aunque sea para estar a mi lado.

Me levanto de mi silla, guardo el arma en su sitio, abro la puerta y me la encuentro en el recibidor, tan bien puesta como siempre. A simple vista parece una persona normal, pero no lo es. Está loca y enferma.

—¿Qué quieres? —pregunto de malas maneras en español para que Meg lo entienda.

Mi madre se extraña al ver que cambio de idioma, la mira a ella y entonces lo entiende. Asiente con desdén.

—Necesito hablar contigo Máximo...

Se cuela en mi despacho, pasando por mi lado sin preguntarme ni siquiera si puede hacerlo. Su simple roce hace que las tripas se me retuerzan de tal manera que llega a dolerme.

Se queda paralizada cuando ve que no estoy solo. Meg la mira con rabia, desprecio y me atrevería a decir que con asco.

—A solas...—Añade.

—Lo que tengas que decirme puedes decirlo delante de los dos.

Cruzo mis brazos a la altura de mi pecho, una vez que cierro la puerta. Me mira sorprendida y de nuevo sus ojos se posan en mi preciosa morena. Odio su presencia, necesito que esto termine ya.

—No es de mi agrado verte aquí. Y no sé cómo tienes esa poca desfachatez de presentarte en mi empresa.

Meg nos mira a ambos sin entender una palabra de lo que estamos diciendo.

—Quiero pedirte que por favor vuelvas a ser mi hijo...—Me pide con cierta timidez.

Miro a la mujer que me contempla preocupada y decido hablar en su idioma para que me entienda, de todas maneras, con ella no tengo nada que esconder, ya lo sabe casi todo.

—¿Qué vuelva a ser tu hijo? ¿Cómo tienes esa poca vergüenza?

Recuerdo la sensación que tuve cuando Giselle me acompañó, estaba aterrorizado por tener que volver a verla, pero ahora, es como si una fuerza sobrehumana estuviera conmigo para afrontar la situación.

—Sé que he hecho cosas mal, pero te prometo...

—Me prometiste tantas cosas...—La corto lleno de ira.

—Hijo...

—Olvídate de que soy tu hijo, sal por esa puerta y no vuelvas nunca más.

Mi tono mordaz hace que de unos pasos atrás, me agrada su reacción. Lo último que escucho antes de que se marche y de un fuerte portazo es:

—Te acordarás de mí, por tu culpa la persona que más quería me dejó y aun así, no quieres remediarlo...

Me giro de nuevo dándole la espalda a la puerta, veo como Meg avanza hacia ella, pero la paro a mitad del camino. Suelto un fuerte suspiro y la miro.

—Creo que por hoy ha sido suficiente. Vámonos a casa.

—Max...

La corto.

—Vámonos, por favor—le pido derrotado.

Salimos de la oficina sin decir nada más. Tengo que coger un vuelo para Cádiz, hoy mismo.

Capítulo 24

La historia de Bryan y Any me trastoca un poco y me deja fuera de lugar. En el trayecto a casa, Max me cuenta con detalles todo lo que no sabía, ni tenía por qué saber. Me asombra el gran amor que se profesan los dos, y no me extraña que se quieran tanto, demasiado han pasado, demasiado han luchado por estar juntos.

—¿Nunca tiraron la toalla? —Me asombro.

—Nunca.

—Tuvo que ser duro.

—No sabes cuánto.

Durante unos segundos pienso en ellos, en sus hijos, en todo. A veces tendemos a juzgar a las personas antes de conocerlas, pero solo vemos el título, nunca el contenido.

—¿Y ese hombre? El que vino a tu despacho.

—Ese hombre, si algún día te lo encuentras en la calle, ni le mires. Nunca debe conocerte...

Asiento.

—Es el culpable de todo...—Me doy la respuesta yo misma.

—De la mayor parte, sí.

Suelto un fuerte suspiro. Y en este preciso instante, admiro la valentía de una mujer, que gracias a Dios, considero mi amiga, mi única amiga.

Al llegar a casa Jasón nos recibe con una euforia típica en él. A Max le tiene más respeto, pero a mí me pitorrea directamente. Se tira encima de mí y comienza a lamirme la cara sin descanso.

—¡Jasón! —Me río.

Max se acerca por detrás, me lo quita y pega su cuerpo al mío.

—He tenido un día demasiado ajetreado.

—Ya veo—sonrío.

Nos quedamos durante unos segundos en silencio.

—Max.

Me insta con la mirada para que continúe.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por contarme la verdad de algo que no debías.

Asiente, sabe de sobra que no diré nunca nada.

—¿Así que me quieres?

Se ríe y cada segundo que pasa amo más esa sonrisa.

—Sí—aseguro.

Toco su pelo y lo masajeo durante un rato. Después desabrocho la fina corbata negra y la tiro al suelo. Hago el mismo proceso con su chaqueta, cinturón y camisa.

—Estás demasiado apetecible con este traje, pero...—Me quedo pensativa durante un segundo—, me gusta más cuando estás desnudo.

—Aquí viene la atrevida—se ríe de mí.

—Sí, tengo ese defecto, a veces me lanzo a la piscina y a veces me da un pánico aterrador.

—¿Y ahora mismo qué sientes?

—Que me quiero tirar a la piscina—contesto sin pensármelo.

—Meg...

Me para un segundo, le miro extraña al ver que no continúa.

—¿Pasa algo?

Parece tener una de sus típicas batallas, ya estoy bastante familiarizada con ellas. Alzo una ceja sin entenderle, sigue sin mirarme cuando me habla.

—No cambiaría un segundo contigo ni por cien años de mi vida.

El corazón me late a toda velocidad, mis piernas empiezan a flaquear y mis ojos comienzan a empañarse.

—Desde el primer día que te vi supe que eras especial, o por lo menos quise que lo fueras.

No le interrumpo en ningún momento.

—Cada día doy gracias por “casi atropellarte”, pero...

Aquí viene lo típico de siempre, la parte que seguramente no me gustará.

—No sé si algún día podré darte todo lo que quieras de mí...—Termina apenado.

No entiendo nada de lo que me dice.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres?

Suspira.

—Ahora no, llevo un día horrible y lo que menos me apetece es contarte esto. Pero te prometo que lo haré, y cuanto antes mejor.

—Max... ¿A qué viene todo esto?

—A que tú serás quien decida si quieres continuar conmigo o no.

Mis ojos no se separan de los suyos. No entiendo nada de que lo me está diciendo, y eso me preocupa.

No me da tiempo a replicar, cuando tengo sus labios pegados a los míos. Sus manos pasean por mi cuerpo, y terminan deslizando el vestido marrón que llevo puesto.

Me coge en peso y a grandes zancadas llegamos a su enorme habitación.

Admiro esta sala desde el día que llegué. Es demasiado amplia con una terraza impresionante para el dormitorio solo y tiene su propio cuarto de baño. Las paredes son de color marrón oscuro, mientras que los muebles son todos de cristal como los del salón, solo que estos son de color blanco. Un amplio vestidor se abre paso al lado de la puerta del baño, es de cristal transparente, no tiene ni un adorno de otro material. Está claro que le gustan los cristales, y me reafirmo cuando lo digo, ya que en el techo del dormitorio tiene un espejo enorme desde donde puedes ver toda la cama.

Me deposita suavemente en ella, se desprende de mi ropa interior y bajo mi atenta mirada se deshace de la suya. En sus ojos veo que algo ha cambiado, no me

atrevo a decir el qué hasta que se acerca a mí muy despacio.

Suaves besos son repartidos por mi cuerpo de manera tranquila y enloquecedora. Me mimas, me cuidas y me colmas de caricias como nunca antes lo había hecho.

—Me estás asustando...—Susurro en su boca.

—Pues ahora viene lo mejor...

Noto como me penetra tan despacio que duele. Mi empapado sexo pide a gritos al Max rudo, salvaje y bestia, pero en ningún momento llega...

Sus acometidas son precisas pero delicadas. Siento en cada embestida toda su longitud al entrar y salir de mí, mi cuerpo tiembla y se desespera.

—Max, más rápido por favor...—Le suplico.

Parece no querer escucharme, toco su hombro y me mira, veo sus ojos cargados de deseo, un ardiente deseo.

—No...hoy no...

—¿Por qué hoy no? —Jadeo.

Siento que el orgasmo se acerca y no puedo evitar desesperarme. Me agarra las caderas y presiona mi cuerpo para que no pueda moverme.

—Porque hoy te voy a hacer el amor...

Le miro extrañada. No he escuchado de sus labios un te quiero, pero me está haciendo el amor, eso supongo que querrá decir algo. Sé que es pronto y entiendo que no todo el mundo tenga esa facilidad para decir te quiero de forma gratuita.

Miro el espejo que tengo encima de mi cabeza. Su perfecta musculatura se mueve despacio, tanto que parece que vaya a romper un valioso tesoro si acelera un poco más. Su prieto culo se luce apetecible y sus largas y duras piernas mantienen una presión increíble. Me miro y no me reconozco, nunca me hubiese imaginado estar aquí, en esta cama, con este hombre, un hombre que apenas conozco, pero del que estoy completamente enamorada.

Siento mi cuerpo temblar, me agarro a sus hombros y le miro. No hace falta decirnos nada...

Fijamos nuestra vista, mientras el orgasmo recorre nuestros cuerpos de manera interminable, me besa desesperado, jadea en mi oído y después de dos fuertes sacudidas en mi sexo, se deja caer encima de mí.

Saca su cara de mi cuello y me mira a los ojos. Ansío un simple “te quiero” o

“*te amo*”, pero no llega. Besa mis labios de manera delicada y sonrío.

—¿Quieres cenar algo?

Asiento sin poder decir nada, ya que tengo un nudo en la garganta.

—Mañana nos iremos a las seis, tenemos que intentar dormir algo...—Sonrío de nuevo pero esta vez, pícaramente.

Le respondo con una sonrisa igual, solo que un poco más triste.

Baja a la cocina, mientras yo me doy una ducha.

Enjabono mi cuerpo, pienso y medito todo lo que me está pasando desde hace dos semanas. Es algo complicado o él quiere complicarlo sin más. Entiendo cada uno de los puntos de su vida. Porque es tan rudo en la cama, porque teme hacerme daño, por todo lo que ha pasado...

Sobre todo los abusos de su madre son los que más me han tocado el corazón y el alma, si sumo todo esto solo me da un resultado; un hombre destrozado por dentro.

Salgo de mis cavilaciones cuando escucho unas voces procedentes del salón. Oigo como Max le chilla a alguien, es una mujer. Ella le responde muy aireada, se nota que tienen confianza o si no, el asunto se está caldeando.

Me pongo la primera camiseta que encuentro de él y salgo del dormitorio.

Capítulo 25

—¡Lárgate Marian! —Escupo con fuerza.

—No quiero... Tienes que escucharme.

Me giro al borde de perder la cabeza. No quiero que vea a Meg por nada del mundo, solo me faltaba eso.

—Ya hablaremos otro día, por última vez, márchate—esto último lo digo con fuerza.

Sonríe como una auténtica lagarta y me mira sin pestañear.

—No me voy a ir hasta que no te lo diga, seguro que te vas a alegrar.

Se mira las jodidas uñas como de costumbre. Pongo los ojos en blanco y me paso las manos por la cara exasperado.

—Está bien—me rindo—, ¿qué quieres?

—Estoy embarazada.

Mis manos que están en jarras y mi cuerpo de medio lado, no se menean, sin embargo mis ojos se retuercen de tal manera que creo notar un leve escozor. La miro de reojo sin decir nada.

—No me mires así—refunfuña.

Sigo sin decir ni una palabra.

—¿No vas a decir nada? ¿Es lo que buscábamos no?

Sigo sin hablar, mis ojos se clavan en ella de tal manera que creo ver por el blanco de su piel como comienza a ponerse nerviosa.

—Me estás asustando, no me mires como si fueras un loco.

—Y tú no juegues conmigo—la señalo con malas formas.

—No lo estoy haciendo.

Suelto una carcajada irónica, vuelvo a pasarme la mano por la cara y miro hacia otro lado por un momento. Me giro para verla de frente y en dos zancadas estoy a su altura. Retrocede dos pasos, sí, está nerviosa.

—¿Me temes? —pregunto con los ojos fuera de sí.

—Me estás asustando Max...

La ira bulle en mi interior, agarro su muñeca apretándola un poco, lo justo para que un pinchazo le atravesase el brazo.

—Me haces daño.

Intenta retirar la mano pero no se lo permito. Me mira fijamente a los ojos temiendo que le haga algo más. Aprieto mis dedos y ella se queja de dolor, acerco mi boca a su oído y susurro:

—Nunca, nunca, nunca, juegues conmigo Marian, o te juro por Dios que te acordarás del día que naciste.

Con la otra mano saca de su bolso como puede un test de embarazo, me lo enseña a punto de echarse a llorar.

—Mi...mira... no te miento Máximo, estoy embarazada...—Me lo enseña.

Suelto su brazo con rabia y cojo el test de la misma manera.

—¿En serio crees que voy a tragarme que es mío?

—Max, te juro que...

—¡Deja de jurar y de decir gilipolces! —Chillo más de la cuenta.

En ese momento se me corta la respiración cuando escucho unos pasos y la voz de la mujer que hace apenas quince minutos estaba en la cama debajo de mi cuerpo.

—Max...—Me llama tímidamente—¿Va todo bien?

Me giro hecho un torrente de furia, veo como se queda paralizada al ver mi actitud.

—Sube arriba, ahora vuelvo—ordeno.

No se mueve del sitio, no entiendo por qué demonios no me hace caso.

—Así que, esta es tu nueva puta—escupe con maldad Marian.

Me giro de nuevo y mis ojos se clavan en la mujer que me saca de mis casillas.

—Pues temo decirte que el hombre con el que follas va a ser padre—asegura con la misma maldad que antes.

—Marian...—La aviso por última vez.

Meg no habla, creo que ni respira.

—¿Qué pasa? Tendrá que desaparecer de tu vida, ¿no?

—Vete, deja de inventar tonterías, tu tren pasó hace mucho.

—Pues bien que me follaste en esa pared—señala el sitio donde tuvimos el encuentro hace escasas semanas—, hace bien poquito.

Mi corazón se acelera cada vez más, mis nervios están al borde del colapso y mi paciencia se agota.

—¡Lárgate! —Bufo con fuerza.

—No me quieres creer, pero esta es la prueba—la eleva para que la vea Meg también, —el hijo es tuyo.

—¡YA ESTÁ BIEN! —Grito perdiendo el control.

Me acerco a ella hasta que quedo a escasos milímetros de su cara.

—¿Cuántas veces quieres joderme la vida? ¡¿Cuántas?!

Mi mandíbula se desencaja, observo como Marian tiembla de miedo al escuchar mi tono de voz. Meg me toca el brazo, no me atrevo a girarme o lo pagará todo ella.

—Max, tranquilízate.

—Eso cálmate un poco...—Comenta Marian con una sonrisa—, no sé cómo no puedes alegrarte después de...

No le da tiempo a terminar. La cojo del brazo y la arrastro hasta la salida. Antes de llegar se tropieza y cae al suelo.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño! —Chilla.

—¡Max! ¡Max!

Meg intenta llegar a mi altura, pero cuando va a ponerme una mano encima, aparto mi brazo de malas maneras.

—¡No me toques!

La miro fuera de sí, en su cara refleja el susto que se acaba de llevar, pero aun así su cabezonería gana.

—Max, por favor, suéltala, deja que se vaya, está embarazada y eso no es lo mejor para el bebé...

—¡No está embarazada! —Escupo.

—Eso tú no lo sabes.

Pone sus manos en jarras y me mira arrugando el entrecejo.

—¿Te vas a poner en mi contra?

—Te estoy diciendo que no son las mejores formas de hacer las cosas.

—¿Y cuando he pedido tu opinión Meg? ¿¡Cuándo!?! —Vocifero.

—¡No me grites! —Se pone a mi altura.

Recuerdo quien está delante de nosotros y me giro para mirarla.

—Fin del espectáculo Marian, o te largas o te saco a la fuerza.

—Esta también es mi casa.

—¡Me importa una mierda!

De nuevo retrocede un paso hacia atrás, sale por la puerta y antes de que lo haga, veo como su sonrisa es triunfal...

Capítulo 26

Se queda durante un rato mirando la puerta cuando la mujer que estaba aquí hace segundos sale por ella.

No había visto nunca a Max de esta forma, fuera de sí, como si estuviera a punto de matar a alguien. Se gira despacio y me mira de arriba abajo en repetidas ocasiones.

—¿Por qué has intervenido? —pregunta molesto.

—Se te estaba yendo de las manos.

Intento que mi tono sea tranquilo, intento no perder los nervios y la poca paciencia que me queda, después de dejar que me chille delante de esa mujer que no tengo ni idea de quién es ni siquiera.

—A mí no se me ha ido nada de las manos—escupe con rabia.

—Estando embarazada no es la mejor forma de que trates a...

—¡Para! —Me chilla—. No quiero hablar más de ese tema. —Sentencia rudo.

Suspiro un par de veces, él por su parte, no se mueve del sitio.

—Max...no es nada malo ser padre.

Veo como su semblante cambia, se entristece pero a la vez se enfurece más todavía. Tiene que haberle pasado algo con esta mujer sin duda.

Niega con la cabeza y sonrío irónico, creo que no sabe ni lo que hacer, ha perdido los papeles completamente.

—No sabes quién es ella y la estás defendiendo—parece abatido, aunque rápidamente cambia su gesto.

—No, no lo sé. Pero te has comportado como un capullo.

Asiente sin quitarme los ojos de encima, me temo lo peor.

Se acerca como una pantera hacia mí, coge el dobladillo de su camiseta y con la otra mano lo agarra. Tira con fuerza de ambos y hace una línea en la mitad de la

prenda, dejándola abierta por la mitad. Mi cuerpo se tambalea un poco con lo que acaba de hacer, pero me recompongo de inmediato.

Sé lo que viene ahora.

—Me da igual que me uses para desfogar la rabia que tienes ahora mismo, pero sigo sin entender como no puedes alegrarte de esa noticia.

No pestañeo, no le quito los ojos de encima. Veo como traga saliva y seguidamente habla con ira y muy flojito.

—Tú, no sabes una mierda...

Me duelen sus palabras, mis ojos se llenan de lágrimas, pero parece no importarle. Coge mi muñeca y tira de mí hasta que llegamos a la mesa del salón, me da la vuelta, de manera que quedo mirando el cristal. Por el rabillo del ojo veo como sus pantalones vuelan por la estancia y sin esperármelo me penetra rudamente y sin aviso alguno.

Me agarro a los filos de la mesa, hasta que mis manos se resbalan por las fuertes embestidas que hacen que mi cuerpo se mueva entero. Noto como sus dedos se clavan en mis caderas y sin quererlo aúllo de dolor.

—¿Estás segura que quieres que me desfogue contigo? —pregunta rabioso.

No contesto, puesto que mis lágrimas caen encima de la mesa como cascadas.

—¡Contesta! —Grita.

Otra fuerte embestida hace que mi cuerpo se mueva entero.

—¡Sí! —Chillo más que él, con la voz entrecortada.

Me gira bruscamente, busca mis labios y los besa con rudeza, me duelen y como defensa le muerdo el labio inferior haciéndole sangre.

—¡Ah! —Se queja al notarse el líquido en los labios.

Me mira de una manera que da realmente miedo, pero yo no le temo, al revés, por muy extraño que parezca mi cuerpo le desea con más fuerza.

Le empujo, me mira desconcertado, coge mi trasero y lo eleva para que entrelace mis piernas en su cuerpo. Lo hago y siento como su miembro se desliza de nuevo por mi sexo, sin darme tiempo ni a respirar.

—Eres un bestia...—Jadeo.

—Tú te lo has buscado...

Mueve mi cuerpo en sus manos sin descanso, subiendo y bajando a una velocidad inimaginable. Muerde mis pezones y tira de ellos, hasta que me hace gritar de nuevo.

Tumba mi cuerpo en el sillón sin miramiento, arrastra mis pies hasta que estoy a su altura y vuelve a penetrarme salvajemente. Sin pensarlo mi mano vuela a su cara y le planta un bofetón, pero no aminora la marcha, parece no haberse dado ni cuenta.

Como un auténtico loco me posee sin descanso. Empiezo a notar como mi cuerpo tiembla, aprieto mis muslos y dejo liberar toda la tensión de los últimos minutos. Él hace lo mismo y de dos embestidas más culmina.

Con la respiración entrecortada se separa de mí. No se tumba encima ni a mi lado como en otras ocasiones, se aparta y cae en el suelo. Se lleva las manos a la cabeza y niega en repetidas ocasiones.

Intento estabilizarme un poco para hablar con él, pero no me da tiempo. Se levanta, se pone el mismo pantalón que segundos antes llevaba y se marcha dejándome sola.

Tras dar muchas vueltas en la cama me levanto y le llamo. No me lo coge. Son las cinco de la mañana y todavía no ha vuelto, se supone que cogemos un vuelo en dos horas...

Preparo mis cosas en una bolsa y me siento en la cama, cogiendo mis piernas con ambas manos. Oigo como la puerta se abre y veo que entra con la misma cara de enfado con la que se fue.

Le observo atentamente, él ni me mira.

Se dirige al vestidor, coge su ropa y la lanza dentro de una bolsa de malas maneras. Entra en el cuarto de baño.

Escucho como pone en marcha la ducha y decido entrar. Abro la puerta despacio, está de espaldas mirando a la pared.

—Max...

No se mueve.

—Creo que deberíamos de...

—Vete.

Su tono mordaz hace que ponga mis morritos habituales de manera nerviosa.

—Max escucha yo...

—¡He dicho que te vayas! —Ruge con más fuerza.

Asiento, aunque no me ve. Me giro y cierro la puerta tras de mí.

A los diez minutos sale, me mira un segundo y resopla, no le queda más remedio que hablarme.

—Vístete, nos vamos—ladra.

—También se puede decir de otra manera...

Me mira atravesándome con sus bonitos ojos. Hago un gesto insignificante y no le digo nada más.

El camino de regreso a mi casa es silencioso a más no poder. No me ha dirigido la palabra ni una vez. Llegamos a mi casa, después de recoger a mis hermanos de la casa de Any y Bryan. Cuando creo que va a bajarse se queda en el coche.

—¿No vas a subir?

Me apoyo en la puerta del coche y le observo.

—No.

Ni me mira.

—Bien...—Tamborileo los dedos.

Me quedo durante unos segundos mirándolo y al ver que su expresión no cambia, cierro la puerta. No se espera ni a que suba, acelera y sale echando humo.

Capítulo 27

—¿Crees que es verdad? —pregunta Bryan.

—No, es imposible.

—Pero te la has tirado.

—No puede ser.

—No lo sabes.

—Sí que lo sé—escupo con rabia.

Pone las palmas de sus manos hacia mí de manera rendidora.

—¿Piensas hablar con Meg algún día?

—No lo sé.

Me siento como un completo cabrón, si llevo cuatro días sin ir a verla es por la simple razón de que no sé cómo voy a mirarla a la cara.

—Hablar las cosas es de adultos y fallar es de humanos Max, no temas por eso y deja de hacer el idiota.

—No te puedes ni imaginar como la trate...—Le cuento mirando a la nada.

—No, no quiero imaginármelo. Pero si tienes que aprender a soltar toda esa rabia que sientes.

—Es la única manera de exteriorizarlo Bryan.

Se queda callado durante un largo rato.

—¿Cómo está tu madre?

—Cabreada, si llega a saber todo lo que Rachel te hizo, hace muchos años, la hubiera matado ella misma. Reza porque no lo haga ahora.

—No sé de qué manera quitarme toda esa mierda de la cabeza...

Me llevo las manos a la cara y las paso impaciente por ella.

—Max...

Alzo mis ojos y le observo.

—Necesito pedirte un favor.

Menea su bolígrafo de un lado a otro entre sus dedos.

—Tú dirás—suelto un fuerte suspiro.

—No comentes nada de lo de Jim con Any, por favor.

Asiento sin quitarle los ojos de encima.

—Nunca—puntualiza.

Asiento de nuevo.

—Tienes que andarte con mil ojos.

—Lo haré, y ahora dejemos este tema tan incómodo. Ve a arreglar las cosas con ella, seguro que te está esperando.

Medito durante unos segundos que hacer y qué no. No me ha llamado tampoco, ni me ha mandado un triste *WhatsApp*, ¿se supone que me está esperando? Más bien me mandará a la mierda en cuanto me vea. Cojo mi coche y pongo dirección a su piso.

Al llegar a la puerta me pongo nervioso sin saber porque.

—Vamos Max, no me jodas.

Me regaño a mí mismo.

Mis fosas nasales se inundan de un olor que proviene de la casa de ella, haciendo que me entre hambre. Toco a la puerta, aun teniendo las llaves.

Pasan los minutos y no me abre nadie, así que, toco de nuevo.

Al fin se abre y sale ella con el pelo recogido en un moño, y un vestido demasiado corto. Se limpia las manos en un trapo de cocina y apoya su cuerpo en el filo de la puerta. Me contempla con sus enormes ojos negros, pero no dice nada, está seria, demasiado.

—¿Puedo pasar? —pregunto cauteloso.

Asiente.

Se hace a un lado y paso casi rozándola. Mi miembro ya comienza a apretarme el pantalón.

—¿Y los niños?

—Se fueron con Carlos al parque.

Asiento, sin saber qué decir.

Se cruza de brazos y me mira sin menearse del sitio.

—Meg yo...

No sé cómo empezar esta conversación. Con paso decidido se acerca a mí, agarra mi cara con ambas manos y me besa dulcemente.

—*Incítame...*—Susurra en mi boca.

Su lengua se entrelaza con la mía y juntas juegan una batalla en la cual ambas se niegan a separarse.

—Hazme el amor Max, pierde la cabeza conmigo, pero te necesito...—Me suplica.

La noto demasiado extraña, supongo que será porque llevamos sin vernos cuatro días y últimamente la necesito hasta para respirar. Solo Dios sabe lo que me ha costado estar separado de ella tantos días.

Hago lo que me pide y entre besos y caricias, le hago el amor de nuevo. Ella es la primera, ella es la prueba de que estoy enamorado... ella...es la única que podrá reconstruir mi alma...

Me introduzco en ella tan despacio como puedo, sintiendo a cada embestida un placer inmenso. Veo como se arquea, como se retuerce y como jadea en mi boca.

—Me estás volviendo loco...—Murmuro.

—¿Por qué? —pregunta extasiada de placer.

Muevo mi miembro en círculos haciendo que se retuerza más todavía, mis leves sacudidas la hacen perder la cabeza. Se abraza a mi cuello y besa el lóbulo de mi oreja, mientras yo sigo penetrándola.

Acerco mi boca a su oído y con un leve susurro, le digo las palabras que jamás pensé que volvería a decir nunca:

—Te quiero.

Para de moverse y me mira sin entender.

—¿Qu...qué? —Tartamudea.

Sonrío.

—Que te quiero.

Doy un beso en su nariz. Veo que su cara cambia por completo, está preocupada, confusa y no sé qué más.

—¿Qué pasa? —pregunto sin entender su gesto.

Parece reaccionar y niega un par de veces. Aprieta sus muslos contra mi cuerpo, como de costumbre.

—Nada, sigue...

Continúo durante un rato, pensando en el por qué de su reacción, no encuentro ninguna explicación coherente para ello, por lo tanto lo dejo en el olvido. Ambos estallamos al mismo tiempo, me dejo caer encima de ella e intento disfrutar lo que me queda de día a su lado.

Al terminar, la estrecho entre mis brazos, dando suaves besos en su pelo.

—Te he echado de menos...

—Y yo...—Asegura triste.

Durante unos minutos mantenemos un silencio necesario, hasta que me pregunta:

—¿Quién es Marian?

Exhalo un fuerte suspiro. Muevo mis dedos, entrelazando mi mano junto a la suya.

—Es mi exnovia.

Me mira a través de sus pestañas.

—¿Quieres contármelo?

Asiento, le doy un casto beso y clavo mis ojos en ella.

—Marian es una mujer caprichosa, egoísta y arrogante que solo mira el dinero... Yo estaba completamente enamorado de ella, hasta que le pedí matrimonio y todo cambió.

—¿Qué pasó?

Le cuento cómo le pedí que se casara conmigo. Se asombra y me mira extrañada.

—¿Y te dejó en medio de la calle?

—Sí, tal y como te lo estoy contando—aseguro con indiferencia.

—Que egoísta por su parte...

—Cuando buscas solo el valor económico de una persona, es lo que tiene. Me dejó bastante tocado. Yo siempre era el que hacía las cosas mal, siempre me equivocaba, pero estaba ciego, ciego por completo.

—Si le pediste matrimonio y me dices que es tu exnovia, es que no os casásteis supongo.

Sonrío un poco.

—Sí, cierto. No llegamos a casarnos. Me dejó plantado en el altar...

—No me lo puedo creer...

—Sí, ese es uno de los motivos por los cuales, no le volveré a pedir matrimonio a una mujer jamás.

Me mira sorprendida.

—Vaya...pagan justos por pecadores.

—¿Quieres casarte?

Se queda paralizada durante unos instantes.

—No es algo que tenga planteado, pero...supongo que sí, es algo que todo el mundo desea alguna vez, ¿no?

—Yo, no.

Asiente y no replica ni dice nada más al respecto.

—Tienes que buscar la felicidad...—Musita—, tienes que reconstruir tu corazón roto...

Durante un instante medito sus palabras.

—Sí, ya he encontrado mi felicidad.

Me mira, aunque en sus ojos veo una pena palpable, no le pregunto. Sé que espera una respuesta, así que no tardo en dársela.

—Tú.

Capítulo 28

—¡Wood! —vocifero desde mi despacho.

La puerta está entre abierta y media oficina me oye. Lion Wood, con su paso chulesco, elegante y parsimonioso como de costumbre, se aproxima a la puerta.

—¿Qué pasa Collins? —pregunta hastiado.

—¿Que, qué pasa? —Alzo una ceja.

Levanto dos carpetas que sostengo en el aire, achica sus enormes ojos azules y por la cara que tiene, no entiende nada.

—La empresa de coches—sueno inapetente.

—¡Ah! —Cae en la cuenta—. ¿Qué pasa?

Se sienta en la silla, estira su enorme y musculado cuerpo en ella y me mira cruzando sus brazos a la altura del pecho. Me insta con la mirada para que se lo explique, tengo que poner los ojos en el techo.

—Vamos a ver...—Me reajusto en la silla—, ¿cómo se te escapa una empresa así?

Mi tono no es nada amigable y se nota cuando empiezo a cabrearme. Me mira y suspira...miedo me da...

—¿Qué has hecho Lion?

Sé que hay algo.

—Pues...

—Lion Wood, ¡habla!

—Vale, vale, vale—se incorpora en su asiento un poco—, quedé con ella para cerrar el trato, pero...

Alzo una ceja, me está poniendo negro...

—La cosa se lió un poco más y al final... terminamos echando un polvo encima del capó y...

—No quiero saber nada de tus líos de faldas, solucióvalo y me da igual como lo hagas—aseguro en tono mordaz.

—Pero es que está un poco...

Le corto.

—Me da igual como esté, si tuvieras la bragueta cerrada más a menudo esto no pasaría. Fin de la discusión.

Arruga un poco el entrecejo pero enseguida se le pasa cuando Rhianne entra en el despacho.

—Señor Collins, ¿podemos hablar?

Alzo mi vista y la observo con cara de aburrimiento. Es cierto que es una mujer hermosa, pero ahora mismo solo tengo ojos para una persona, Meg.

—¡Oh vamos! ¿Folláis con los formalismos también?

Miro a Lion y suelto un fuerte suspiro.

—Ah ya veo, es que desde que el “Señor Collins” está ciego, ya no folla, ya hace el amor—dice con cierto tono baboso.

Pongo dos de mis dedos en los filos de mi nariz, casi pegando a mis ojos y los masajeo un poco.

—¿Qué quieres Rhianne? —pregunto sin mirarla.

—Pues...

Cansado la miro, hago un leve movimiento con mi cabeza para que hable, pero parece no querer hacerlo.

—Déjanos solos Lion.

El aludido alza sus cejas sorprendido, niego con la cabeza y retuerzo un poco mis ojos.

—Estoy cansado—comento como si nada—, llevo dos días sin parar en la oficina y lo que menos me apetece es que me toquen los cojones.

Asiente y sale del despacho como el humo, no sin antes mirar a Rhianne un par de veces, le oigo como susurra:

—Llámame nena...

Es increíble. Cierra la puerta, apoyo mi cabeza en la silla y la observo.

—¿Y bien?

Se acerca mi lado peligrosamente, separa mi silla un poco y me observa. Deja la carpeta encima de la mesa y se sienta a horcajadas encima de mí.

—Bájate—ordeno sosegado.

—Mmm...

Comienza a besar mi cuello, posa sus manos encima de mi camisa y masajea mis pectorales repetidas veces. Cojo su mano firme y la paro en seco.

—He dicho que te bajes, Rhianne. —Esta vez, mi tono no es tan amigable.

Me mira extrañada.

—No me importa que salgas con alguien—sonríe coqueta.

—A mí, sí.

Le miro de manera desafiante, ella por su parte, cambia la expresión sensual que tenía por una asustada.

—No te sienta bien cuando te pones serio.

—Entonces no me tientes...

Mira hacia el suelo avergonzada, se levanta y sale por el despacho de la misma manera que entró. Me paso las manos por la cara y decido mandarle un *WhatsApp* a Meg, ayer apenas hablé con ella.

«¿Dónde estás morena? Sé que ayer no pudimos hablar mucho, tuve un día de perros, te llamo después ¿vale?»

Veo que se pone en línea pero no contesta.

«¿Ya te has olvidado de mí?»

Vuelve a repetirse la misma operación, lo lee, pero no contesta. Decido llamarla.

—¿Sí? —Contesta.

—¿Por qué no me contestas?

Se queda en silencio. Apoyo mis manos en la mesa y arrugo un poco el entrecejo.

—¿Pasa algo, Meg?

Carraspea un poco y habla:

—Ahora hablamos Max...

—¿Cómo que ahora ha...

No me da tiempo a terminar la pregunta cuando la puerta se abre y la veo a ella. Me quedo paralizado en el sillón.

—Max...

No sé por qué motivo mi corazón late desbocadamente y me sexto sentido me dice que algo no va bien. Me levanto y me dirijo hacia ella, como me esperaba, pone su mano antes de que llegue a su altura y me para.

Tuerzo un poco la cabeza sin entender que pasa. Cierra la puerta delicadamente y se aproxima a mi mesa sin mirarme. La contemplo expectante, a la espera de que me cuente qué demonios pasa.

—Max, yo...—Se retuerce las manos.

—Tú... ¿Qué?

Suspira un par de veces como si le costara la vida misma. Me mira y puedo contemplar que tiene los ojos llenos de lágrimas. No entiendo nada.

—Yo...he...he—Tartamudea—, he venido para darte esto.

Deja encima de la mesa un sobre y un teléfono móvil. Achico los ojos un poco.

—¿Qué coño es esto Meg?

No me muevo del sitio, en realidad no meneo un músculo.

—El dinero está todo, lo he conseguido reponer con un adelanto y el móvil, bueno, el móvil es tuyo.

Exhalo un fuerte suspiro.

—¿Has venido aquí para dejarme algo que ni te he pedido? —Me ofende.

Niega con la cabeza muy despacio.

—¿Entonces?

No aparta sus enormes ojos negros de los míos, como intentando grabar a fuego lento mi mirada. Se aclara la garganta, mira al suelo, y después a mí. Me temo lo peor.

—He venido para decirte adiós.

La observo perplejo, mi cuerpo se hunde y empieza a tensarse por momentos.

—¿Cómo que has venido a decirme adiós? —pregunto incrédulo.

Va a hablar pero se calla, me mira.

—Adiós Max, lo siento mucho.

Achico los ojos, muerdo mi labio interior, haciendo una mueca. Me acerco a ella pero retrocede. Levanto las manos en señal de rendición.

—¡Vale! —Las pongo en el aire—. ¿Qué ha pasado?

Silencio. Nos retamos con la mirada durante un buen rato.

—Que se acabó—contesta con la voz rota.

Agacha la cabeza, intimidada por mi tono de voz, por vergüenza o no sé por qué demonios está así.

—¿Te has enamorado de otra persona?

Temo la respuesta.

—No.

—¿Entonces?

Veo como respira agitadamente y la reacción que tiene me asombra demasiado, jamás la había visto así.

—¿Entonces qué Max? ¿No lo entiendes? ¡Se acabó! Es muy simple.

Me mira directamente a los ojos.

—¿Me quieres hace dos días y ya no? Entonces creo que no sabes lo que es querer...

Me enfado y a la misma vez, me derrumbo.

Veo que se gira para marcharse, pero no lo permito, pongo una mano en su codo y la giro.

—No vas a marcharte de aquí sin darme una explicación coherente.

—¿De verdad quieres escucharla? —pregunta fríamente.

Asiento preso del pánico. Nunca la había visto de esta manera...

—Te dejo porque todo esto ha sido una farsa...

—¿Qué estás diciendo? —Abro los ojos, aún más confuso.

Se suelta de mi agarre de malas maneras.

—Que todo ha sido un engaño, que nunca te quise...

Me tambaleo hacia atrás un poco sin quitarle los ojos de encima. Sé que mi expresión cambia, ya no es ruda y temible, si no confusa y dolida.

—¿Por qué ha sido un engaño?

Y lo que a continuación me dice me deja tan fuera de lugar que no soy capaz ni de responder.

—Tu madre me contrató para ello, quería verte sufrir cuando estuvieras enamorado, por todo lo que le hiciste en el pasado, quería ver tu corazón...más roto...

No, no, no, no...

La cabeza empieza a darme vueltas, ahora el que mira al suelo pasmado soy yo, ¿mi madre? No me lo puedo creer...La observo de nuevo y veo que sigue estando igual de distante que hace cinco minutos.

Los brazos me duelen, el cuerpo me pesa, la mente me va a mil por hora, mi respiración se vuelve agitada y mi alma...mi alma se quiebra un poco más...

Sin esperarlo, lo único que sale de mis labios son cuatro palabras con asco y desdén.

—Fuera de mi vista.

No se mueve del sitio, me contempla durante unos segundos más, hasta que chillo:

—¡He dicho que te largues!

Pega un bote del susto, asiente y sale de mi despacho a toda prisa.

Arranco el teléfono de mi mesa y lo lanzo lo más fuerte posible contra la puerta haciéndolo añicos. Me siento en el suelo y sujeto mi cabeza con ambas manos, ¿qué

demonios está pasando? ¿Por qué a mí? ¿Qué he hecho yo para merecer todo esto?

Cuando menos me lo espero, me encuentro llorando como un niño, como un jodido gilipollas, al que le han destrozado el corazón de nuevo...

Dos horas después, todo el mundo ha desaparecido de la oficina, mientras que yo sigo sentado en mi mesa dándole vueltas al cubito de mi vaso...

Mi teléfono suena, es Any.

—Sí...

—¿Max?

—¿Qué? —Se me traba la lengua.

—Max, ¿estás borracho?

—Sí, creo que sí.

Se hace el silencio, creo escuchar que llama a Bryan.

—¿Qué ha pasado?

—Que me acaban de dejar...

Any se sorprende. Le cuento como puedo todo lo que me ha pasado hace un rato y no da crédito. Me suena el teléfono y veo que es un *WhatsApp* de Lion.

« *Lion: ¿Qué hace tu morena en el Square?»* »

« *¿Cuándo la has visto?»* »

« *Lion: Hace dos minutos que ha entrado.»* »

« *Gracias Wood.»* »

« *Lion: No hay de qué, Collins, ten a tu tigresa más vigilada, ja ja ja.»* »

A esto último no contesto, porque simplemente no sé qué contestar. Me levanto de mi asiento, cuelgo a Any sin decir ni siquiera adiós y salgo como buenamente puedo de mi oficina.

Capítulo 29

Entro en mi hotel dos horas después, en la acera de en frente he visto a Lion, el amigo de Max, ¡menuda casualidad! Me estaba clavando sus ojazos azules a distancia.

—Hola—saludo a la recepcionista—, ¿podría decirme los horarios del transporte para el aeropuerto?

—Claro, estos son.

Me señala un papel.

—Si tiene alguna hora específica dígamela para hacérselo saber al conductor, pero cada hora suele pasar.

—Gracias, a las ocho estará bien.

Cojo el ascensor que me lleva a mi habitación. Decido darme un buen baño y pensar durante un rato lo que acabo de hacer.

Mi cuerpo se hunde en el agua, mi cabeza va a mil por hora y en lo único que puedo pensar es en los ojos de un hombre herido y destrozado. Me duele en el alma, pero las alternativas son para quien tiene suerte de tenerlas.

Llaman a mi puerta y me extraño, no he pedido nada de cenar. Salgo de la bañera, me lio una toalla en el cuerpo y me dirijo hacia la puerta.

La abro despacio y cuando veo de quien se trata, muero en el instante.

Lleva la corbata deshecha, un par de botones de su camiseta están sueltos y está hecho un desastre, por no hablar de cómo huele a alcohol.

—Max...

—Megara...

Jamás me ha habido llamado por mi nombre completo. Da un paso hacia mí e intento cerrar la puerta pero me lo impide. Apoya su mano, donde veo que lleva una botella de whisky.

—Max, vas borracho.

—¿Y? —pregunta con indiferencia.

Pega un fuerte empujón, haciendo que retroceda unos pasos y entra. Cierra de golpe, me agarro la toalla con fuerza bajo su inquietante mirada.

—Vaya...lo siento...—Ironiza al ver que doy dos pasos atrás por el empuje.

—Max, no creo que sea el momento...

—¡Cállate! —Me chilla.

Da un trago a su botella y la deja de golpe en la mesa, creando un fuerte estruendo.

—Déjame que hable—balbucea—, a ver si lo he entendido.

Se quita la corbata torpemente, se tropieza con su propio pie y por pocas no se cae al suelo. Suspiro, necesito que se vaya de aquí, esto es más difícil de lo que él pueda llegar a imaginarse.

Eleva uno de sus dedos en el aire y me mira pensativo.

—¿Mi madre te paga para que me jodas la vida?

No contesto, solo le miro.

—Tú, haces que me enamore de ti y luego...—Arruga el entrecejo—, ¿me echas de tu vida? Un poco hipócrita por tu parte ¿no crees?

Le miro a los ojos, está dolido, tanto, que no sé si su corazón volverá a ver la luz que hace un día tenía.

—¡Contéstame!

Se pone de pie mientras me exige una respuesta vociferando. Me asusto de nuevo, no sé cómo manejar esta situación y realmente está empezando a darme miedo.

—Sí...—Contesto decaída.

—¿Ahora te arrepientes de lo que has hecho?

Arruga su entrecejo al ver mi tono de voz.

—Max por favor...

—¡Ni Max, ni ostias! ¿Crees que lo que has hecho tiene perdón? —Chilla histérico—. ¿¡Te parece diver-tido!?

Da dos pasos hacia mí y por inercia retrocedo.

—¿Dónde está la gracia? ¿¡DÓNDE!?

Eleva sus manos al decir esto último. De manera inconsciente me tapo la cara con temor, aunque sé de sobra que no me hará daño. Sus ojos se abren en su máxima expansión y me mira sin reconocirme.

Me duele tanto...

—Jamás te pondría una mano encima...—Musita apenado por mi acto.

—Max, no creo que este sea el mejor momento para hablar, por favor...—
Comienzo a llorar...

Me siento el ser más despreciable del mundo en este momento, me hundo en mi propia miseria y me parte el corazón verle así.

—¿Lloras? —Ironiza con rabia—. Me has destrozado de nuevo Meg...Susurra cuando unas lágrimas caen de sus ojos—, enhorabuena, espero que te hayan pagado bien por todo esto.

Se gira furioso hacia la puerta. Sin pensármelo corro hacia él y le agarro del brazo.

—Max...

—¡No me toques!

Se suelta de mi agarre y me mira como un loco.

—Jamás...—Sisea—, se te ocurra volver a acercarte a mí, jamás...—Recalca.

Le miro llorando como nunca lo había hecho, con un dolor atroz en mi pecho. Abre la puerta y antes de salir añade con saña:

—Te odio...

Si...de un momento a otro, en décimas de segundo podemos pasar del amor al odio, y es tan cruel...

Dejo que mi cuerpo caiga de sopetón al suelo, me cojo las rodillas y me balanceo mientras me ahogo en mi propio llanto...

Capítulo 30

Veo los días pasar, las semanas... Cada día me es más difícil hacerme a la idea que no está a mi lado...

Me cuesta levantarme para ir a trabajar, me cuesta hacer mí día a día sin él...

Hoy he quedado con Any, esta noche para ser más exactos, necesito hablar con alguien, tengo que contarle lo que acabo de descubrir hace dos días...

Ella misma me llamó hace dos semanas para preguntarme que había pasado, que Max estaba hundido y yo... como contestación solo lloré. Lo hice durante una larga hora y ella como buena amiga que ya considero me escuchó sin rechistar.

Cuando llego a la puerta de su casa, exhalo un gran suspiro. No me extrañaría que quisieran echarme de su vida, por todo lo que ha ocurrido...

—Hola...—Saludo con timidez.

—Hola—muestra una sonrisa triste—, ¿cómo has venido?

—He cogido un taxi...

—Si me hubieras llamado...

—No importa—la corto.

—Pasa, no te quedes en la puerta, ¿quieres algo de beber?

—Agua estará bien—sonrío.

Se dirige hacia la cocina y le pregunto al ver la casa tan silenciosa.

—¿Dónde están los niños?

—Con Giselle arriba—me informa.

—¿Y Bryan?

—Hola.

Escucho una sexy y masculina voz, que a la misma vez está ofendida y dolida. Elevo mis ojos y me cercioro de lo que pienso, está enfadado. Miro a Any que le observa sin pestañear, paso mis ojos por el hombre que tengo frente a mí con sus enormes brazos cruzados en el pecho y el ceño fruncido.

—Espero que tengas una buena explicación para todo esto después de lo que has hecho. Lo siento mucho Meg, pero no puedo perdonarte, Max es mi hermano y le has destrozado—recalca esto último—, no mereces mi respeto, ni...

—¡Bryan! —Le corta Any.

—Annia no empieces...—Le señala con un dedo.

Veo la escena. Como empiezan a discutir los dos y me desplomo un poco más, no son malas personas, me han abierto las puertas de su casa, me han brindado su amistad y yo se lo he pagado destrozando al hombre que más quieren. Mientras siguen con su riña me desplomo en el sofá y comienzo a llorar descontroladamente. Los dos me miran, Any viene hacia a mí a toda prisa y se sienta a mi lado.

—¿Qué pasa Meg? ¿Hay algo más, verdad?

La miro con los ojos plagados de lágrimas que piden a gritos ser liberadas.

—¿Cómo que hay algo más? —pregunta Bryan acercándose a mí.

Se sienta en mi lado, de manera que quedo entre ellos dos. Sorbo mi nariz y les cuento de principio a fin, el porqué de lo sucedido...

Me encontraba en mi casa haciendo la comida de mediodía, Carlos estaba conmigo, ayudándome. Últimamente está más cercano, después de saber que sus supuestos “amigos”, lo único que querían era reírse y aprovecharse de él.

—¿Me pasas la sal? —pregunté desde el otro extremo.

Carlos se acercó y me la dio de inmediato. Mientras movía la comida, tocaron al timbre de mi casa, alguien llamaba con urgencia. Al principio pensé que sería Max, que habría llegado antes y quería darme una sorpresa.

Pero la sorpresa me la llevé yo sin duda...

Una mujer rubia y esbelta, se hizo paso en el salón de mi casa, sin preguntarle a mi hermano si quiera si podía pasar.

—¿Meg, no? —Me miró por encima del hombro, tamborileando un papel que llevaba en su mano derecha.

—La misma—contesté con desdén.

Sonrió al ver mi tono chulesco. Dio dos pasos y se paró a escasos centímetros de mí.

—Voy a hacerte una propuesta.

—No me interesan tus propuestas. Por lo tanto, te invito a que te vayas de mi casa.

Dejé el trapo de cocina en lo alto de la encimera y puse mis brazos en jarras. Volvió a sonreír de esa forma tan malévola.

—Creo que sí, que me vas a escuchar...—Aseguró firme.

Carlos, con el ceño fruncido se dirigió a ella.

—Señora, mi hermana está diciendo que se marche de mi casa, no sé si es que no entiende lo que dice o está usted sord...

Le cortó antes de que pudiera terminar.

—¡No estoy hablando contigo niñato!

Me acerqué a ella intimidante, pero no se amilanó.

—Como vuelvas a hablarle de esa manera...

—No me amenazas niña—escupió con rabia.

—No soy una niña...—Contesté entre dientes.

Asintió con aires de superioridad.

—Bien, pues como no eres una niña, entenderás lo que voy a decirte.

Se dirigió a la puerta, me miró por última vez y antes de salir dijo con convicción.

—Vas a dejar de ver a Máximo, no se te ocurra volver a llamarle—fui a interrumpirla pero alzó un dedo sin mirarme para que no hablara—, ve a Londres, dile que lo vuestro se ha terminado, si no te cree, convéncele como quieras, incluso usa a la arpía de su madre para que lo haga, pero óyeme bien...

Me miró. Una tensión se palpaba en el ambiente de manera considerable.

—Si me entero que no lo haces...—Sonrió—, olvídate de tus hermanos...

Abrí los ojos como platos, sin entender a qué se refería.

—Sé de sobra quién es tu padre—rio—, si no lo haces, me encargaré personalmente de que te quite a los niños. Piensa en ti, Meg...

Con esas últimas palabras, salió de mi casa, dejándome fuera de lugar.

—Como sabéis mis padres desaparecieron hace dos años y nos abandonaron. Si les denunciara la custodia de mis hermanos se la quedaría el estado y los perdería en un centro de acogida para siempre...—Cuento entre hipidos.

—Tranquila...—Me calma Any tocando mi rodilla suavemente.

Sorbo mi nariz y continúo.

—El día antes de que Max se fuera a Londres vino a verme...

—No me lo puedo creer...—Bryan se asombra sin dar crédito.

—Sabía que había una explicación para todo esto—asegura Any.

—¿Por qué?

La miro, mientras limpio las lágrimas que no paran de salir de mis ojos.

—Porque siempre le has mirado enamorada, desde el primer día que te conocí lo supe.

—Any...—La abrazo fuertemente y ella me corresponde—, le quiero demasiado y no sé qué hacer, no sé cómo manejar esto, pero...—Lloro sin control—, te juro que no sé respirar sin él...

—¿Por qué le dijiste lo de su madre? Después de todo lo que sabes no fue lo acertado Meg...

—Bryan, ella me dijo que le dijera eso, si no, no me creería. Según ella era una niñaata, me amenazó y...solo pensé en mis hermanos...—Musito.

Bryan niega un par de veces apenado.

—Lo peor no es eso...

Los dos me miran sin entender nada. Cuando se lo digo, no sé porque motivo veo a Bryan más asombrado que Any. Ella me abraza mientras lloro sin consuelo.

—Tienes que hablar con él. —Asegura Bryan.

—No...no...—Balbuceo—, no puedo...

Coge mi cara con ambas manos y me traspasa con sus lagos azules.

—No sabes lo que estás diciendo, necesita saber todo esto, necesita una explicación. Jamás le he visto tan afectado, ni cuando Marian le dejó plantado en el altar, hazme caso, habla con él, lo necesitáis.

Y como la vida misma, las apariencias engañan. El hombre que tengo ante mí, el que me pensaba que era una persona fría y distante, me da un abrazo enfundándome todo el valor necesario para que arregle esta horrible situación.

—No destrocéis vuestras vidas por ella. Haremos lo que sea necesario para tener la custodia de los niños, mañana mismo si es necesario, pero tienes que hablar con él...

En ese momento la puerta de la casa se abre. Mi corazón se para y con él mi respiración. Veo a un hombre confuso y demasiado dejado. Tiene barba de varios días, creo que ha perdido algo de peso y en sus ojos veo un odio radiante cuando me mira.

—¿Tenéis nueva amiga? Entonces creo que sobro...

Se gira para irse cuando todos nos levantamos de nuestro asiento.

—¡Max espera! —Chilla Bryan.

Su amigo se da la vuelta lentamente, fulminándome con la mirada.

—¿A qué quieres que me espere? Cuando acabéis entraré.

—Tienes que escucharla.

Temblorosa veo como me contempla con rabia. Doy dos pasos hacia él, pero retrocede de inmediato.

—Ni se te ocurra acercarte a mí.

—Max...yo...—Rompo a llorar de nuevo.

Me mira sin sentimiento alguno. Está dolido, demasiado dolido.

—Necesito hablar contigo, por favor...—Le suplico entre sollozos, —tienes... tienes que saber que... —Tartamudeo.

—¡No quiero saber nada de ti! —Asegura.

Da dos grandes zancadas y se dirige hacia las escaleras.

—Estoy en mi habitación, cuando terminéis me avisáis.

Corro hacia él y le cojo del brazo. Se deshace de mi agarre de un fuerte tirón y caigo al suelo de rodillas.

—Max por favor escúchame...—Le suplico.

No me mira y sigue su camino.

—Max por favor...—Le pido con un hilo de voz.

—¡Max, escúchala!—Vocifera Bryan.

—¡No tengo nada que escuchar! —Grita.

Da media vuelta y fulmina a sus amigos con la mirada. Oigo como discuten entre todos, lloro sin control en el suelo y veo como la madre de Bryan se asoma por la escalera.

—¿A qué vienen esas voces?

Any viene hacia mí y me ayuda a levantarme.

—Tranquila Meg, esto no es bueno, por favor cálmate.

Me suplica al ver que comienza a darme un ataque de ansiedad.

—Max...—Murmuro.

Me mira con desdén, no escucha lo que Bryan le dice, no oye lo que nadie le pide. Decido terminar con todo esto y antes de que me dé cuenta susurro:

—Estoy embarazada...

Sin saber por qué se da la vuelta y me observa fijamente. Un silencio sepulcral se apodera de la estancia, todos nos miran esperando el siguiente movimiento, pero lo que nos pensábamos que iba a salir medio en condiciones termina siendo peor...

Sonríe irónico y suelta con saña:

—¿Embarazada? ¿Tú también?

No le contesto.

—¿Ahora voy a ser el padre gilipollas de todos los niños del mundo? —Grita.

No entiendo su reacción. Se aproxima a mí.

—Max, cálmate...—Le pide Any.

—¡Dejar de decirme lo que tengo que hacer!

Cuando llega mi altura, sisea en mi cara:

—Vete con tus mentiras a otro...

—No te estoy mintiendo...—Sorbo mi nariz.

Ríe como un tirano.

—¿Seguro?

Asiento sin entender su postura respecto a este tema.

—¿Y cómo voy a dejarte embarazada si no puedo tener hijos?

La tensión se palpa en el ambiente de nuevo, Any le mira estupefacta, no entiendo nada. Oigo como Bryan le dice:

—Max, no te dijeron que fuera improbable que...

—¡No puedo tener hijos! ¿Contenta?

Me agarra por el codo histérico y me zarandea un par de veces, mis lágrimas vuelven a caer.

—Te juro que es verdad...

Con la mano que tengo libre, saco de mi pantalón el papel de la analítica y se lo enseño. Me lo arrebató de las manos y lo lanza contra el sillón con malas formas.

—¡Olvídate de mí!

Me suelta y se marcha escaleras arriba dejándome sola. Any me abraza, mientras Bryan le grita, pero él parece no querer escuchar a nadie.

—Tranquila, esto no es bueno para el bebé ni para ti, Meg, tranquila—me suplica.

—No...no...pasa nada—aseguro entre hipidos—, sé que me lo merezco y sabré afrontar esto sola, ya tengo experiencia...

Bryan viene hacia mí, me limpia las lágrimas y me abraza.

—Meg, no estás sola, siempre nos tendrás a nosotros y Max también, dale unos días, hablaré con él.

Niego un par de veces.

—Déjalo...—Comento con un hilo de voz.

Me deshago de su abrazo y salgo corriendo de la casa. Sumida en mis pensamientos y hundida en mi llanto, cruzo la carretera para irme lejos de todo esto, necesito pensar y saber que voy a hacer con mi vida. Oigo como Any me chilla, al girarme con la esperanza de que Max esté con ella, escucho un fuerte frenazo.

Siento como mi cuerpo vuela por los aires y al caer, un dolor incesante se apodera de mi cabeza, mi espalda y todo mi ser. Lo último que recepciono antes de cerrar los ojos es como Any grita mi nombre.

Capítulo 31

—¡Meeeeegggg!

Desde mi habitación oigo como Any chilla, frunzo el ceño bajo mi estado de ánimo, que no es otro que querer matar a alguien. ¿Todo el mundo me toma por imbécil? Sulfurado, me dirijo a la puerta para cantarle las cuarenta a todos los que están abajo, la primera; Meg.

Veo como Giselle baja las escaleras corriendo, Bryan sale al exterior y Any no está en la casa ya, ¿qué demonios pasa?

Bajo las escaleras a paso ligero, cuando escucho que Bryan le dice a su madre que llame a una ambulancia. Giselle corre en busca de su teléfono y ni se percata que estoy delante de ella. Una persona pasa por mi mente...

Meg.

Salgo a prisa a la calle. Veo que Any está tirada en el suelo con un cuerpo entre sus brazos... Mi corazón se acelera de tal manera que creo que deja de latir, doy cuatro pasos más y llego hasta ella. Es Meg.

—¿Qué ha pasado? —pregunto alterado.

Me agacho y la observo.

—Un coche la ha atropellado—responde Any entre sollozos.

—¡Mamá! —Chilla Bryan histérico.

—¡Ya vienen! —Anuncia Giselle—. No la mováis del suelo.

Agarro la cara de Meg con las dos manos y la muevo un poco.

—Meg, Meg...

Sigue teniendo pulso y suspiro aliviado por ello, está inconsciente. La ambulancia llega en cinco minutos y entre los sanitarios y yo la subimos a la camilla para marcharnos a toda prisa al hospital.

—Está embarazada...

Any informa a los sanitarios, yo la miro sin terminar de creérmelo. Al ver como la mujer de mi amigo llora, miro a Meg. Una vez en la ambulancia puedo contemplar su cuerpo, tiene los pantalones llenos de sangre... Trago el nudo que nace en mi garganta como puedo.

—Me voy con ella—informo.

—Nosotros iremos en el coche—añade Bryan.

Me subo a la ambulancia y me siento en una pequeña silla que hay justamente al lado. Junto mis manos temblorosas y empiezo a darle vueltas a las cosas...

Al llegar al hospital la meten dentro de una habitación, sin dejar que nadie entre con ella.

—Déjeme pasar—digo de malas formas al médico.

—No. No puede señor, quédese aquí, le informará el doctor cuando terminemos.

Cierran las puertas en mis narices y me quedo mirando por el pequeño agujero de la puerta, hasta que desaparece de mi vista.

Me siento en una de las sillas a esperar, desato mi corbata y me quito la chaqueta para dejarla de cualquier manera en el asiento de al lado. Junto mis manos y froto mi cara en repetidas ocasiones.

Bryan me toca el hombro, le miro de reojo con cansancio y desesperación. Any por su parte se sienta lejos de mí, no me mira. Suspiro.

—Estoy agotado...

—Max...no ha sido culpa suya, la han amenazado.

Levanto la cabeza con el ceño fruncido, sin entender qué me quiere decir.

—Marian fue a verla...

Me cuenta todo lo sucedido y mis ojos no pueden hacer nada más que abrirse de tal manera que siento un leve escozor.

—No es verdad...—Murmuro perplejo.

—Sí, sí es verdad...

—¿Por qué no me lo dijo?

—Porque tenía miedo Max...Ponte en su lugar.

—¡Joder! —Maldigo.

La gente de la sala de espera me mira, cruzo mi vista con algunas de las personas que lo hacen pero enseguida miran hacia otro lado. Contemplo a Any, está cruzada de brazos con cara de enfado mirando hacia la puerta por donde Meg ha entrado.

Mi impaciencia crece por segundos, el tiempo pasa y nadie sale a informarnos, me acerco a Any. Agacho mi cuerpo para estar a su misma altura.

—¿Por qué estás enfadada conmigo?

—Porque no te conozco—contesta sin mirarme.

Arrugo el entrecejo, ella me mira.

—¿Dónde está el Max que todo lo entiende? ¿Qué ha pasado con la persona que me consolaba cuando estaba mal? ¿Dónde está Max? —pregunta enfadada.

—Sigo siendo el mismo...

—No, no me mientas. No sigues siendo el mismo, ni te has dignado a darle una oportunidad para que te explicara nada, no la has creído cuando te ha dicho que estaba embarazada. ¿Qué demonios te pasa Max? —Se enerva.

Agacho mi cabeza durante unos instantes.

—Tengo tantas cosas que ya no sé qué pensar de nada, ni de nadie Any...

—Pues prioriza, si de verdad te importa ella, lucha y no te rindas.

—Pero...

—En el amor no existen los peros.

Mira a Bryan, quién le guiña un ojo y sonrío como si fuera la primera vez que se ven. Me siento al lado de ella, pasándome las manos por la cara de nuevo.

—Tranquilo...

Frota mi espalda repetidas veces, pero mi congoja no aminora, al revés, mis nervios están a flor de piel y dudo mucho que puedan disiparse.

Una hora y media después, un hombre regordete de baja estatura sale.

—Familiares de Megara Garrido.

Me levanto como un resorte de mi asiento, a grandes pasos llego a su altura y le insto con la mirada para que hable.

—La paciente se encuentra estable. Le hemos realizado una serie de pruebas necesarias, no hay rotura ni heridas graves. Tienes algunas contusiones leves, pero con medicación mejorará.

De reojo veo como Any se retuerce las manos, el resto no perdemos detalle de lo que el Doctor nos cuenta.

—Megara en un par de semanas estará como nueva físicamente...

Arrugo el entrecejo.

—¿Qué quiere decir físicamente?

El doctor suspira, mira hacia abajo y niega un par de veces.

—Está... no sé si deprimida sería la palabra, pero apenas quiere hablar, creo que ha sido un duro golpe...

Inclino mi cabeza hacia al lado. El doctor vuelve a hacer una mueca con los labios.

—¿Es usted su pareja?

Asiento sin quitarle los ojos de encima. Ahora mismo da igual que lo sea o que no.

—Lo siento, ha perdido el bebé.

El mundo se me viene encima, la Tierra se abre paso bajo mis pies y temo entrar en un pozo del que nunca salga. Pasmado, contemplo al doctor.

—Lo siento de veras, como le dije a ella, son jóvenes, tienen tiempo para volver a intentarlo.

Se gira, marchándose por las grandes puertas blancas. Observo hipnotizado como desaparece, mien-tras mi cabeza funciona a mil por hora.

Era verdad...

Me siento en la silla, de nuevo paso mis manos por la cara, el pelo...desabrocho un par de botones de mi camisa y remango mis mangas.

—Max...—Me llama Bryan.

—Todo ha sido culpa mía, si la hubiese escuchado, si...

—Eh, eh, eh, para, para.

Tiro un poco de mi pelo debido a la rabia que bulle en mí en estos instantes. ¿Por qué no la creí? Veo que Any sigue en la puerta, a la espera de que el doctor salga y nos comunique que podemos pasar.

Desesperado me levanto de mi asiento y ando de un lado a otro como un león enjaulado.

—Necesito verla...

Me dirijo hacia la puerta, y antes de abrirla Any me para.

—Max, no entres hasta que no te lo digan.

—Necesito verla, necesito hablar con ella...

—Max...

Pone una mano en mi pecho y me para.

—No es el mejor momento.

El doctor sale de nuevo.

—La paciente ha pedido el alta voluntaria.

Abro los ojos de par en par.

—¿Qué? —pregunto incrédulo.

—La paciente a pedido el alta, no obstante nos ha pedido expresamente que no quiere recibir ninguna visita.

Mi cuerpo se hunde al instante.

—Necesito hablar con ella.

Me altero, paso por el lateral del médico, intenta impedírmelo mientras Any y Bryan intentan hacer lo mismo. Abro las puertas y a grandes zancadas me dirijo al mostrador.

—¿Cuál es la habitación de Megara Garrido?

Mi tono no admite réplica, la chica lo busca en el ordenador, el médico corre por el pasillo hasta que llega a mí.

—Señor, no pierda los nervios o tendré que llamar a seguridad.

—Llame a quien le dé la gana—escupo de malas formas.

—Pero la paciente...

—La cuatrocientos dos—me informa la chica del mostrador.

—Gracias—gruño más bien.

Ando por el pasillo hasta que llego a la puerta, el doctor se va y hace lo propio: llamar a seguridad.

—Max, tienes que respetar su decisión, por favor no entres—me pide Any cuando tengo la mano en la manivela.

—Lo siento, tengo que hablar con ella.

Abro la puerta, y para mi sorpresa, ya no está...

Capítulo 32

Después de llevar toda la noche o lo que queda de ella dando vueltas en la cama, decido ponerme en pie a las seis de la mañana. Bryan me arrastró más bien a su casa, pero la impaciencia por verla está acabando conmigo.

Salgo de la habitación sigiloso, bajo las escaleras y al llegar a la puerta de la calle, una luz se enciende.

Giselle.

—¿A dónde vas mi niño?

—¿Qué haces despierta?

Sonríe.

—No evites mi pregunta Max.

—Necesito verla...—Murmuro.

Miro un momento hacia el suelo, un dolor atroz se apodera de mí. Mis ojos se empañan de lágrimas, pero por más que intento resistirme no consigo retenerlas.

—Iba a ser padre Giselle—hago una mueca—, era un sueño inalcanzable para mí.

Eleva mi mentón y hace que la mire.

—¿Por qué te escondes para llorar? No es nada malo mi niño. Ya sabes que puedes hacerlo.

—Pero todas las pruebas que me hice cuando Marian y yo...

—Todo eso es pasado, lo que importa es el presente. No preguntes por qué ahora, lo importante es que podrás conseguirlo si te lo propones...

Me abrazo a ella y durante unos cuantos minutos, me consuela como puede. Una imagen de cuando era pequeño me viene a la mente, una imagen, en la que ella también me limpiaba las lágrimas.

Llego a la casa de Meg, meto la llave en la cerradura y no entra.

—¿Pero qué...?

Lo intento varias veces y nada, la ha cambiado...

La puerta se abre y veo a Carlos.

—Hola...

Sonríe tímidamente.

—Hola Max. Mi hermana cambió la cerradura hace dos semanas. Pasa, no te quedes en la puerta.

—¿Dónde está? —pregunto ansioso.

—Se ha tomado un calmante hace dos horas, está durmiendo. ¿Podemos hablar?

—Claro.

Me siento en el sofá, mientras observo como trae dos cafés y los deposita en la pequeña mesa del comedor.

—¿Cómo van las cosas con los que antes eran tus amigos?

—Bien, no me han vuelto a molestar. Espero que siga así, no me quise dar cuenta antes de todo el mal que me estaban haciendo...—Suenan triste.

—Lo importante es que lo has hecho.

—He encontrado un trabajo Max. Todavía no se lo he dicho a Meg, pero con suerte podré ayudarla.

Hago un gesto de asombro y él se ríe.

—Es una pizzería, como repartidor, pero bueno, algo es algo.

—Me alegro, te lo digo de corazón.

—Lo sé Max. —Se sienta a mi lado—. Quería hablar contigo sobre Meg...es que...—Suspira.

—¿Qué pasa Carlos? —Empiezo a preocuparme.

—Pues que no está bien. Lleva semanas muy rara, no ha dejado de llorar desde que vino de Londres, supongo que fue para decirte todo lo que esa mujer le dijo...yo estaba delante Max.

Me cuenta todo lo que pasó de nuevo, cuando Marian vino a visitarles.

—Lo sé, y tomaré medidas por ello. No te preocupes por tus hermanos, no permitiré que nadie los separe de vuestro lado.

—Si eso llegara a pasar Meg...—Niega con la cabeza—, no puedes llegar a hacerte una idea de lo que ha luchado por todos nosotros. Yo he sido un egoísta al no verlo o no querer verlo mejor dicho, no se merece nada de esto.

—Haré todo lo que este en mi mano, Carlos, que no te quepa la menor duda.

Suspira un par de veces.

—¿La quieres?

Le miro.

—Si la quieres de verdad, no la dejes que sufra, no se lo merece. Me ha dicho que un coche la ha atropellado, pero sé que es mentira, sé que hay algo más...No ha dejado de llorar desde que ha llegado y no sé...llevaba unos días muy rara. No come, no bebe, no sale de su habitación. Solo lo hace para prepararnos la comida y poco más...temo que se hunda Max...

Me siento más miserable si es que es posible. Asiento y me levanto para dirigirme a su habitación.

—Voy a llevar a los niños al parque y a casa de la vecina para hacerle una visita, así tendréis tiempo para los dos.

—Gracias Carlos.

Me encamino hacia la puerta de su habitación, giro el pomo despacio y ahí está, durmiendo tranquila-mente. Me siento en un lateral de la cama, recojo un mechón de su pelo y lo aparto hacia atrás.

Veo que tiene algún que otro cardenal en el hombro y en la cara por la parte lateral de la derecha. Se revuelve incomoda, quejándose del dolor.

Abre los ojos lentamente, me mira y los vuelve a cerrar, como si pensara que no soy real. Me siento un desgraciado, una horrible persona que no merece el respeto de nadie, todo esto ha sido por mi culpa...

—Hola...—Musito.

No me contesta. Mira hacia el otro lado donde no estoy yo.

—No tengo ganas de hablar Max, por favor vete.

Está enfadada, y con motivo.

—Necesito hablar contigo Meg...

—Yo no—afirma rotunda.

—Sé que no me lo merezco pero... me está carcomiendo por dentro...

—No me quisiste escuchar, yo ahora no quiero hacerlo tampoco.

Con los ojos llenos de lágrimas, contemplo que ella los tiene igual que yo, solo que no me mira. Dirige su vista a un punto fijo de la pared del dormitorio para evitarme.

—Meg...—Le toco el brazo.

Lo separa como si mi tacto le quemara, ese acto me duele en el alma, pero entiendo que esté ofendida. Intenta levantarse de la cama, veo como se agarra la barriga cuando una punzada la atraviesa.

Me levanto rápido y voy hacia ella.

—Meg, deja que te ayude por favor.

—¡No me toques! —Se quita de nuevo.

Se apoya en el escritorio sin mirarme. Miro las sábanas y veo que están bañadas en sangre. Contemplo sus piernas y me doy cuenta que están igual.

—Meg estás sangrando...

Como si me dieran con un mazo en el estómago, así me siento ahora mismo.

—Lo sé—asegura con saña—, el aborto me está haciendo perder más sangre de lo normal...—Musita.

Me vengo abajo...

Como un miserable, me hundo y me recrimino a mí mismo; ¿por qué no la escuché?

Me siento en la cama, cojo mi cabeza con ambas manos y niego un par de veces,

sumido en mis pensamientos. Los mismos que me están atormentando y matando a la misma vez.

—Pensé que jamás sería posible, por eso no te creí...—Murmuro.

No habla.

—Después de todo lo que me dijiste mi mundo se vino abajo. No he vuelto a querer, a amar a nadie hasta que llegaste tú, y de la noche a la mañana me dices que todo esto ha sido una gran mentira...

Mi tono de voz es tranquilo, pausado, pero sobre todo, desgarrador...

—No tuve otra opción...—Murmura.

—Siempre hay opciones Meg.

—Me asusté—se le quiebra la voz.

Suspiro un par de veces mirando a la nada, roto, sí, estoy roto de una manera que nadie podría entender.

—Y ahora...—Se me quiebra la voz.

Me levanto de la cama, dispuesto a marcharme. Necesito pensar, necesito estar solo...

Noto como me agarra del brazo y tira de mí. Se queda mirándome durante unos instantes, no me dice nada, solo me observa. Una lágrima resbala por mi mejilla sin poder evitarlo. La recoge con su pulgar y toca suavemente la zona.

—Lo siento...—Murmura al borde del llanto.

Asiento.

—Más lo siento yo...—Musito.

Dolor. Solo siento un temible dolor.

—Cuando me dijeron que nunca podría tener hijos...—Hago una mueca—, nunca pensé que se equivocarían. Había una probabilidad tan mínima que era casi imposible. Durante años lo intenté, pero nunca tuve éxito.

Suspiro y miro al suelo, no soy capaz de seguir manteniéndole la vista.

—Esa era la decisión que yo tenía que tomar...

No pregunta, asegura.

—Sí. Yo nunca iba a poder darte una familia, si es lo que buscabas de mí...—Se me rompe la voz.

Coge mi cara con ambas manos y me besa con dulzura. Siento su pasión, sus sentimientos por mí, todo. Y yo se lo devuelvo de la mejor manera que sé, correspondiéndola. Al separarnos, noto como nuestras respiraciones se han vuelto a descomparar de esa forma tan familiar.

—Lo siento...

Beso su frente y observo como de sus ojos caen unas cuantas lágrimas que recoge rápidamente.

—¿Me estás diciendo adiós? —pregunta con un hilo de voz.

Cojo su cara y vuelvo a besarla preso del dolor.

—Tú estás sufriendo, yo también. Ninguno de los dos se merece estar así, es lo mejor...—Murmuro.

Sorbe su nariz y asiente. Doy un último casto beso en sus labios y antes de marcharme susurro en su boca:

—Te quiero Meg, nunca lo olvides.

Capítulo 33

Al día siguiente cojo un vuelo a primera hora para volver a Londres, dejando atrás a la persona que más he querido en mi vida. Con un dolor agonizante me despido de Bryan y de su familia, no sé cuándo volveré...

Sumido en mis pensamientos llego a la oficina. Tengo que cerrar un asunto pendiente, necesito pasar página con alguien...

—¿Marian?

—Dime Máximo—contesta con alegría.

—Necesito verte, estoy en mi oficina, quiero que veas algo.

—Bien, en una hora estoy allí—contesta entusiasmada.

Hago las cuatro gestiones principales que necesito antes de salir de la oficina y sobre todo, antes de que llegue Marian.

Llamo al Doctor Roldan, un viejo amigo y conocido de mi empresa, necesito que me haga un favor urgente.

—Claro Max, faltaría más, pásate cuando quieras.

—En una hora estoy allí—aseguro.

—Bien, te agendo. Ahora nos vemos.

—Roldan...

—Dime.

—Directo al grano, no me quiero entretener con esta gilipollez.

—¿Estás seguro?

—Me apostaría el cuello.

Pasados unos treinta minutos, Marian entra por la puerta de mi despacho sin llamar siquiera.

—Hombre, viva la educación—siseo.

—¡Vamos Max! Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

Se sienta aireada en la silla que tengo delante, yo por el contrario me levanto y cojo mi chaqueta.

—Levanta, nos vamos.

—¿A dónde? —pregunta extrañada.

La miro fijamente a los ojos, los mismos que están brillantes. Reajusto mi chaqueta en mi moldeado cuerpo y extendiendo mi mano como un caballero. La mira extraña.

—¿A qué se debe tanta cortesía?

—¿Estás embarazada no?

—Sí...

—Y como yo soy el padre, supongo, tengo que tratarte como te mereces, ¿me equivoco?

Me mira durante unos instantes.

—No, no te equivocas—se levanta y la coge—, y no supongas, tú, eres el padre.

Sonrío.

—Bien, me alegro. Al fin un sueño cumplido.

Sé que mi cara rebosante de felicidad la aturde, pero en ningún momento dice nada, solo me observa.

—Elisabeth, anúlame todo lo que tenga esta mañana, la señorita Marian y yo tenemos que hacer unas cuantas cosas.

—Como disponga Señor.

Marian mira a mi secretaria por encima del hombro, ella directamente no le dice nada y sigue con su trabajo.

Llegamos al garaje, le abro la puerta para que pase y arruga más el entrecejo.

—Está empezando a abrumarme tanta cortesía Max.

—Yo siempre soy cortés Marian, no lo olvides.

Asiente y se mete en el vehículo.

—¿Me puedes decir a dónde vamos?

—No seas impaciente, ahora lo verás.

Arranco mi coche y pongo dirección a la consulta de mi amigo, sin que ella lo sepa.

Llegamos a un edificio moderno de color marrón oscuro con diez plantas, entramos en el recibidor y una chica pelirroja nos atiende.

—Buenos días, tenía cita con el Doctor Roldan.

—Pasen a la sala de espera, enseguida saldrá. Dígame su nombre.

—Max Collins.

La mano de Marian intenta separarse de la mía pero no lo permito.

—No te quieras soltar tan rápido.

—¿Qué hacemos aquí Max? —pregunta nerviosa.

Mira a su alrededor y observa donde estamos.

—Vamos a ver a nuestro precioso bebé, estoy impaciente—sonrío.

—Ya tengo un médico particular, no hace falta venir aquí

—¿A sí?

—Sí, vámonos.

Chasqueo mi lengua y tiro de ella hasta la sala de espera.

—¿Sabes lo que pasa?

Niega con la cabeza.

—Que casualmente el doctor Roldan es un viejo amigo de confianza, me fio más de su criterio. Calculo que estarás de unos dos meses aproximadamente, a ver que nos dice él, confía en mí.

Resignada se sienta en la silla.

—Después de salir de la consulta podríamos ir a mirar las cosas del bebé, hay que modificar toda la casa—comento pensativo.

No contesta.

—¿Tú qué opinas? —La miro.

—Haremos lo que quieras, total, ya estás haciendo lo que te da la gana—reniega.

Al ver su gesto hosco, intento cambiarle la cara.

—Vamos Marian, alégrate, vamos a ver a nuestro pequeño, no pongas esa cara.

Aprieto su mano y ella sonrío forzada. El doctor Roldan sale y me llama.

—Mira, nos toca.

Se levanta y noto como se suelta de mi mano.

—Espera un segundo, me están llamando.

—Claro, no tardes.

Veo como se aleja escasos metros, me dirijo a Roldan quien me saluda con un fuerte apretón de manos.

—¿Cómo estás Max?

—Bien, y tú por lo que veo igual.

—Sí, ¿así que vas a ser padre?

—Eso parece—sonrío.

—¿Es ella? —pregunta mirando a la rubia que da vueltas con el teléfono en la mano.

—Sí, si me disculpas un segundo...

Asiente y me encamino hacia Marian.

Le quito el teléfono de las manos cuando llego a su altura, ella abre los ojos y me mira asombrada.

—¡Dámelo Max!

—Espera, espera.

Me lo pongo en la oreja.

—Disculpa, luego te llama, tenemos que entrar en la consulta, ¿hola? —La miro

—, ¡vaya! Parece que han colgado, luego llamas, lo primero es lo primero. Vamos.

Tiro de nuevo de su mano.

—Ya estamos Roldan.

—Bien, pasar por favor.

Entramos en la amplia consulta. El diseño es escaso, pero sé que es uno de los mejores ginecólogos que existen en todo Londres.

—Sentaos.

Hacemos lo propio, veo como Marian se retuerce las manos con síntoma de nerviosismo.

—Tranquila—doy un fuerte apretón con mis manos en su muslo.

—Bien, Marian, ¿correcto?

—Sí—contesta despectiva.

—¿Cuándo fue tu última regla?

Me mira a mí y después al médico.

—No lo recuerdo.

—Oh, vaya, ¿Cuándo supiste que estabas embarazada?

—Hace dos meses más o menos.

Roldan mira una especie de ruleta y la deja encima de la mesa.

—Bien, entonces haremos una ecografía para ver el estado del bebé, pasar por aquí—nos señala otra estancia de la habitación.

Me levanto para ir con ella.

—Prefiero pasar sola.

La miro sorprendido.

—¿Por qué?

Roldan entra en la habitación. Marian coge mi cara con ambas manos y me mira.

—Max...yo...—Mira hacia abajo—, no quiero que si hay algo que no esté bien, te hundas más, por favor, déjame pasar sola.

Miro hacia ambos lados, hago una mueca con los labios.

—No tiene por qué ir nada mal.

—Pero por si acaso lo prefiero cariño—dulcifica su tono de voz.

Sonrío.

—Está bien. Te espero aquí.

Me siento en la silla, mientras ella entra. Saco mi móvil para entretenerme y cuando desbloqueo el teléfono la veo...

Es una foto que nos hicimos en el Hyde Park, tan preciosa, tan alegre como hasta hace unos días estaba. No han pasado ni veinticuatro horas desde la última vez que la vi y ya la estoy echando de menos...

Diez minutos después una sonriente y deslum-brante Marian sale de la habitación, Roldan va tras ella.

—¿Cómo ha ido?

—Está todo perfecto—sonríe—, ya nos podemos ir.

Me levanto de la silla y miro a Roldan.

—Gracias Roldan, tan dispuesto como siempre.

Le estrecho de nuevo la mano, veo como sonríe pícaramente.

—Para ti, siempre.

Nos damos la vuelta y nos encaminamos a la salida.

—Por cierto Max, una cosa.

Me giro y le observo, cojo a Marian de la mano.

—Me ha ofrecido una suma importante de dinero, te lo digo para que lo tengas en cuenta, muy lista por su parte.

Suelto una enorme carcajada que Roldan sigue. De reojo veo como Marian empieza a cambiar de color simultáneamente.

—Gracias Roldan, te debo una cerveza.

—Oh dos.

—Mejor tres y así no discutimos.

Salgo de la consulta con una sonrisa deslumbrante en mis labios. Ella no habla, solo camina agarrada de mi mano, la cual estoy apretando más de la cuenta. Llegamos al coche, le abro la puerta y pasa mirándome de reojo, está avergonzada, lo puedo ver en sus ojos.

Doy la vuelta y entro. Cierro los pestillos.

—Bueno—me froto las manos—, ¿qué me dices?

—No sé qué ha querido decir...

—No me jodas Marian...—Comento tan normal sin dejarla terminar de hablar—
¿Cuánto dinero le has ofrecido porque te tapara la mentira?

—Te estás equivocando...

—¿Seguro? —La miro directamente a los ojos—. ¿Quieres que volvamos a subir y entro contigo?

—No...

Mira al frente para evitar mis penetrantes ojos.

—¿Qué quieres? —pregunto cansado.

—Estoy en la ruina—contesta enfadada.

—Una pregunta que no puedo evitar hacerte, ¿cómo pensabas seguir mintiéndome? Un embarazo se nota—alzo una ceja y sonrío como un tirano.

Resopla y me mira.

—Dame lo que quiero y desapareceré de tu vida.

Asiento.

—Ya, claro.

Me pongo cómodo en mi asiento.

—Verás...—Tamborileo uno de mis dedos en mis labios—, esta mañana he estado hablando con tu padre...

La miro directamente a los ojos, mientras que ella empieza a palidecer por segundos.

—Sabes que era el único de tu familia que me tenía aprecio de verdad...

No habla, no me mira y creo que ni respira.

—En vista de que no tienes intención de hablar, me he tomado la molestia de llamar a tu marido—sonríó como un capullo arrogante.

—¿Qué has hecho?

Me mira con los ojos de par en par.

En ese momento dan dos toques a la ventana de mi coche. Un hombre de edad avanzada la mira bajo sus profundos ojos verdes. Marian mira hacia la ventana estupefacta.

—Hasta donde llega la avaricia... ¿te has casado con un viejo? —Me río.

—Joder...

Quito los seguros de mi coche y bajo su ventanilla.

—Adelante Señor Parker, ya puede llevarse a su mujer—apremio con alegría.

Otro coche se para justamente en frente de nosotros. Me bajo de mi vehículo, mientras que Marian sigue sin dar crédito a lo que ve.

—Buenos días Lincon.

—Hola Max.

El padre de Marian me da un fuerte abrazo que hace que me crujan todos los huesos.

—La niña esta... —Reniega—, siento todo lo ocurrido, espero que Meg esté bien y que podáis arreglarlo.

Arrugo un poco el entrecejo.

—No me jodas Max...

—No pasa nada Lincon, son cosas de la vida.

Le doy un pequeño apretón en el hombro.

—¿Cómo has dejado que se case con semejante...?

No termino ni la frase, mi cara de asco lo dice todo.

—¿Has escuchado ese dicho...? *La avaricia rompió el saco*, pues eso es lo que le ha pasado a ella.

Contemplo como el Señor Park, que tendrá al menos sesenta años y ella discuten.

—Se quedará con toda su fortuna, pero dentro de muchos años.

—Al no ser que le mate—me río.

—No lo digas ni en broma, sabes que es capaz.

La miro y niego con la cabeza.

—Cada día me cabreo más por no haber sido tú mi yerno, es injusto.

—Es lo que ella quiso Lincon.

—Lo sé...—Responde apenado.

—En fin, tengo más cosas que hacer, ¿nos vemos otro día?

—Claro, eso no lo dudes, aunque a mi casa sabes que no puedo invitarte...

—Siempre tenemos opciones—sonrío.

—Me alegro de verte, cuídate Max.

—Lo intentaré.

Me despido de él tras un fuerte abrazo. Paso por al lado de Marian y sonriendo le digo:

—Que te vaya bien en Cuba, creo que vas a coger un poquito—hago el gesto con mis dedos—de color. Adiós...pareja.

Como si fuera un niño al que le dan una bolsa entera de caramelos, salgo del garaje con una amplia sonrisa. Acabo de cerrar una puerta.

Capítulo 34

La semana transcurre con normalidad, en la oficina todo va como la seda. Al día siguiente de desenmascarar a Marian, hablé con Rhianne, quien me dijo que estaba intentado arreglar las cosas con su marido. Me alegré de ello, solo me faltaba tener a una acosadora detrás de mí de nuevo.

—Señor Collins...

Elisabeth toca a mi puerta.

—Dime—canturreo.

—Vaya, pareces más contento de lo normal, ¿qué has hecho?

La miro sonriente.

—Empezar a recuperar mi vida.

No entiende por qué se lo digo, aun así me abraza y da un casto beso en mis mejillas.

—Sea lo que sea, me alegro mucho.

—¿Necesitas algo?

—Sí, hay un hombre fuera, insiste en verte.

—¿Ahora? Estaba a punto de marcharme a casa.

Agacha la cabeza un instante.

—¿Qué pasa Elisabeth?

—Es que...—Hace una mueca con sus labios. —Dice que se llama Máximo Collins...

Abro los ojos como platos, ¿qué? No puede ser.

Paso por su lado y abro la puerta de mi despacho de golpe. Ahí de pie, mirando la estancia, una fotocopia mía me clava los ojos de manera escrutadora.

Mi corazón late desbocado.

—Max, me voy a casa, si necesitas algo, llámame.

Sonríe, asiento paralizado mientras observo a mi padre...

—Hijo...

Trago saliva. Da unos cuantos pasos hasta que se pone a mi altura. Le miro de arriba abajo sin dar crédito a lo que estoy viendo, es igual...es...como yo...

Tiene las facciones un poco más marcadas y algunas canas lo hacen diferente a mí, el resto...es idéntico.

Mudo. Así me encuentro ahora mismo.

—¿Podemos hablar?

Sigo sin salir de mi aturdimiento.

—Por favor...—Parece suplicante.

—¿Deberíamos hacerlo treinta y seis años después?

Agacha su cabeza abatido.

—Es lo mínimo que puedo hacer, si quieres...

Me hago a un lado, dejando que entre en el interior de mi despacho. No me molesto en sentarme, él por su parte, si lo hace.

Se pasa las manos por la cara, un gesto que muchas veces hago de igual forma.

—Es asombroso tu parecido...

No contesto.

—Sé que tendrás que preguntarme muchas cosas...

—¿Por qué nos abandonaste? —pregunto furioso.

Traga saliva y me mira.

—Por amor...

Asiento y suspiro.

—Por amor...—Repito sus mismas palabras.

—Si me dejas que te lo explique quizás...

Asiento absorto en mis pensamientos. No doy crédito a lo que estoy viendo.

—Antes de que tu estuvieras en la barriga de tu madre...—Mira hacia abajo como si le doliera recordarlo—, tu madre me engañó. Se lo perdoné, pero no sirvió de nada, era una tras de otra...

Me mira.

—Durante ese fatídico tiempo conocí a Marta, una alocada española que vino de vacaciones a Londres y me enamoré de ella... Cuando dejé a tu madre, ni siquiera sabía que estaba embarazada...

—Ella me dijo que nos abandonaste al poco tiempo de nacer.

Arruga su entrecejo y escupe con rabia:

—¡Eso es mentira! Ni si quiera lo sabía, ¿crees que de serlo así te hubiera abandonado? —No contesto. —No sabía ni que existías hasta hace dos días Max.

No entiendo nada. Me llevo las manos a la cabeza y paseo de un lado a otro sin saber qué hacer, ni que decir...

—¿Por qué me mentiría? —Alzo una ceja.

Sonríe.

—Tu madre no es una buena persona, nunca lo ha sido.

A mí me lo va a decir...

—Pero... ¿y Jefry? ¿Él no lo sabía?

Asiente.

—Tú hermano...—Musita apenado—, lo sabía. Sabía perfectamente cuando me fui. Él era mayor, e hizo lo mejor para ti.

—No entiendo nada...

Me llevo las manos a la cara de nuevo.

—¿Qué se supone que has venido a hacer aquí?

—He venido a intentar recuperar a mí hijo...

Me río irónicamente.

—¿Recuperarme? —Me auto señalo—. ¿En serio? ¿Tienes idea de por lo que he tenido que pasar? ¿Tienes idea de lo que tu mujer o exmujer me hizo? —Chillo con rabia.

Me mira asombrado, se levanta de la silla e intenta tocarme. Doy un paso atrás y le esquivo.

—¡No te atrevas! —Le amenazo.

—Max... ¿Qué pasó? —Se asusta.

—¿Por qué sabes que soy tu hijo si no me conoces?

Suspira.

—No eres una persona poco reconocida en Londres que se diga —suspira—, seguí tus pasos, tu gran parecido a mí me dejó impactado el día que te vi salir de esta misma oficina, hace dos días.

Le escucho atentamente.

—Investigué y vi que te llamabas exactamente igual que yo, no podía ser casualidad Max... —Me mira sin pestañear—. Busqué tu dirección y también descubrí la antigua. —Me mira—. La misma casa en la que yo viví hace treinta y siete años... Por favor... Dime que pasó—me suplica.

La ira crece en mí a pasos agigantados, no lo soporto, demasiadas emociones para seguir con esta conversación.

—Sal de mi despacho.

—Pero Max...

—¡He dicho que te vayas!

Suelto enfurecido sin mirarle.

Suspira agotado, veo como deja una tarjeta encima de mi mesa.

—Cuando quieras hablar, por favor, llámame.

No le contesto. Avanza hacia la salida.

—Te lo ruego, de haber sabido que tenía un hijo nada de esto hubiese pasado... Espero que puedas perdonarme algún día.

Con la cabeza gacha se va, dejándome más paralizado si es posible.

Contemplo la tarjeta y por extraño que parezca, la guardo en mi cartera. No sé si quiero escuchar la versión completa de mi padre, pero lo que sí tengo claro es por todo lo que pasé con mi madre, algo imperdonable...

Mi teléfono móvil suena y suspiro agotado, no estoy para más sorpresas y menos si son de este tipo.

Treinta y seis años después... Treinta y seis...

—¿Sí? —Respondo sin mirar.

—¡Tío Maxxxxx! —Chilla Lucy.

Me froto la cara.

—¿Qué pasa mi niña?

—¿Cuándo vienes? ¿Cuándo?

—Hace solo una semana que no me ves, no creo que me eches tanto de menos.

—Sí te echo de menos, pero pasado mañana es mi cumple y el de Natacha, ¿vas a venir?

Escucho un “síiiii” detrás de Lucy. Claramente es la voz de su hermana.

—No lo sé mi niña...

—Jo...—Se apena.

Noto como se mueve el teléfono y como llaman a su padre.

—Max.

—Dime...

—¿Qué te pasa?

—Que no me pasa mejor dicho.

—Uhhh, malo.

—Ha venido mi padre.

—¿QUÉ?

Pega un fuerte chillido que me deja sordo. Aparto mi teléfono inmediatamente del oído.

—Lo que oyes.

Le cuento lo poco que hemos hablado, no da crédito a lo que está escuchando.

—No me lo puedo creer...

Ni yo...

—¿Cómo está...?

—Está.

Sabe que hablo de Meg, es a la única persona a la que le pregunto por ella. Me ruega que asista al cumpleaños de las niñas y finalmente entre unos y otros, terminan convenciéndome.

Capítulo 35

Cierro los ojos durante un instante mientras los finos rayos de sol que quedan me calientan un poco. Los abro de nuevo cuando Any regresa con unas bebidas, la miro y ella sonrío de esa manera tan especial.

—Gracias—susurro cogiendo mi refresco.

—No hay de qué. Gracias a ti por quedarte con los niños esta noche.

—Oh, no te preocupes, ya sabes que los adoro—sonrío.

—¿Y tus hermanos?

—Se han quedado con Carlos, hoy no trabaja.

Cuando mi hermano mayor me dijo que había encontrado un trabajo me alegró. Nunca hubiese imaginado a Carlos haciendo una labor que no fuera tocarse las narices en el sofá o saliendo con los que supuestamente eran sus amigos...

—Any...No sé si debería pero...—Titubeo.

—Dilo sin más.

—Es que...bueno...sin querer un día me enteré que Bryan...no estaba, bueno...

—No sé cómo terminar.

Any suspira y asiente.

—¿Qué quieres saber?

—Oh, no pretendo cotillear, es solo que... ¿Lo lleva bien?

Se ríe.

—No te preocupes, no veo que seas una maruja—se ríe de nuevo—, según él—lo mira desde el otro extremo, está jugando con sus hijos—, lo lleva. Según yo, no lo lleva.

—Tiene que ser difícil.

—Lo es...Pero no podemos hacer nada. Sé que ahora muchísimo Londres. Algún día me gustaría poder volver, aunque no sé cuándo...

—Estoy segura de que todo llegará Any, ya lo verás.

Aprieto su mano, mientras ella me lanza una tímida sonrisa que dice más que mil palabras. No se merecen vivir escondidos, no es justo.

—¿Cómo estás tú?

—¿Te miento o te digo la verdad? —Ironizo.

—Me gusta más cuando me dices la verdad—se ríe.

—Mal, muy mal. —La miro. —¿Has tenido alguna vez la sensación de que no puedes vivir sin una persona?

—Oh sí, te aseguro que sí—mira de nuevo a su marido.

Me siento en mi tumbona y cruzo mis manos.

—Pues a mí me pasa lo mismo. No puedo quitármelo de la cabeza, y lo estoy pasando fatal. Todo esto, el aborto, su marcha, no sé...—Se me llenan los ojos de lágrimas—, algunas veces me dan ganas de coger un vuelo a Londres y decirle que no me moveré de su lado aunque me eche...

—¿Y por qué no lo haces?

La miro con los ojos abiertos de par en par.

—No me atrevería. Sé que lo pasaría peor, seguramente ya habrá rehecho su vida y...—Me tiembla la voz—, no quiero ser un estorbo...

Se levanta y me abraza fuertemente.

—Ay...—Suspira—, el que no pierde, no gana. Para eso estamos los amigos.

Esto último no lo entiendo, pero no le puedo preguntar, ya que su atractivo marido llega hasta nosotros.

—¿Nos vamos?

—Claro—sonríe ella enamorada.

Dos horas después una espectacular Any baja las escaleras con un vestido de seda blanco y unos tacones azules de infarto. Su marido no se queda corto, lleva puesto un esmoquin de color azul marino que le queda como un guante.

—¡Vaya! Estáis espectaculares.

—No, no, no, ella está espectacular—asegura Bryan.

—Que tonto eres—contesta Any dándole un pequeño golpe con su bolso de mano.

—Si nos necesitas llámanos Meg, tendremos los teléfonos operativos. Y recuerda que Giselle está en la casa de la vecina con sus juegos de mesa—ríe—, aunque no creo que la necesites.

—No os preocupéis, anda venga iros y disfrutar de la noche.

Ambos sonrían y se dan un beso.

—Puedes beberte todo el vino—bromea Bryan.

Me río por su comentario, mientras veo como se marchan apoyada en el quicio de la puerta. Escucho como dicen:

—¿Crees que ha sido buena idea? —pregunta Bryan.

—La mejor que he tenido desde hace mucho tiempo.

Cierro cuando se van y me siento en el sofá, cojo mi móvil y comienzo a ver las fotos. Son todas con él...

Un dolor se instala en mi pecho de nuevo, el mismo que lleva martilleándome día sí y día también. No lo soporto, no sé qué voy a hacer, pero está claro que mi vida no puede seguir de esta manera, hundida y sin salida.

Después de acostar a todos los niños, bajo las escaleras sigilosa para no despertarles, llego a la entrada y antes de ir al salón, paso por la cocina. Cojo una bebida, queso, una tabla, un cuchillo para partirlo y me siento en el sofá. De repente oigo que la cerradura de la puerta de entrada suena, agarro el cuchillo del queso y temblorosa me dirijo hacia ella. Mis nervios están a flor de piel y cuando veo que la cerradura gira completamente y se abre, levanto mi cuchillo y pego un grito del susto.

—¡AH!

—¡Joder!

Max se lleva una mano al pecho y yo me tapo la boca con el cuchillo en alto, a escasos centímetros de él.

—¡Dios! Pareces la mujer de Psicosis.

—Ay Jesús...

Me llevo una mano al corazón, bajo el cuchillo y lo dejo a la altura de mi costado. Max lleva su mano hacia la mía y me lo quita. Ese simple tacto hace que mi piel se erice.

—¿Qué coño haces con un cuchillo? —Alza una ceja.

—Estaba comiendo queso—respondo con el corazón en la boca.

Durante unos segundos nos miramos fijamente a los ojos. Me dan ganas de abalanzarme sobre y él y besarle hasta desfallecer, pero me contengo.

—Ejem—carraspea—, ¿qué haces aquí?

—Any y Bryan salieron a cenar y me pidieron que me quedara con los niños...—
Murmuro.

—Ah... ¿y Giselle?

—En la casa de la vecina...

Me quedo un momento callada. Nos miramos de nuevo y los dos al unísono decimos:

—¡Any!

Esto ha sido una encerrona, ella sabía que él vendría y no me ha dicho nada.

—¿Y tú?

—Supuestamente venía mañana para el cumpleaños de las niñas, pero Any me dijo que sí me podía quedar con sus hijos...—Gruñe.

Hago mi mueca particular con los labios.

—Bueno... Si quieres yo me puedo ir a mi casa y ya te quedas tú...

Voy a pasar por su lado pero me agarra de nuevo el brazo. Otro calambre me atraviesa la piel, me contempla, yo por mi parte sigo mirando a la puerta.

—No te vayas...

Trago el nudo de emociones que tengo en la garganta. Me quedo paralizada sin saber qué hacer, le echo tanto de menos...

Tira de mi brazo y me lleva hacia el salón. Se sienta y yo hago lo mismo a su lado. Un enorme silencio se hace dueño de la estancia...

—¿Cómo estás?

Veo como por sus ojos pasa el dolor y la tristeza. Sé en lo que está pensado.

—Bien...—Contesto con un hilo de voz—¿y tú?

—Podría estar mejor.

Asiento.

—Ayer conocí a mi padre—suelta repentinamente.

Abro los ojos en su máxima expansión.

—¿Cómo dices?

Asiente y me relata todo lo acontecido en el día de ayer, no doy crédito a lo que estoy oyendo.

—¿Y qué crees?

—No vi que me mintiera, pero no lo sé...a estas alturas ya no se nada.

—Si me permites el consejo, creo que deberías de hablar con él, quizás consigas entenderlo.

Asiente de nuevo. Esto está siendo más incómodo de lo que pensaba, entre los silencios y las ganas de abalanzarme contra él que tengo, me va a ser imposible quedarme aquí mucho tiempo.

—¿Cómo llevas el trabajo?

—Muy bien—una sonrisa aflora en mis labios.

—¿Y esa sonrisa?

Parece preocupado pero lo disimula rápidamente.

—Bueno...El trabajo me gusta y...es igual.

Le resto importancia.

—Has...has conocido a alguien supongo...

Me quedo en silencio durante unos segundos y suspiro varias veces.

—¿Quieres algo para cenar?

Se ríe.

—Menuda táctica de distracción, no, no quiero nada gracias.

Su sonrisa me deslumbra, pero no la imito. No tengo fuerzas para hacerlo. Sí, he conocido a un chico, apenas nos hemos tomado dos cafés, trabaja conmigo, es un buen muchacho, pero no hay ni ha habido nada más.

—Voy a subir a dejar mi equipaje, enseguida vuelvo.

—Claro, yo iré a ponerme el pijama también.

Subimos las escaleras en silencio, me dirijo a mi dormitorio y al entrar me apoyo en la puerta durante unos segundos. Esto es demasiado duro...

Después de esperar durante unos minutos, para que Max esté abajo y no tener que encontrármelo de nuevo arriba, me encamino hacia el cuarto de baño, necesito una ducha para poder refrescar mis ideas. Sumida en mis pensamientos entro y doy un bote cuando le veo desnudo.

—Lo siento, lo siento.

Me giro para irme pero de nuevo su mano agarra mi brazo.

—No es la primera vez que me ves desnudo, no creo que te incomode tanto.

Todos mis sentidos y mi sexo empiezan a tomar un ritmo asustadizo. Me gira y miro sus bonitos ojos. Toca mis mejillas durante unos segundos, mientras profundiza en su mirada.

—Te he echado de menos...—Susurra pegado a mi boca.

Me quedo mirando fijamente sus bonitos y finos labios. La piel se me eriza de nuevo cuando siento su mano tocando mi brazo de arriba abajo.

—Max...

Siento sus labios unirse a los míos, haciendo que se convierta en un beso desesperado y deseado por ambos. Nuestras lenguas juegan juntas negándose a separarse, mi corazón late desbocado y temo morir en cualquier momento. Pongo una mano en su pecho y me separo de él intentando poder respirar y pensar como es debido.

Sin decirnos nada más, salgo del cuarto de baño y me dirijo a mi dormitorio, unas lágrimas empiezan a caer de mis ojos y termino en un llanto desgarrador.

Capítulo 36

Doy una vuelta en el cama...y otra...y otra... y sigo así hasta que a las tres de la mañana me canso. Me siento de golpe soltando un fuerte suspiro.

—¡Joder! —Musito.

Destapo mi cuerpo desnudo y me levanto, doy un par de vueltas por mi habitación, pero este tormento parece no querer irse de mi mente.

Una semana, solo ha pasado una semana y parece que ha sido toda una vida. No puedo estar sin ella, no puedo vivir veinticuatro horas con su cara en mi cabeza y mucho menos puedo estar a dos pasos de su habitación sin poder tocarla, esta incertidumbre va a terminar conmigo.

Abro la puerta sumamente despacio para no hacer ningún ruido, miro a ambos lados del pasillo, todo está apagado. Any y Bryan aún no han llegado y Giselle tampoco, por lo tanto, seguimos solos.

Me encamino a la puerta de su dormitorio, la abro como hice con la mía y me la encuentro encima de la cama con un fino camisón de seda. Por la luz que entra desde la calle puedo ver una montonera de pañuelos al lado de la cama... Ha estado llorando sin duda. Se me parte el alma con ese simple pensamiento, no quiero que sufra y mucho menos por mí.

Me aproximo a ella de manera sigilosa, la contemplo durante un largo rato, no sé qué hacer, ni cómo reaccionar. Me paso una de mis manos por la cara, veo como abre los ojos y me mira.

—¿Qué haces aquí Max? —Pregunta soñolienta.

Suspiro un par de veces.

—Meg...—Resoplo. —Parezco un puto niño colándose en tu habitación a las tres de la madrugada. ¡Esto es increíble! —Me desespero.

Se incorpora quedándose sentada en el filo de la cama. Su cara se queda a escasos centímetros de mi miembro y eso no hace nada más que llamarle la atención de manera enloquecedora.

—¿Y vienes desnudo? —Arquea una ceja.

Elevo mi cabeza y la deajo caer de nuevo.

—No sé qué demonios estoy haciendo...

Me giro resignado y enfadado conmigo mismo, pero antes de que pueda dar un paso me agarra del brazo. Se levanta de la cama y cuelga sus brazos en mi cuello, me sorprende su reacción y creo que a ella también.

—Te he extrañado demasiado Max...—Susurra con un hilo de voz en mi boca—. Pero te recuerdo que tú te marchaste...—Asegura al borde del llanto.

La miro a los ojos durante lo que parece una eternidad.

—Y ha sido el mayor error que he cometido en mi vida...

Unas lágrimas caen de sus ojos, las recojo con mi pulgar y las beso seguidamente con mis labios.

—No quiero que sufras por mi culpa.

—Sufriré igual si no estás a mi lado Max.

Sin esperar ni un segundo más beso sus labios con pasión, la devoro y aprieto su cuerpo contra el mío para que nunca más se pueda separar de mí, de mi alma.

Bajo mis labios por su cuello, toco su pecho y con mi mano comienzo a hacer círculos alrededor de la tela de su fino camisón. Suelto los enganches en la parte superior de la prenda y deajo que se deslice por su cuerpo, dejándola completamente desnuda.

Tumbo su esbelto cuerpo en la cama, me incorporo y beso centímetro a centímetro su piel.

—No pienso dejar un solo rincón en tu piel sin besar—musito.

Arquea la espalda cuando paso mis dedos por su empapado sexo, los introduzco y lentamente comienzo un baile con ellos, volviéndola loca.

Bajo un reguero de besos, deslizo mi boca por su abdomen, me recreo un rato en su ombligo y seguidamente me desplazo a la cara interna de sus muslos. Noto como eleva sus caderas cuando reparto pequeños mordiscos en ellos.

Pongo mi lengua en su abultado clítoris haciendo círculos sin descanso durante un rato, noto como su cuerpo comienza a temblar y paro mi ataque para presionar con mi dedo la misma zona, mientras que mi lengua experta se pasea por todo su sexo de arriba abajo haciéndola enloquecer.

Explota en mil pedazos, su flujo recorre mis labios y yo mismo me encargo de extenderlo por su cuerpo hasta llegar a su boca. Nos besamos con frenesí, ella agarra mi miembro y lo masajea en repetidas ocasiones deslizando mi piel.

Cojo sus manos y las elevo por lo alto de su cabeza, entrelazando las mías. Alza sus piernas y las enrosca en mi cintura. Con sumo cuidado me introduzco en ella moviendo mi cuerpo a un compás que no quiero que termine jamás.

Como la he añorado...

Aprieta mis manos incesantemente, cuando noto que tiembla de nuevo, al igual que yo. Mis facciones se endurecen, nuestros sexos chocan con lujuria y un sinfín de emociones bulle de nuestros cuerpos al explotar en mil pedazos.

Tumbo mi cuerpo de manera que ella queda encima de mí, la miro a los ojos sin salir de su interior, me contempla expectante.

Agarro su cuello y tiro de él hasta que nuestras bocas se unen de nuevo. En un susurro, repito las mismas palabras que tiempo atrás me dijo:

—*Incítame...*

Toco su cara repetidas veces mientras me mira, bajo los tenues rayos de sol que entran por la ventana.

—¿Estás cansada?

Niega con la cabeza y sonrío.

—Tengo ganas de ti.

—¿Más? —Me río.

Me da un pequeño golpe en el hombro, lo que hace que suelte una carcajada aún mayor.

—Creído...

—¿Pero con motivo o sin él?

—Eso nunca te lo diré—sonrío.

—No hace falta, lo veo.

Me destapo con aires de chulería y siento como me da un palmetazo en el trasero. Achico los ojos y tiro de su pie hasta que queda en el filo de la cama. Se revuelve y se

ríe a la vez, mientras intento coger sus manos.

—Creo que voy a tener que enseñarte modales...

—¡Claro! Se me olvidaba que a las personas mayores hay que tenerles un respeto—ríe a carcajada limpia.

Asiento con cara de enfado, pero no puedo disimular la sonrisa que nace en mis labios.

—Te vas a enterar...

Media hora después de tratar el asunto tan importante que tenía con Meg, bajo a la cocina donde me encuentro a Any con una taza de café en las manos.

—Buenos días—canturrea.

Veo como sopla su taza, me acerco a ella de manera peligrosa con mis brazos en jarras. Cuando estoy a su altura me mira a través de sus pestañas, parece una niña buena.

—A mí no me engañas con esa cara de: “no he roto un plato en mi vida”.

—¿Yoooo? No sé de qué me hablas.

Sigue soplando su café y mira hacia la puerta de la cocina cuando se abre, es Meg. Lleva una camiseta mía puesta y debajo de ella puedo apreciar unas simples bragas.

Llega hasta Any con una deslumbrante sonrisa y la abraza.

—¡Uh! Que me tiras el café—se ríe.

Le da un montón de besos en la mejilla y Any se ríe sin parar.

—Gracias, gracias, gracias...

—¡Meg! Ja ja ja, ese es el espíritu, no la cara que trae este—me señala.

Arrugo el entrecejo. A los dos segundos entra Bryan con la misma sonrisa que la que tenía su mujer ahora mismo. Meg al verle, se mira las piernas y se sonroja.

—Ahora vuelvo...voy...a ponerme algo.

Bryan se ríe. Sale de la cocina pitando y nos deja a los tres solos. Cruzo los brazos a la altura de mi pecho.

—Veo que a ti no te da vergüenza plantarte en la cocina con el bóxer—reniega Bryan.

—Ya nos conocemos...

—Sí, eso no quita que mi mujer te esté mirando de arriba abajo en este mismo instante.

—¡Oye! Que no se había dado cuenta—ríe Any.

—Esta mañana estás muy risueña ¿verdad? Creo que alguien me debe una explicación...—Los miro a los dos.

Ambos miran a diferentes sitios de la cocina, ¡esto es increíble! Toco el hombro de ella.

—Estoy seguro que todo ha sido inventado por ti.

—No sé de qué estás hablado—se hace la loca.

—Ya, ya...Bryan no tiene tanta incentiva.

—¿Me estás llamando tonto? —Se ofende.

Pongo los ojos en blanco y le hago un gesto con la mano para que se calle.

—Annia Moreno...—Me impaciento.

—¡Ay señor! Deja de ser tan cascarrabias y disfruta de lo que tienes, pesado.

Se va de la cocina y da un fuerte portazo. Bryan me mira.

—Encima eres desagradecido—se mofa de mí—, verás la que te va a caer...

Giselle entra en la cocina y pega un bote cuando me ve. Se tapa los ojos y sigue hacia la encimera.

—Por Dios hijo, tápate ese cuerpo que una ya tiene una edad...

—¿A que estoy bueno? —Sonrío.

—¡Eh! No se te ocurra pasarte con mi madre—me amenaza Bryan.

Me acerco a Giselle mientras me rio de mi amigo.

—Querida Giselle—la cojo de la mano, ella me mira riéndose.

—Dime hijo.

—Cuando quieras te hago un striptease—susurro en su oído, pero lo justo para que Bryan lo oiga.

Me tira el trapo de cocina mientras yo río como un degenerado. En ese momento entra Meg arreglada y bien vestida.

—¿Sabes hacer striptease? —pregunta con chulería.

—Te sorprenderías—contesto en el mismo tono.

—Oh...seguro...ja ja ja.

Alzo una ceja y me dirijo hacia ella. La cojo por la cintura y le doy la vuelta. Me mira sonriente pero a la misma vez con cierta vergüenza, dado que hay dos personas más mirándonos.

—¿Tú sabes hacer un striptease?

Asiente. Me sorprendo y me enfado a la misma vez.

—¿No se lo habrás hecho a nadie, no? —Arqueo una ceja.

Niega con la cabeza.

—Jum...—Reniego.

—¡Por favor! En la cocina no, que comemos—suelta repentinamente Bryan.

Le miro y digo sin pensar que esta Giselle con nosotros.

—¡Ni que tu no lo hubieras hecho en la cocina!

Giselle abre los ojos de par en par, Meg se pone colorada como un tomate y yo me río como un descosido.

—Creo que en esta conversación voy sobrando, ahora vuelvo a por mí café.

Bryan contempla y niega energéticamente.

—Eres un salido.

—Tu no...

Me saca un dedo de manera vulgar y antes de salir dice:

—No te preocupes Meg, ya nos irás conociendo.

Sale de la cocina tan pancho, vuelvo mi vista hacia la mujer que tengo en mis brazos.

—¿Te vas?

—Claro, no tengo el privilegio de tocarme las narices—se ríe de mí.

—¡Oye! Que yo también trabajo aunque sea desde aquí.

—Ya...

—Si quieres podemos trabajar juntos...—Murmuro roncamente mordiendo el lóbulo de su oreja.

—¡Ya! ¡Ya! Déjame...

—Mmm...no quiero...

—¡Max!

Me aparta de un empujón riéndose.

—Luego nos vemos, llego tarde.

Deposita un casto beso en mis labios, que finalmente se termina alargando más de la cuenta.

—Max Collins...suéltame.

Renegando me aparto de ella, no sin antes darle un nuevo beso.

—Te quiero...

—Más te quiero yo...—Asegura.

—¿No quieres que te lleve?

—¡No! —Grita Any entrando de nuevo—, ya la llevo yo, o si no, no llegará nunca a la oficina.

Las dos preciosas mujeres salen de la cocina, miro mis pantalones y veo que tengo un bulto entre las piernas. Esta mujer va a terminar conmigo...

Capítulo 37

Nos dirigimos en el coche de Any hacia mi trabajo, mientras tanto las dos hablamos sobre Max y lo contenta que me encuentro en este instante, por fin, mi vida vuelve a tener sentido. Llamo a Carlos y le informo de que mi amiga pasará a recogerles en media hora, Any necesita ayuda para preparar todo lo del cumpleaños de las niñas y al ser sábado, Carlos no tiene que trabajar.

—No te he contado una cosa Any...

—Huy... Ese tono no me gusta.

—Verás, hace unos días quedé con un compañero de trabajo, no ha pasado nada —me apresuro a decir esto último—, pero creo que se está haciendo ilusiones. Me ha invitado a otro café hoy...

—¿Qué vas a decirle?

—Pues que no puede ser, que lo siento mucho. Creo que se está confundiendo.

—¿Tú le has dado motivos para que se confunda? —Me mira.

Niego con la cabeza.

—Te puedo asegurar que ninguno.

Llegamos a las oficinas y Any sube conmigo. Algunos de los empleados de mi planta la saludan alegremente y preguntan por su día a día.

—¡Hola! —Saluda alegre Manuel, mi jefe y el suyo cuando trabajaba aquí.

—Hola Manuel—le da un fuerte abrazo.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—No me puedo quejar, además, menuda secretaria tenemos en esta sede.

Me abraza y sonrío.

—No será para tanto—aseguro.

—Oh, sí que lo es querida. Por cierto Any, tengo una proposición que hacerte.

—Te escucho—le dice mi amiga.

—Sé que estás acomodada aquí y no sé si será muy reciente, pero me gustaría que algún día tratáramos el tema de Londres. Mi hijo se quiere trasladar a Estados Unidos y necesito a alguien al frente de la empresa allí...

Any sonríe.

—Y has pensado en mí. —Termina la frase por él.

—Efectivamente.

Any suspira.

—No lo sé Manuel, de momento no tengo planes para trasladarme, pero si no es inmediato, ya se verá.

—Claro, entiendo que sea difícil, por eso te aviso con tiempo, piénsalo.

Any me mira de reojo y asiente con una tímida sonrisa. Manuel nos deja solas y desaparece por la puerta de su despacho.

—Uff...—Se frota la frente.

—¿Estás bien?

—Sí, Meg, por favor, no le digas nada de esto a Bryan, si se lo digo querrá hacer la maleta y marcharse y todavía no es el momento...

—No te preocupes, seré una tumba.

Mi compañero Alfredo entra en la oficina. Es un chico más o menos igual de alto que yo, tiene los ojos verdes y un cuerpo bonito, es atractivo a simple vista y simpático.

—Es él...

Any se gira y le ve.

—Es guapo.

—Sí, pero...

—No es Max—termina de nuevo por mí.

—Ajá...

Alfredo llega a nuestra altura, me saluda y mira a Any, quien presento al instante.

—Encantado—dice dándole dos besos—, Meg, cuando puedas quiero preguntarte una cosa sobre un proyecto que tengo entre manos con un cliente.

—Claro, ahora mismo voy.

Me despido de Any y le prometo no tardar. La acompaño hasta el garaje y veo como se marcha. Al subir me siento en mi sillón y comienzo un duro día de trabajo.

La oficina no está nada mal, es una de las mejores calles de todo Cádiz, hay montones de tiendas y cafeterías alrededor, por lo cual es una zona bastante céntrica. Tiene cuatro plantas más el garaje, el edificio entero es de Manuel. Mi mesa está justamente en la entrada, mi trabajo es atender al público y derivarlo con el departamento pertinente entre otras cosas, algo que estoy empezando a adorar.

La estancia en sí, está decorada con el máximo detalle, mis compañeros me contaron que cuando abrieron la sede aquí, uno de los decoradores de Londres se encargó personalmente de todo. Todos los sillones son en color negro y las mesas de cristal transparentes, hay montones de plantas y adornos por toda la estancia, todo está sumamente cuidado.

Alfredo se acerca a mi mesa con una cara extraña cuando estamos a punto de cerrar, no entiendo nada hasta que de detrás de él, saca un ramo de rosas. Mis ojos se abren de par en par.

—Esto es para ti Meg...

—Eh...—Me paralizó. —Gra...gracias, pero creo que te estás confundiendo Alfredo, yo...

—Meg me tienes cautivado, no sabía cómo decírtelo, pero no aguanto más esta agonía de callárme-lo.

—Alfredo, siento mucho esto pero...

—Podemos intentarlo, verás cómo funciona, eres una chica excepcional y yo sabré como cuidarte—asegura.

Me levanto de mi asiento y me pongo a cierta distancia de él, mientras sigue manteniendo el ramo de rosas hacia mí.

—Yo... lo siento si te has creado una ilusión falsa, pero no era lo que pretendía...

Veo como se acerca apresuradamente hacia mí, me deja las rosas en la mano y

acerca su boca a la mía. Retrocedo un poco hacia atrás, pero antes de que consiga llegar a mis labios, una mano lo aparta, empujándole hacia atrás.

—Gracias, pero ya la cuido yo—bufa Max con un cabreo considerable.

Me quita las rosas malhumorado lanzándoselas a Alfredo. El pobre le mira acojonado, al ver a un gigante que le saca casi dos cabezas mirándolo enfadado. Trago saliva...

—Alfredo este es mi...mi...—No sé qué decir.

—Mí...—Repite Max asintiendo y echando humo hasta por las orejas.

—Hola...—Susurra Alfredo con un hilo de voz.

Max achica los ojos, se gira y le mira de arriba abajo.

—Puedes regalarle las rosas a otra, Meg ya tiene marido, así que, por la cuenta que te trae, no me cabrees...

¿Qué ha dicho? ¿Marido?

—No...no...sabía que estaba casada...—Balbucea.

—Oh—ironiza—, sí que lo está.

Tira de mi brazo en dirección a la salida.

—Adiós Alfredo—consigo decir antes de que me arrastre escaleras abajo.

El pobre levanta la mano sin decir ni mu. No me extraña, lo ha dejado traumatizado... Mi amor platónico no se molesta ni en coger el ascensor, decide bajar las cinco plantas hasta llegar al garaje por las escaleras haciendo juramentos.

—Pobre, va a soñar contigo durante un mes...

Se para de golpe y me mira.

—No seas tan graciosa—me ladra.

—¡Oh Max! ¡Venga ya!

—Ni venga ya ni ostias, estaba ligando contigo.

—¿Y qué más da? Le iba a poner las cosas claras antes de que llegaras tú.

—Ya...—Responde con desgana.

Llegamos al coche, lo abre y antes de entrar me da un salvaje beso que me deja

sin respiración.

—Por cierto...—digo pegada a sus labios. —¿Tú no decías que no te querías casar? ¿A qué ha venido eso?

Se separa un instante de mí, abre la puerta trasera del coche, me empuja para que entre y me pone a horcajadas encima de él. Mi vestido se remanga lo suficiente hasta quedar a mitad del muslo.

—Quiere decir qué como a alguien se le ocurra ponerte una mano encima...— Bufa—, y encima... ¡Iba a besarte!

Pongo los ojos en blancos.

—No iba a permitirlo Max.

—Mejor que no te haga la pregunta que me está rondando la cabeza...

Le miro, está enfadado, mucho. Hombres...

Me quito de encima de él y me siento al lado, me mira extrañado, pongo mi mano en lo alto de su miembro y lo masajeo. Achica los ojos.

—¿No estarás intentando desviar el tema?

Niego con la cabeza. Bajo su cremallera y desabrocho el primer botón de su pantalón, me incorporo hacia delante y me observa.

—Meg... Estamos en el aparcamiento, ¡de tu trabajo!

—¿Y?

—¡Por Dios! ¿Cómo eres tan descarada?

Intenta apartarme, le doy un manotazo y levanta las manos a modo rendición.

—Estoy muy enfadado. Me da igual lo que hagas.

Sonrío, mientras toco su miembro arriba y abajo sin parar.

—No me he acostado con él, no le he dado ni un simple beso. Solo nos tomamos dos cafés la semana pasada, como compañeros.

Antes de que pueda contestarme y sin saber de dónde sale esa valentía, me agacho e introduzco su erección en mi boca. Chupo un par de veces para después pasar mi lengua por toda su longitud, «*es imposible que esto entre en mi boca entero...*» Murmuro para mí misma.

Oigo como jadea un par de veces y de reojo veo como echa su cabeza hacia

atrás, le gusta. Con una de mis manos muevo su envergadura a la vez que profundizo en mi ataque. Su tacto suave y su sabor salado se impregna en mis labios, poco a poco voy agilizando mis movimientos hasta que noto como se tensa dentro de mí. Max agarra mi pelo e intenta separarme pero no lo permito, avanzo más fuerte sin descanso.

—Joder Meg...—Gime.

Seguidamente noto como un líquido caliente atraviesa mi garganta, lo trago sin pensar y sigo hasta que sé que culmina por completo. Relamo mis labios y suelto mi pelo con la mano que lo tenía sujeto. Me coge de los brazos y eleva mi cuerpo hasta ponerme en lo alto de él. Besa mi boca con ferocidad antes de susurrar agitado:

—¿Qué ha sido eso?

—¿De verdad quieres que te lo diga? —pregunto riéndome.

Echa su cabeza de nuevo hacia atrás, intentando estabilizar su respiración.

—Vas a matarme...—Asegura.

Un poco avergonzada hago mi mueca particular con los labios, los pongo en forma de “o” o de morritos.

—Max...—Le llamo tímidamente.

Suspira y me mira. Alza una ceja al ver mi cara.

—¿Qué pasa?

—Pues...—Titubeo—, que...es que...

—Meg...—Empieza a perder los nervios.

Siento como mis mejillas arden.

—¿Por qué te estás ruborizando? —pregunta sin entender mi comportamiento.

Miro a ambos lados y lo suelto sin pensar.

—¿Lo he hecho bien?

El corazón se me encoje en un puño. Aunque se haya corrido y parezca que lo ha disfrutado, puede que no sea así y es algo que me preocupa bastante. Arruga los ojos un poco y me mira ojiplático.

—¿Qué sí qué? —pregunta de nuevo.

—Max...—Me retuerzo las manos y me río nerviosa—, es que yo...no he hecho

esto nunca...

Ahora alza las dos cejas, cuando creo que va a contestar suelta una enorme carcajada que me deja paralizada.

—¿En serio?

—Sí. —Ahora la que arruga el entrecejo soy yo.

—¡Ay Dios mío, donde estabas! —Suelta mirando al techo.

Me coge por la cintura y me tumba en el sillón.

—Creo que aún tenemos unos minutos para llegar puntuales al cumpleaños, te voy a decir como lo has hecho...

Mis ojos brillan, los de él más. Me preparo para el Max bestia y feroz que tanto me gusta.

Capítulo 38

—¡Vamos hombre! —Chilla Bryan desde el jardín.

Meg se vuelve a ruborizar.

—Tranquila...

—Es que no me acostumbro, parece que os miráis y sabéis que habéis estado haciendo.

Me río.

—Sí, suele ser telepatía.

Ayudamos a sacar todas las cosas al exterior, mientras los niños juegan descontrolados por todo el jardín. Bryan pega un grito diciéndoles que no se acerquen a la piscina. Enseguida escucho como José, el hermano más pequeño de Meg, le dice a Lucy:

—Vaya genio tiene tu padre...

—Sí, es un poco gruñón.

Any que lo oye, a escondidas de ellos suelta una abrutada carcajada. Se limpia las lágrimas, mientras su marido llega echando fuego por la boca.

—Y tú quieres tener más niños...—Murmura ella.

—Estoy empezando a planteármelo...—dice con desgana.

Any sube un puño en señal triunfadora y me tengo que reír. Meg ensimismada en los niños murmura:

—Después no los cambias por nada del mundo...

Creo escuchar en su tono de voz una profunda tristeza, algo que me parte el corazón de nuevo. No sé si algún día podrá volver a repetirse, o mejor dicho, podré volver a tener tanta suerte.

Any y Bryan se miran por un momento, de reojo veo como me observan. Ella

intenta mostrar una sonrisa mientras sale de la cocina con su esposo. Abrazo a Meg por detrás.

—Me duele verte así.

Se queda callada durante un instante.

—Lo siento Max, no pretendía...

—No te preocupes—la corto, me pongo delante de ella y cojo su cara con ambas manos—, si no es hoy será dentro de un año, o de dos, o quién sabe...

Miro hacia el suelo de nuevo entristecido por la maldita suerte que tengo. Iba a tener un hijo y lo perdí por necio.

—Max...—Alza mi cara.

—Lo siento Meg, todo fue por mi culpa y créeme si te digo que me martirizo por ello todos los días.

Mis ojos se nublan y ella se da cuenta.

—Eh, eh, ya está. No fue culpa de nadie, no te atormentes por ello. Tenemos todo el tiempo del mundo—asegura.

Suspiro, coge mi cara con ambas manos y me besa con dulzura.

—Te quiero Max, para todo hay una solución, no te atormentes más. Vamos—cambia su tono—, ¡tenemos que celebrar un cumpleaños!

Sonrío y salgo cogido de su mano al jardín. Mis niñas me esperan.

Después del cumpleaños decidimos marcharnos a casa de Meg, Carlos y los niños se han quedado en casa de Any y Bryan casi por obligación de los anfitriones.

—He de admitir que Any es una experta haciendo tartas—asegura Meg.

—Oh sí, se le dan de maravilla. ¿Dónde quieres ir a cenar?

—Me da igual, tampoco es que tenga mucha hambre. Si quieres nos preparamos algo en casa.

Me mira con ojos de deseo. Asiento y pongo rumbo a su casa. Al llegar me pide que me espere un momento en la puerta, no entiendo nada hasta que a los veinte minutos entro.

Todo el salón está a oscuras, excepto por la tenue luz de millones de velas

repartidas por el suelo. Hay una silla donde anteriormente estaba la mesa baja del salón, al lado una botella de champán y dos copas de cristal.

Coge mi corbata y tira de mi bajo mi asombro hasta que llego a la silla, me siento y miro de nuevo a la mujer que tengo delante. Alzo una ceja cuando veo que lleva un picardías rojo pasión y un ligüero atado a un diminuto tanga. Sus exuberantes pechos me llaman la atención al no llevar ningún tipo de sostén debajo. La fina tela se transparenta de una manera enloquecedora.

—Meg...—Me aclaro la garganta. No es para menos...

Se da la vuelta y se dirige hacia lo que parece un equipo de música.

—Dijiste que si sabía hacer un striptease, ¿no?

—Ajá...—Murmuro.

Por muy idiota que parezca, no me salen las palabras, ¿todo esto lo ha preparado ella? ¿Para mí?

La música comienza a sonar al ritmo de Nicky Jam y su canción: Ay vamos. Contemplo extasiado como mueve sus caderas, mientras lentamente comienza a desabrocharse el picardías. Se dirige hacia a mí, desanuda un poco mi corbata y baila sobre mis piernas de manera provocadora, al levantarse se queda justamente enfrente. Quita la prenda de su cuerpo y la lanza a mi cara, la aparto para poder seguir viendo el espectáculo, noto como mi pantalón empieza a apretarme y mi respiración se vuelve descompasada.

Sus pechos se mueve apetecibles bajo sus increíbles movimientos, la canción se vuelve más sensual si cabe. Ella baja su cuerpo hasta llegar al suelo y vuelve hacia arriba, viene de nuevo poniéndose a horcajadas encima. Sus pechos me rozan el rostro y me llevan a la locura, agarro uno con mi boca y tiro de él. Se aparta y niega con uno de sus dedos. Da la vuelta y sube sensualmente hasta que su trasero roza mi erección. Creo que el pantalón me estallará en cualquier momento.

Pone una de mis manos en el ligüero y suelta uno con una agilidad increíble. Alza una de sus piernas sin dejar de bailar y la coloca en medio de mi entrepierna, tengo que dejarle hueco para que lo haga.

Mis pensamientos van a dos mil por hora, me cautivan sus movimientos eróticos de tal manera que creo perder la razón. Al encaminarse de nuevo hacia mí, me levanto y la siento en la silla, asombrada me mira, yo sonrío provocador.

—Me dijiste que si sabía hacer un striptease...—repito lo mismo que minutos antes me dijo ella.

—Ajá...—me imita con una sonrisa deslumbrante.

Tranquilamente, abro la botella de champán y le doy un trago. Me giro y al mismo ritmo de la música sensual que vuelve a repetirse, desato mi corbata.

La paso de un extremo a otro por su cuello, la beso y vierto un poco del contenido de mi boca en la suya, observo como lo traga extasiada. Desabrocho mi chaqueta y la tiro a un lado. A continuación como todo un experto y sin vergüenza alguna, voy desabrochando mi camisa muy despacio.

Me acerco a ella con el pecho descubierto, abro mis piernas haciendo que quede en medio de mi cuerpo. Cojo su mano y la paso repetidas veces por todo mi torso, con su mano delinear todos los músculos de mi pecho. Me mira expectante. Doy la vuelta mientras muevo mi cuerpo eróticamente encima de ella, desabrocho mi cinturón haciendo un giro de ciento ochenta grados. Se ríe.

Lo tiro y desabrocho mis pantalones hasta quedarme con el bóxer. Voy de nuevo hacia ella, agarro su mano haciendo que se levante. Bailamos al ritmo de la música mientras tiro de la única que prenda que queda en mi cuerpo. Consigo quitarla sin ningún esfuerzo, me froto contra su cuerpo en repetidas ocasiones. La dejo en mitad del salón y me dirijo hacia ella. Lleno las copas con un poco de champán y la miro...

—Creo que el bailecito ha terminado...—Murmuro en su oído.

Doy un pequeño mordisco en el lóbulo de oreja.

—Sí, yo lo creo también...—Asegura entrecortada.

Le paso su copa, nos miramos.

—Por una eternidad a tu lado—sonrío.

Bridamos tan fuerte que el champán se desborda de la copa, bebemos un sorbo y sin miramiento y con una conexión que jamás hubiera imaginado, tiramos las copas hacia atrás.

Los cristales suenan estridentes en el salón.

—¿Telepatía? — pregunta picara.

—Quizás...—Sonrío—, te ha quedado una prenda—la miro pensativo—, pero creo que esa, ya te la quito yo...

La cargo en mis brazos y a grandes zancadas llegamos a su dormitorio, al abrirlo veo que está plagado de velas igual que el salón, en la cama puedo observar que hay un montón de pétalos de rosa tirados encima de la colcha.

—Guau...—Murmuro sin saber qué decir.

—Pensaba llamar a mi bombero particular si se quemaba la casa—comenta haciendo una mueca graciosa con los ojos.

Me tengo que reír.

—¿Y cómo dices que se llama tu bombero?

—No te lo he dicho.

Asiento, una sonrisa comienza a florecer de mis labios.

—Creo que he cambiado de profesión. ¿Decías que tenía que apagar algún fuego?

Alza una ceja coqueta y asiente con una sonrisa deslumbrante en sus labios. Tengo trabajo...

A mitad de la noche un ruido me despierta, pero por extraño que parezca, me vuelvo a dormir.

Un dolor de cabeza mortífero me martillea, abro los ojos y al girarme a mi derecha veo un pañuelo, palpo con mi mano el hueco donde Meg estaba durmiendo y noto que está vacío. Me incorporo un poco, cuando quiero mirar al frente me encuentro a Odet apuntándome con una pistola.

Capítulo 39

Aturdido abro los ojos por completo cuando veo a mi hermanastra.

—¿Odet?

Me lanza la ropa a la cara, la aparto cuando lo hace y me quedo asombrado mirándola.

—¿Dónde está Meg? —pregunto asustado.

—¡Vístete idiota!

Me levanto de la cama sin miedo alguno, aunque sé de sobra que me está apuntando con un arma.

—Como des un paso más la mato.

De la nada aparece un hombre con Meg agarrándola del pelo. Está amordazada con las manos atadas a la espalda.

—¡Suéltala ahora mismo! —Bufo lleno de impotencia.

—Si me obedeces y vienes conmigo no le pasará nada. ¡Vístete!

Hago lo que me pide a la velocidad del rayo. De reojo contemplo como Odet mira cada parte de mi cuerpo, ato mi pantalón bajo su insinuante mirada.

—He de decir que estás bien dotado—asegura con una sonrisa.

—Estás como una puta cabra...—Siseo.

—¡Vamos! —Alza su arma para que me dé prisa.

—Baja la pistola, no será necesario—añado entre dientes.

Veo la cara de Meg, sus ojos rojos me dicen que ha llorado más de la cuenta, no observo ningún moratón por lo menos las partes que veo. Menos mal que lleva una camiseta puesta...

—¡Nos vamos! Tú—llama al tipo que tiene a Meg—, suelta a su zorra.

El hombre la tira de manera despectiva al suelo, achico los ojos y doy dos pasos hacia él. Odet me pone la mano en el pecho.

—No te conviene hacerte el chulito hermano...

—Yo no soy nada tuyo. —Afirmo con furia.

—Muy bien, ya me lo dirás después.

Una malvada risa sale de su garganta. Tira de mi brazo pero me resisto, pone la pistola en mi cabeza, Meg intenta chillar y llora sin control. El hombre que acompaña a Odet con pinta de matón da una patada a la espalda de Meg, lo que hace que se tambalee hacia delante.

—Cómo la vuelvas a tocar te mato—le amenazo.

—¿Estás sordo? —Me chilla en el odio—. ¡Nos vamos!

—¡Espera joder!

Me suelto de su agarre cuando vuelve a tirar de mi brazo. Me agacho para estar a la altura de la mujer más bonita que he visto en mi vida. Le quito la cinta adhesiva de la boca y desato sus manos.

—¿Quién te ha dicho que hagas eso?

Odet da un golpe en mi cabeza con el arma, me giro y la aniquilo con la mirada.

—Te he dicho que iré donde quieras, pero ella se queda aquí—afirmo—, si no, ya puedes matarme.

Me levanto, agarro su mano y coloco el arma en mi pecho. Meg da un grito que me desgarrar el alma.

—¡Nooo!

Se levanta del suelo y me empuja de nuevo hacia el dormitorio. Odet nos mira desde la puerta, Meg me abraza, apenas sin poder hablar debido al llanto me suplica:

—Por favor no vayas Max, no vayas...

Cojo su cara con ambas manos y limpio las lágrimas que puedo.

—Tranquila, tranquila.

La abrazo de nuevo contra mi pecho, beso su pelo mientras ella me suplica sin parar que no me marche.

—No has oído lo que yo... Max por favor, no vayas...—Agarra mi camiseta.

Mi cuerpo tiembla de la impotencia, pero no permitiré que le pase nada. Antes moriré...

—No tengo todo el día Máximo...—Se desespera Odet.

Cojo su cara entre mis manos y la beso con fuerza.

—Escúchame Meg, no hagas ninguna tontería, volveré...

—No lo tengas tan claro—asegura mi secuestradora en cierto modo, con saña.

—No, no, no...—Tira de mi camiseta cuando comienzo a apartarme.

—Te juro que volveré a por ti, te lo juro—la beso.

Me abraza de nuevo e intenta no separarse de mí.

—Iré contigo, iré contigo...

—No. —Sentencio.

Odet tira de mi brazo y el frío invade mi cuerpo al separarme de ella.

—¡Maxxx! —Chilla.

El matón se pone en la puerta para que no pueda salir detrás de mí.

—¡Maxxx!

Su voz desgarradora me parte el alma, al salir de la vivienda, el hombre viene detrás y cierra la puerta tras de sí.

—Bien Máximo, tenemos que coger un avión.

La miro con mala cara, sé a dónde vamos. A un sitio, donde me juré que jamás volvería.

Después del viaje y el largo camino hasta la casa que me vio nacer, nos paramos en la puerta. Sigue igual...

Su fachada rojiza no ha cambiado en absoluto. Por fuera se ve conservada en perfectas condiciones, los bordes de las ventanas están bastante desgastados por el tiempo y puedo apreciar algunas modificaciones de la decoración en el porche.

—Te trae buenos recuerdos, ¿eh?

Miro a Odet con odio.

—¿Qué sacas tú con todo esto?

—Tener a tu madre contenta—sonríe malévolamente.

—¡No es mi madre! —Escupo con rabia.

Suelta una carcajada y me empuja.

—Camina, no tengo todo el día.

Mis pies tocan la madera de la entrada y unas ganas de vomitar se apoderan de mí. La puerta se abre y veo a la mujer que me dio la vida con la mejor de las sonrisas.

—Oh, mi niño ya está aquí.

Me toca la cara y la aparto con desprecio. Una bofetada resuena en mi mejilla derecha.

—No, no, no, niño malo. —Comenta como una auténtica loca.

Odet me empuja dentro de la casa, me sienta en una silla cuando llego al salón y de golpe todos los recuerdos me asaltan la mente, haciendo que un pánico se apodere de nuevo de mí. Parece que retrocedo en el tiempo, parece...que tengo de nuevo esos malditos ocho años, en los que empezó lo peor que me ha pasado en mi vida...

—Odet, ya puedes irte, estoy segura de que Máximo no dará problemas, ¿verdad que no?

Está loca, está loca, está loca...

Es lo único que puede repetir mi mente una y otra vez. No contesto. Ata mis manos a la parte trasera de la silla.

—Además con las manos atadas poco va a poder hacer. No obstante—da media vuelta y me mira de nuevo—, ya sabes, si no doy señales de vida en veinticuatro horas, manda a alguien y que acabe con su novia—sonríe.

—¡No se te ocurra tocarla! —Grito.

—¡Eh! No me chilles, que soy tu madre—se indigna.

—Como le toques un pelo...

Otra bofetada recae en mi cara.

—No me amenes estúpido...—Sisea.

Mi hermanastra desaparece por la puerta con el hombre con el que llegó. Mi asquerosa madre se sienta a mi lado, no sin antes pasar sus manos por todo mi cuerpo, incluidas mis partes en las que se recrea un rato. Tengo que cerrar los ojos para no vomitar en ese instante.

—Estás enferma...

—No estoy enferma...Te he preparado un plato de comida, ¿te apetece? — pregunta como si nada.

—¡Cómetelo tú!

Sonríe.

—Peor para ti.

—¿Qué quieres?

Una carcajada sale de su garganta.

—Mmm... —Se pone un dedo en la barbilla pensativa—, si quieres que a tu zorrita no le pase nada, te quiero a ti...Para siempre—puntualiza con fuerza.

Niego con la cabeza, ¿cómo puede hacer una madre esto? La miro asqueado, dolido y tembloroso por la ira que corre por mi cuerpo.

Apoya sus manos en los reposabrazos de mi silla y muy cerca de mi boca musita:

—Te quiero a ti, todos los días hasta que me muera, en mi casa, en mi cama y haciéndome lo que me plazca, ¿te queda claro?

Junta sus labios con los míos, aprieto la boca con fuerza y escupo cuando se separa molesta.

—¿Estás loca? ¡Soy tu hijo! —Chillo.

—Hace mucho que dejaste de serlo—contesta con ira—, desde que me abandonaste.

—Abusaste de mi cuando solo tenía ocho años y no dejaste de hacerlo hasta el día que desaparecí de esta casa y de tu vida, ¿cómo coño pretendías que reaccionara?

Mi cuerpo tiembla, la impotencia crece a pasos agigantados y unas ganas de matarla crecen en mí.

—Gracias a mí naciste—comenta como si no hubiera escuchado nada de lo que

le acabo de decir—, por lo tanto, harás lo que me plazca, y si no colaboras, tendrás un castigo que te dolerá el resto de tu vida.

Su mirada desafiante me lo dice todo.

—No puedes retenerme aquí.

—Nadie lo sabrá y si tu zorra se va de la lengua, la mataré, a ella y a sus hermanos.

Pego un fuerte tirón de la silla y un grito rabioso debido a la impotencia que siento, pero poco puedo hacer ya que estoy de nuevo maniatado.

—¡Compórtate como un hombre, pareces un loco!

No me puedo creer lo que está pasando, no, no, no...

—Y ahora—se pega de nuevo a mis labios—, bésame como besas a tu adora Meg...

La miro con repugnancia. Pega sus labios a los míos, me obligo a cerrar los ojos con fuerza cuando su lengua invade mi boca, pocos segundos después aparto mis labios y vuelvo a escupir en el suelo.

—Creo que sabes hacerlo mejor, pero bueno, lo dejaremos para después... este muchachote se quedará contigo para que no hagas ninguna locura.

Abre la puerta y de nuevo entra el hombre que acompañaba a Odet cuando vinieron a buscarme...

—Volveré esta noche, tengo cosas pendientes que hacer y no las voy a dejar por ti, claro está. —Le mira de nuevo a él. — Cuando vuelva le quiero desnudo en mi habitación, ¿entendido?

El hombre asiente sin rechistar...

—Si quiere comer, que lo haga como un perro, es lo que se merece...

Y con esas últimas palabras desaparece.

Capítulo 40

Histérica busco el teléfono móvil en mi bolso. Llamo a Bryan desesperadamente y me contesta al segundo tono, no puedo hacer otra cosa que echarme a llorar.

—¿Qué te pasa Meg? ¿Estáis bien?

—Corre—chillo desgarrada—, corre—repito.

—¿Qué demonios pasa Meg?

—Se han llevado a Max—intento que se me entienda—Odet, se ha llevado a Max...

—Enseguida estoy allí.

Me visto a toda prisa con lo primero que encuentro, limpio mis lágrimas, haciendo que la pintura se me extienda más de la cuenta y mi cara parezca un cromo, no tengo tiempo para tonterías. Encuentro el teléfono de Max encima de la mesa, corro hacia él cuando una idea me viene a la mente.

Busco entre su agenda el teléfono de su padre y casualmente, lo ha guardado. Llamo sin pensar, al descolgar, me responden en inglés.

—Señor Collins, no sé si me entenderá, pero necesito su ayuda...—Suplico.

—¿Quién es? —Me contesta en un perfecto español.

Le doy gracias a Dios una y mil veces.

—Se han llevado a su hijo—sollozo.

—¿Cómo dices? ¿Quién eres?

Le cuento todo lo que pasó hace una escasa hora, el hombre no da crédito a lo que oye, y cuando le explico el pasado de Max...

—Que estás diciendo...—Murmura sin creérselo.

—Señor Collins, necesito que me ayude, estoy desesperada y no sé qué más hacer...—Sollozo de nuevo.

Quedamos en que le avisaré con lo que decidamos hacer, tocan a la puerta de mi casa y me despido de él a toda prisa. Abro con un fuerte tirón, Bryan entra desencajado y en la cara de Any se muestra una preocupación importante.

—¿Qué ha pasado?

Coge mi cara con ambas manos y me derrumbo en sus brazos. Entre llantos, le cuento como ha sucedido todo.

—Esa mujer está loca...—Besa mi pelo—, tranquila Meg, le encontraremos.

—¿Y por dónde empezamos a buscar? —Me preocupo.

—Está en Londres, estoy seguro. Tengo la manera de averiguarlo.

Tras una llamada a Giselle, a los veinte minutos, Bryan verifica que Max está en su antigua casa.

—Mi madre ha llamado a tres vecinas, antes vivíamos allí, lo han visto entrar con Odet y un hombre más—mira a Any, dándole su teléfono—. Llama a Liam.

Any abre los ojos desmesuradamente.

—Bryan, no puedes aparecer en Londres...—Musita.

—Any no pienso dejarle solo, llama a Liam—esta vez lo ordena—, que te mande el jet.

Ella niega.

—Iré con ella, te prometo que no pasará nada...

—He llamado al padre Max—suelto de golpe.

Los dos dejan de hablar y me miran. Les cuento lo que sabe y asienten pensando en el próximo movimiento. Tras un rato de discusión por parte de los dos, Any llama al tal Liam.

—Liam...—Mira a Bryan—, soy Any. Bien estoy bien, escucha, necesito que me hagas un enorme favor. Tienes que mandarme el jet de la empresa de Bryan a el aeropuerto de Jerez de la Frontera, está en la ciudad de Cádiz, al sur de España, Liam —suspira—, es urgente. Necesito llegar a Londres cuanto antes, sí, ahora hablamos, no te preocupes.

Tras colgar nos mira.

—¿Y bien? —Se desespera Bryan.

—Nos vamos a Jerez. —Afirma.

—Bien—asiente repetidas veces.

Con los nervios a flor de piel, ponemos rumbo al aeropuerto. Espero que no sea demasiado tarde.

—Llama al padre de Max, dile que le esperamos en el aeropuerto de Londres en seis horas.

Hago lo que me dice veloz. Any suspira...

—Bryan...

El aludido la mira.

—Aunque hayas cambiado un poco, no quiere decir que no vayan a conocerte...
—Asegura con temor.

Él la abraza fuertemente, mientras le susurra al oído.

—Tranquila, todo saldrá bien.

Dos horas después el avión aterriza. Veo a Bryan algo nervioso, Any se retuerce las manos de vez en cuando y yo estoy ansiosa por ver a Max. La angustia me puede y un sinfín de emociones pasan por mi cabeza a toda velocidad.

La puerta del avión se abre y de ella baja un enorme hombre más cuadrado que un armario, con pinta de sicario...

El individuo se queda a escasos metros de nosotros, mira a Bryan de arriba abajo por lo menos seis veces. Su cara es de asombro total, Any da dos pasos y llega hasta él.

—Liam...

El hombre mira a Any pasmado, parece que haya visto un fantasma, lo que me cerciora que no sabía que Bryan seguía vivo...

—Any...dime...—Se calla—, dime que no estoy viendo lo que estoy viendo...

A ella se le escapan unas cuantas lágrimas, las limpia rápidamente y sonrío.

—Sí...

La tensión se podría cortar con un cuchillo. Liam se acerca a Bryan que hasta el momento no se ha meneado del sitio.

—Pero tú...—dice sin creérselo aun.

—Liam...—Saluda Bryan.

—Estás vivo...—Murmura.

Bryan asiente. Liam se lleva las manos a la cabeza, para después frotarse la cara.

—Ahora no hay tiempo Liam, nadie puede saber que estoy vivo, vámonos.

Subimos al avión, Bryan se reajusta la gorra en su cabeza. No sé cómo sería antes, pero si es cierto que si Liam le ha reconocido, es muy fácil que cualquier persona lo haga.

—¿Qué te has hecho...?—Murmura absorto su amigo.

—Me tintado el pelo más oscuro, me he puesto más fuerte y he tatuado mi brazo entero—sonríe.

—¿Por qué no me dijiste nada? —Reniega.

—Cuanta menos gente lo sepa mejor Liam, ya sabes cómo son estas cosas...

Durante un rato hablan sobre sus asuntos, teniendo un cuidado excesivo cuando algún tripulante del avión pasa por nuestro lado. Hablan con Any, mientras que Bryan se agazapa en su asiento para pasar desapercibido.

Mis pensamientos no cesan. Recuerdo la última noche como si estuviera conmigo ahora mismo, la pena me mata, los ojos con los que me miró antes de irse me atraviesan como un rayo. No puedo permitir que le pase nada, odio a su madre y la maldigo un millón de veces por no dejarle en paz, por ser una enferma.

—¿Qué te dijeron? —pregunta Any cuando termina de hablar con los tripulantes.

—Estaba dormida, me desperté cuando una mano tapó mi boca para que no gritara. Vi como a Max le ponían un paño con cloroformo para dormirle. Abrió los ojos un segundo y al instante los volvió a cerrar —suspiro.

»Después me llevaron al salón, dejaron que me vistiera y seguidamente escuché como llamaban a Rachel, su madre. No sé qué hablaron, solo escuché lo que Odet repitió: te llevaré a tu hijo para que lo puedas disfrutar todo lo que quieras y más.

—Dios mío...Esa mujer está loca...—Murmura.

Asiento.

—Seguidamente me amenazaron, me dijeron que si contaba algo se encargarían de mí y de mis herma-nos, la única diferencia es que esta vez, no tuve miedo por mí,

sino por él.

Continúo bajo su atenta mirada.

—Ha sufrido demasiado Any, no puedo dejar que su infancia vuelva de nuevo... Tenía su corazón, tenía su alma—sollozo—, y no voy a permitir que nadie me la arrebatase de nuevo...

Toca mi pelo con cariño, limpio mis lágrimas y sorbo mi nariz.

—Siento mucho haberos metido en todo esto, no sabía a quién llamar.

—He hiciste bien—asegura Bryan—, tranquila, lo encontraremos y haremos que su madre pague por todo.

Bryan me acuna entre sus brazos, yo lo acepto sin rechistar, pensando en el hombre al que más amo en esta vida.

Cuando llegamos al aeropuerto de Londres, un hombre muy parecido a Max se acerca a nosotros a pasos agigantados.

—¿Quién es Meg? —pregunta impaciente mirándonos a las dos.

—Soy yo...

—¿Dónde demonios está mi hijo? —pregunta de nuevo suplicante.

—En su antigua casa—dice de pronto Bryan.

—¿Y cómo sabes donde vivía yo antes? ¿Quién eres?

—Eso no importa, tenemos que ir a buscarle.

Asiente frenéticamente, mientras se limpia los ojos. Sumido en sus pensamientos mira por la ventana.

—Cómo ha sido capaz...—Murmura.

Le miro y veo el dolor en sus ojos. Nunca entenderé como una madre puede llegar a hacer semejante barbaridad, como puede obsesionarse...de su hijo.

Llegamos a la puerta de la casa, aparcamos en la acera de enfrente y en ese mismo instante veo llegar a una mujer, su madre. Entra y cierra la puerta tras de sí.

Ha llegado la hora de recuperar lo que es mío.

Capítulo 41

La rabia se apodera de mis sentidos de nuevo. Me encuentro tirado en la cama, con mis manos atadas como cuando era pequeño, al cabecero de la cama. El asco y la desesperación por salir de aquí hacen que me ponga más nervioso.

Escucho una puerta, ha llegado.

Cierro los ojos con fuerza mientras me repito como una mantra: *es por ella, necesito que esté bien...*

Tendré que pensar una manera de salir de aquí y conseguir no hacerle daño a nadie, si tengo que vivir con ella durante toda una vida, terminaré suicidándome, lo sé. El pensar que Meg pueda estar en peligro por culpa de la loca de mi madre me pone enfermo y me martiriza a la vez.

—Hola amor...—Canturrea al entrar.

Observo como fija sus ojos en mi miembro nada más verme, me produce repulsión. No puedo taparme, no obstante sea como sea, finalmente pasará lo que llevo años intentando olvidar...

—Veo que estás un poco más receptivo, bien, así me gusta...

La aniquilo con la mirada.

—No sé cómo puedes ser mi madre...—Escupo con fuerza.

Se ríe como una bruja.

—Es muy fácil...

Maldigo unas cuantas veces en voz alta, ella me mira como si estuviera loco y niega con la cabeza.

—No te va a servir de nada Máximo.

—Podrás tener mi cuerpo, pero nunca tendrás mi alma, eso tenlo por seguro.

Mis palabras salen con odio, mis miradas la fulminan cada dos por tres y el deseo

de arrancarle la piel a tiras puede conmigo.

—Piensa que soy ella.

—¡Nunca serás ella! —Le grito.

—Pues será peor para ti...

—Tendría que haberte denunciado hace muchos años, estarías pudriéndote en la cárcel—aseguro con desdén.

—Pero no lo has hecho—me mira con los ojos destellantes—, y eso solo quiere decir una cosa—sonríe—, que no puedes vivir sin mí.

Niego con la cabeza en repetidas ocasiones.

—Estás loca...

Oigo un ruido abajo, ella no le da importancia. Me revuelvo incomodo cuando se sienta en el filo de la cama, posa su mano en mi muslo y hace círculos invisibles en ella, acercándose a mi entrepierna.

—Bien Máximo...estoy segura de que sabes hacer que las chicas disfruten, enséñame cómo has crecido—sonríe otra vez.

Mi cara se contrae, mi cuerpo se tensa cuando su mano se pone justamente encima de mis partes y no puedo evitar mostrar repugnancia.

—No pongas esa cara, disfrútalo.

—Enferma, ¡eres una puta enferma! —Vocifero encolerizado.

Unas lágrimas caen de mis ojos cuando la impotencia traspasa todos los límites, vuelvo a hundirme en mi propia miseria por culpa de la mujer que tengo ante mí.

—No te servirá de nada llorar.

Observo como aproxima su boca hacia mi miembro, tiro de las cuerdas que me atan de pies y manos en un intento en vano por liberarme, me mira encrespada por mi comportamiento.

La puerta del dormitorio se abre de golpe y veo a Any apuntando a mi madre con una pistola.

—Apártate de él puta.

La apunta sin ningún temblor en sus manos. Escucho como alguien se aproxima corriendo y repentinamente Meg entra en el dormitorio.

—¡Max! —Grita.

Se abalanza a por mí llorando y se agarra a mi cuello, mi madre se encoleriza y la coge del pelo haciendo que se separe. Ella se gira y la Meg que jamás había visto aparece...

La golpea con tal intensidad que termina encima de ella en el suelo mientras le grita todo tipo de insultos.

—¿¡Qué le has hecho desgraciada!?

Bryan aparece de la nada y mis ojos se abren del asombro.

—¿Qué narices haces en Londres?

Mira como un loco a ambos lados, no me presta atención, agarra a Meg y la separa de mi madre.

—¡Para, para! ¡La vas a matar!

Meg golpea enfurecida a Rachel, mientras Bryan intenta apartarla de ella a toda costa, finalmente entre Bryan y Any lo consiguen. Mi madre se levanta llorando y chilla:

—¡Es mío! ¡Es mío!

Y como si mi vida se paralizara, a cámara lenta entra mi padre.

—¡Hija de puta! —Se enerva.

La coge del cuello y la saca fuera de la habitación. Oigo como le vocifera.

—¿Cómo has podido hacerle esto a nuestro hijo? ¿¡Cómo no me dijiste que tenía otro hijo!?! Te voy a matar, te voy a matar por todo lo que le has hecho...—Asegura fuera de sí.

—¡Tú me abandonaste! Te mereciste que no te lo dijera.

—¡Fue por tu culpa! ¡Maldita seas!

—Me dejaste por otra mujer, yo solo hice lo que tenía que hacer...—Asegura con maldad.

—Eres una miserable desgraciada—le chilla.

Bryan sale corriendo al pasillo e intenta separar a mi padre de ella. Rachel grita y pide auxilio pero nadie la oye.

Meg se dirige a pasos agigantados hacia mí, me tapa con la sabana y desata mis cuerdas como puede, debido al estado de ansiedad en el que se encuentra.

—Ya viene la policía, tienes que irte.

Veo a ¿Liam? Bryan le mira y baja las escaleras a toda prisa. Any desaparece con él, dejándome con Meg. Mi padre acorrala a mi madre y Liam retiene a Odet.

—Dime que estás bien, dime que no, dime que no...—Balbucea.

—Tranquila...

La abrazo con fuerza cuando mis manos quedan liberadas. Lloro sin consuelo y no puedo evitar que unas cuantas lágrimas caigan de mis ojos. Besa mi corazón repetidas veces y me mira a los ojos.

—No pienso perderte de nuevo, no lo permitiré.

Niego un par de veces y me apodero de su boca de forma desesperada. Necesitaba tanto su contacto...

—Te quiero Meg, te quiero demasiado.

Arrojo su cuerpo junto al mío durante una eternidad. La policía llega y después del infernal día, una etapa de mi vida, se cierra.

Capítulo 42

Las semanas pasan a gran velocidad, me he tomado unos días para descansar sin nada ni nadie que me moleste. Todos han venido a mi casa, y entre tanta gente intentan hacerme olvidar el fatídico día...

Meg no se ha separado de mí en ningún momento, la relación con mi padre va mejor de lo que esperaba.

—Estoy agilizando todos los trámites.

Asiento dando un sorbo a mi cerveza.

—Me encargaré de que se pudra en la cárcel Max, te lo juro.

—Y te creo—aseguro.

Le doy un fuerte abrazo y me despido de él cuando veo que una hermosa morena se acerca a mí.

—Hola...—Murmura.

—Hola...—Sonrío pegado a sus labios.

—No estabas en la cama...

Niego.

—He estado poniéndome al día con mi padre.

Sonríe de esa manera tan especial que me hace perder la razón.

—Me alegro, pero ahora... necesito tus atencio-nes...

Suelto una carcajada, agarro su mano y le pregunto:

—¿A dónde nos dirigimos señorita?

—A darnos una ducha en su amplia bañera, señor...

Asiento feliz, levanto una mano en dirección a mi padre que habla

entretenidamente con Any.

Llegamos al dormitorio a gran velocidad, entro y un olor a menta inunda mis fosas nasales. Ha vuelto a decorarlo todo con diminutas velitas, solo que estas tienen forma de corazón.

—¿Te gustan las velas eh? No lo puedes negar—me mofo de ella.

—¡Cállate tonto! —Reniega.

—¡Oh vaya! Gracias.

Se ríe, cerrando la puerta tras de sí.

—Mira—me señala las velas.

Veo que todas son rojas, excepto una que es dorada.

—¿Por qué hay una de otro color?

Sonríe.

—El dorado significa: fortaleza, riquezas y apertura espiritual, entre muchas cosas más.

La contemplo sorprendido y a la misma vez extasiado. Muestra una deslumbrante sonrisa, gira su cara hacia la vela más grande con forma de corazón en color dorado.

—Tú has sacado la fuerza de donde no la tenías para superar tus miedos, has conseguido limpiar tu alma y has encontrado la mayor riqueza que pueda existir... amar a una persona.

La miro con devoción, sin pestañear y a punto de morir asfixiado. Como amo a esta mujer. Me aproximo a ella, cojo el bajo de su camisón de seda y lo deslizo por sus brazos.

—Creo que esto te va sobrando.

Sonríe.

—Y a ti esto...

Baja mis pantalones y quedamos los dos completamente desnudos. Entro en la bañera, extendiendo mi mano para que pase. Se sienta a horcajadas encima de mí y susurra:

—No me hagas que espere ni un minuto más Collins... Me estoy empezando a impacientar.

—Sus deseos son órdenes para mí.

Toco su sexo, mis dedos se empapan de su excitación y el deseo crece instantáneamente. Mi erección llama a su puerta de manera impaciente. Elevo su cuerpo un poco hasta que comienzo a sentir como desciende tan despacio que duele.

—Ahora no es momento de ser suaves Max...—Murmura roncamente.

Sonrío. Mi boca se posa en uno de sus pezones y con los dientes tira de él. Con urgencia me recreo en su pecho, aprieto tu trasero mientras se mueve sin descanso encima de mí.

Veo como su espalda se arquea, minutos después empiezo a notar ese temblor tan particular de Meg, hasta que estalla en mil pedazos y sin pensarlo la sigo.

Después del extenso baño, dejo a Meg terminando de arreglarse en el dormitorio.

—Te espero abajo—sonrío agarrando el pomo de la puerta.

Asiente y creo ver un atisbo de nerviosismo en su rostro.

—¿Estás bien?

Mira a ambos lados.

—Sí—sonríe forzada.

Me está mintiendo.

Encamino mi cuerpo hasta que llego a su altura, achico los ojos incorporándome un poco hacia delante. La cadena de mi hermano resuena en el aire, la mira y después me observa a mí.

—¿Pasa algo? —pregunto alzando una ceja.

—Mmm...no...—Duda.

—Me estás mintiendo.

—¿Por qué?

—Porque estás nerviosa.

—Yo no estoy nerviosa—suelta una risa que me lo confirma.

—Ya...

Le lanzo una última mirada y salgo por la puerta negando varias veces.

Al llegar al salón, todos me miran.

—¿Qué pasa? ¿Nunca habéis visto a un tío sin camiseta? —Me mofo de todos.

—Mira que te lo tienes creído...—Reniega Any.

Me acerco a ella bajo la atenta mirada de su marido, me pego más de la cuenta y me mira de reojo.

—¿Qué quieres Max?

—Qué lástima—me apeno—, ya no te pones nerviosa cuando me acerco a ti.

Suelta una carcajada.

—No, creo que no.

Me empuja hacia atrás y finalmente termina contagiándome la risa. Preparamos lo necesario para la barbacoa que tenemos entre manos, Bryan enciende el fuego, mi padre reparte la carne en diferentes platos junto a su mujer, a la que acabo de conocer hace escasos días, pero que sin duda es una buena persona.

Meg aparece y corre hacia Bryan, mirando a todos lados. Alzo una ceja, Any llega llamando mi atención.

—Max, sácame los tenedores.

—¿Estás intentando despistarme?

—¿Qué? —Se hace la tonta.

—Sé que pasa algo...—Aseguro.

—Estás delirando.

Sale de la cocina, la sigo y me encuentro a todo el mundo plantado en el salón. Al verme todos disimulan que están haciendo algo, ¿pero qué coño pasa? Arrugo el entrecejo.

Veo como Meg se dirige hacia mí con cierto temblor.

—¿Estás bien? —Arqueo una ceja.

—S...sí...sí—Balbucea.

Muevo mi cabeza y junto mis labios en una fina línea, escrutándola con la

mirada. Se queda callada durante un instante, no sé por qué pero me parece que el ambiente está cargado de una tensión extraña. Mira a Any de reojo y observo que ella le hace un gesto con la cabeza. Pongo mis brazos en jarras, parece que va a hablar pero se calla de nuevo. Se pasa una mano por la frente, está empezando a preocuparme.

—Meg...—Me desespero.

—Max.

Retuerce sus manos nerviosa, cuando creo que le va a dar algo me mira directamente a los ojos. Ha cambiado, una valentía distinta se apodera de ella.

—Ten un poco de paciencia—me pide—, sabes que algunas veces mis estados cambian por momentos...

—Como ahora. —Aseguro.

—Sí, como ahora.

Exhala un fuerte suspiro, mueve sus manos intentando quitarse la tensión que parece tener y vuelve sus ojos a los míos, la miro absorto.

—El día que “casi me atropellas” noté algo que jamás había imaginado que llegaría a sentir por nadie. Me cautivaste con tu mirada, con tu manera de ser...—Hace su particular gesto con la boca poniendo morritos—, los días fueron pasando y no conseguía sacarte de mi mente, hasta que poco a poco fuiste consiguiendo que fueran los mejores tiempos de mi vida.

Carraspea un poco, sus ojos parecen deslumbrar. Miro a mí alrededor y veo que todo el mundo nos contempla pasmados. Suelta el aire contenido y continúa.

—Max yo...—Se pasa las manos por la cara—, joder que difícil es esto...

Mi corazón comienza a galopar desenfrenado.

—¿No me irás a dejar? —pregunto asustando.

Suelta una enorme carcajada y niega con la cabeza varias veces.

—Eres lo mejor que me ha pasado en todo este tiempo Max, no cambiaría un minuto contigo por cien años de mi vida—repite lo mismo que le dije yo—. Sé que en el fondo eres un romántico aunque lo niegues y quizás sea pronto para todo esto, pero quiero que sepas que deseo seguir el resto de mi vida a tu lado. Te has hecho indispensable en mi vida... No puedo dormir si no estás a mi lado, no puedo comer si no lo haces conmigo, no puedo respirar si no te tengo cerca y me es imposible vivir sin tus caricias...

Una lágrima cae de sus ojos, la recoge rápidamente.

—Eh, Meg, ¿qué pasa? —pregunto agarrando su mano.

Se deshace de mi agarre, me sorprende y me confunde a la misma vez. Suelta de nuevo el aire y veo como pone una rodilla en el suelo... Abro los ojos de par en par.

—Max Collins, sé que me dijiste que nunca te casarías, sé que todo esto puede ser abrumador ya que nos conocemos de hace dos días, pero... yo tengo claro que no quiero pasar un solo día más sin ti...—Sorbe su nariz y saca una cajita de terciopelo rojo—, estas cosas no las suelen hacer las mujeres, pero... Ya sabes que yo soy muy distinta—se ríe y llora a la vez.

Ahora mismo no sabría cómo definir la cara que tengo, pero estoy seguro que sería algo como: alegría, felicidad, sorpresa, ganas de chillar...

—Max...—Me mira con los ojos nublados—, ¿te quieres casar conmigo?

Todos nos miran, yo la observo extasiado, mientras que ella me mira intranquila.

—Mierda...—Musito.

Abre los ojos y creo que deja de respirar.

—Tengo un inciso.

Asiente energéticamente. Me agacho para estar a su misma altura, pongo una rodilla en la misma posición que ella y sin titubear ni un momento, saco de mi bolsillo una cajita igual de pequeña que la suya, en color azul.

—Meg...

Me mira con los ojos como platos, sosteniendo todavía la caja entre sus manos.

—Desde el día en el que “casi te atropello” me di cuenta que toda mi vida anterior había sido en vano, supe que eras tú...—Mi voz se quiebra—. Has sabido sacar a mis demonios, has limpiado mi alma y lo más importante, has reconstruido mi corazón roto...

Trago saliva y abro la caja, donde un precioso anillo de diamantes con un corazón en medio reluce.

—Te quiero, te amo más que a nada en este mundo... ¿te quieres casar conmigo?

Traga el nudo de emociones que pugnan por salir a la luz y sonrío tan bonita como siempre. Se abalanza a mis brazos haciendo que las dos cajas con anillos caigan al suelo. Me besa la cara repetidas veces mientras yo río por su espontaneidad.

—Sí, sí, sí, sí—me mira.

Cojo su cara con ambas manos.

—Yo también quiero casarme contigo...

Se abraza de nuevo a mí, nos besamos con pasión mientras escuchamos los vítores y aplausos por parte de nuestra familia.

Capítulo 43

Preparar una boda en dos semanas es algo difícil, pero el Señor Max Collins se ha empeñado en ello, además, como solo somos catorce personas en la boda, no es que se diga que hemos tenido que preparar el banquete de nuestras vidas, pero lo importante es que estamos los que debemos, ni uno más, ni uno menos.

Estiro mi vestido de novia con las manos. Es sencillo, nada de exuberante adornos y estampados cargados. Es blanco, liso con un escote en forma de corazón y la espalda completamente descubierta. Solo lo unen dos finas tiras de plata en la espalda, no deja lugar a la imaginación.

—¡Meg!

Oigo como Max chilla por la casa, llamándome. Cierro la puerta del armario donde descansa mi vestido, cuando escucho que entra.

—¡No entres! —Tira Any de su brazo. —Bastante habéis hecho con dormir el mismo día juntos, ¿eso no es bueno!

—No soy supersticioso, ¿¡qué más da!?

—¡Max! —Vocifera.

Cierra la puerta en sus narices y echa el pestillo, me mira alterado. Cruzo mis manos delante de mi vientre y le observo mientras se dirige hacia mí apresuradamente.

—Llevo buscándote media hora—reniega.

—No me he movido de aquí—aseguro impasible.

Asiente varias veces sin creerme. Mira mi cuerpo tapado con un simple camisón de seda azul, coge mi mano y tira de mí hacia la cama.

—Tenemos que tratar un tema antes de casarnos.

—Max... Queda una hora para que el juez aparezca, deja que me arregle en condiciones.

Intento resistirme pero es vano.

—Me da igual.

Me lanza a la cama, el camisón se sube hasta mi pecho. Veo como se deshace de sus pantalones, no lleva nada más...

Su enorme y erecto miembro me llama la atención.

—Necesito hacer un precalentamiento antes de la noche de bodas.

Alzo una ceja.

—Si te esperas seguro que lo haces con más ganas...—Me río.

Se sube a la cama, colocándose en medio de mis piernas.

—De eso nada, yo siempre estoy dispuesto... Además, todavía podemos robar veinte minutos...

—¿Estás nervioso?

—Un poco.

—Entonces quieres disipar esos nervios—me río.

—Mmm...—Hace un gesto pasando la lengua por mi abdomen.

Comienza a besarme y como siempre, hace que pierda la cordura durante un rato...

Reajusto mi corbata, me pongo la chaqueta y ya estoy listo para uno de los días más importantes de mi vida. Toco mi bolsillo y no encuentro los malditos anillos.

—Bryan...—Llamo a mi amigo que pulula por la habitación.

—¡Los tengo en el bolsillo!

Suelto un fuerte suspiro.

—¿Eso quiere decir que tendré suerte?

—Yo creo que sí—suelta una fuerte carcajada.

Salimos de la habitación a prisa, cuando Giselle entra con el ceño fruncido.

—¡A este paso la novia llega antes! ¡Ya está esperando en su dormitorio!

Asiento eufórico con los nervios a flor de piel. No discuto ni pongo ningún impedimento. Llegamos al jardín de mi casa en Londres, donde las catorce personas que somos nos esperan. Miro a Jasón, le hemos puesto una pajarita en el cuello, va hecho un pincel. Se acerca a mí y me chupa la mano.

—Eh—le susurro mientras le toco—, si la novia sale corriendo, no se lo permitas.

Parece entenderme cuando ladra.

—La novia no se va a ir, no sé yo quién está más impaciente de los dos—añade Giselle.

—Te aseguro que yo—sonrío.

—Mi niño estás radiante.

—Gracias Giselle.

Beso su mejilla y con ella de la mano me encamino por el pequeño pasillo blanco que hemos creado hasta llegar a un altar lleno de diversas flores.

Inquieto muevo mis pies sin parar, miro al frente cuando la música empieza a sonar y ahí está...

Mi futura, preciosa y radiante mujer se dirige hacia mí a grandes pasos. Su belleza me abrumba, mis ojos se nublan debido a la felicidad que siento en este mismo instante. Llega a mi altura, le da el ramo a Bryan, quien la llevaba de la mano y me mira con los ojos cargados de lágrimas.

—Estás irresistible Collins...

Sonrío.

—¿Estás preparada para la noche de bodas? —Susurro en su oído.

Bryan es el único que se entera, me mira y niega con la cabeza.

—¿Me dolerán las piernas?

—Sí.

—¿El resto del cuerpo también? —Arquea una ceja graciosa.

—Mmm...—Pongo un dedo en mi barbilla sugerente—, creo que sí.

Asiente poniendo morritos.

—Bien, en ese caso, dile al juez que aligere.

—¿Deseosa de ser la Señora Collins?

Sonríe y me susurra.

—Impaciente por tenerte de todas las formas posibles...

Reajusto mi corbata y la deshago un poco.

—Me estás alterando...

Tras una breve ceremonia, en la que Giselle, Bryan y Any suben a una especie de estrado para decirnos unas palabras, el juez progresa con lo típico de todas bodas. Antes de que pueda preguntarnos a ninguno de los dos, decimos al unísono:

—Sí, quiero.

Cojo a mí ya mujer entre mis brazos y la beso con pasión dando una vuelta con ella. Todos nos aplauden y nos tiran besos. Dirijo mis pasos saliendo por el mismo pasillo por el que entramos.

—¿Y la celebración? —pregunta risueña.

—¿Puede esperar un poco? —Arrugo el entrecejo sin dejar de andar.

—Me temo que sí.

—Bien, necesito desfogar todo el estrés acumulado en estos últimos días.

—*Incítame, Max Collins...*

Epílogo

11 meses después...

—¿¡Donde está el macuto!?! —pregunto a punto de perder los papeles.

Meg se agarra su abultada barriga, mientras sopla, se mueve hacia delante y hacia atrás sin parar.

—Max... ¿Has mirado en el cuarto del bebé?

Entro en la habitación y me quedo unos segundos observando lo bien que se me dan estas cosas, como dice Meg: *soy un manitas*.

Tras conseguir la ansiada custodia de los hermanos de Meg, remodelamos la casa por completo, no fue fácil, pero pusimos todo nuestro empeño en ello, puntualizando que gracias a los contactos de Bryan tuvieron algo que ver. Cada uno de ellos tiene su habitación, decorada y puesta a su gusto. La casa que hace tiempo creí que había sido el error más grande, ahora es un hogar lleno de risas y cariño.

Noto su presencia detrás de mí, me giro y la contemplo, que bonita está.

—¿Te encuentras bien?

—Ajá...

—¿Y por qué estás tan borde?

—Max...—Resopla—, estoy borde porque de vez en cuando me vienen ¡contracciones!

Claro imbécil...

Me señala la esquina de la estancia, en lo alto de un sillón azul está el maldito macuto. Sonrío como un idiota y la miro, ella pone los ojos en blanco.

Observo como se dobla agarrándose la barriga.

—¿Te encuentras peor? ¡Ay Dios! ¡Vámonos! —Me desespero.

Agarra mi brazo y me mira.

—Max, quieres hacer el favor de tranquilizarte...

—No puedo, no puedo, sé que estás mal y no me lo quieres decir—reniego.

—Que estoy bien...—Asegura fatigosa.

—No, no me mientas.

—¡Tú que sabrás!

—Porque cuando una mujer rompe aguas como lo has hecho tú, se pone poseída.

Arquea una ceja.

—No tiene por qué...

—¡Ja! Me gustaría que hubieras visto a Any el día que se puso de parto.

—Cada embarazo es un mundo Max.

—No me lo creo—murmuro para que no me oiga.

Exhala un fuerte suspiro que se oye hasta en la calle, bajamos las escaleras y me encuentro a Any y Bryan esperando en la cocina.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta mi amigo.

—No para de mentirme.

—Está de los nervios—añade Meg.

—¡No estoy de los nervios! —Grito.

—¡Nooooo!—dicen los tres al unísono.

—Ah...

Miro a Meg que vuelve a quejarse. Veo que su cara a cambiado y me temo que ya si está empezando a dolerle.

—Max...

Agarro sus manos.

—Creo que ya va siendo hora de que nos vayamos al hospital si no te importa...

—Sisea.

Cojo a mi mujer en brazos y salgo al exterior hacia el coche.

—Puedo andar.

—Si te llevo yo mejor, ¿no? Aunque pesas un poco—me mofo.

—¿Me estás llamando gorda? —Arquea una ceja.

—No se me ocurriría Señora Collins.

Nos dirigimos al hospital, por el camino pienso en el día que nos enteramos que estábamos embarazados. Una sonrisa se dibuja en mis labios. Lo que nunca creí posible, está pasando.

Hace unos meses, tuve el privilegio de hablar con el padre de Marian. Me contó que su hija estaba en Cuba desde hacía meses con su marido, lo tenía aburrido, pero era lo que le tocaba. Un pequeño detalle que Marian me omitió tiempo atrás, es que ella era estéril... Tantos años martirizándome, pensando que todo era mi culpa, sintiéndome impotente por no poder darle una familia y luego... Te enteras del resto de la versión.

La visita de Jim Hans quedó en el olvido para todos. Bryan no volvió a sacar el tema, pero eso no quita que tenga un extremo cuidado. Llevan unos días en Londres, dado que se aproximaba la fecha de nacimiento de mi pequeño, pero pronto regresarán a Cádiz, al menos durante un tiempo.

Entramos en el hospital, rápidamente me dirijo al mostrador para avisar que mi mujer está de parto. Nos encaminan hacia una sala con una camilla. Le dan una ropa nueva para que se cambie, voy con ella hacia el aseo y la ayudo. Contemplo por unos instantes su cuerpo desnudo.

—¿Qué? ¿Estoy horrible verdad? —Se preocupa.

Niego y deposito un largo beso en sus labios.

—Estás demasiado hermosa. Voy a echar de menos verte la barriguita, tocártela, besarla...—Murmuro haciendo un reguero de besos por su cuello.

—Max... Que estoy de parto.

—¡Lo sé! —Pongo mis manos a modo rendición.

Le quito la bata de las manos con desgana, la pongo por delante de su barriga y la miro con cara de pena. Ella se ríe, pero cuando le da de nuevo una contracción le

cambia la cara.

—Ay Max... Cómo duele esto—se retuerce.

Abro la puerta del aseo pero me para.

—¿Qué, estás bien?

Cojo su cara y veo que está fatal... por mucho que lo niegue, sus ojos la delatan.

—Ojalá pudiera hacerlo por ti...

—Entonces no tendríamos hijos nunca—afirma.

—¡Oye!

Sonríe y me mira de nuevo.

—Max...tengo muchas ganas de apretar.

Abro los ojos como platos, el bebé ya viene. Lo leí en uno de esos miles de artículos que publican en internet cada dos por tres.

En mi cabeza se repite la misma frase como un mantra: *voy a ser padre, voy a ser padre, voy a ser padre...*

Un terrible temor me atraviesa. Informo al médico y nos introducen en una sala como en la que Any dio a luz a mis niñas.

—¿Por qué ha cambiado tu cara? —pregunta resoplando.

Está guapa hasta haciendo ese gesto.

—¿Seremos capaces de hacerlo bien? —Me preocupo.

Me mira y sonrío a través de sus profundos ojos negros, se llenan de lágrimas y murmura:

—Vas a ser el mejor papá del mundo...

Mis ojos se nublan.

Un médico se pone delante de ella y la apremia para que empuje, Meg sopla y resopla un montón de veces, agarra mi mano tan fuerte que temo que en cualquier momento se me parta.

—¿Quiere sacar a su bebé?

El doctor me mira y yo me quedo pasmado mirándolo a él.

—Vamos Max—me anima Meg.

Me pongo delante de ella, me informa como debo hacerlo y con sumo cuidado tiro del pequeño bebé que asoma su cabecita. Me colmo de alegría cuando lo tengo en mis brazos y lloro de felicidad sin poder evitarlo. Miro a mi preciosa mujer a través de mis nublados ojos y veo como sonrío, limpiándose las lágrimas.

Me acerco a ella y deposito al pequeño en sus brazos, beso sus labios salados al igual que los míos y sonrío en su boca.

—Hola mamá...

Mira al pequeño llena de gozo.

—Hola papá...—Me sonrío de nuevo.

—Otra meta alcanzada.

Paso las manos por mi cara y suspiro.

—Y las que nos quedan—añade.

Se hace un pequeño silencio, momento en la que lleno su cara de besos.

—¿Cómo se llamará este precioso niño? —pregunta el doctor con una ficha en la mano.

Ambos nos miramos y asentimos a la vez, teníamos claro el nombre desde que nos enteramos del sexo. Mirándonos fijamente decimos:

—Max Collins.

Fin

Sobre el autor



Angy Skay, nació en Valladolid, aunque actualmente reside en la provincia de Almería (Andalucía). Trabajadora y estudiante a tiempo parcial. Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias, decidió publicar la trilogía *Best Seller*, llamada *Solo por ti*, la cual contiene los volúmenes: *PROVÓCAME*, *Y QUIÉREME*, *ETERNAMENTE* (2.014), tras su éxito, *provócame*, se tradujo al inglés, llamándose: *TEASE ME* (2.015). Después continuaron obras como: *TE ROBÉ UN BESO*, de la *Saga: ¿Te atreves a quererme? Vo.I*, (2.015), *Y DE PRONTO APARECISTE TÚ*, de la *Saga: ¿Te atreves a quererme? Vo.II*, (2.015) y *SIN TI NO SÉ VIVIR* (2.015), publicada en la plataforma: *Wattpat*. Después de recorrer un largo camino, sigue con mucha fuerza cumpliendo expectativas y luchando por su carrera como escritora hasta el final, ahora tras las abrumadoras peticiones de sus provocadoras/es llega el esperado libro del secundario más deseado de la trilogía *Solo por ti*, Max Collins, llamándose: *INCÍTAME*.